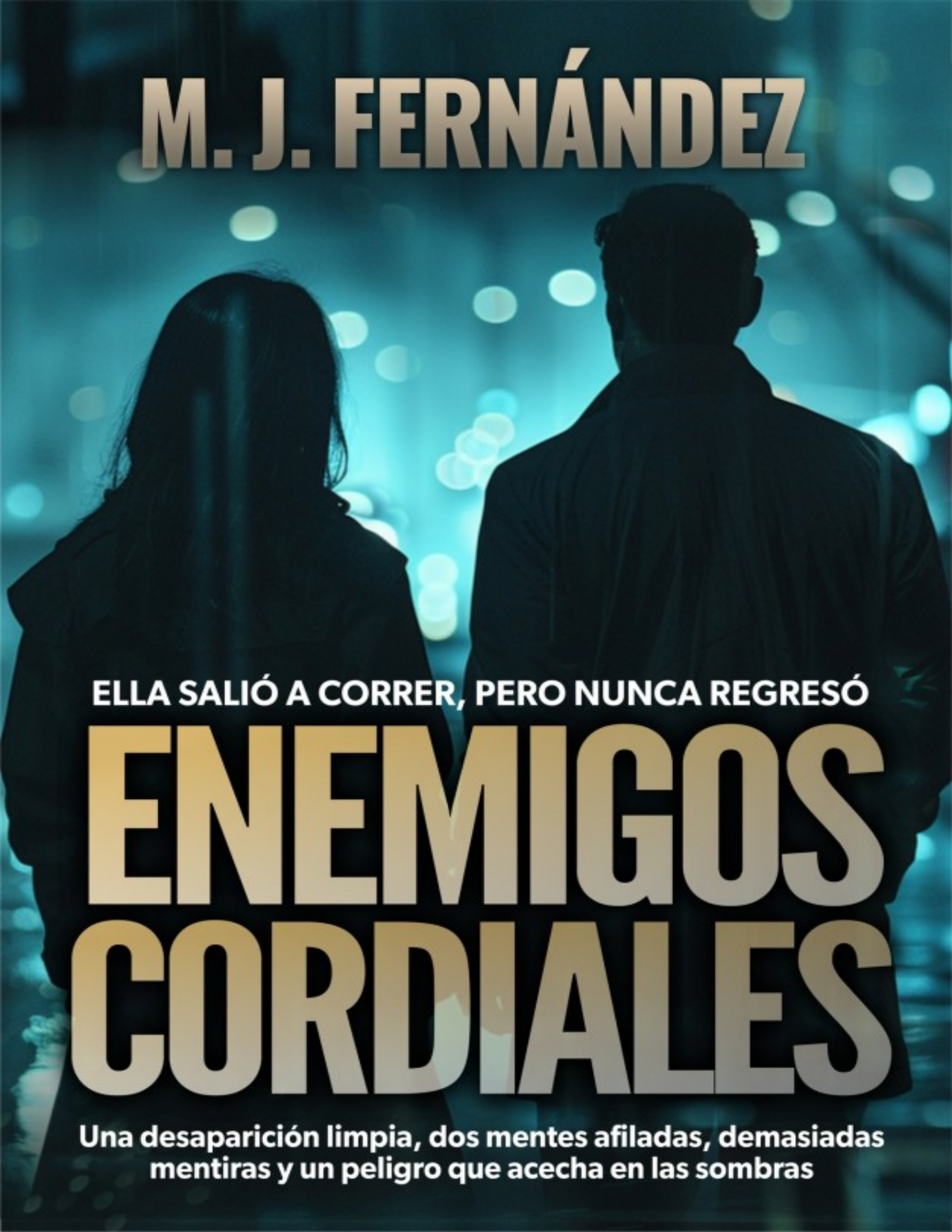

M. J. FERNÁNDEZ
ELLA SALIÓ A CORRER, PERO NUNCA REGRESÓ
ENEMIGOS CORDIALES
Una desaparición limpia, dos mentes afiladas, demasiadas mentiras y un peligro que acecha en las sombras

ENEMIGOS CORDIALES

M.J. Fernández

1. DESAPARECIDA.

Con el corazón en vilo, Emilio aparcó frente al chalé de la calle San Adrián. Nunca le había gustado la idea de que Doris viviera en un lugar tan apartado, pero tenía muy claro que su hija tomaba sus propias decisiones y ni él ni su madre podían opinar. La mañana tenía el color del estaño, el asfalto húmedo reflejaba un brillo triste y el silencio solo conseguía que el aire fuera más pesado. Emilio apagó el motor y sujetó el volante con fuerza durante un segundo, como si de ese modo pudiera aferrarse a la cordura.

Cuando salió del coche, lo recibió el olor de la tierra mojada. Su yerno esperaba de pie junto a la puerta. Tenía el ceño fruncido y la mandíbula tensa. Emilio avanzó a paso apresurado, hasta detenerse frente a él. Carlos comenzó a moverse como si tuviera hormigas en el cuerpo, dominado por un nerviosismo contagioso. Su suegro rechinó los dientes en busca de control.

—¿Alguna novedad?

Carlos sacudió la cabeza.

—No responde al móvil. Llamé a sus amigas y ninguna ha tenido noticias suyas, desde ayer.

El preocupado padre soltó el aire como si se desinflara y fijó la mirada en las nubes que cubrían el horizonte.

—¿Crees que dicen la verdad? Ya sabes, quizá Doris les pidió…

—No lo creo —lo cortó su yerno—. No habría ninguna razón para que ni Doris ni ellas hicieran algo así.

—Dime la verdad, Carlos, ¿fue muy grave la discusión sobre la que me comentaste?

—No, señor Osorio. Le juro que no. Solo le hice un reclamo por el chat y ella se enfadó. Eso fue todo. Ya conoce a su hija.

—¿A qué hora exacta hablaste con ella por última vez?

—Faltaban pocos minutos para las dieciocho horas. Yo estaba a punto de salir del trabajo.

—¿No dijo nada que te hiciera sospechar que algo iba mal?

—No. Doris sale a correr cada día a la misma hora, así que es parte de su rutina. ¿Cómo iba a pensar…? —Carlos sacudió la cabeza y levantó la mirada al cielo como si allí pudiera encontrar respuestas. Tragó saliva, antes de volver a hablar—. La busqué por los alrededores, pero no la encontré… Tenía la esperanza de que la señora Brígida o usted supieran algo de ella… Que quizá los habría llamado.

—Me temo que no. La última vez que tuvimos noticias de Doris fue ayer por la mañana. Y no mencionó nada que hiciera pensar que pudiera desaparecer así.

—Entonces, ¿qué cree que debemos hacer?

—¿Preguntaste a los vecinos?

—Nuestro único vecino es el internado que está después de la curva. Le pregunté al portero, y me dijo que vio pasar a Doris como cada día. Ella suele volver a casa por otro camino, así que no es extraño que no la viera regresar.

Emilio respiró profundo varias veces, hasta que consiguió recuperar el control de sí mismo.

—Vamos a buscarla por los alrededores.

—Pero yo ya lo hice, señor Osorio, y le aseguro que no hay señales de ella.

—Cuatro ojos ven mejor que dos. Además, quiero comprobarlo por mí mismo. Podría estar herida e inconsciente en un matorral.

Sin mucha convicción, Carlos aceptó volver a hacer el recorrido en compañía de su suegro. Él condujo su coche por la carretera de tierra, mientras Emilio escaneaba cada centímetro del terreno al alcance de su vista. Apenas habían recorrido un par de kilómetros, cuando Osorio señaló un brezo y gritó:

—¡Detente! ¡Ahí!

Su yerno frenó en seco y ambos bajaron del coche. Un destello entre los matorrales era lo que había llamado la atención del

padre de Doris. En la medida en que se acercaron, los alcanzó el aroma húmedo a musgo y madera que despedían las coloridas flores del brezo.

Carlos extendió la mano con la intención de coger el objeto que brillaba bajo la luz del sol. Emilio lo sujetó por la muñeca para detenerlo.

—¡Espera! ¡No lo toques! Tú también lo reconoces, ¿no es así?

—Sí, señor. Es el móvil de Doris —Carlos parpadeó para despejar las lágrimas que asomaron a sus ojos—. Y esa es la gorra con visera con la que suele correr. ¿Por qué están aquí? ¿Qué le pasó a Doris?

—No lo sé —reconoció Emilio con un suspiro—, pero es evidente que ha llegado la hora de llamar a la Policía.

2. UN NUEVO ROSTRO EN LA JEFATURA.

Simón aparcó su coche frente a la Jefatura Superior de Logroño y se detuvo un momento para contemplar el edificio: se trataba de un bloque administrativo sobrio, de líneas rectas, ventanales rectangulares y el escudo en la entrada. Bajó del coche, se ajustó la corbata y estiró la manga de la chaqueta. Cuando cruzó el umbral, lo recibió un olor tenue a desinfectante y café recalentado. Avanzó hasta el puesto de acceso, rodeado por el eco de los pasos y murmullos de los demás policías. Entonces, le entregó su identificación al agente de guardia.

—Debo reportarme con la comisaria Pilar Calvo, del Grupo de Homicidios y Delitos contra las Personas.

El agente consultó el ordenador y asintió.

—El ascensor está al fondo del pasillo, inspector. Suba hasta el segundo piso, saliendo del ascensor, tercera puerta a su derecha. Equipo C. Encontrará el despacho de la comisaria Calvo al fondo del pasillo.

Simón le dio las gracias al guardia y recorrió los relucientes pasillos, siguiendo sus instrucciones. Cruzó la puerta del Equipo C y se encontró en un corredor con una pared a su izquierda y pequeños módulos que cumplían la función de despachos a su derecha. En aquel espacio cerrado le llegó el olor artificial de los desinfectantes, que se mezclaba con el de la cera para pisos. Los módulos estaban separados por paredes de vidrio, aunque las puertas eran de madera. Solo las persianas verticales de PVC proporcionaban cierta privacidad a cada despacho.

El inspector alcanzó la oficina del fondo, que estaba identificada por una placa metálica dorada: «Comisaria Pilar Calvo». Después de llamar con un par de golpes suaves, abrió la puerta. Se encontró en una antesala que albergaba a una secretaria. Al fondo había un despacho similar a los módulos que acababa de dejar atrás, aunque parecía un poco más grande. Las cortinas de PVC estaban cerradas.

La secretaria, una mujer de mediana edad con el cabello lacio sobre los hombros y un rostro fácil de olvidar, levantó la mirada y frunció el ceño.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Soy el inspector Simón Aguirre. Debo presentarme ante la comisaria Calvo.

—Sí, claro. Lo estábamos esperando. Mi nombre es Teresa. Aguarde un momento, por favor. Le avisaré a la comisaria.

Teresa se acercó al despacho de Calvo. Después de anunciarse y recibir autorización, abrió la puerta y se asomó. El intercambio de palabras fue corto y Simón no pudo escucharlo. De inmediato, la secretaria regresó a su escritorio y le sonrió.

—Pase adelante. La comisaria Calvo lo espera.

El detective obedeció y entró al despacho. Comprobó que su primera impresión había sido correcta: solo era un poco más grande que los módulos. El espacio era aprovechado al máximo, gracias al orden que predominaba, sin un solo papel fuera de lugar. Aquello le dijo mucho acerca de su nueva jefa. Simón esperaba que su relación con ella fuera más cordial que con su comisario anterior. Aquel tío le había hecho la vida imposible, al punto de que se vio forzado a pedir traslado. La mujer detrás del escritorio apenas alcanzaba el metro sesenta, indispensable para entrar en la Policía, y era tan delgada, que la única palabra que se le ocurrió para describirla fue frágil. Tenía el cabello corto y pegado al cráneo, teñido de rojo oscuro, y la autoridad que irradiaba contradecía la primera impresión que causaba su contextura. En cuanto Simón cruzó el umbral, ella clavó los ojos en él. Su mirada era la de una loba: inquisitiva, astuta y decidida.

—Pase adelante, inspector Aguirre —le dijo, al mismo tiempo que abría una carpeta que reposaba sobre su escritorio—. Tiene usted muy buenas referencias.

—Gracias, comisaria.

—Sin embargo, aun cuando su historial profesional lo califica como un excelente investigador, también señala que es proclive a tensar las reglas, y que eso le ha causado problemas con algunos de sus superiores.

—Yo…

—Permítame advertirle que bajo mi mando no voy a tolerar ningún exceso, y para asegurarme de que se va a mantener en el carril, no asignaré a ninguno de los subinspectores como su compañero.

Aguirre enarcó las cejas.

—Pero, entonces…

—Su compañera será una inspectora, lo cual significa que usted no podrá darle órdenes. Además, aunque tienen la misma jerarquía, la antigüedad de ella en esta Jefatura le dará preferencia a la hora de tomar las decisiones.

Aguirre resopló.

—¿Está poniéndome bajo supervisión, comisaria? No estoy de acuerdo.

—En ese caso, puede volver a pedir traslado, pero no creo que esa inconstancia se vea bien en su expediente —Simón apretó los dientes. Pilar ignoró su evidente enfado—. Además, estoy segura de que la inspectora Vázquez no consentirá ninguna tontería.

Simón frunció el ceño al escuchar el apellido de su futura compañera.

—¿Inspectora Vázquez? —repitió, al mismo tiempo que cerraba los puños, clavando las uñas en sus palmas—. Espero que no se trate de Marlene Vázquez.

—Ella misma. ¿La conoce?

Aguirre bajó la cabeza y rechinó los dientes.

—Sí, la conozco, y no quiero trabajar con ella ni que sea mi compañera.

Pilar levantó la cabeza y se las arregló para mirarlo desde arriba, aun sentada y desde su corta estatura.

—Pues me temo que no tiene alternativa, inspector Aguirre. No estoy dispuesta a ceder a los caprichos de uno de mis subalternos. Debería sentirse afortunado. La inspectora Vázquez es una de las mejores investigadoras de esta Jefatura, así que, si tiene algún problema personal con ella, será mejor que lo solucione cuanto antes, porque van a ser compañeros, les guste o no.

Antes de que Simón pudiera responder, la comisaria usó la centralita para comunicarse.

—Teresa, ¿dónde está la inspectora Vázquez?… De acuerdo, me alegra que se encuentre en el edificio. Localízala y que venga a mi despacho de inmediato —Pilar colgó y centró su atención en el nuevo inspector—. Por favor, espere afuera.

Simón obedeció y se sentó en una de las sillas frente a Teresa, cruzando brazos y piernas. La secretaria le echó una ojeada por encima de las gafas sin subir la cabeza, pretendió no haberse dado cuenta de su enfado, y volvió a su trabajo.

Cinco minutos después, Marlene entró por la puerta de la antesala. Sin dejar de rumiar su mala suerte, Simón sintió un nudo en el estómago cuando ella apareció. Estaba tan bella como siempre y quizá hasta un poco más radiante. ¿Se habría casado? ¿Habría tenido hijos? Ella frunció el ceño en cuanto lo vio.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo me encontraste? ¿Cómo te has atrevido a seguirme hasta Logroño?

—Marlene, la comisaria te está esperando —intervino Teresa.

La inspectora clavó la mirada en Simón, que no había cambiado su postura.

—No creas que te vas a librar… Tienes mucho que explicar.

Marlene entró al despacho de Calvo y cerró la puerta a su espalda. Mientras esperaba, Simón se paseó de un lado a otro de la pequeña antesala. Teresa volvió a centrarse en su trabajo. Quince minutos después, la secretaria atendió la llamada por la centralita y le dijo al inspector que podía pasar.

A Simón le pareció que entraba en un tribunal, donde él era el acusado. La comisaria tenía el ceño fruncido y la mandíbula tensa.

Las orejas de Marlene estaban rojas como langostas cocidas, señal de un enfurecimiento contenido y muy peligroso. Las miradas de ambas mujeres se clavaron en él, quien, por instinto, dio un paso atrás.

—Entre, cierre la puerta y siéntese, inspector Aguirre.

Él obedeció y ocupó la única silla vacía. Frente a Calvo y junto a Marlene. Habría preferido caer en un foso de escorpiones.

—Yo no…

—Será mejor que guarde silencio hasta que yo termine —lo interrumpió la comisaria—. No tengo la menor idea de cuál es el problema que existe entre ustedes, ni me importa. Ambos son buenos policías. En el caso de Marlene, doy fe de ello, y con respecto a usted, su expediente así lo indica. Es lo único que me interesa. No existiendo ninguna norma por la que no puedan ser compañeros, mi decisión es que trabajen juntos. Y más les vale hacerlo bien. Eso es todo lo que quiero saber sobre este asunto. ¿Está claro?

Simón y Marlene se inclinaron hacia adelante a la vez, dispuestos a argumentar contra la decisión de su superiora. En ese momento, Teresa llamó a la puerta y entró, sin esperar que la autorizaran.

—Lamento interrumpir la reunión, pero acabamos de recibir una denuncia por desaparición, y todos los demás detectives del equipo están ocupados en tareas de campo.

Calvo levantó un poco la barbilla.

—Por lo visto, ya tienen su primer caso. Ustedes se ocuparán.

La protesta surgió a coro.

—Pero…

—Ambos tienen el deber de hacer a un lado sus problemas personales y centrarse en el trabajo. Quiero un informe completo sobre esa desaparición, antes de que termine el día.

3. CARRERA SIN RETORNO.

Los detectives salieron del despacho de la comisaria junto con la secretaria. En cuanto la puerta se cerró a sus espaldas, Teresa les informó acerca de la denuncia:

—El nombre de la mujer desaparecida es Doris Osorio. Edad: 30 años. Salió a correr ayer por la tarde, pero nunca regresó.

Simón frunció el ceño.

—¿Por qué esperaron hasta hoy para reportar la desaparición?

—Lo siento, pero eso no lo sé.

—No te preocupes, Teresa —intervino Marlene, lanzando una mirada de reproche a su compañero—. Averiguarlo es parte de nuestro trabajo.

—Buena suerte.

Marlene le sonrió a Teresa y comenzó a andar. Simón la siguió con un gruñido. Los policías recorrieron los pasillos, bajaron en el ascensor y salieron de la Jefatura Superior en silencio. La única comunicación que se estableció entre ellos fue un constante cruce de miradas de hostilidad. En el aparcamiento, cada uno comenzó a seguir una dirección distinta. Se detuvieron después de algunos pasos.

—¿Adónde vas? —se preguntaron al mismo tiempo.

—A buscar el coche —respondieron a coro.

Ambos mantenían los ceños fruncidos. Marlene señaló un Opel Astra azul oscuro del año 2014.

—Ese es el coche de la Jefatura que uso para trabajar.

Simón resopló con franco desprecio.

—¿Esa cafetera? Me niego a trasladarme en semejante chatarra.

Marlene levantó la barbilla y lo desafió con la mirada.

—¿Y qué coche quieres usar?

—Debemos tener un coche en condiciones, por si necesitamos movernos con rapidez —argumentó él, y sin decir una palabra más, comenzó a andar en la dirección contraria al Astra.

Marlene soltó un resoplido, pero lo siguió. Aguirre la condujo hasta un Volkswagen Taig dorado, del año. Después de que destrabó las puertas, ambos subieron.

—Te advierto que cedo en esta ocasión, solo porque tenemos que darnos prisa, y tienes razón en la conveniencia de disponer de un coche más potente —le advirtió la inspectora, mientras ajustaba el cinturón de seguridad.

—Claro que tengo razón. Siempre la he tenido.

Las orejas de Marlene volvieron a enrojecer.

—No es el momento de discutir acerca de ese tema. Hay una mujer desaparecida, así que centrémonos en el trabajo.

—Como gustes —respondió él, con un encogimiento de hombros.

Un silencio pesado se apoderó de la cabina, hasta que Marlene lo rompió al cabo de algunos minutos.

—Este coche es nuevo. ¿De dónde lo sacaste? ¿Vendiste un riñón para conseguirlo?

Simón bajó la velocidad y frenó al acercarse a un semáforo en rojo.

—Para eso existen los créditos, ¿sabes?

Marlene sacudió la cabeza.

—¡Un crédito para un coche nuevo! Claro. No has cambiado nada. Sigues siendo el eterno adolescente inmaduro de siempre.

—Quizá, pero por suerte, eso ya no es asunto tuyo.

El móvil de Marlene interrumpió la discusión. Ella comprobó la pantalla, y después de una rápida mirada a Simón, rechazó la llamada. Al cabo de algunos segundos de silencio, él volvió a hablar. Esta vez con un tono más calmado.

—¿Cómo está Olivia?

Marlene se encogió de hombros.

—Bien. Todavía te detesta.

Los detectives llegaron a la calle San Adrián y aparcaron frente al chalé donde vivía la mujer desaparecida. Les abrió la puerta un hombre rubio en la treintena, con el cabello lacio y barba de candado. Se presentó como Carlos Vidal y los invitó a pasar, después de que se identificaron. Entonces, les contó acerca de la desaparición de Doris y por qué su suegro y él habían decidido llamarlos.

Simón miró a un lado y otro de la sala.

—¿Dónde está su suegro?

—Se quedó en el lugar donde encontramos los objetos de Doris.

—¿Usted y la señora Osorio están casados? —preguntó Marlene.

—Somos pareja y vivimos juntos.

—¿Todo va bien en la relación? —preguntó Simón, clavando la mirada en su interlocutor.

Vidal palideció.

—En general, sí. Aunque tenemos nuestras diferencias, como es normal en cualquier convivencia.

—¿Podría ser más específico?

Carlos sacudió los brazos a los lados.

—¿Qué quieren que les cuente sobre nuestra vida personal? ¿No deberían estar allá afuera, buscando a Doris?

Marlene ignoró la explosión del testigo y respondió con tranquilidad.

—Necesitamos saber si existe la posibilidad de que la señora Osorio decidiera ausentarse de su casa por su propia voluntad. En ese caso, la situación de su vida personal resulta esencial para la investigación. Si quiere que la encontremos, responda a las preguntas, por favor. ¿Qué fue lo que pasó entre ustedes el día de ayer?

Carlos tragó saliva.

—¿Por qué cree que pasó algo?

—Porque está a la defensiva —respondió Simón, con voz cortante—, lo cual nos hace preguntarnos qué es lo que nos quiere ocultar. Además, lo lógico habría sido que reportara la desaparición

ayer. A menos que hubiera un motivo para que su pareja no regresara a casa.

Carlos bajó la cabeza y soltó el aire que tenía retenido.

—Muy bien. Ayer, Doris y yo sostuvimos una amarga discusión a través del chat. Ella se enfadó bastante. Antes de dar por terminada la… conversación, Doris me dijo que iba a salir a correr y que no la esperara temprano. Por eso no me sorprendí cuando no la encontré en casa a mi regreso del trabajo.

—¿Por qué fue la discusión? —preguntó Marlene.

—¿Qué importa eso? Es personal.

—Cuando se trata de la desaparición de una persona, lo único que importa es encontrarla sana y salva —argumentó el inspector—. Es lo que usted quiere, ¿no es así?

—Por supuesto… —murmuró Vidal—. Discutimos porque ella usó mi tarjeta de crédito para comprar sin consultármelo, y se excedió.

De forma casi automática, los policías intercambiaron una mirada.

—¿Cuánto gastó?

—Más de mil euros.

—¿En qué?

—Una cartera, zapatos… ese tipo de cosas —Marlene enarcó las cejas—. A Doris le gusta usar ciertas marcas.

—¿Cuándo comenzó usted a pensar que algo iba mal? —preguntó la inspectora.

—Comencé a preocuparme esta mañana, cuando me desperté y comprendí que Doris no había regresado a dormir. Esperaba que llegara tarde para molestarme, pero no al punto de pasar la noche afuera. Entonces, llamé a mis suegros con la esperanza de que estuviera con ellos, pero tampoco tenían noticias suyas desde la mañana anterior, que fue la última vez que habló con su madre.

—¿Eso fue antes de la discusión que sostuvo con usted? —puntualizó Marlene y Vidal asintió.

Simón cambió de postura.

—¿Le preguntó por ella a alguien más, aparte de sus suegros?

—Sí, inspector. Cuando mis suegros me dijeron que no sabían nada, me angustié mucho, así que comencé a llamar a las amigas de Doris, para tratar de encontrarla.

—¿Alguna tenía idea de dónde podría estar?

Carlos sacudió la cabeza.

—Ninguna tenía noticias de ella. Ni siquiera su mejor amiga, Sonia. Ya no soportaba la angustia. Por eso volví a comunicarme con mis suegros. El padre de Doris decidió venir, para ayudarme a buscarla.

—¿Fue entonces cuando encontraron el móvil y la gorra? —precisó Simón.

Vidal asintió.

—Mientras recorríamos la ruta por la que ella suele correr, Emilio los vio en el arcén, a dos kilómetros de aquí. Entonces, decidimos llamar a la Policía. Mi suegro se quedó para vigilar que nadie se acercara a las pertenencias de Doris. Yo regresé aquí, para esperarlos a ustedes.

El inspector Aguirre asintió.

—Muy bien, señor Vidal. Le agradeceremos que nos conduzca hasta el lugar donde aparecieron esos objetos.

4. LA ANGUSTIA DE UN PADRE.

Carlos subió al coche de Simón, y les señaló el camino, hasta que llegaron a un lugar de la carretera, donde los esperaba un anciano con el escaso cabello y el bigote blancos. No dejaba de moverse y cambiar de postura. En cuanto vio a Carlos, se acercó a ellos y les preguntó si eran de la Policía. Vidal se ocupó de hacer las presentaciones.

Se acercaron al brezo y comprobaron la posición del móvil y la gorra con respecto a la carretera. Se encontraban bastante cerca.

Mientras Marlene se comunicaba con la Jefatura para pedir refuerzos, Simón le pidió a Emilio que se alejara de los objetos encontrados y se acercara al coche.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su hija, señor Osorio?

—El fin de semana pasado. Fue a casa para comer con su madre y conmigo.

—¿Cuál era su estado de ánimo? ¿Estaba preocupada o deprimida? ¿Hizo algún comentario acerca de problemas con su pareja?

Emilio negó con la cabeza.

—Doris tiene una personalidad muy suya. Estuvo como siempre, pero también estoy seguro de que, si algo la preocupaba, nosotros habríamos sido los últimos en enterarnos.

La llegada de un coche patrulla interrumpió la entrevista. Simón le pidió al padre de la víctima que esperara junto al Volkswagen, y a Vidal que permaneciera en su interior. Mientras tanto, Marlene se ocupó de dar instrucciones a los agentes para que levantaran el perímetro y esperaran a Científica.

Después de sostener una corta conversación con su compañera, acerca de cómo se distribuirían el trabajo, Simón le pidió

a Emilio que subiera al coche con ellos. Durante el trayecto de regreso, instruyeron a sus testigos para que se mantuvieran en silencio. Continuarían las entrevistas al llegar.

Una vez en el chalé de Vidal, Simón le pidió a Carlos que lo acompañara a la cocina, mientras Marlene y Emilio permanecían en el salón.

Al mismo tiempo que su compañero se alejaba en dirección a la cocina con la pareja de Doris, Marlene le pidió al señor Osorio que se sentara en uno de los sofás. Emilio siguió sus instrucciones con todos los músculos rígidos y sin dejar de frotarse las manos.

—Trate de conservar la calma, señor Osorio. Sé que es difícil, pero será la mejor forma de ayudar a su hija. Le prometo que haremos todo lo posible por encontrarla. Necesitaremos que sea sincero en sus respuestas.

—Por supuesto.

—¿Ha recibido alguna solicitud de rescate?

—No.

—¿Sería posible que Doris fuera víctima de un secuestro por dinero?

Emilio se frotó la cara con las manos.

—Sí, supongo que sería posible. Estoy en el negocio de la hostelería y soy propietario de un hotel de tres estrellas. No ha sido un camino fácil, pero genera buenas ganancias… Sin embargo… si se llevaron a Doris para pedir un rescate, ¿por qué no se han comunicado conmigo? Ella desapareció ayer… habrían tenido tiempo suficiente. ¿Cree usted que estará bien?

—Comprendo su preocupación, pero todavía es pronto para llegar a ninguna conclusión. Necesito que responda algunas preguntas que nos ayudarán a encontrar a su hija.

Emilio extendió las palmas hacia arriba.

—Pregunte lo que quiera.

—Es importante que sea lo más honesto posible en sus respuestas, aunque las preguntas sean personales —Osorio asintió —. Mencionó que Doris es muy suya. ¿A qué se refería?

—Es hija única, y me temo que la hemos mimado demasiado. Doris es impulsiva, tiende a ser caprichosa y a querer salirse con la

suya, pero en el fondo no es mala chica. Solo le falta un poco de autodisciplina.

Marlene asintió y tomó nota en una libreta.

—Comprendo. ¿En qué trabaja y dónde?

Emilio dejó escapar un pequeño resoplido.

—No tiene trabajo ni interés en encontrarlo. Yo le paso una manutención suficiente para que viva con comodidad cuando está sola, y para que tenga cierta independencia financiera cuando tiene pareja.

Marlene asintió sin emitir ningún juicio. No estaba ahí para eso.

—¿Puede proporcionarme información acerca de sus amigos o posibles enemigos? Cualquier detalle sobre ella podría resultar vital para encontrarla.

Después de coger aire y soltar un suspiro, Emilio se sinceró:

—Seré honesto con usted, inspectora. Tengo que reconocer que Doris no es un dechado de virtudes. Su madre y yo cometimos un error al proporcionarle todos sus caprichos mientras crecía. Sin embargo, ya es demasiado tarde para remediarlo. Por eso, cuando Carlos me llamó para decirme que ella no había pasado la noche en casa, después de una discusión de pareja, en un primer momento no me preocupé demasiado, hasta que él volvió a llamar al día siguiente, para decirnos que todavía no había podido localizarla.

Marlene entornó los ojos, sin dejar de tomar nota.

—Así que, ¿consideró que no era extraño que Doris hubiera desaparecido de esa forma?

—Nunca lo había hecho, pero sí la creo capaz de urdir algo así, para darle una lección a su pareja. Sin embargo, no podía estar seguro, y cuando mi yerno nos volvió a llamar, tanto mi mujer como yo comenzamos a preocuparnos. Entonces, decidí venir. En el momento en que Carlos y yo encontramos la gorra y el móvil, comprendí que había ocurrido algo grave y que no se trata de una rabieta de mi hija.

—¿Su familia o Doris han recibido alguna amenaza?

Osorio sacudió la cabeza.

—Nosotros, no. Y estoy seguro de que, si Doris la hubiera recibido, me lo habría contado. Aunque no es muy comunicativa conmigo, sí suele mantenerme informado de aquellos problemas en los que cree que puedo ayudarla.

—Comprendo. Tenemos entendido que ayer su hija sostuvo una discusión con el señor Vidal …

—Sí, él me lo comentó cuando nos llamó esta mañana.

—¿Ella se quejó de su relación en alguna ocasión?

—Conmigo, no. Tendría que preguntarle también a su madre.

—¿Su mujer le habría ocultado algo así?

Emilio suspiró.

—Con frecuencia, Brígida se deja manipular por nuestra hija. Si Doris le pidió que no me dijera nada…

La inspectora asintió y tomó nota.

—¿Desde cuándo su hija es pareja del señor Vidal?

Con los codos sobre las rodillas y las manos entrelazadas, Emilio centró la mirada en la alfombra.

—No estoy seguro de cuándo comenzaron a salir, pero viven juntos desde hace tres meses.

—¿Sabe usted cómo es la convivencia entre ellos?

Osorio sacudió la cabeza.

—Lo siento. No podría decirlo. Aunque reconozco que Doris no es el tipo de persona con la que resulta fácil convivir, nunca he tenido noticias de que exista algún conflicto serio entre ellos. Sin embargo, Doris suele ser más abierta a tener confidencias con sus amigas. Es probable que Sonia pueda responder mejor esa pregunta.

Marlene levantó la mirada de la libreta.

—¿Sonia?

—Sonia Ferrer. Su mejor amiga.

La inspectora le pidió los datos de Sonia. Emilio le dio el nombre de la tienda en la que trabajaba la chica.

—Muy bien. Hablaremos con ella lo antes posible. ¿En qué trabaja su yerno, señor Osorio?

—Es gerente de una tienda por departamentos, para toda La Rioja.

—¿Cuál es la tienda?

— Galerías Valdelora.

—¿Doris tenía enemigos?

Emilio se removió en su asiento.

—Sé que tuvo problemas con su exnovio, pero no conozco los detalles. Solo me enteré de que hubo una denuncia de por medio, pero siempre que le preguntaba, Doris me respondía que no era de mi incumbencia. A su madre tampoco le contó nada al respecto.

—Me dijo que es hostelero. ¿Usted se ocupa de su negocio en persona?

—Ya no. Me jubilé hace tres años.

—¿Quién administra su hotel?

—Un empleado de confianza. Su nombre es Antonio Robledo. Comenzó a trabajar para mí como botones, hace ya veinticinco años. Ahora es el gerente. Reconozco que Brígida y yo lo queremos como a un hijo.

Marlene entornó los ojos.

—¿Cómo es la relación entre Robledo y Doris?

—Le agradecería que dejara a Antonio fuera de esto —respondió Emilio con los músculos tensos y el ceño fruncido—. Estoy seguro de que no tiene nada que ver.

La inspectora rechinó los dientes, antes de responder.

—Lamento contradecirlo, señor Osorio, pero tenemos que investigar todas las posibilidades, por remotas que parezcan. Dejar al señor Robledo fuera de la investigación no es una opción.

Emilio suspiró.

—Supongo que tiene razón. Me temo que entre ellos no hay una buena relación. Debido al cariño que Brígida y yo le profesamos al chico, Doris lo considera una amenaza.

—¿Cuál es la actitud de él frente a ella?

—Mantiene las distancias. Le aseguro que no pasa de ser antipatía mutua.

5. CONOCIENDO A DORIS.

Después de terminar el interrogatorio del padre de Doris, Marlene le pidió una fotografía de su hija. Él la sacó de su billetera y se la entregó. Entonces, ella abandonó el chalé y esperó a su compañero junto al coche. Cinco minutos después, Simón salió por la puerta con sus largas zancadas, sus pasos firmes y su actitud decidida. Marlene se obligó a sí misma a encontrarle algún defecto. ¿Por qué tenía que gustarle tanto? Se recordó que era inmaduro, engreído y más torpe que la patada de un buzo.

—¿Conseguiste averiguar algo? —le preguntó ella con tono neutro.

Simón torció la boca.

—Quizá… Vidal reconoció que su relación con Doris iba de mal en peor.

—¿Por qué?

—Ella es ese tipo de mujer… Ya sabes…

Marlene tensó los músculos y frunció el ceño.

—No, no lo sé. ¿Qué quieres decir con eso?

Aguirre se encogió de hombros y desvió la mirada.

—Seguro que conoces a alguien así… Es una tía manipuladora, que siempre quiere salirse con la suya.

Las orejas de Marlene se tornaron de un curioso color rojo carmín.

—Ese es un comentario muy machista. ¿O es que acaso no existen hombres manipuladores y caprichosos? Para muestra…

Simón clavó la mirada en ella con el ceño fruncido.

—¿Es necesario que uses el interrogatorio a un testigo como un insulto personal? Yo solo te estoy informando lo que dijo Vidal.

Marlene sacudió su cabeza con brusquedad.

—Por tu tono y tus palabras, es evidente que tú hiciste eco con esa opinión. Si no, ¿a qué vino lo de «ese tipo de mujer»?

—Vale. Quizá no supe expresarme con la delicadeza a la que estás acostumbrada, pero te aseguro que mi intención no fue ofender a nadie. Así no vamos a llegar a ninguna parte —El inspector resopló—. Te recuerdo que tenemos a una víctima desaparecida, que podría estar corriendo un peligro mortal. Lo único que importa ahora es que Vidal y ella tenían problemas de pareja, lo cual lo convierte en el principal sospechoso. Al menos, de momento.

Marlene suspiró.

—Está bien, supongo que tienes razón. ¿Vidal tiene coartada?

El inspector Aguirre negó con la cabeza.

—En realidad, no. Según su relato, cuando Doris desapareció, él estaba trabajando y hay testigos que lo pueden confirmar. Sin embargo, su palabra es lo único que ubica los hechos a esa hora. Quizá Doris sí llegó a casa después de correr.

—Sí, es un buen punto. Estoy de acuerdo en que debemos considerar a Carlos Vidal como nuestro principal sospechoso…

La inspectora puso al día a su compañero con respecto al interrogatorio a Emilio.

Simón la escuchó en silencio y apoyó la espalda en el coche con los brazos cruzados.

—Muy bien, jefa. Usted manda —le dijo con una media sonrisa sarcástica—. ¿Cuál será nuestro siguiente paso?

Marlene frunció el ceño, levantó la barbilla y empleó un tono autoritario.

—El siguiente paso será entrevistar a la amiga: Sonia Ferrer. Es posible que ella sepa algo sobre Doris, que nos ayude a encontrar las respuestas correctas.

Dejando escapar un suspiro, Aguirre descruzó los brazos y abrió el coche. Ambos detectives subieron al Volkswagen y pusieron rumbo a la calle Vitoria

Media hora después, aparcaron frente a la tienda *Gourmet* donde trabajaba Sonia Ferrer. Cuando cruzaron la puerta, una campanilla anunció su entrada y los rodeó el olor a aceite de oliva trufado, jamón curado, y café recién molido, todo acompañado con

un guiño de especias. Una mujer que rondaba los cuarenta y cinco años los recibió con una sonrisa que suavizó unos rasgos demasiado rígidos.

—¿En qué puedo ayudarlos?

Marlene sacó su identificación y se la mostró.

—Mi compañero es el inspector Simón Aguirre y yo soy la inspectora Marlene Vázquez. Estamos aquí porque necesitamos hablar con la señorita Sonia Ferrer.

La dependienta parpadeó.

—¿Con Sonia? Pero, no comprendo… ¿Qué puede querer la Policía con Sonia? Es una buena chica. ¿Está en problemas?

Marlene suavizó la voz.

—Es posible que pueda ayudarnos en una investigación. Necesitamos hablar con ella.

—Sí, claro —dijo la empleada, al mismo tiempo que le devolvía la credencial a Marlene—. Ella… está en la trastienda, organizando un pedido que acabamos de recibir. Si aguardan un momento… la llamaré enseguida.

La compañera de Sonia se ausentó, y un par de minutos después, otra mujer más joven apareció en su lugar. Tenía el ceño fruncido y la palidez de su rostro delataba su preocupación.

—Soy Sonia Ferrer. Carmen me dijo que son policías y que quieren hablar conmigo. ¿Qué desean?

Sin entrar en detalles, Marlene le explicó el motivo por el que estaban allí.

—Queremos hacerle algunas preguntas, porque tenemos entendido que usted es la mejor amiga de la señora Osorio —La joven asintió—. ¿Ha tenido noticias de ella en las últimas horas?

—No, lo lamento. La última vez que hablé con Doris fue hace tres días.

Simón entrelazó las manos a su espalda, mientras Marlene continuaba con la entrevista.

—¿Sabe si Doris recibió alguna amenaza o si tenía enemigos?

Sonia respiró profundo y poco a poco se fue relajando.

—Nunca me dijo que se sintiera amenazada. En cuanto a enemigos… Doris suele ser bastante problemática, pero de ahí a que

alguien la hiciera desaparecer…

Simón cambió de postura, al mismo tiempo que intervenía.

—¿Podría explicarse mejor con respecto a las enemistades de la señora Osorio?

—Lo que quiero decir es… Doris tiende a hacerse ideas en su cabeza acerca de cómo las demás personas deben reaccionar a lo que ella dice o hace… Se monta películas ella sola. ¿No sé si me comprenden? —Ambos policías asintieron a la vez—. Bien, cuando alguien no reacciona como tenía previsto, ella se enfada bastante, y surgen los problemas. Entonces, comienza una enemistad.

—¿Le ha pasado a usted? —preguntó Marlene.

Sonia torció la boca.

—Conozco a Doris desde que éramos niñas. Es una amistad que no ha sido fácil, y hemos tenido discusiones en más de una ocasión.

—Entonces, ¿por qué conserva su amistad? —quiso saber Simón.

—Debido a ese defecto de Doris, ningún amigo ni pareja le dura mucho tiempo, así que siempre que se enfada con alguien, vuelve a buscarme. Si le soy honesta, conservo su amistad porque me inspira lástima.

Marlene frunció el ceño ante la confesión de la chica.

—Entonces, ¿usted no la considera su mejor amiga?

Sonia negó con la cabeza despacio.

—Comprendo que lo soy para Doris, pero me temo que no es recíproco. En realidad, preferiría que ella encontrara otra persona en quien refugiarse.

El móvil de la inspectora comenzó a sonar y, después de comprobar la pantalla, ella rechazó la llamada. Volvió a centrar su atención en la testigo.

—¿Qué puede decirnos del exnovio? El padre de Doris nos informó que hubo una denuncia de por medio.

Sonia asintió.

—Sí, es cierto.

—¿Podría hablarnos de ese asunto? —insistió Simón.

—Hace dos años, Doris sostuvo una relación que terminó bastante mal. Después de que rompieron, ella le puso una denuncia.

—¿Por qué?

—Doris acusó a su expareja de acoso.

—¿Conoce los detalles? —preguntó Marlene.

—Me temo que no. Después de que me hizo el comentario, Doris no volvió a mencionar el asunto y yo preferí no preguntar para no involucrarme.

—¿Sabe el nombre de este hombre?

Sonia se quedó pensando por algunos instantes.

—Déjeme recordar… Doris se refería a él como Germán… Sí, Germán. Lo lamento, pero nunca me dijo su apellido.

6. SECRETOS ENTERRADOS.

Los detectives salieron de la tienda y se acercaron al coche en silencio. Antes de subir, intercambiaron una mirada. Cada uno comprendió lo que el otro estaba pensando. Tenían una tarea muy difícil por delante. Una vez en el Volkswagen, Simón encendió el motor y, antes de mover el coche, centró su atención en su compañera.

—Muy bien, jefa, ¿cuál va a ser nuestro siguiente paso?

Marlene se quedó en silencio por un momento, y luego rechinó los dientes.

—De momento, regresaremos a la Jefatura. Lo primero será investigar a todas las personas cercanas a la víctima, incluyendo a sus padres.

Simón frunció el ceño.

—¿En serio crees que los padres de Doris pueden ser los responsables de su desaparición? Eres más cínica que la Marlene que conocí en Madrid.

—No seas cazurro, Simón. Aunque esa posibilidad también debemos tenerla en cuenta si es necesario, no lo considero probable. Sin embargo, el padre de la víctima es un empresario exitoso. Es posible que tenga enemigos o que alguien quiera presionarlo a través de su hija. También tenemos que investigar el hotel y sus cuentas.

Aguirre resopló, volvió la mirada al frente y comenzó a mover el coche para incorporarse a la vía, antes de hablar.

—Entonces, ¿quieres que centremos la investigación en los padres?

—Quiero que los tengamos en cuenta, pero considero que debemos prestar especial atención a las parejas de la víctima. Y que

debemos comenzar por el exnovio.

—¿El que ella denunció por acoso?

—Ese mismo. Tú te ocuparás de él.

Simón no expresó su acuerdo, pero tampoco protestó. Continuó el resto del trayecto concentrado en la conducción del coche, así que recorrieron la distancia que los separaba de la Jefatura Superior en silencio. Cada uno pretendió que el otro no existía. Una vez que llegaron a su destino, ambos policías subieron al segundo piso. Marlene le señaló a su compañero cuál era el módulo que le correspondía. Estaba junto al de ella, y solo los separaba una pared de vidrio con una persiana vertical de PVC.

El inspector ocupó la silla detrás del escritorio. El módulo olía a papel y desinfectantes. Los únicos muebles que contenía eran la mesa de trabajo sobre la que reposaba un portátil, una silla detrás y dos al frente. Simón abrió y cerró los cajones vacíos, como si esperara que alguna sorpresa saltara de ellos. Marlene se quedó de pie junto al umbral y lo observó, hasta que cerró el último cajón. Entonces, él levantó la mirada hacia ella y se encogió de hombros.

—No está mal. Es más pequeño que el jabón de un hotel, pero, en cualquier caso, no creo que pase mucho tiempo aquí.

—Yo tampoco lo creo. De momento, ocúpate de los antecedentes de todas las personas cercanas a Doris Osorio.

—¿Qué harás tú?

—Investigaré el hotel. No hay tiempo que perder. Es muy probable que la vida de la víctima corra peligro.

Antes de que Simón pudiera protestar, el móvil de Marlene comenzó a sonar. Ella consultó la pantalla y respondió de inmediato. Después de una corta conversación, presionó la tecla roja y miró a su compañero.

—Me acaba de llamar Casimiro Barros. Es el jefe de Científica. Me informó que ya están procesando la escena del crimen. En la gorra encontraron algunos cabellos. Van a compararlos con los del peine que recogieron del cuarto de baño de Doris, para comprobar si le pertenecen. No perdamos el tiempo.

Simón torció la boca, al mismo tiempo que apoyaba las manos sobre la mesa y se levantaba de la silla.

—Vamos a necesitar combustible. Voy a por un par de cafés. ¿La máquina del pasillo funciona?

Marlene rechinó los dientes ante el flagrante gesto de desafío, pero después de resoplar, cedió a la propuesta.

—Sí, funciona. Date prisa.

Simón desapareció por un par de minutos y regresó con dos vasos de cartón en las manos. Le extendió uno a su compañera.

—Con mucha leche y poco azúcar, ¿no es así?

Ella asintió, al mismo tiempo que cogía la bebida con ambas manos.

—Gracias. Veo que no has olvidado cómo me gusta el café.

Simón dio un sorbo a su vaso.

—¿Cómo consigo la clave de mi ordenador?

—Este módulo lo ocupaba mi antigua compañera. Ella me dejó la clave. Te la enviaré al móvil ahora mismo.

Simón asintió.

—Muy bien. ¿No teníamos prisa?

Marlene dejó escapar un gruñido, le dio la espalda y salió al pasillo. Simón colgó la chaqueta en el respaldo de su silla y se sentó. La entrada de un mensaje en su móvil anunció la llegada de la clave. Entonces, encendió el portátil, y comenzó a trabajar.

Cuarenta y cinco minutos después, Simón se asomó en el módulo de su compañera y se anunció con un par de golpes leves en la puerta. Ella levantó la mirada hacia él y se apoyó en el respaldo.

—Te estaba esperando. ¿Ya terminaste tu asignación?

—Sí, claro.

—Entonces, llegó el momento de informar al resto del equipo.

—¿El resto del equipo? ¿Qué tienen que ver con este caso?

—La comisaria me llamó para que le presentara un primer informe. Ella estuvo de acuerdo conmigo. Todas las evidencias apuntan a que la desaparición de Doris Osorio es un secuestro, así que tiene prioridad y necesitaremos todo el apoyo posible.

Simón frunció el ceño, al mismo tiempo que apretaba la mandíbula y los puños.

—¿Por qué no me invitaron a participar en esa reunión? También es mi caso. ¿Por qué nadie me tuvo en cuenta cuando se tomó esa decisión?

—Porque Calvo me llamó a mí para recibir el informe. Y ella es quien da las órdenes, que para eso es la comisaria —Mientras hablaba, Marlene comenzó a escribir en su móvil—. Ahora, deja de lado las reacciones infantiles y sígueme.

Marlene pasó por delante de su compañero como si él no estuviera presente y recorrió el pasillo sin mirar atrás. Simón la siguió a dos pasos, con el ceño fruncido, los dientes apretados y la cabeza baja. Antes de llegar al despacho de Calvo, Marlene cruzó la puerta que estaba justo a su izquierda sin mediar aviso. En lugar de un cubículo, se encontraron en una amplia sala, donde la luz del exterior entraba a raudales. En el centro había una mesa blanca con superficie laqueada y forma ovoidal. A su alrededor, Aguirre contó siete sillas, también tapizadas en blanco. En el fondo, junto a la silla principal, que era un poco más grande que el resto, había una pizarra del mismo color. Tanto blanco encandiló al inspector. El único color lo aportaban las fotografías del caso, que ya estaban adheridas a la superficie de la pizarra.

Era evidente dónde había tenido lugar la reunión entre Marlene y Calvo, a la que él no fue invitado. Simón centró su atención en las fotografías. Mostraban a Doris Osorio y la escena del crimen. También había varios círculos que encerraban los nombres de los sospechosos y su relación con la víctima. Estaban escritos con una letra uniforme y redondeada, sin ninguna inclinación, que él reconoció de inmediato.

—Ya veo que no has perdido el tiempo —comentó el inspector.

—No estamos aquí para perder el tiempo. Haré lo que sea necesario para salvar a la mujer que está en peligro. Espero que tú también.

Antes de que Simón pudiera responder, la puerta se abrió y entró la comisaria Calvo. Dos hombres la seguían. El rictus en los labios del de mayor edad dejaba entrever su disgusto por encontrarse allí. En cuanto vio a Marlene, soltó un bufido. Luego, su

mirada se centró en Simón, y después de un par de parpadeos, enarcó las cejas. El otro hombre, mucho más joven, tenía la expresión de asombro perpetuo de quien está descubriendo un mundo desconocido. Simón se sintió cómodo con la mirada franca y la sonrisa honesta del chaval.

Pilar se ocupó de las presentaciones. El policía de mayor edad era el inspector Rosendo Pinto, el más antiguo del grupo. Su compañero era el subinspector Ignacio Zabala. El resto del equipo ya estaba en camino, y se incorporarían a la reunión en cuanto llegaran.

—Así que ya podemos comenzar. Ocupen sus asientos, por favor. No tenemos tiempo que perder.

7. LA REUNIÓN.

Una vez que cada uno de los policías ocupó una silla, la comisaria Calvo dejó su tableta sobre la mesa, paseó la mirada por los rostros de los presentes y asintió.

—Padrón y Ledesma vienen en camino. No tenemos tiempo que perder, así que comenzaremos, y las pondremos al día cuando lleguen.

—¿A qué viene tanta prisa? —la interrumpió Pinto.

El ceño de Pilar se frunció de inmediato, y respondió en tono severo.

—Nos enfrentamos a un posible secuestro, y la vida de una mujer corre un grave peligro. Debemos darnos prisa. ¿Está claro?

Rosendo bajó la mirada y soltó un gruñido. Calvo centró su atención en Marlene.

—Informadnos.

La inspectora expuso los aspectos más importantes del caso desde que recibieron la llamada, hasta que regresaron a la Jefatura.

—Así que nos dividimos el trabajo. Simón investigó a los conocidos de la víctima, y yo me ocupé de indagar acerca del hotel que pertenece a la familia —Marlene se volvió hacia su compañero —. Será mejor que continúes tú.

Aguirre cogió el rotulador que estaba sobre la mesa y se acercó a la pizarra. Con una letra poco legible, muy inclinada hacia la derecha y con amplios espacios entre las palabras, el inspector escribió los resultados más importantes de sus indagaciones, conforme hablaba.

—Para comenzar, ninguna de las personas relacionadas con Doris tiene antecedentes criminales. Eso nos deja con pocas opciones para encontrar un hilo del cual tirar.

—¿Qué averiguaste del exnovio y la denuncia por acoso? —preguntó Marlene.

Simón escribió un nombre en la pizarra. Entonces, dio unos golpecitos con el rotulador para señalarlo.

—A eso iba. Por ese lado, sí conseguí información interesante. En los archivos de los juzgados encontré una acusación que Doris hizo contra Germán Fonseca hace dos años. El caso fue cerrado por falta de pruebas.

—Así que no llegó a juicio… —intervino Rosendo.

—Eso me parece muy interesante —lo interrumpió Marlene—. Que hayan cerrado el caso no significa que fuera inocente.

Pilar asintió para mostrar su conformidad con la inspectora Vázquez. De inmediato, se giró de medio lado en el asiento para mirar de frente a Simón.

—¿Qué has averiguado sobre ese sujeto? —le preguntó la comisaria, tuteándolo por primera vez.

—Es arquitecto y trabaja para una constructora —respondió él—. No tiene antecedentes criminales ni tampoco otras acusaciones por acoso. Está empadronado en un piso de la Avenida Solidaridad.

Pilar asintió con los ojos entornados.

—Muy bien, Aguirre. Te ocuparás de interrogarlo —Antes de que el inspector pudiera responder, la comisaria se volvió hacia Marlene—. Me comentaste que estabas investigando el hotel de los padres de la víctima. ¿Qué puedes decirnos acerca de ese tema?

La inspectora cogió aire y respondió con tono profesional.

—El hotel Doris está ubicado en la calle Sagasta…

—A mí eso no me dice nada —protestó Simón—. Sabes que acabo de llegar y todavía no conozco Logroño.

Marlene torció la boca y dejó escapar un suspiro.

—Muy bien, te lo aclaro: Se trata de una calle bastante céntrica, pero eso no es lo que importa. Lo interesante es que, hasta hace cinco años, el hotel Doris era un pequeño hostal de una estrella. Por esa fecha se desató un incendio, y como resultado, sufrió pérdida total. Por suerte para los Osorio, disponían de un buen seguro —todas las espaldas se envararon y las miradas se clavaron en la inspectora al mismo tiempo. Ella asintió—. Sí, estáis pensando

lo mismo que yo. El pago de ese seguro permitió que los Osorio no solo reconstruyeran su negocio, sino también que mejoraran sus instalaciones. Cuando el hotel reabrió sus puertas, ya había conseguido las tres estrellas.

—Eso es muy interesante —reconoció Simón con el ceño fruncido —¿Los bomberos no encontraron nada sospechoso?

—No.

—Aun así, tenemos que averiguar más sobre ese asunto —opinó Pinto.

Ignacio levantó la mano para intervenir.

—Quizá la desaparición de la víctima esté relacionada con el incendio.

Marlene asintió

—Estoy de acuerdo contigo. Es muy probable que tengas razón.

La sonrisa que desplegó Zabala, lo hizo parecer todavía más joven. Pilar tomó la palabra.

—Marlene, ocúpate tú misma de investigar todos los detalles que puedas sobre ese incendio —En ese momento, un gruñido de Rosendo, que pretendía ser un saludo, anunció la llegada de dos mujeres y desvió la atención de la comisaria hacia ellas—. Ya estáis aquí. Bien, quiero presentaros al nuevo miembro del equipo: el inspector Simón Aguirre.

La mujer de mayor edad, de rostro redondeado y con un ligero sobrepeso, buscó a Marlene con la mirada y la saludó con un asentimiento. Solo entonces se acercó a la pizarra, donde Simón permanecía con el rotulador en la mano como un escolar.

—Bienvenido. Soy Valeria Padrón, inspectora. Y mi compañera es la subinspectora Marta Ledesma.

La mujer más joven desplegó una sonrisa honesta cuando vio a Simón. Él les estrechó la mano y ellas ocuparon sus asientos, a instancias de Calvo. La comisaria le pidió a Simón que pusiera al día a las recién llegadas con respecto al caso. Él hizo un resumen de la situación. Cuando terminó, Pilar se volvió hacia Rosendo.

—Pinto, quiero que tú y Zabala os ocupéis de interrogar a los vecinos de Doris. Quizá alguien vio algo o tiene información

importante acerca de la mujer que desapareció.

—Sí, señora —respondió Rosendo.

—No debemos olvidar el móvil de la víctima —intervino Simón—. Podría tener información importante que nos permita aclarar qué fue lo que pasó.

—No me gusta que me interrumpan, Aguirre —sentenció Pilar con tono severo—, pero admito que tienes razón. Padrón, tú y tu compañera os ocuparéis de reuniros con Toni en el laboratorio de Informática. Si existe alguna información importante en ese móvil, estoy segura de que él la encontrará. Vázquez, la dirección del caso queda en tus manos. Mantenme informada.

—Sí, comisaria.

—¿Alguna pregunta? —Calvo paseó la mirada por cada uno de sus subalternos—. En ese caso, a trabajar. Tenemos que encontrar a esa chica, antes de que sea demasiado tarde.

8-GERMÁN FONSECA.

La primera que abandonó la reunión fue la comisaria Calvo. Los policías se levantaron de sus asientos en cuanto ella cruzó la puerta. Simón dejó el rotulador sobre la mesa, al mismo tiempo que Valeria y su compañera se le acercaron.

—Es un placer recibirte en el equipo, Simón —le dijo la inspectora Padrón con tono amable—. Espero que te sientas a gusto con nosotros.

—Muchas gracias, Valeria.

Marta, a su lado, desplegó una amplia sonrisa.

—Yo también te doy la bienvenida. Estoy segura de que nos llevaremos bien.

Antes de que él pudiera responder, la joven subinspectora le dio un beso en cada mejilla, y Marlene desvió la mirada hacia los documentos que reposaban sobre la mesa. En respuesta, Simón le sonrió a Marta y le devolvió los besos como si se tratara de una vieja amiga.

—Os agradezco el recibimiento. Siempre es satisfactorio encontrar personas agradables cuando se comienza en un nuevo trabajo.

—Uno de estos días, cuando sea posible, tenemos que salir todos a tomar unas cervezas o un café —sugirió Valeria, incluyendo a Marlene en la invitación con la mirada—. Si vamos a trabajar juntos, debemos conocernos mejor.

—Por supuesto.

—Sin embargo, no será antes de encontrar a la chica —los urgió Marlene.

—Desde luego, tienes razón —reconoció la inspectora Padrón sin dejar de sonreír—. Será mejor que Marta y yo bajemos al

laboratorio de Informática.

En cuanto Valeria y su compañera salieron de la sala de reuniones, Marlene cogió los documentos y se levantó de la silla. Al mismo tiempo, Rosendo se acercó a la cabecera de la mesa, y pasando de largo junto a ella, le dio una palmada en el hombro a Simón.

—Me alegra conocerte, colega. A mí también me gustaría invitarte a unas cañas cuando haya oportunidad.

Ignacio lo secundó con una sonrisa y un asentimiento.

—Gracias, estaré muy complacido de aceptar.

Pinto volvió a palmear el hombro de Simón y salió, ignorando a Marlene por completo. Zabala lo siguió, pero él sí se despidió de ella con una sonrisa, que la inspectora correspondió con un asentimiento.

Simón y Marlene se quedaron solos. Ella se volvió hacia la puerta, pero él no se movió.

—¿Por qué Pinto se comporta tan borde contigo?

—Porque no estoy dispuesta a soportar tonterías de parte de un imbécil. ¿Responde eso tu pregunta?

Simón cogió aire y se encogió de hombros.

—De acuerdo. No es asunto mío. Quizá sea mejor que nos centremos en la investigación.

—Quizá.

—A esta hora, Germán Fonseca debe estar trabajando, y debería encontrarlo en una construcción del 125 de la calle Fuenmayor. ¿Podrías indicarme cómo llegar?

—¿Por qué no usas el GPS de tu coche nuevo? Estoy segura de que te conducirá al lugar correcto sin mi ayuda.

Sin darle tiempo a responder, Marlene también salió de la sala en dirección a su módulo. De repente, Simón se había quedado solo y plantado como un pasmarote. Miró con nostalgia la puerta por la que Marlene había desaparecido. La añoranza lo asaltó a traición. Él la apartó de inmediato de su mente y se insultó a sí mismo por haberse permitido ese momento de debilidad. ¿Cuándo se convencería de que ella no lo merecía? Siguió el ejemplo de sus

colegas, abandonó la sala de reuniones y se encaminó hacia el ascensor.

Una vez en el coche, Aguirre introdujo los datos en el GPS y estudió la ruta, antes de encender el motor. Llegó sin contratiempos, gracias a la voz femenina y un poco robotizada que le iba señalando el camino.

El inspector aparcó en la calle, frente al edificio en construcción donde trabajaba el exnovio de Doris. En cuanto cruzó la valla que delimitaba la obra, escuchó una voz de alto.

—¿A dónde coño cree usted que va?

Un hombre corpulento, con chaleco amarillo y un casco naranja, se le acercó a paso apresurado. Aun a distancia, su enfado resultó evidente para el policía.

—Busco a una persona que trabaja en esta construcción.

Ya el obrero estaba a su lado. El tono de su voz no dejaba dudas sobre su estado de ánimo.

—A ver si se entera: esto no es un parque. Estamos en propiedad privada y usted no puede entrar.

Con un suspiro, Aguirre sacó su credencial y se identificó. El hombre la estudió con el ceño fruncido, antes de devolvérsela con un parpadeo.

—¿Qué puede querer un policía aquí?

—Necesito hablar con Germán Fonseca —respondió Simón, al mismo tiempo que guardaba la identificación en el bolsillo interno de su chaqueta —. ¿Está aquí? ¿Señor…?

—Mi nombre es Eduardo Rojas y soy el jefe de obra —Ya recuperado de la sorpresa, Rojas miró al policía de arriba abajo—. Policía o no, para poder entrar tiene que cumplir ciertas normas. La seguridad es mi responsabilidad y la tomo muy en serio.

El inspector asintió.

—Se comprende.

—Lo primero es que tiene que usar un casco, así que quédese aquí y espere.

Sin darle tiempo a responder, Eduardo se alejó del policía con el mismo paso apresurado con el que se había acercado. Dejó a Simón parado junto a la cerca, recorrió la distancia que lo separaba

de la obra y se adentró entre los montones de ladrillos, los tablones, las barras de acero corrugado y el resto de los materiales que se acumulaban alrededor del edificio en construcción. Rojas desapareció detrás de una mezcladora de cemento, y reapareció un par de minutos después con un casco en la mano. Volvió junto al inspector sin cambiar el paso ni relajar el ceño.

—Aquí tiene.

—¿Ahora sí me permitirá entrar?

Eduardo resopló.

—¡Qué remedio! Sígame.

El jefe de obra inició la marcha y Simón lo siguió a dos pasos. Detrás de la mezcladora había un módulo prefabricado que cumplía la función de oficina técnica. Después de un par de golpes suaves en la puerta, Rojas la abrió. En el interior, el aire olía a cemento fresco y a serrín húmedo. El silencio solo era roto por el crujido de los andamiajes y las conversaciones lejanas de los obreros, que se colaban a través de la única ventana.

—Aquí está el poli que quiere verlo, señor Fonseca.

—Gracias, Eduardo. Puedes volver a tu trabajo, que yo me ocuparé de atenderlo.

Mientras los dos hombres hablaban de él como si no estuviera presente, Aguirre detalló a Germán. Se trataba de uno de los principales sospechosos de la desaparición de Doris, así que cualquier detalle podía resultar importante. Era un hombre en la treintena, y sus ropas no lo diferenciaban de ninguno de los trabajadores con los que se había cruzado en el camino. Sobre su mesa había un plano desplegado.

El arquitecto se apoyó en el respaldo de la silla en un gesto de confianza, pero el movimiento repetitivo y automático de una de sus piernas traicionaba su esfuerzo de parecer tranquilo.

—No comprendo qué interés puede tener un policía en hablar conmigo. ¿En qué puedo ayudarlo, inspector?

—Se trata de Doris Osorio. ¿La recuerda? Fue su novia, lo demandó por acoso y estuvo a punto de enviarlo a la cárcel.

Fonseca resopló como un toro.

—¡Doris! Tenía que habérmelo imaginado. Maldigo el día en que la conocí. ¿De qué me acusa ahora esa loca?

Simón entornó los ojos.

—Esa «loca» ha desaparecido bajo circunstancias que hacen sospechar un secuestro. Su vida podría correr peligro, y usted es una de las personas con más motivos para atentar contra ella. Estoy aquí porque queremos hacerle algunas preguntas al respecto.

Germán apartó la espalda del respaldo y tensó los músculos, al mismo tiempo que el color huía de su rostro. Superada la sorpresa inicial por las palabras del policía, Fonseca recuperó el aplomo. Con un gesto, invitó al inspector a que ocupara la silla frente a él. Antes de que Simón tuviera oportunidad de preguntar algo, el arquitecto soltó un gruñido y sacudió la cabeza.

—Está perdiendo el tiempo, inspector. Hace años que no tengo noticias de Doris, y para serle honesto, no albergo ningún interés en saber nada que se relacione con ella.

—¿Qué fue lo que ocurrió entre ustedes?

Fonseca apoyó las manos en el escritorio y bajó la cabeza, centrando la mirada en un punto indefinido del plano que ocupaba su mesa de trabajo. Después de una corta pausa, respondió al policía.

—¿Quiere saber lo que pasó? Se lo diré. ¡Qué esa mujer no está bien de la cabeza y yo tuve la desgracia de cruzarme en su camino! —Simón permaneció impasible, con la mirada fija en su testigo. El incómodo silencio forzó las explicaciones de Fonseca—. La conocí hace cinco años, durante una convención de arquitectos que se llevó a cabo en el hotel de su padre. Al principio me sentí atraído hacia ella. Parecía una chica agradable e ingeniosa. Comenzamos a salir. No era nada serio, ya sabe: alguna cena, bailar, un paseo el fin de semana.

—¿Ella también lo veía así?

—Eso creía yo. Se lo dejé claro desde el principio. Le dije que no tenía intención de comprometerme. Solo se trataba de pasarlo bien. Ella dijo que estaba de acuerdo.

—Pero no era cierto…

Fonseca dejó escapar un largo suspiro.

—Después de algunas semanas, Doris comenzó a hablar de un futuro juntos, y llegó al extremo de mostrarme un folleto para planificar nuestra boda. Me asusté. Aquello nunca había estado en mis planes. Le dejé claro que no quería comprometerme con nadie y le recordé que ella estuvo de acuerdo.

—¿Cómo reaccionó? —preguntó Simón con el mismo tomo que si estuviera hablando con un amigo.

—Mis palabras desataron los demonios. Doris rompió en llanto y me acusó de haberla engañado. Dijo que me había aprovechado de ella y que se iba a asegurar de que lo pagara caro —Fonseca hizo una pausa, como si necesitara recuperar fuerzas para continuar. Simón esperó. No lo presionó, pero tampoco le dio tregua. Con un suspiro, Germán continuó su relato—. Comprendí que ella tenía problemas mentales. Decidí que lo mejor sería poner distancia y me marché…

—Pero no terminó ahí —lo animó el policía.

Fonseca sacudió la cabeza.

—Un par de días después, llegó una citación del Juzgado. Doris me había puesto una denuncia por acoso. Entonces, comenzó mi pesadilla. ¿Ha escuchado eso de que el acusado es inocente hasta que se demuestre lo contrario? —El inspector Aguirre asintió —. Pues no es cierto. Al menos, no lo fue en mi caso. Perdí amistades, tuve problemas en el trabajo y mi vida se convirtió en un infierno… hasta que el juez sentenció que no había evidencias para seguir adelante con el caso. Todavía hay quien piensa que me libré porque no me pillaron.

—¿Volvió a comunicarse con Doris?

—No. Un par de meses después de que el juez cerró el caso y mi vida comenzó a recuperar la normalidad, ella me envió un mensaje. En él me decía que quería hablar conmigo, que podíamos superar nuestros problemas y tratar de reconciliarnos. ¡Después del follón en el que me había metido y que casi arruinó mi vida! Actuaba como si solo hubiésemos tenido una discusión de amantes por una nimiedad.

—¿Qué hizo usted?

—Cambié mi número telefónico, me mudé, y modifiqué todas mis rutinas.

—Comprendo. ¿Funcionó?

—Hasta ahora, sí. No había vuelto a tener noticias suyas hasta hoy.

Simón se quedó pensativo por algunos instantes. Entonces, sostuvo la mirada del posible sospechoso.

—Señor Fonseca, ¿dónde estuvo usted ayer, después de las 18 horas?

—¿Fue la hora a la que Doris desapareció? —El policía asintió de modo casi imperceptible—. No creerá usted que…

—Responda a la pregunta, por favor.

Germán frunció el ceño y tensó los músculos de la mandíbula, antes de volver a hablar.

—A esa hora estaba en mi casa.

—¿Alguien puede corroborarlo?

El arquitecto sacudió la cabeza.

—Regresé a casa temprano porque estaba resfriado y me metí en la cama en cuanto llegué.

—¿Solo?

—Vivo solo. Hablé con mi novia por teléfono cuando llegué a casa y me acosté a dormir.

9. UN INCENDIO SOSPECHOSO.

Mientras Aguirre confrontaba a Germán Fonseca, Marlene permanecía en su pequeño despacho, haciendo esfuerzos para concentrarse. Le estaba resultando muy difícil apartar a Simón de su cabeza, y convencerse a sí misma de que le resultaba indiferente. Que aquello había terminado. ¿Cuándo iba a asumir que él se había comportado como un cretino y no había ninguna justificación para que ella le dedicara ni un pensamiento? Pero era más fácil decidirlo que sentirlo. El trabajo. Había una chica en peligro y tenían que encontrarla, antes de que fuera demasiado tarde. Si continuaba con vida… Por el bien de la víctima, debían asumir que existía una posibilidad de rescate, a menos que aparecieran pruebas en contrario.

La inspectora pasó la mañana revisando los informes de los bomberos y la aseguradora con respecto al incendio. También ocupó su tiempo en hablar por teléfono con todas las personas que se habían involucrado en la investigación.

La siguiente llamada la hizo al perito de la aseguradora.

—Recuerdo el caso, por supuesto. En su momento levantó muchas sospechas.

—¿Por qué?

Marlene escuchó el resoplido al otro lado de la línea telefónica.

—El hostal original del señor Osorio apenas cumplía el Reglamento de Hospedaje, y con dificultad alcanzaba a tener una estrella. Años de mala gerencia y poca inversión en mantenimiento lo habían deteriorado, pero el propietario no escatimó en pagar la mayor cobertura que se le permitió en la póliza. Una cobertura que superaba con creces el valor real de la propiedad.

—¿Dio alguna explicación para ello?

—Durante la investigación posterior al incendio, Osorio argumentó que el hotel Doris era el único medio de vida de su familia y, por lo tanto, valioso para él, aunque se tratara de un edificio casi en ruinas.

—El argumento es aceptable desde el punto de vista del asegurado, pero ¿cómo es posible que el representante de la aseguradora le haya ofrecido esa opción?

—Eso nos preguntamos todos. Como comprenderá, la situación no resultó del agrado de la directiva, así que se buscaron responsabilidades. El agente que vendió la póliza argumentó que él seguía las directrices de la empresa, cuando hizo lo posible para que el cliente comprara la cobertura más alta, que estaba dispuesto a pagar. Y era un buen vendedor. Solo que, en este caso, la brillantez del empleado resultó contraproducente.

—Entonces, ¿el seguro tuvo que pagar más de lo que valía el hotel?

—Me temo que no lo sé. Desconozco los montos de las pólizas de los casos que investigo. Eso pertenece a otro departamento.

—Comprendo. Sin embargo, ¿consideraría usted que el incendio fue un golpe de suerte y no una desgracia? —preguntó Marlene.

—Teniendo en cuenta el hotel que se construyó para sustituir al que terminó reducido a cenizas, podría decirse que así fue.

La inspectora Vázquez pasó las páginas de la carpeta que tenía delante, hasta que encontró la que quería.

—Según consta en los documentos, la compañía aseguradora pagó la cobertura completa —comentó Marlene.

—Ni los bomberos ni nosotros encontramos ninguna evidencia de que el fuego fuera intencional.

—¿Cuál fue la causa del incendio?

—Como le decía, se trataba de un edificio muy viejo y con escaso mantenimiento, aunque cumplía con las normas mínimas. Hubo un cortocircuito, que causó una chispa. Esta chispa alcanzó una cortina. En pocos minutos, la madera, las alfombras, los

tapizados y otras telas convirtieron el edificio en una hoguera. Los bomberos hicieron su mejor esfuerzo, pero solo consiguieron evitar que el incendio se extendiera a las construcciones vecinas. Del hotel, no quedó nada que rescatar.

—¿Hubo víctimas?

—Por fortuna, no. Además de que ocurrió en temporada baja, tenían muy pocos clientes. Creo que entre huéspedes y empleados solo había tres o cuatro personas en el edificio. Salieron en cuanto comenzaron a oler el humo. Ni siquiera fue necesario que los bomberos los rescataran

—¿Usted se encargó de los peritajes en persona?

—Sí. Mi equipo y yo. Los bomberos también realizaron sus indagaciones por su lado. Hicimos un trabajo exhaustivo, pero todos llegamos a la misma conclusión: se trató de un accidente.

—Así que pagaron —insistió la inspectora.

—Usted debe saberlo mejor que yo —argumentó el perito—. Los documentos están en sus manos.

Después de agradecer al experto por su colaboración, Marlene colgó el teléfono y removió entre los documentos de la carpeta, hasta que encontró lo que buscaba. Releyó la información por tercera vez. Había algo que no encajaba, y Osorio era el único que podía aclararlo. Vázquez consideró la posibilidad de llamarlo por teléfono, pero desistió… Quería verle la cara cuando respondiera, así que la inspectora apagó su ordenador, se puso su abrigo y salió de su despacho.

Media hora después, Marlene llamaba al timbre de los padres de la víctima. Emilio abrió la puerta y perdió el color del rostro cuando la vio.

—Inspectora, ¿tienen noticias de Doris?

—Me temo que todavía no, señor Osorio, pero estamos trabajando para encontrar a su hija. Por eso estoy aquí. Debo hacerle algunas preguntas más.

La mujer de Osorio se asomó al salón.

—¿Quién es, Emilio?

—Es la inspectora que se ocupa de buscar a Doris.

La señora Márquez tensó los músculos del rostro y retorció el pañuelo que tenía en las manos.

—¿Doris apareció?

Marlene rechinó los dientes, bajó la cabeza y desengañó a la madre de la víctima. La pobre mujer se enjugó los ojos.

—¿Cree que la encontrarán, inspectora? ¿Estará bien?

La policía cogió aire, antes de responder.

—Puedo asegurarle que no escatimaremos esfuerzos para encontrarla lo antes posible, señora Márquez.

Emilio miró a su mujer con tristeza.

—No presiones a la inspectora, cariño. No puede hacernos promesas.

Osorio se hizo a un lado, y con un gesto de la mano invitó a Marlene a pasar. Después de cruzar un corto vestíbulo con una percha y un paragüero, la pareja condujo a su visitante hasta el salón. Una vez sentados, la inspectora se acomodó en el asiento y carraspeó.

—Señor Osorio, durante las indagaciones han surgido algunas dudas acerca del incendio de su hotel. Necesitamos aclararlas.

—No entiendo por qué pierde el tiempo en ese asunto, cuando lo único que importa es encontrar a Doris —protestó Brígida con lágrimas en los ojos.

—Tenemos que indagar todas las opciones —argumentó Marlene con voz paciente.

Emilio cogió la mano de su mujer y miró a la inspectora a los ojos.

—Pregunte lo que quiera, si eso contribuye a devolvernos a nuestra hija.

Marlene llenó sus pulmones de aire.

—¿Qué fue lo que pasó?

Osorio negó despacio con la cabeza, sin soltar la mano de su mujer.

—Como ya le dijo Brígida, el incendio no tiene nada que ver con la desaparición de Doris. Era una construcción muy vieja. Hubo un cortocircuito y una chispa alcanzó una cortina. En pocos minutos todo el edificio ardió como una hoguera. Pérdida total. Por fortuna,

no hubo víctimas que lamentar y lo teníamos asegurado. Después de una exhaustiva investigación, el seguro pagó y nosotros pudimos reconstruir nuestro modo de vida.

—Según consta en los documentos, la compañía de seguros le pagó un millón de euros de compensación por la pérdida total del edificio —Emilio asintió—. Se trata de una cantidad de dinero considerable, pero no suficiente para construir la estructura que existe hoy. Mi pregunta es: ¿de dónde salió el resto del dinero que se necesitaba para completar la obra?

—De un crédito, por supuesto. El pago del seguro sirvió para comenzar los trabajos. Lo demás salió de la hipoteca de este piso, y cuando concluyó la construcción, el propio edificio fue el aval para acondicionarlo. No fue fácil, pero lo conseguimos.

—¿Cuál fue el banco que concedió el préstamo?

—El Banco de Logroño.

—¿Cuánto les falta por pagar de la deuda?

—Más o menos la mitad del préstamo.

—¿Solo la mitad? —repitió Marlene con un parpadeo.

—El hotel tiene una ubicación privilegiada y Antonio es un gerente muy eficiente. El servicio es inmejorable y los precios competitivos. En las temporadas bajas hospedamos convenciones, así que estamos casi al completo todo el año.

La inspectora Vázquez frunció el ceño y se quedó pensativa por un momento, antes de continuar.

—Me gustaría ver las cuentas.

—¿Por qué? —preguntó Emilio, a la defensiva—. Su deber es encontrar a Doris, no meter las narices en nuestro hotel.

—Es necesario —sentenció Marlene—. Conseguiré una orden. ¿Tienen enemigos? ¿Alguna sospecha de que el incendio hubiera sido provocado por un competidor?

Emilio se encogió de hombros.

—No. Todas las investigaciones confirmaron que se trató de un accidente.

—¿Qué me dicen de Doris? ¿Sospechan ustedes de alguien que pudiera estar relacionado con su desaparición?

Emilio y Brígida intercambiaron una mirada. Ella fue quien respondió.

—No queremos acusar a nadie, pero ese chico con el que vive Doris no nos gusta.

—¿Por qué?

—Según lo que me ha contado mi hija, tiene muy mal carácter.

La inspectora envaró la espalda y miró a Brígida a los ojos

—¿A qué se refiere?

Emilio fue quien respondió.

—Carlos es muy explosivo.

Marlene entornó los ojos y detalló a los padres. Emilio apretaba la mano de su mujer como si quisiera transmitirle seguridad. La inspectora reanudó el interrogatorio.

—¿Sospechan ustedes que Carlos Vidal es un maltratador?

Brígida llenó sus pulmones de aire y lo dejó escapar despacio, antes de responder.

—No tenemos ninguna prueba de algo así, pero Doris se quejaba conmigo de que él le gritaba con frecuencia.

— ¿Alguna vez le puso la mano encima?

—Si lo hizo, nosotros nunca nos enteramos —respondió Emilio, negando con la cabeza.

Brígida estaba tan tensa, que sus músculos se marcaban debajo de la piel, así que Marlene decidió presionarla.

—¿Brígida? ¿Es eso cierto?

La madre de Doris cerró los ojos y suspiró.

—Emilio nunca lo supo, pero en un par de ocasiones, vi algunos moratones en los brazos de Doris.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —preguntó Osorio, con el ceño fruncido y los músculos de la mandíbula tensos.

—Doris no les dio importancia y yo sabía que si te lo comentaba, irías a pedirle cuentas a Carlos. No tenía la certeza de que él tuviera algo que ver. Solo quería estar segura, antes de mencionarlo.

La inspectora tomó nota de la posibilidad de que la pareja de Doris pudiera ser un maltratador. Se despidió y se levantó para

marcharse, cuando un mensaje entró en su móvil. Lo consultó antes de salir. Valeria la urgía a que la llamara.

10. UN ENCUENTRO INTERESANTE.

Marlene salió de la casa de los Osorio Márquez. Los rayos oblicuos del sol calentaban lo justo y el aire era cortante en las esquinas. Cuando pasó junto a un bar, pudo escuchar el murmullo de los clientes y percibir el aroma del pan tostado. Ignorando el rugido de su estómago, la inspectora se encaminó al lugar en el que había aparcado el Astra azul de la Jefatura y se sentó detrás del volante. Entonces, llamó a Valeria. Su colega respondió de inmediato.

—Hay noticias —le anunció la inspectora Padrón—. Toni ha conseguido escudriñar en los secretos del móvil de la víctima. En pocos minutos enviará un informe con los resultados a todo el equipo, pero quise adelantártelos cuanto antes.

—Te escucho.

—Además de las comunicaciones normales con sus padres, su amiga Sonia y su pareja, Toni encontró dos chats que son muy interesantes. El primero corresponde a Antonio Robledo.

—¿Robledo? ¿El gerente del hotel? Tenía entendido que no se llevaban bien.

—No se trata de una comunicación fluida —reconoció Valeria —, pero la víctima y él acordaron un encuentro para cenar hace dos semanas, a instancias de Doris. Después de eso, nada.

—La información es interesante —comentó Marlene pensativa —. Me pregunto si Osorio habrá tenido noticia de la reunión entre su hija y su empleado estrella. ¿De quién es el segundo chat?

—Este también da que pensar. Corresponde a Germán Fonseca. Mantuvieron una comunicación fluida que cesó hace dos años. Entonces, se cortó el contacto. Sin embargo, los mensajes se reanudaron hace cinco semanas.

—¿Quién reactivó el chat?

—Doris. Ella intentó restablecer el vínculo, pero según me explicó Toni, además de que había sido bloqueada por la cuenta receptora, el número telefónico ya estaba fuera de servicio. Por más que insistió, ninguno de los mensajes llegó a su destino.

—Curioso, no tiene mucho sentido tratar de reanudar el contacto con un acosador. ¿Qué decían esos mensajes?

—Que lo echaba de menos y que todavía podían arreglar las cosas. Que le diera la oportunidad de hablar con él.

—Es muy extraño. ¿Existe algún indicio de que esa conversación se llevara a cabo en persona?

—Me temo que eso no lo sabemos todavía —reconoció Valeria.

—Gracias, Val. Estás haciendo un gran trabajo. Nos veremos en la comisaría.

Marlene terminó la llamada y marcó el número de su compañero. En pocas palabras lo puso al día, acerca del hallazgo del laboratorio de Informática.

—… Si todavía estás con Fonseca, esta información te puede resultar de utilidad.

—Así es —confirmó Simón—. Gracias por el dato.

Después de terminar la llamada, Marlene encendió el motor y puso rumbo al Hotel Doris, en la calle Sagasta. Tenía que hacerle algunas preguntas al señor Antonio Robledo.

La inspectora llegó a su destino en pocos minutos. Las tres plantas del hotel se alzaban en la esquina, como un discreto prisma de ladrillo y cristal. En cada fachada se podían contar diez ventanas que reflejaban los destellos del sol. La inspectora empujó la doble puerta acristalada y entró en el vestíbulo, donde el ligero eco de sus pasos resonó sobre el mármol pulido. La envolvió un tenue olor a cera recién aplicada, que daba un leve toque impersonal al ambiente. Detrás del mostrador, la recibió una chica con traje de chaqueta y falda azul marino, con una sonrisa que parecía pintada, pero que no alcanzaba sus ojos.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarla? ¿Tiene reservación?

Marlene le mostró su identificación.

—Debo hablar con el gerente.

La recepcionista recibió la solicitud con un parpadeo.

—Aguarde un momento, por favor.

La joven usó la centralita para comunicarse con la gerencia, sin quitarle la vista de encima a Marlene, como si necesitara vigilarla para que no desatara el caos en su ordenado mundo. Después de una corta conversación, terminó la comunicación.

—Enseguida la atenderán.

Casi de inmediato, apareció una mujer que ya rondaba los sesenta años y le pidió que la siguiera. La condujo hasta la gerencia, llamó a la puerta de Robledo, y después de anunciarla, le permitió pasar.

En cuanto Marlene entró, la rodearon los olores del papel viejo y el café recién hecho. El tictac de un reloj antiguo rompía el silencio, y las lamas del ventanal trazaban franjas de luz sobre la alfombra persa. De pie, detrás del escritorio de roble, el gerente la miraba con una mezcla de curiosidad y preocupación.

Con un gesto, Robledo invitó a Marlene a que ocupara la silla frente a él y solo entonces, volvió a sentarse.

—¿En qué puedo ayudarla, inspectora? Ya don Emilio me informó acerca de la desaparición de Doris. Estoy dispuesto a colaborar en lo que sea necesario para que puedan encontrarla.

—Me alegra contar con su buena disposición, señor Robledo. Dígame, ¿cómo es su relación con los Osorio Márquez?

—Trabajo para la familia desde hace muchos años. Me contrataron como botones del viejo hotel cuando todavía era un chaval. Fui testigo del enorme esfuerzo que representó la recuperación del negocio familiar, después del incendio. Además, más allá de la relación laboral, don Emilio y doña Brígida siempre me han tratado como a un hijo, y yo hago lo posible para corresponder a ese afecto.

—¿Qué me dice de Doris? He recibido información de que su relación con ella no era tan fluida.

Antonio dejó escapar un suspiro.

—Me temo que su información es cierta. Doris siempre me ha visto como una amenaza.

—¿Por qué?

El gerente se encogió de hombros.

—Supongo que por celos. Doris es hija única y siempre ha sido muy mimada. No lleva bien que sus padres sientan afecto por un extraño como si fuera un hijo… Es una situación que no le gusta y nunca lo ha ocultado. Además…

—¿Qué?

—Don Emilio suele ponerme como ejemplo, lo cual enoja a su hija todavía más.

—Sabemos que Doris promovió un encuentro para cenar con usted, hace tres semanas. Considerando que lo detesta tanto, ¿cuál fue el motivo?

Antonio asintió despacio.

—Es cierto. Yo fui el primer sorprendido cuando recibí aquellos mensajes. Acepté por cortesía.

—¿Qué pasó durante esa cena?

—El resultado no fue agradable. Debo reconocer que en un primer momento su tono fue amistoso, pero comenzó a hacerme preguntas acerca del hotel y las conversaciones que yo sostenía con su padre sobre el negocio. Yo le dejé claro que no traicionaría la confianza del señor Osorio. Le sugerí que tratara esos temas con él.

Marlene entornó los ojos.

—¿Por qué no aceptó hablar con ella al respecto? Es parte de la familia y la única heredera de los Osorio Márquez. Quizá hubiera podido enterrar el hacha de guerra, lo cual lo habría beneficiado.

Robledo negó despacio con la cabeza, se inclinó hacia adelante y se explicó.

—Habría aceptado responder a las preguntas que no hubieran implicado una confidencia, si no se hubiera tratado de Doris, pero conociéndola desde hace tanto tiempo, la propuesta disparó mis alarmas. Doris es… siempre quiere salirse con la suya, y no escatima recursos para conseguirlo.

—¿Qué quiere decir con eso?

Antonio se removió en el asiento como si estuviera incómodo.

—Tal vez no debería hablar así de la hija de mi jefe y amigo, pero en estas circunstancias, tengo que ser honesto. Doris es

manipuladora y una mentirosa compulsiva. No me cabe ninguna duda de que, si se acercó a mí para indagar acerca del hotel, fue con alguna doble intención. Por eso preferí mantener silencio al respecto.

—¿Cómo reaccionó ella?

—Se enfadó, por supuesto. Tengo que reconocer que me hizo pasar un mal rato. Después de insultarme y amenazarme, se marchó, dejándome plantado allí. Yo pagué la cuenta y regresé a casa. No había tenido noticias de ella, hasta ahora.

Marlene guardó silencio durante algunos segundos, mientras en su cabeza se reproducía la escena que el testigo acababa de describir.

—Señor Robledo, ¿dónde estuvo ayer, alrededor de las dieciséis horas?

—Aquí mismo, en el hotel.

—¿Aquí, en su despacho?

Después de pensarlo un momento, el gerente sacudió la cabeza.

—No. Dos empleados y yo estuvimos preparando la recepción de una convención de enólogos, y pasé la tarde revisando las habitaciones reservadas, para asegurarme de que todo estaba en orden.

La inspectora se puso de pie.

—Le agradezco su colaboración, señor Robledo. Por favor, manténgase localizable.

Marlene salió del hotel con más dudas que respuestas. ¿Robledo había dicho la verdad o escondía algo? Decidió que tendría que investigar al gerente, así que subió al coche y decidió regresar a la Jefatura Superior.

11. UNA CONVERSACIÓN INCÓMODA.

La inspectora Vázquez llegó a la Jefatura Superior treinta minutos antes de la hora pautada para la reunión de la tarde. De camino hacia su despacho, encontró a Valeria y Marta en el módulo de la primera. Marta tecleaba en su portátil, mientras Valeria permanecía atenta a la pantalla. Ambas detuvieron su tarea cuando Marlene se asomó en el umbral para saludarlas.

—¿Qué te parece tu nuevo compañero? —preguntó Valeria con picardía—. Es muy guapo.

Marlene soltó un gruñido.

—¡Es un cretino! Si hubiera podido elegir, habría preferido trabajar con cualquier otro policía. Hasta con Pinto.

Valeria enarcó las cejas.

—No puedes estar hablando en serio. ¿No eres demasiado severa? Quiero decir, apenas lo conoces. Todavía no han pasado veinticuatro horas desde que llegó al equipo. Tal vez deberías darle una oportunidad.

—Ese no merece ninguna oportunidad. El problema es que sí lo conozco. Más de lo que quisiera.

Valeria y Marta intercambiaron una mirada, antes de volver a centrar su atención en su compañera.

—Entonces… —murmuró la inspectora Padrón, enarcando las cejas.

Después de pensarlo por un momento, Marlene dejó escapar un suspiro y se explicó.

—Simón y yo nos conocimos en Madrid, sostuvimos una relación y vivimos juntos durante cinco años. Nos separamos hace

dos años. Os aseguro que sé de lo que hablo.

—¡Cinco años viviendo juntos! —exclamó Valeria—. Si es tan malo como dices, ¿cómo pudiste soportarlo tanto tiempo?

Marlene negó con la cabeza despacio.

—En realidad, tengo que reconocer que aquellos cinco años fueron increíbles, pero… en fin… Me enteré de que me estaba engañando con otra mujer, y lo mandé a oler calcetines.

—¡Vaya! Lo siento mucho.

Marta se mordió los labios, antes de intervenir en la conversación.

—¿Sigue sintiendo algo por él, inspectora?

—¡Por supuesto que no! Todo terminó entre nosotros y cuanto antes pueda perderlo de vista, mejor.

La subinspectora bajó la mirada con timidez.

—Debo confesar que el inspector Aguirre me atrae. Quisiera saber si eso representa un problema para usted.

Marlene envaró la espalda y sacudió la cabeza.

—Visto lo visto, mi consejo es que te mantengas alejada de él, pero si quieres correr el riesgo, tú misma. ¡Adelante!

Marlene consultó su reloj sin que Marta tuviera oportunidad de responder.

—Os dejo, chicas. Quiero hacer algunas indagaciones, antes de que comience la reunión. Urge encontrar a Doris Osorio. Es posible que su vida esté corriendo peligro en este momento.

Vázquez se encaminó a su propio módulo y se concentró en la investigación del gerente, hasta que Tere le avisó por la centralita que la reunión iba a comenzar en cinco minutos. La inspectora cogió una carpeta con documentos sobre el caso, se encaminó a la sala de reuniones y maldijo su mala suerte. El único que había llegado era Simón. Lo saludó en un tono frío y recibió una respuesta similar. ¿Por qué tenía que sentirse tan atraída por ese imbécil? No era justo que cuando ya había conseguido comenzar a olvidarlo, ahora tuviera que verlo todos los días.

La sala de reuniones olía a café recalentado y tinta de rotulador, y las luces fluorescentes del techo se reflejaban sobre la superficie brillante de la mesa ovalada. Marlene se sentó en la silla

más alejada de su ex. Él se apoyó en el respaldo con una media sonrisa que la desquició. Antes de que Simón pudiera decir una palabra, que tal vez los llevara al terreno personal, ella le preguntó si había hecho progresos con Fonseca. Aguirre se encogió de hombros.

—Descubrí algunos datos interesantes, pero no pienso repetirme. Los expondré durante la reunión. ¿Tú encontraste algo?

—Sí, por supuesto, pero comprenderás que tampoco tengo intención de decir lo mismo dos veces. No estoy para perder el tiempo.

Simón se levantó para acercarse a la pizarra y centró su atención en las fotos que estaban sujetas en su superficie. Marlene frunció el ceño y abrió la carpeta que había llevado consigo, simulando estar concentrada en su contenido. De vez en cuando echaba una ojeada furtiva a su compañero, quien no apartaba la mirada del tablón.

De repente, ella no lo soportó más y cerró la carpeta de golpe.

—¿Por qué me seguiste? ¿Por qué no me dejas continuar con mi vida en paz?

Simón se giró con lentitud, permitiendo que el silencio se prolongara entre ellos, incrementando la tensión.

—¿Perdón? Yo no he seguido a nadie.

—Ah, ¿no? Entonces, explícame qué haces en Logroño. ¿Por qué pediste traslado a la misma jefatura donde yo estoy trabajando?

—Fue una coincidencia.

Marlene soltó una falsa carcajada breve y amarga, al mismo tiempo que cruzaba los brazos.

—¡No creo en coincidencias! De todas las posibles jefaturas y comisarías que hay en España, ¿cómo terminaste en esta?

Simón soltó un gruñido.

—No tuvo nada que ver contigo. Lo último que esperaba era encontrarte aquí. ¿Cómo iba a saberlo?

—¿Por qué escogiste Logroño?

—Porque era la única plaza que estaba disponible y me urgía salir de allí.

—¡No te creo! Siendo yo riojana, era lógico que hubiera pedido traslado cerca de mi familia. Además, tú te sentías a gusto y encajabas bien en Madrid. ¿Por qué decidiste pedir traslado? No tiene sentido, a menos que persiguieras un objetivo: ¡Seguirme!

—No todo se trata de ti, ¿sabes? No es asunto tuyo, pero te lo diré de todos modos. Un año después de que te fuiste, designaron un nuevo comisario para el equipo. Era un merluzo. Ya me conoces, no soporto a los imbéciles. En muchas ocasiones expresé mi desacuerdo con sus órdenes y casi siempre, el tiempo terminó dándome la razón. Así que me detestaba. Se dio a la tarea de hacerme la vida imposible. Me asignaba los casos más complicados y peligrosos. Cuando los resolvía, se las arreglaba para quitarme todo el mérito.

Marlene soltó un bufido.

—Así que pediste traslado porque tu comisario te quitaba el mérito y tu ego no lo soportó.

Simón tensó los músculos de la mandíbula y cogió aire, antes de responder.

—Fue mucho más que mi ego. Mi última asignación fue un trabajo de infiltración. Me descubrieron y casi me matan. Pasé tres semanas en el hospital, así que decidí que tenía suficiente. Por eso pedí traslado.

Marlene descruzó los brazos y parpadeó, al mismo tiempo que se inclinaba hacia adelante. La severidad de su rostro había quedado resquebrajada por una fisura de auténtica preocupación.

—¿Por qué pasaste tres semanas en el hospital? ¿Estás bien?

Simón se encogió de hombros.

—Cuando los tíos que estaba investigando descubrieron que era un poli infiltrado, me dieron una cuchillada por la espalda. Dolió, pero ya estoy recuperado. ¿Por qué lo preguntas? ¿Te importa?

Marlene se echó hacia atrás en su asiento.

—¡Por supuesto que me importa! Eres un colega y un ser humano. Me alegra que estés bien. Solo pregunté por humanidad.

Simón dibujó una sonrisa sarcástica que apenas duró un segundo, pero que consiguió que Marlene apretara los puños bajo la mesa. Por suerte para ambos, la puerta se abrió de golpe, dando

paso a Valeria y Marta, que irrumpieron conversando en murmullos y con expedientes en la mano.

12. COMPARANDO NOTAS.

Marlene se acomodó en su asiento y sujetó el borde de la mesa como si se tratara de un ancla. Al tacto, la superficie laminada estaba tan fría como el nudo que le apretaba el estómago. Simón permaneció de pie junto a la pizarra.

Valeria avanzó con paso decidido, y después de un saludo breve, paseó su mirada por la distancia que mediaba entre Marlene y Simón. Se sentó en una de las sillas centrales, dejando espacio para su compañera junto a ella. Marta la siguió, al mismo tiempo que dirigía un leve asentimiento cómplice a Marlene. Cuando sus ojos se cruzaron con los de Simón, le regaló una sonrisa que se demoró un segundo más de lo necesario. Entonces, se acomodó junto a Valeria, colocándose un mechón de cabello detrás de la oreja, con estudiada naturalidad.

Marlene abrió su cuaderno y fingió releer las notas, al mismo tiempo que respiraba profundo, en un esfuerzo por tranquilizarse. Anotó un garabato sin sentido, solo para no seguir la curva de los hombros de Simón cuando él se inclinó hacia la pizarra.

La puerta volvió a abrirse. Pinto entró arrastrando los pies, con la boca fruncida como si hubiera mordido un limón. Detrás, Ignacio traía el cabello alborotado y un optimismo casi insultante. El joven dedicó una sonrisa a Marta, buscando complicidad, pero ella solo soltó un ligero suspiro, clavó la vista en el tablero y deslizó la mano hacia su móvil, ignorando al joven subinspector con disimulo.

—Vaya, hoy hemos sido puntuales —comentó Pinto, depositando su carpeta con un golpe sordo, justo frente a Valeria. El comentario iba cargado de ácido, pero la inspectora alzó una ceja y dejó que se desvaneciera en silencio.

Simón giró el marcador entre los dedos, sin levantar la mirada. Durante algunos instantes, el ambiente estuvo un poco cargado, pero la llegada de la comisaria Calvo forzó una actitud profesional que rompió la tensión. Simón regresó a su silla, al mismo tiempo que Pilar ocupaba su lugar en la cabecera de la mesa.

—Supongo que no es necesario que insista en la importancia de rescatar a Doris Osorio lo antes posible. Necesitamos avances concretos —sentenció la comisaria Calvo. Entonces, centró su atención en Rosendo— Pinto, comienza tú.

Después de soltar un gruñido casi inaudible, Rosendo se puso de pie y se acercó hasta la pizarra, con el rotulador en la mano. Agregó algunas notas, conforme hablaba.

—No hay muchos vecinos en la calle San Adrián, donde reside la víctima. Solo un internado, y algún que otro caserío abandonado, a bastante distancia. Ningún otro chalé en toda la calle.

—Los únicos vecinos con los que pudimos hablar fueron los maestros y trabajadores del colegio —aclaró Ignacio.

—¿Encontrasteis algún testigo entre ellos? —preguntó Pilar.

Rosendo sacudió la cabeza.

—Ninguno conoce a la pareja, aunque el portero admite que en ocasiones ha visto a Doris corriendo junto a la carretera. Por lo visto, acostumbraba a hacerlo casi a diario, antes de desaparecer.

—¿El portero vio algo sospechoso ayer?

Pinto hizo una pausa de un segundo, como si meditara su respuesta. Entonces, asintió.

—Ayer, el portero vio pasar a la mujer cuando corría a un lado de la carretera y pocos minutos después apareció un coche. No es habitual el tráfico de vehículos por ahí, salvo por los coches de los profesores del colegio y de los padres que visitan el internado por algún motivo. En este caso, no se trató de ninguno de estos. Vio un SEAT Ibiza negro desconocido. El vigilante pensó que debía tratarse de alguien que se había perdido.

—¿Identificó al conductor? —preguntó Simón.

—Apenas lo vio. Solo pudo decirme que era un hombre de mediana edad con el cabello muy corto. No fue capaz de precisar

más detalles de su apariencia, ni de responder si iba solo o llevaba pasajeros. En cualquier caso, solo pasó por allí.

—¿Anotó la matrícula? —preguntó Marlene.

—Por supuesto que no. En ese momento no había ningún motivo para hacerlo. A pesar de que el portero no se movió de su caseta, no volvió a ver a la víctima.

—¿No le sorprendió? —preguntó Valeria.

—No. Al parecer, en las últimas semanas, ella seguía una ruta que la llevaba de regreso a su casa por otro camino, así que solo pasaba una vez frente al internado.

Simón estaba escuchando con el ceño fruncido.

—¿No hay otros testigos?

Rosendo sacudió la cabeza.

—Ninguno de los profesores ni de los chicos vio nada.

—No es de extrañar —intervino Ignacio—. A esa hora, todos se encontraban en clase.

Un ligero golpe en la puerta desvió la atención de los policías. Teresa se había asomado con timidez.

—Lamento la interrupción. Un mensajero del laboratorio de Científica acaba de traer un informe para usted, comisaria. Lo envía el jefe Barros en persona.

Sin esperar respuesta, la secretaria dejó un sobre frente a Calvo y salió de la sala de reuniones, cerrando la puerta con un clic seco.

La sala contuvo la respiración, mientras la comisaria Calvo deslizaba el dedo por la solapa con una lentitud exasperante. Pilar sacó el folio y comenzó a leerlo en silencio. Marlene desvió la mirada hacia Simón, sin poder evitarlo. Él mantenía los brazos cruzados y el mentón tenso, con la mirada clavada en su superiora. Expectante, como el resto del equipo.

La comisaria pasó dos hojas con un chasquido y clavó los ojos en la parte baja del informe. El silencio era casi palpable. Marlene se mordió los labios, y su mirada siguió la de Pilar. Entonces, la comisaria Calvo apartó la atención del documento y levantó la barbilla, dirigiéndose al resto del equipo.

—Los cabellos que aparecieron en la escena del crimen se corresponden con las muestras que cogieron en el chalé de Vidal, pertenecientes a la víctima.

—Ya lo sabíamos por el contenido del teléfono —comentó Pinto.

—Es cierto —admitió Pilar con el ceño fruncido—, pero ya tenemos la confirmación, sin lugar a duda, de que todos los objetos que se encontraron a un lado de la carretera pertenecen a Doris Osorio.

—¿Por qué los dejaron? —preguntó Marta.

—¿A qué te refieres? —la presionó Pinto.

—Lo que quiero decir es que sin importar quién se llevó a Doris, lo lógico sería que no quisiera dejar atrás ninguna huella. ¿Por qué no recogieron la gorra y el móvil?

—Quizá no se percataron de lo que habían dejado atrás —sugirió Valeria—. Tal vez tenían demasiada prisa y por eso no fueron cuidadosos.

—Es posible que tengas razón —la respaldó Marlene—. Esos objetos aparecieron junto al camino, pero estaban entre matorrales.

Pinto frunció el ceño, antes de intervenir.

—Sin embargo, el padre y el novio de la víctima los encontraron con facilidad.

Simón asintió.

—El padre y la pareja de la víctima pudieron verlos porque el sol se reflejó en la carcasa del móvil, haciendo que destacara entre la hierba crecida, pero quizá no fue tan evidente para los secuestradores.

Marlene sacudió el bolígrafo para atraer la atención de sus compañeros.

—Tienes razón. También es posible que la propia Doris haya arrojado esos objetos a esa parte del terreno cuando comprendió las intenciones de la gente del coche.

—¿Creéis que ella anticipó que iban a llevársela? —preguntó Ignacio— ¿Qué tal vez conocía a los secuestradores?

—Muy bien pensado, Zabala —lo felicitó Pilar—. Que la víctima conociera a sus secuestradores es una posibilidad

interesante. ¿Tenéis algún sospechoso?

—Estamos investigando a algunas personas cercanas a Doris Osorio.

—¿Qué habéis encontrado?

Marlene se levantó en silencio, sintiendo la tensión entre sus omóplatos en la medida en que se acercaba a la pizarra. Cogió el rotulador de la mano de Rosendo, quien se lo cedió sin resistencia y regresó a sentarse en su lugar. Con la mano izquierda, la inspectora trazó cuatro líneas que partían de la fotografía de Doris, como si la víctima fuese el centro de una telaraña.

Bajo el primer trazo escribió Carlos Vidal. Después de lanzar una fugaz mirada a Simón, al segundo le adjudicó el nombre de Germán Fonseca. El tercero le correspondió a Antonio Robledo. En la última línea, Marlene garabateó «Incendio del hotel».

Se volvió hacia Pilar, quien la observaba en silencio.

—Adelante —la animó la comisaria.

Marlene percibió el olor de la tinta del rotulador mientras se explicaba. Les informó acerca de la sospecha de malos tratos hacia la víctima por parte de Vidal, la acusación contra Fonseca por acoso, la manifiesta antipatía hacia Robledo y su reunión inesperada. También mencionó lo que había averiguado sobre el sospechoso incendio y sus implicaciones.

Los policías escucharon en silencio, intercambiando alguna que otra mirada ocasional. Cuando Marlene terminó su exposición, Calvo llenó sus pulmones de aire, lo dejó escapar con lentitud y dibujó una media sonrisa tensa.

—Desde luego, sospechosos no nos faltan. Tendremos que empezar a descartarlos. ¿Coartadas?

13. EL TIEMPO BAJO SOSPECHA.

Marlene hizo una mueca y comenzó su exposición, informando acerca del extraño encuentro de Antonio Robledo con Doris, así como de su coartada. Rosendo frunció el ceño y arrugó la cara cuando la escuchó.

—Si el gerente se encontraba trabajando en el hotel a la hora del secuestro, habría que descartarlo. Un sospechoso menos.

Marta sacudió el bolígrafo para llamar la atención.

—¿No os parece que esa coartada es insuficiente para eliminarlo? En especial, después de esa misteriosa reunión en el restaurante.

El inspector Pinto la miró con el ceño fruncido y la mandíbula tensa, pero antes de que pudiera protestar, Pilar intervino.

—¿Podrías explicarte, Ledesma?

Con el rostro enrojecido y la atención de todos sus compañeros centrada en ella, la subinspectora fijó la mirada en la carpeta sobre la mesa, antes de responder.

—Lo que quiero decir es que, si Robledo estuvo en las habitaciones a esa hora, es posible que se haya escabullido del hotel para cometer el secuestro, y luego pudo regresar a tiempo, como si nunca hubiera salido. Es el jefe, lo que significa que nadie habría estado atento a sus movimientos.

Rosendo soltó un bufido, al que siguió una risa burlona.

—¿En serio? Pero ¿tú crees que secuestrar a un adulto es un paseo por el campo? En primer lugar, a una sola persona le habría resultado muy difícil someter a la víctima por sí sola. Por otro lado, habría necesitado llevarla a algún lugar, viva o muerta. Eso requiere tiempo.

Marta se mordió los labios y se encogió sobre sí misma, como si hubiera recibido un bofetón. Ignacio, con el ceño fruncido y los músculos tensos, soltó un gruñido lo bastante audible para que todos centraran la mirada en él.

—Pues yo creo que Marta tiene razón. Si bien es cierto que para un rapto como este, el perpetrador habría necesitado tiempo y organización, nada impide que Robledo contara con la ayuda de cómplices, en cuyo caso, ellos podrían haberse encargado de Doris, después del secuestro.

—No existe ninguna evidencia de algo así —protestó Rosendo.

—Excepto lo que tú mismo señalaste, Pinto —intervino Valeria—. Para una sola persona habría sido muy difícil llevarse a Doris contra su voluntad. Acabas de decirnos que el portero del internado no fue capaz de precisar cuántos ocupantes había en el coche sospechoso.

Rosendo se envaró, dispuesto a defender su punto de vista, pero la intervención de Pilar zanjó la discusión.

—Estoy de acuerdo con Ledesma. Todavía no deberíamos descartar a nadie —Pinto se dispuso a protestar, pero la comisaria se lo impidió con un gesto de la mano—. Reconozco que es poco probable que Robledo tuviera tiempo de cometer el secuestro, pero estoy segura de que el perpetrador, sea quien sea, contó con ayuda. Necesitamos saber qué ocurrió durante ese encuentro con Doris. Por otro lado, no debemos descartar a ningún sospechoso, tan solo porque disponga de una coartada. Aun así, quiero escucharlas —Pilar se volvió hacia Marlene—. ¿Dónde estuvo Carlos Vidal a la hora de los hechos?

—Se encontraba trabajando.

—También parece una buena coartada —comentó Valeria.

—Sí, pero… solo tenemos su palabra de que esa fue la hora de la desaparición —puntualizó Marlene.

—Puede habernos mentido acerca de ese detalle —la respaldó su compañero.

Ignacio intervino, ya un poco más relajado.

—Tened en cuenta que, de acuerdo con el testimonio del portero del internado, la hora de la desaparición coincide con la declaración de Carlos Vidal.

Simón consideró el argumento del subinspector y negó con la cabeza despacio.

—Me temo que eso solo confirma que Doris salió a correr a la hora que dijo su pareja, pero no que esa fuera la hora del secuestro. Pudo regresar a casa por otra ruta, y ser víctima de Vidal horas más tarde.

—¿Y cómo explicarías que las pertenencias de la víctima se hayan encontrado entre los matorrales? —preguntó Rosendo.

Marlene fue quien respondió, en respaldo a su compañero.

—Vivían juntos, así que existe la posibilidad de que él la invitara a dar un paseo, después de llegar a casa. O tal vez, él mismo dejó allí los objetos para que los encontráramos cuando respondiéramos a la denuncia de desaparición.

—¿Sin que el portero del internado se diera cuenta de nada?

—¿Por qué no?

—Es rizar el rizo.

—Estoy de acuerdo con Vázquez. Todavía no tenemos ninguna certeza —sentenció la comisaria Calvo, terminando con la discusión—. ¿Algo más sobre este sospechoso?

Simón intervino con un asentimiento.

—El propio Vidal reconoció que tuvo una disputa con Doris, porque ella usó la tarjeta de crédito de él, para gastos superfluos.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —preguntó Rosendo.

—Mil euros.

Valeria recibió la información con un fruncimiento de ceño.

—Entonces, debemos considerar la posibilidad de que él haya perdido los estribos durante la discusión.

—Fue a través del chat —puntualizó Marlene— Toni lo confirmó en el informe sobre el móvil de Doris.

Pilar negó con la cabeza despacio.

—Aun así, solo tenemos su palabra acerca de lo que ocurrió esa tarde. No descartaremos a Vidal todavía. ¿Qué podéis decirnos

de Fonseca?

Marlene desvió la mirada hacia Simón, quien enderezó la espalda y cogió aire, al mismo tiempo que la atención de toda la sala se centraba en él. Una de las luces fluorescentes parpadeó, como si la propia habitación estuviera alerta.

—Germán Fonseca no tiene coartada —les informó, antes de explicarles que el exnovio de Doris afirmaba haberse ido a casa temprano por un resfriado y que vivía solo.

La comisaria frunció el ceño.

—De modo que no podemos descartar a nadie por completo, aunque el único que en realidad no tiene coartada es Germán Fonseca.

Simón asintió.

—Además, debo reconocer que durante el interrogatorio, el arquitecto demostró mucha ira contenida contra Doris.

—¿Qué habéis averiguado sobre el incendio?

Marlene volvió a tomar la palabra y les informó acerca de la póliza sobrevalorada que cubría al edificio viejo y ruinoso, la misma que permitió que el padre de Doris construyera un hotel nuevo y de mayor categoría, después del incendio.

—Eso huele a chamusquina —opinó Rosendo.

En esta ocasión, todos sus compañeros estuvieron de acuerdo. Calvo se dirigió a Simón.

—Aguirre, solicita una orden del juez para revisar los documentos del seguro, los créditos bancarios y las finanzas del hotel.

—Sí, comisaria.

Pilar permaneció en silencio durante un segundo, antes de exponer su opinión.

—Considero que Carlos Vidal y Germán Fonseca son los sospechosos más probables. El novio y la expareja, ambos con relaciones conflictivas con la víctima, pero no olvidéis llegar al fondo del incendio. Podría conducirnos a sorpresas.

—Sí, señora —dijeron los policías a coro, al mismo tiempo que tomaban nota.

La comisaria consultó su reloj

—Ya terminó la jornada, pero no podemos marcharnos a casa mientras la víctima esté en peligro. Continuaremos trabajando por turnos. El primero lo harán Padrón y Ledesma, hasta la medianoche. Luego Vázquez y Aguirre, hasta las cuatro de la madrugada. Pinto y Zabala cubrirán el último turno. Yo estaré a disposición. Si conseguís cualquier avance deberéis llamarme, sin importar la hora. ¿Está claro?

—Sí, señora —respondieron a coro.

Pilar cerró la carpeta, se levantó sin dudar y salió. La puerta se cerró a sus espaldas con un golpe seco. De repente, la sala dio la impresión de ser más grande y el cansancio se hizo más pesado. Rosendo le dio una palmada en el hombro a Ignacio.

—Nos vemos mañana, compañero —anunció en tono casual, antes de imitar a la comisaria.

Después de despedirse del resto del equipo con una sonrisa, Ignacio siguió los pasos de Pinto, al mismo tiempo que repiqueteaba su bolígrafo contra el muslo, acompañando un ritmo que solo debía estar reproduciéndose en su cabeza.

Valeria y Marta intercambiaron una mirada breve y cómplice. Recogieron sus chaquetas y expedientes, y se encaminaron hacia el módulo de la inspectora, dispuestas para una noche de café recalentado, luz en modo ahorro y el runrún lejano de la lluvia fina contra los ventanales.

Marlene se detuvo un momento junto a la puerta, notó el peso del día en los hombros y se alisó un mechón detrás de la oreja. A su lado, Simón ajustó la manga como quien coloca una idea en su sitio. Desde la pizarra, las fotos sujetas con adhesivo parecían observarlos. Las miradas de Marlene y Simón se cruzaron, pero las palabras parecían reacias a salir.

—Entonces, esto es todo por hoy —dijo Aguirre, y él mismo comprendió que era una obviedad.

Ella negó con la cabeza.

—Todo no. Vuelve a casa, trata de dormir un poco y nos vemos aquí a las 00 en punto.

Sin detenerse a mirarlo, Marlene también salió de la sala y recorrió el pasillo en dirección al ascensor. Simón dejó escapar un

suspiro y sacudió la cabeza. ¡Vaya día llevaba! Se preguntó si no había sido un error solicitar el traslado. Sin lugar a duda, nunca lo hubiera hecho, en caso de haber sospechado siquiera que su ex estaba allí. Ahora tocaba apechugar. ¿Había saltado de la sartén para caer en las brasas?

El inspector comenzó a recorrer el reluciente pasillo, cuando una voz lo detuvo. Simón miró a su espalda para ver de quién se trataba. Entonces, vio a la comisaria Calvo saliendo de su despacho.

—¿Cómo te has sentido en tu primer día, Aguirre?

—Bien, supongo. Acostumbrándome —respondió él, sin mucha convicción.

—Los cambios siempre son duros. Ya te irás adaptando poco a poco —Simón respondió con un encogimiento de hombros—. Sé que Marlene y tú no tenéis una buena relación.

—Yo… eh…

Pilar levantó la mano para evitar que Simón la interrumpiera.

—¡No quiero detalles! Sin embargo, la inspectora Vázquez es una de las mejores investigadoras de la Jefatura, y si me guio por tu expediente, debo concluir que estás a su altura. Así que espero que seáis capaces de superar vuestras diferencias, actuar como profesionales y alcanzar el nivel de excelencia del que estoy segura de que sois capaces.

Sin decir una palabra más, Calvo pasó junto a él y desapareció por el pasillo. Después de meditar las palabras de la comisaria por unos momentos, Simón le siguió los pasos. Cuando llegó a los ascensores, ya no había nadie esperando, así que bajó a la planta baja, salió de la Jefatura y recorrió el camino hasta su coche, sin cruzarse con ninguno de los colegas de su equipo.

14. UN BREVE DESCANSO.

Una vez en el aparcamiento, Simón subió al Volkswagen y puso rumbo a la calle Alcalde Emilio Francés. La oscuridad ya había caído sobre Logroño, desdibujando los perfiles de la ciudad entre el brillo de las farolas y los coches. Una tenue, pero pertinaz lluvia caía sin cesar sobre el asfalto oscuro, mientras los limpiaparabrisas se movían de un lado a otro con un ritmo cansado.

Simón conducía en silencio. Su mirada se mantenía fija en la carretera, pero su mente se había quedado en la jefatura y en el caso. Vidal, Fonseca, Robledo, el incendio… Hizo un esfuerzo por encontrar grietas en cada testimonio, en cada versión. Se ajustó la manga sin pensarlo y volvió a centrarse en la vía.

Marlene se coló en sus pensamientos sin pedir permiso. Su mirada, su aroma, la forma en que apartaba el cabello de su rostro cuando estaba concentrada, su sonrisa… Debía parar o se volvería loco. Simón sujetó el volante como si fuera su único asidero a la realidad. Mientras hacía un giro suave en un cruce, se obligó a volver a la investigación. Marlene era el pasado y el pasado ya no tenía remedio.

Cuando ya estaba cerca de la calle Alcalde Emilio Francés, se mantuvo atento, hasta que localizó un espacio disponible un poco más adelante. Después de aparcar, quitó el contacto y permaneció inmóvil por algunos segundos, observando las pequeñas gotas que caían sobre el parabrisas. Entonces, salió del coche.

La fresca noche otoñal lo acogió y la fina lluvia cayó sobre él. Aunque no la sintió, sabía que en poco tiempo lo dejaría empapado. No llevaba paraguas, por supuesto. Marlene siempre lo reñía por eso cuando estaban juntos, pero a él siempre le habían parecido un estorbo. Prefería mojarse.

Simón se subió el cuello de la chaqueta, metió las manos en los bolsillos y se encaminó a casa. Apuró el paso, evitando la línea de las fachadas que goteaban. La frutería de los bajos estaba a punto de cerrar. El inspector pasó junto a la puerta y lo alcanzó el aroma de la fruta fresca, que se mezclaba con el olor a humedad que dominaba en la calle. Un gato cruzó entre sus pies y desapareció por el patio interior.

El portal lo recibió con su luz amarillenta de temporizador. A la derecha se alineaban los buzones de metal abollados, con sus etiquetas escritas a bolígrafo, en múltiples caligrafías. Una risa lejana en alguno de los pisos invocó el recuerdo de Marlene. Con un gruñido, Simón trató de apartarla de su cabeza. El caso, las pistas, las contradicciones. En eso tenía que pensar. Marlene ya no era parte de su vida. Simón comenzó a subir las escaleras despacio, con el peso del largo día sobre los hombros.

Una vez que llegó a la segunda planta y estuvo frente al piso, golpeó la puerta un par de veces para avisar su presencia y usó su llave para entrar. En cuanto cruzó el umbral lo alcanzó el olor a ajo, a caldo y a madera encerada. Nicolasa se asomó al pasillo desde la cocina, secándose las manos con el delantal.

—Llegas a tiempo para la cena, Simón. ¿Has comido? —le preguntó con una sonrisa de bienvenida.

—Debo reconocer que hoy ha sido un día difícil y no tuve tiempo de detenerme para comer.

Nicolasa frunció el ceño, pretendiendo una severidad que no resultó convincente.

—¡Policías! ¡Sois todos iguales! Con razón estás tan delgado. ¡La hora de la comida es sagrada! ¿Es que quieres enfermarte?

Simón parpadeó, un poco desconcertado. Solo atinó a encoger un hombro y tratar de justificarse.

—Tienes razón, Nicolasa, pero es que…

—¡No pierdas el tiempo con excusas, que ya me las sé todas! Anda, espera en la sala, que la cena estará lista en pocos minutos. No olvides lavarte las manos antes de sentarte a la mesa. ¡Quién sabe la cantidad de bichos que traes de allá afuera!

Simón suspiró y se preguntó a sí mismo si Nicolasa creería que tenía diez años. Al menos, lo trataba como si los tuviera. El inspector Aguirre obedeció sin rechistar, y después de lavarse las manos a conciencia, se acercó a la sala. La televisión estaba encendida, sintonizada en un partido antiguo, mientras la lámpara del techo iluminaba el salón con una luz amarillenta. Rogelio estaba allí, abrigado con un batín, y sentado en su sillón favorito. Miraba el partido por encima de las gafas, que mantenía apoyadas en la punta de su nariz, al mismo tiempo que sostenía una taza de loza entre las manos, dando algún sorbo de vez en cuando. Su anciano casero soltó un bufido en cuanto notó su presencia.

—Ya estás aquí. ¡Vaya cara traes! ¿Uno de esos días? —Simón asintió—. No sé de qué os quejáis los policías de ahora, cuando la ciencia y la tecnología os lo resuelven todo. Estaba leyendo un artículo sobre los avances en Criminalística gracias al ADN, y me parece de ciencia ficción. Investigar en mis tiempos, eso sí tenía mérito. Antes, nos bastaba con un lápiz, una libreta y dos buenas suelas. Los jóvenes de ahora sois unos blandengues y unos quejicas.

Simón dejó las llaves sobre la mesa, se ajustó la manga por puro reflejo y disimuló el cansancio con una mueca.

—No todo es tan fácil como parece, Rogelio —respondió el inspector con una sonrisa—. También los criminales se han sofisticado.

El viejo policía soltó un bufido y se pasó la mano por los escasos cabellos que le cubrían la calva.

—¡Tonterías! Lo tenéis todo resuelto. Recuerdo un caso que nos asignaron a tu padre y a mí…

Simón se sentó frente a Rogelio, notando el cuero frío del respaldo entre los omóplatos. Muy profundo en su cabeza escuchó la voz de su padre, cuando iba a buscarlo al colegio y le contaba lo que podía, acerca de su trabajo.

Rogelio suspiró y comenzó a hablar con esa cadencia que mezcla la memoria y la nostalgia.

—Era el año ochenta y pico. Ya sabes cómo se las gasta el calor en Madrid en verano… Creo que fue en el año del mundial, el

86 o por ahí. Era un cuarto piso sin ascensor. El muerto era dueño de una pequeña tienda de radios y cintas de casete: Don Hilario. Viudo, maniático, muy de seguir un horario estricto. Vivía solo. Lo encontraron los bomberos, porque la vecina del frente había escuchado ruidos extraños y temió que se hubiera caído o algo así. Estaba en su salón, sentado, con una puñalada limpia entre las costillas. La puerta no había sido forzada. El salón olía a amoníaco. El cajón del aparador estaba abierto y había cuatro cosas por el suelo. Ya sabes, lo justo para pensar en un robo —Rogelio apoyó la taza con un golpe leve y el platillo tintineó—. Entonces, llegaron los de Científica con su polvo negro y su cámara fotográfica. Hicieron lo suyo, claro, pero aquello no daba para mucho. Huellas viejas, de la propia casa. Una pisada más o menos decente en el pasillo… pero es que don Hilario siempre llegaba de la calle con las suelas hechas un asco. Ni un solo rastro fresco. Al forense le faltó tiempo para decir que la hora de la muerte había sido «ayer por la tarde», y «pa'lante». ¿Ves? Todo muy bonito, muy profesional, pero con poca utilidad real.

Simón cruzó las manos en silencio. Rogelio se aseguró de que le estaba prestando atención y siguió:

—Tu padre y yo nos pusimos a subir y bajar escaleras, hablando con los vecinos, con la gente, que es como se hacen las cosas. El barrio te canta si le pones la oreja. La portera, que parecía una sargento, decía que no había visto a nadie sospechoso. En el buzón encontramos un papelito de revisión del gas, de esos amarillos, bastante arrugado. «No se pudo acceder». Tenía fecha del día anterior. Fue lo primero que me pareció extraño.

Rogelio guiñó un ojo y continuó su historia.

—Entramos en la tienda. Incluso las radios viejas estaban libres de polvo, las cintas habían sido ordenadas con una precisión maniática, y el mostrador parecía un altar. Allí no sacamos nada en claro. Solo nos confirmó lo que ya los vecinos nos habían referido sobre don Hilario: que era obsesivo con el orden.

Simón se ajustó la manga de nuevo y luego la dejó quieta sobre el apoyabrazos del sillón.

—¿Alguno de los vecinos vio algo?

—La mujer que vivía al frente nos dio una clave sin saberlo. Dijo que había oído una voz de hombre que no era la de don Hilario. Después regresamos a la escena del crimen y lo vimos: la víctima tenía un contestador de esos con cinta. El aparato estaba en el salón, junto al teléfono. En su interior había una cinta con varios mensajes. Nos llamó la atención uno de ellos, a las ocho y diez de la tarde del día anterior al crimen. Decía: «Señor Hilario, mañana pasaremos a revisar el gas. Por favor, esté atento». Era una voz que sonaba como la de un locutor. También se oía un murmullo de fondo, que parecía el de una oficina, y antes de que colgara, alcanzamos a escuchar el comienzo de un *jingle* de radio. Lo reconocí de inmediato: era la melodía de un programa que solo emitía los domingos por la mañana y que se desarrollaba en una oficina. Yo solía oírlo cuando iba a por churros. Y la supuesta llamada era del día anterior por la tarde. Un día de semana. A todas luces, el mensaje era un engaño.

—Entonces, la revisión del gas fue una trampa.

Rogelio sonrió con nostalgia.

—Apariencia científica: hora y mensaje. Realidad de barrio: la vida suena a lo que suena. Ahí te quiero ver, laboratorio. Tu padre llamó a la compañía del gas y comprobó que no había ninguna revisión prevista para ese día. Así que ya teníamos la certeza de que estábamos frente a un falso técnico. Con eso y poco más, volvimos a entrevistar a la portera. Nos juró que no había visto a nadie con mono ni herramientas. Sin embargo, recordó a «un señor muy aseado, con maletín, que olía a colonia cara», pero parecía decente, así que no lo consideró sospechoso. Nos dijo que había subido a media tarde. Añadió que parecía un vendedor. Eso nos puso la mosca detrás de la oreja. El gas no vende nada a domicilio.

—¿Qué hicisteis?

El viejo policía llenó sus pulmones de aire, disfrutando el suspenso.

—Nos fuimos a la plaza. Comenzamos a preguntar en grabadores e imprentas. En la tercera, un chaval recordó que habían recibido el encargo de un sello genérico, «REVISIÓN DE GAS – SERVICIO TÉCNICO». No llevaba logo, y habían olvidado la tilde de

«revisión». El cliente no pidió factura. El chaval nos informó que era un tío muy aseado, con maletín y colonia, así que la descripción coincidía.

Simón vio el brillo en los ojos cansados de Rogelio cuando recordó la pieza que había encajado.

—Sigue —lo animó.

—Cuando confirmamos que todo lo relacionado con la revisión había sido falso, avisamos a la compañía y les pedimos un modelo de aviso oficial. No se parecía al nuestro ni por el papel. Una vez que confirmamos que estábamos sobre la pista correcta, peinamos portales y preguntamos puerta por puerta si alguien había recibido una llamada similar. También advertimos a los vecinos que nos avisaran si los contactaban para una revisión del gas. Antes de veinticuatro horas, un jubilado, un tal don Julián, se comunicó con nosotros para avisarnos que había recibido el mensaje sospechoso. Su piso estaba a dos manzanas del de don Hilario. Cuando lo escuchamos, supimos que lo teníamos. El mensaje era calcado. La misma voz, los ruidos de fondo y el comienzo del jingle.

»Montamos guardia al día siguiente. Yo me quedé abajo con la portera, y tu padre esperó en el piso de don Julián, a quien le pedimos que pasara el día fuera de casa. Al mediodía, el sujeto llegó puntual. Y ahí le cazamos. En el maletín llevaba otra pegatina, un destornillador y un cuchillo de cocina envuelto en papel de estraza. Caso cerrado.

Rogelio dejó la taza sobre la mesa con el pecho henchido.

—Buen trabajo —lo felicitó Simón.

—Un trabajo que no hizo Científica. Fue la memoria de una vecina, el oído puesto en la grabación y gastar la suela de los zapatos.

El salón quedó un segundo en silencio, solo roto por el goteo en la canaleta, detrás de la ventana. Simón respiró hondo. El recuerdo de su padre le pasó por la garganta como una cuchara caliente. Rogelio carraspeó para quitarle solemnidad al momento.

—Así que no me vengas con «aparatejos» —remató, más suave—. Que sí, que ayudan, pero la calle habla. Y si la escuchas, te ahorra mucho laboratorio.

Simón asintió, con la mirada fija en sus propias manos. Ajustó otra vez la manga, como quien guarda un sentimiento en el bolsillo. Rogelio fingió que no había visto el gesto.

—Mañana más, majete —dijo el viejo, escondiendo el afecto en la sorna—. Y recuerda: si algo huele a trapo, suele ser un trapo.

Simón dibujó una sonrisa nostálgica. En la calle, la lluvia menuda siguió marcando el compás. Dentro, el caso de otro tiempo había cerrado el círculo y de alguna manera, había despertado añoranzas de una ausencia.

Por fortuna, Nicolasa se asomó en ese momento y los interrumpió.

—La cena ya está lista, así que dejaos de cháchara y sentaos a la mesa. Rogelio, apaga la televisión, que has visto ese mismo partido docenas de veces.

—¡Pero si es la final de la Copa de Europa de 1960! ¡Un histórico!

—¿Veintidós tíos en pantalones cortos corriendo detrás de un balón? ¿Eso te parece a ti historia? Anda, apágalo y vamos a cenar.

Refunfuñando, Rogelio obedeció a su mujer, apagó la televisión y se levantó del sillón con cierta dificultad. Simón tuvo la intención de ayudarlo, pero antes de que se le acercara, él le gruñó.

—¡Ni se te ocurra! Yo puedo solo.

Simón dio un paso atrás con las manos en alto y esperó. Después de algunos bufidos y gruñidos, el viejo policía por fin consiguió levantarse.

—Vamos, no hagamos esperar a la parienta, que es más severa que un sargento de caballería. Rogelio abrió el paso y su huésped lo siguió hasta el comedor.

15. MARLENE.

Al mismo tiempo que Simón conducía a casa, a pocas manzanas de la Jefatura, Marlene empujó la puerta de su piso y dejó el paraguas escurriendo en el paragüero de la entrada. El olor a lavanda del desinfectante se mezclaba con el aroma de la lluvia que se colaba por los resquicios de las ventanas. El rumor de la lluvia y el golpeteo fino de las gotas contra las persianas rompían el silencio del salón vacío. Colgó el abrigo y sus llaves tintinearon sobre el cuenco de cerámica, como cada noche. Entonces, miró en dirección a la habitación de Olivia. La luz apagada bajo la puerta cerrada le confirmó que su hermana no había regresado todavía.

Con un suspiro que cargaba todo el cansancio del largo día, Marlene entró en la cocina y centró su atención en la doble jaula de la esquina. Sonrió, Pico estaba sobre su percha en forma de rama, a una distancia prudente de los barrotes que separaban su jaula de la de Cleo, su nueva compañera. De vez en cuando, el agapornis daba un pequeño saltito que lo acercaba, hasta que recibía un chirrido de advertencia. Con una sonrisa, Marlene se acercó a los agapornis y murmuró un saludo cariñoso, al que Pico respondió con un alegre chirrido. Ella le abrió la puerta y se alejó de los pajarillos, dispuesta a preparar su cena.

Mientras cocinaba la tortilla, los acontecimientos del día acudieron a su cabeza. La imagen de Simón opacó todo lo demás. ¿Por qué tuvo que reaparecer así en su vida, después de lo difícil que había sido apartarlo de su cabeza? No era justo.

Una vez que su cena estuvo servida, la inspectora sacó una manzana de la nevera y después de lavarla, la colocó sobre un pequeño plato. Un aleteo leve cruzó la cocina. Pico había salido de su jaula con un vuelo corto, medido, para posarse en el borde de la

encimera. Marlene ahuecó la mano y el agapornis dio dos saltitos para acurrucarse en la concavidad, tibio y confiado, con ese trino pequeño que parecía más aire que voz.

—Ya estás aquí, pequeño —murmuró ella con suavidad.

Marlene acarició la cabecita gris y negra con la yema del índice. El pájaro cerró los ojos, extasiado. Después del afectuoso saludo, la inspectora dejó al pajarillo sobre la encimera, para cortar un trocito de la manzana. Haciendo equilibrio sobre una pata, Pico sujetó la fruta con la otra y comenzó a comer con entusiasmo, mientras ella pasaba un dedo por la espalda azul celeste, donde las plumas se ordenaban en un brillo mate, hasta que el tono se oscurecía en las alas, de un azul índigo profundo, como la tinta seca.

Marlene aflojó la tensión acumulada en sus hombros, cogió su cena y la llevó a la mesa. Pico la siguió en un vuelo corto y se posó sobre su hombro. Las pocas horas que estaba en casa, el pequeño pájaro no la dejaba sola ni un momento. Cleo silbó desde su jaula, así que Marlene dejó el último trozo de la manzana para su nueva huésped. Una vez terminada su cena, la inspectora se acercó a la jaula, le dio la manzana a la pequeña agapornis verde, y le hizo una suave caricia a través de los barrotes. Esperaba que se acostumbrara pronto a su nuevo hogar y a su compañero, para poder permitirle más libertad.

Marlene recogió los platos y los lavó sin apenas hacer ruido. El agua resbaló tibia, con el rumor amortiguado de la lluvia detrás de la persiana. Pico había volado hasta su lado de la jaula doble y silbó en dirección a su nueva compañera. Cleo erizó las plumas y se alejó un palmo sobre la percha con pasos cortos. Marlene dibujó una leve sonrisa.

—Despacio, campeón —susurró, más para sí que para él—. Las chicas a veces necesitamos un poco más de tiempo. También las mujeres que vivimos tranquilas, hasta que acabamos pensando en quien no queremos recordar.

Marlene se acercó a la jaula y después de tocar con suavidad el cuello de Pico a modo de despedida, cerró la pequeña puerta de barrotes y cubrió la pajarera con un trapo viejo, pero limpio. Después de comprobar el termostato del radiador y asegurarse de

que la temperatura era apropiada para los agapornis, apagó la luz y salió de la cocina.

Cuando ya se encontraba en la habitación, su móvil vibró sobre la cómoda con un zumbido breve. El corazón le dio un pequeño salto y cogió el teléfono de inmediato. Nada. Solo una notificación anodina. Después de consultar la hora, Marlene bloqueó la pantalla y dejó el móvil sobre la mesilla.

Una vez en la cama y con todas las luces apagadas, el sonido de la lluvia se hizo más evidente. El edificio también parecía estar vivo. Pudo escuchar las cañerías que se dilataban, el ascensor viejo que jadeaba en otra planta y más allá, el camión de la basura recogiendo los contenedores de la calle. Pico emitió un chirrido mínimo desde su jaula y luego se quedó en silencio.

No era justo que después de que había conseguido olvidarlo, Simón volviera a irrumpir en su vida de ese modo. Ella se había esforzado mucho en sacarlo de su cabeza y lo había conseguido después de demasiado tiempo. Y ahora, cuando por fin pudo levantar la barrera exacta para no tropezar con su nombre, con su recuerdo, estaría obligada a verlo día tras día y trabajar con él. Estaba segura de que él lo había hecho a propósito. Simón siempre sabía encontrar las rendijas que eran necesarias para alcanzar sus objetivos. ¿O sería la vida conspirando contra ella? La asaltó el recuerdo del momento: ella en la mesa de reuniones, él frente a la pizarra, con esa sonrisa que la desarmaba, la línea de sus hombros cuando se inclinaba, la forma inconsciente en que se ajustaba la manga cuando algo lo perturbaba. ¡No! El perdón no era una opción. La había lastimado demasiado. Debía mantener una fría cordialidad profesional y asegurarse de que él no confundiera educación con debilidad.

Marlene abrió los ojos y el techo seguía allí, blanco y paciente. La lluvia cambió de ritmo contra la persiana. Un vecino arrastró una silla. Ella respiró profundo, despacio, y trató de centrarse en su propio cansancio, haciendo un esfuerzo por conciliar el sueño. Desconectar. Inspirar, contar, soltar. Era inútil. Esa noche no sería capaz de dormir.

Marlene miró el reloj cuando escuchó llegar a Olivia. Veintitrés treinta. Hora de levantarse. Esperó a que su hermana entrara en su habitación, antes de apartar las sábanas y ponerse de pie. No quería entretenerse en explicaciones. Quince minutos después, salió del piso en medio del silencio.

16. DE REGRESO EN LA JEFATURA.

Algunos minutos después de que Marlene abandonó la calidez de su piso, Simón llegó a su destino, apagó el motor del Volkswagen y consultó su reloj: las 00 en punto. Dejó escapar el aire en un suspiro. El frío de la noche otoñal lo envolvió cuando salió de su coche y lo cerró. El aparcamiento de la Jefatura olía a goma mojada y a ese tufillo que suelta el metal tibio de los motores al apagarse. Bajo la luz anaranjada de las farolas, el termómetro de la calle adyacente marcaba diez grados. Simón alcanzó la puerta con un paso rápido que lo ayudó a calentarse.

Justo en la entrada encontró a Marlene. Ella lo recibió con un leve gruñido. Él respondió con un asentimiento. Ambos entraron juntos y mostraron sus respectivas credenciales al guardia de la puerta, quien después de un respetuoso saludo, registró su llegada. Mientras esperaban la autorización para entrar, Simón desvió la mirada hacia su compañera con disimulo. La luz del vestíbulo le recortaba el perfil. Llevaba el cabello recogido y mantenía las manos en los bolsillos del abrigo. Él se mordió los labios antes de hablar.

—No te he visto en el aparcamiento. ¿Dónde dejaste el coche?

—Vine andando. Vivo cerca.

¿Cerca? ¿A esa hora y con ese frío? ¿De qué estaba hablando? Podía decirse que el tiempo estaba siendo amigable para octubre, pero seguían siendo 10 grados en una ciudad dormida.

—Pude haberte pasado buscando por tu casa de camino hacia aquí.

Ella endureció la mirada.

—Lo último que quiero es que sepas dónde vivo. Gracias, pero no cuela.

El agente les invitó a pasar con un gesto. Ambos guardaron sus credenciales y se encaminaron hacia los ascensores.

—¿Tan mal conductor crees que soy? —bromeó él, con una media sonrisa.

—No me gustan los conductores que se desvían de la ruta. Ni los que creen que se las saben todas —respondió ella con voz seca.

Cuando avanzaban en paralelo hasta el ascensor, ella lo adelantó medio paso y Simón percibió el tenue aroma de su champú. Lo asaltaron los recuerdos. Memorias de otras noches, que se inmiscuyeron en su cerebro, como si hubieran atravesado una grieta.

El ascensor emitió un *ping* discreto. Las puertas se abrieron y un agente salió, cargado con dos archivadores. Tuvieron que apartarse medio paso para dejarle salir.

Simón miró a los ojos de su compañera durante un segundo más de lo que aconsejaba la prudencia. Marlene le sostuvo la mirada con actitud neutra, estudiada. Entraron al mismo tiempo. El espejo del ascensor les devolvió la imagen de ambos. Uno al lado del otro, juntos y al mismo tiempo distantes, como una burla del destino. Guardaron silencio y el *ping* anunció el cierre de las puertas.

Ambos subieron sin cruzar palabra, simulando que no notaban el ambiente cargado de la pequeña cabina. En cuanto se abrieron las puertas, él hizo un gesto con la mano, para invitarla a salir primero. Ella frunció el ceño, pero lo hizo. Recorrieron el pasillo, también en silencio, hasta que llegaron al despacho de Valeria. El corredor olía a café recalentado y papel húmedo. Simón y Marlene se asomaron al módulo de la inspectora Padrón. La luz artificial inundaba el pequeño espacio. Valeria estaba detrás del escritorio, dando un sorbo a su vaso de café, mientras Marta tecleaba en su portátil con la mirada centrada en la pantalla. Al verlas, Marlene relajó los músculos de la cara y desplegó una sonrisa dirigida a sus amigas y compañeras.

—¿Cómo ha transcurrido la noche? —preguntó Simón, anunciando su presencia.

Valeria dejó el vaso sobre la mesa y consultó su reloj.

—No creí que ya fuera tan tarde. No hay novedades, pero conseguimos aprovechar el tiempo.

Marta apartó la mirada de la pantalla para desviarla hacia Simón. Le dedicó una sonrisa un poco más cálida de lo necesario.

—Le solicitamos una orden a la jueza Ibáñez, que está de guardia —anunció, dirigiéndose a él—. Le pedimos autorización para revisar toda la información sobre el incendio del Hotel Doris, así como los movimientos financieros tanto del establecimiento como de la aseguradora. Se lo enviamos hace una hora.

Marlene asintió, al mismo tiempo que pasaba por delante de Simón para entrar en el despacho. Entonces, ella se apoyó en el marco de la puerta y cruzó los brazos, manteniendo una expresión neutra. Él adoptó una actitud profesional.

—¿La jueza respondió?

Valeria señaló la impresora, donde reposaba un folio.

—Sin ningún inconveniente. A ella también le pareció sospechoso todo el asunto y comprendió la urgencia de la situación. Nos dio acceso al expediente del incendio, así como al histórico de siniestros y peritajes. Incluyó un requerimiento a los bancos y la aseguradora.

—Perfecto —dijo Simón.

Marta desvió la mirada hacia Marlene.

—Os envié una copia a la bandeja de entrada de cada uno.

—Gracias —respondió la inspectora Vázquez con una sonrisa, al mismo tiempo que recibía la orden impresa de manos de Valeria —. Creo que con esta será suficiente.

Después de pasar el testigo a sus compañeros, Valeria se levantó, cogió su chaqueta de la percha y comenzó a ponérsela.

—Nosotras nos vamos a casa. Cualquier cosa, nos avisáis por el móvil y estaremos aquí en minutos.

Simón asintió. Marta apagó el portátil e imitó a su compañera. Valeria se encaminó a la puerta.

—Nos vemos en algunas horas.

Valeria y Marta avanzaron por el pasillo hacia los ascensores, mientras Marlene, con la orden del juez en la mano, abrió la marcha en dirección a su propio despacho. Simón la siguió en silencio. La

inspectora empujó la puerta de su módulo y entró. Los envolvió el aire propio de una oficina cerrada, cargado de polvillo de papel seco y ese leve aroma a ozono que guardan los equipos informáticos.

Ella dejó su abrigo en la percha y ocupó su silla. Después de depositar el folio con la orden sobre la mesa, acomodó algunos objetos, asegurando el territorio en su propio reino. Simón se quedó junto a la puerta y cruzó los brazos. Marlene levantó la mirada hacia él, como si advirtiera su presencia por primera vez.

—No hay tiempo que perder —sentenció ella, con voz firme —. Indaga los antecedentes de los sospechosos. Mientras tanto, yo me ocuparé de averiguar lo que pueda acerca del incendio.

—Tal vez nos iría mejor si hiciéramos ambas indagaciones juntos. Cuatro ojos ven mejor que dos.

—¡Por supuesto que no! Cuanto antes te pierda de vista, será mejor para todos. Lo último que quiero es tenerte mirando por encima de mi hombro.

Simón suspiró con desaliento.

—Hablando de hombros, ¿cómo están Piccolo y Tina?

Marlene bajó la mirada y rechinó los dientes. Simón creyó que se iba a negar a hablar de cualquier asunto personal, aunque se tratara de algo tan inocente como unos pajarillos. Sin embargo, ella cogió aire y respondió con voz neutra.

—Pico está bien, pero Tina se escapó.

Simón suspiró.

—Lo lamento.

Marlene enderezó la espalda y se encogió de hombros.

—No es de extrañar. Tú eras el preferido de Tina, al contrario de Piccolo, que siempre ha sido más cercano a mí.

A la mente de Simón acudió el recuerdo de la emoción de Marlene el día que él se los regaló. Un grato recuerdo. Ladeó la cabeza en un gesto de comprensión.

—Sé el cariño que sientes por ambos. Ha debido ser difícil. ¿Cómo lo llevas?

—Ya lo superé. Solo espero que Tina haya terminado en algún hogar donde la cuiden. Compré una nueva pareja para Pico. Solo tenemos que esperar a que se acostumbre a su nuevo hogar.

—Eso está bien —respondió Simón, con una sonrisa sincera.

Marlene frunció el ceño como si hubiera recibido una bofetada.

—¿Qué hago dándote explicaciones que no te incumben? No es momento para charlas intrascendentes. Tenemos que avanzar en la búsqueda de Doris, antes de que sea demasiado tarde.

17. PRIMERAS INDAGACIONES.

Simón dejó escapar un largo suspiro, descruzó los brazos y se separó de la puerta. Marlene fingió prestar atención al ordenador, que todavía no se había encendido por completo, pero el rabillo del ojo la traicionó cuando captó a Simón. Lo vio ajustar la manga, girarse y enfilar el pasillo sin prisa y con los hombros firmes. El olor tenue de su colonia permaneció por algunos segundos como un desafío.

Cuando la figura de su compañero por fin desapareció de su vista, Marlene centró su atención en la pantalla. El cursor parpadeó un par de veces, antes de que ella recordara volver a respirar. Con los labios apretados acomodó el teclado, alineó la carpeta que contenía la orden del juez con el borde de la mesa y enderezó un clip, como si ese milímetro de orden pudiera sofocar el impulso de levantarse y seguirlo.

Con un enorme esfuerzo, Marlene se centró en su tarea. Entonces, buscó la noticia del incendio en los periódicos de cinco años atrás. Todos hablaban de un fuego que se había desatado en un edificio antiguo y repleto de materiales combustibles, que se extendió en pocos minutos, convirtiendo la construcción en una hoguera.

La mayoría de los artículos felicitaban la rápida y eficiente labor de los bomberos. También expresaban alivio, porque gracias a ese esfuerzo no hubo pérdidas de vidas que lamentar y las construcciones vecinas no sufrieron daño. Tan solo hubo dos heridos leves: el dueño del hotel y uno de sus empleados.

Los artículos incluían entrevistas a vecinos quienes, aunque lamentaban la pérdida que habían sufrido los Osorio Márquez, celebraban no haber corrido la misma suerte.

En artículos de días posteriores, los periódicos informaron que la causa del incendio había sido un cortocircuito que ocasionó una chispa, la cual alcanzó una cortina. Allí comenzó todo. Solo fueron necesarios pocos minutos para que el viejo edificio ardiera por los cuatro costados. Por fortuna, el hotel no era un negocio próspero, el accidente ocurrió en temporada baja y no tenían ni un solo huésped.

Marlene meditó sobre sus hallazgos. Aquella información no servía de mucho para la evolución de las indagaciones. En el caso de que el incendio hubiera sido provocado, resultaba evidente que el autor habría cubierto tan bien sus huellas que nadie consiguió descubrirlo. Encontrar alguna evidencia al respecto, después de tanto tiempo, sería una tarea imposible.

Por otro lado, también existía la posibilidad de que en realidad se hubiera tratado de un accidente. Esas cosas ocurrían. La inspectora desvió su mirada hacia la pared transparente que la separaba del módulo de Simón. Una cortina vertical de PVC cerrada era lo único que les proporcionaba privacidad. Por un momento, le pasó por la cabeza la imagen de Pico, tratando de acercarse a su posible compañera a través de los barrotes.

La mirada de Marlene se mantenía fija en la cortina que separaba los dos despachos cuando la voz de Simón le llegó desde la puerta.

—Parece que estás muy interesada en mi módulo… ¿quieres decirme algo?

La inspectora dio un respingo y se volvió hacia la voz. Él se encontraba apoyado en el dintel, con una mano en el bolsillo y la otra jugando con su credencial. La sonrisa de suficiencia en su rostro sacó de quicio a Marlene. Ella sintió cómo el calor subía hasta su rostro. ¿Se estaba sonrojando? Genial. Buscó la pantalla con la mirada como si esta fuera un salvavidas. En ella aparecía el último artículo que había leído sobre el incendio. Marlene cogió aire y enderezó la espalda, en un esfuerzo por mantener el control.

—Solo me preguntaba si habías terminado ya con tus indagaciones.

Simón asintió sin borrar la sonrisa.

—Listo, pero me temo que no será tan fácil. Ninguno de los tres sospechosos tiene antecedentes, denuncias por malos tratos ni órdenes de alejamiento. Salvo por la denuncia de Doris a Fonseca, que no prosperó, y de la que ya teníamos noticia.

Marlene frunció el ceño y rechinó los dientes. El enfado subió desde el centro de su cuerpo hasta su garganta.

—¿Te parece poco?

Él se encogió de hombros y el aroma de su colonia llegó hasta ella a traición. Trató de ignorarla y se concentró en lo que le decía.

—Por lo que hemos descubierto de Doris hasta el momento, esa acusación hay que cogerla con pinzas.

Marlene rechinó los dientes, antes de hablar. Aquel juicio sobraba.

—¿A qué te refieres? No pretenderás defender a ese individuo. ¡Es un acosador! ¿Desde cuándo justificas a los acosadores?

Simón entró en el despacho y se sentó frente a ella. Su compañera quiso protestar, pero las palabras se negaron a salir.

—Seamos objetivos, Marlene. Es posible que lo sea, pero no podemos olvidar que el juez no encontró ninguna prueba. Y debemos considerar la fama de lianta que tiene Doris… No existen denuncias contra Fonseca de ninguna otra mujer. Lo que quiero decir es que no es descabellado que ese supuesto acoso nunca existiera.

La palabra «lianta» pinchó en el amor propio de Marlene. La detestaba, y mucho más en labios de Simón, así que cogió aire y lo retuvo para contenerse, antes de hablar.

—Lo que sé… es que la víctima es ella. Que desapareció, y que el hombre a quien Doris acusó de acoso no solo mantiene una actitud hostil hacia la víctima, sino que es el único que no tiene coartada. No puedes negar que son suficientes motivos para considerar a Fonseca como el principal sospechoso.

Simón apoyó un codo en la mesa y ladeó la cabeza, como quien valora una jugada y encuentra otra.

—Piénsalo bien, Marly. Si hubiera sido él, habría que esperar un mínimo de disimulo. Quiero decir… ¿por qué reconocer su

hostilidad hacia Doris en un interrogatorio de la Policía? Quizá sea inocente.

Marlene frunció el ceño.

—¡Hay gente que no sabe disimular! ¡Y no vuelvas a llamarme Marly! Solo somos compañeros de trabajo y guardaremos la distancia profesional. ¿Está claro?

Él levantó las manos en gesto de rendición.

—Lo que usted diga, inspectora.

El silencio se instaló entre ellos durante un segundo. En el pasillo, un carro de limpieza pasó rodando sin detenerse. Poco a poco, el sonido se fue apagando como una ola breve. Marlene se removió en la silla, buscando recomponerse, después del estallido. Cuando habló, su voz se escuchó fría y contenida.

—¿Qué encontraste sobre Vidal y Robledo? ¿Tampoco hay nada?

—Más limpios que un quirófano —confirmó Simón.

Él apoyó las manos en el borde de la mesa. Marlene detalló los dedos largos, las uñas cortas. Quiso apartar la mirada, pero no lo consiguió a tiempo. Cuando por fin lo hizo, la expresión de Simón le confirmó que su interés no había pasado desapercibido. El rubor la traicionó otra vez. Respiró profundo para controlarse.

—Seguiré trabajando en el incendio y las finanzas. Hay algo muy extraño en todo este asunto.

—Perfecto. Yo comprobaré las coartadas y trataré de establecer vínculos. Tal vez tengas razón y Fonseca no sepa disimular.

—No todos son tan listos.

—Ni tan orgullosos —respondió él con una sonrisa.

Marlene desvió la mirada, recolocó la carpeta y frunció el ceño.

—Cierra al salir.

Simón permaneció inmóvil por un momento, como si considerara sus opciones. Se levantó despacio.

—Si me necesitas, estaré al lado.

Ella asintió sin mirarlo. Antes de que Simón llegara a la puerta, el timbre del teléfono de la centralita lo frenó en seco, como

si el tiempo se hubiera detenido en ese instante.

18. UN DESCUBRIMIENTO MACABRO.

Marlene cogió el auricular con el ceño todavía fruncido por la presencia insolente de Simón.

—Inspectora Vázquez. Sí, González, dígame.

Marlene aumentó la presión de la mano sobre el teléfono, conforme escuchaba el motivo de la llamada. En la medida en que González hablaba, los músculos de sus hombros incrementaron la tensión. Ella desvió la mirada hacia Simón por reflejo. Él irguió la espalda y entornó los ojos.

—¿Calle Belchite? —repitió la inspectora en voz muy baja—. Recibido… ¿ya hay un coche patrulla en la escena y los agentes han asegurado el perímetro?… Comprendo… Sí, avise a Científica, al juez y el forense de guardia. Vamos en camino.

Marlene colgó con la mirada ausente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Simón, frunciendo el ceño.

—Se recibió un aviso por gritos en la calle Belchite y un coche patrulla respondió la llamada. El vecino que se comunicó con el 112 les informó que había escuchado gritos de auxilio, golpes y luego silencio. Cuando acudieron al piso a investigar, nadie les respondió. Estaba claro que podía haber víctimas en peligro, así que entraron por estado de necesidad. Encontraron que el apartamento había sido la escena de un doble homicidio. El vecino identificó a las víctimas: Emilio y Brígida. Los Osorio Márquez.

El silencio se apoderó del despacho de Marlene por algunos segundos. Simón cogió aire cuando salió de su estupor.

—¿Los agentes están solos?

Marlene apagó el ordenador.

—Sí. Ya precintaron la escena y esperan refuerzos. Vamos.

Él asintió. Hizo un amago de inclinarse hacia ella, pero se contuvo a tiempo. La inspectora se levantó de la silla y rodeó el escritorio para acercarse a la puerta. Ambos cruzaron el pasillo uno junto al otro sin mediar palabra, mientras sus pasos rompían el silencio de la Jefatura desierta.

Cuando llegaron al vestíbulo, el guardia de la puerta asintió a modo de reconocimiento. En cuanto pisaron la calle, su aliento se hizo visible en pequeñas nubes frente a sus rostros. Simón se adelantó un par de pasos y avanzó en dirección a su Volkswagen. Marlene lo siguió sin protestar. El inspector abrió el coche desde una corta distancia y ambos ocuparon sus respectivos asientos. Él presionó el contacto y el motor se encendió con un suave ronroneo.

—¿Por dónde?

—Sal en esa dirección. Gira la primera a la izquierda y sigue derecho hasta el segundo semáforo. Allí te indico.

Simón asintió y condujo, siguiendo las instrucciones de su compañera. Le llegó el aroma tenue de su perfume, que se mezclaba con el olor a nuevo de la cabina del coche. Hizo un esfuerzo para centrar su atención en la calle.

—A esta hora, llegaremos en pocos minutos —comentó Marlene—. Espero que el jefe Barros se incorpore al equipo. Hay una gran diferencia cuando él se involucra en un caso.

Simón no respondió. Cuando llegaron, ya Científica se estaba ocupando de la escena del crimen. El suelo se encontraba tapizado por tablones de madera que servían como pasarelas. Marlene miró a su alrededor, hasta que reconoció a uno de los peritos. Se trataba de Armando Rovira. Era evidente que se encontraba a cargo del procedimiento, pues iba de un lado a otro dando instrucciones concretas a sus compañeros. Marlene se acercó a él.

—Inspector Rovira. ¿Tendremos la suerte de contar con el jefe Barros en el peritaje de la escena?

Armando enarcó las cejas.

—¿El jefe Barros? Debe estar bromeando, inspectora. Yo estoy de guardia, pero a menos que surja una situación que lo amerite por fuerza mayor, al jefe le informaremos de este caso por la

mañana. Quiero llegar vivo al cumpleaños de mi hijo, que es la próxima semana, ¿sabe?

Marlene sonrió.

—Comprendo.

—Estamos hablando de un doble homicidio —intervino Simón —. ¿No cree que sea lo bastante importante para llamarlo?

Rovira se encogió de hombros.

—El jefe Barros solo atiende llamadas fuera del horario cuando se trata de casos de excepcional importancia o cuando las hacen desde Haro.

Simón frunció el ceño.

—¿Desde Haro? ¿Por qué?

—No estoy muy seguro, inspector Aguirre. Aunque tengo mis sospechas. Sin embargo, el jefe Barros no está obligado a responder a ninguna de estas llamadas y no seré yo quien lo desafíe.

Simón y Marlene siguieron a Rovira al interior del piso, cuidando mantenerse sobre los tablones, para no dañar ninguna posible huella. Los policías cruzaron el salón y en el comedor encontraron una escena de pesadilla. Emilio, el padre de Doris, yacía en el suelo bocabajo, con una herida en la espalda. Era evidente que había caído desde la silla que ocupaba antes de sufrir la agresión. Sobre la mesa había dos tazas con restos de una infusión. Al acercarse, Marlene notó el penetrante olor metálico que provenía del cuerpo, matizado con el aroma de las hierbas que habían contenido las tazas. La radio de un agente crepitando desde el pasillo rompió el silencio de la noche con irreverencia.

Marlene reconoció al forense que se encontraba inclinado sobre el cuerpo. Él lanzó una fugaz mirada a los policías en cuanto escuchó sus pasos.

—Inspectora Vázquez.

—Doctor Urbina.

La jueza Ibáñez, de pie junto a la víctima, asintió en dirección a los recién llegados a modo de reconocimiento. La inspectora presentó a su compañero y volvió a centrar su atención en el cuerpo.

—Tengo entendido que conocían al señor Osorio —comentó la jueza—. Solicitaron una orden relacionada con el incendio de una de sus propiedades.

Marlene asintió.

—Estamos investigando la desaparición de su hija: Doris Osorio. Ocurrió ayer y las evidencias apuntan a que se trató de un secuestro.

—¿Tienen algún sospechoso?

—Tres hombres del entorno de la víctima y también indagamos si pudiera existir alguna relación con el incendio. Es un asunto bastante turbio.

La jueza Ibáñez asintió despacio.

—Lo sé. Leí el informe de la subinspectora Ledesma. Yo firmé la orden para investigar el incendio del hotel y las finanzas. ¿Tienen alguna teoría acerca de cómo se conectaría ese siniestro con la desaparición de la hija, y con este doble homicidio?

Simón negó despacio con la cabeza.

—Todavía no. ¿Qué se sabe acerca de lo que ocurrió aquí?

La jueza miró sus notas.

—Los vecinos llamaron al 112 hace una hora, a las 3:00. Ante el posible riesgo de víctimas, los agentes que atendieron el aviso tomaron la decisión de entrar usando un ariete.

—Eso dificultará la valoración de la cerradura —comentó Simón, pensativo.

La jueza cambió de postura.

—Cierto, pero en este caso no había alternativa.

Marlene recorrió la mesa con la mirada: las dos tazas con los restos de infusión, una bandeja, las sillas en orden, salvo dos. Una de ellas donde estuvo sentado Osorio. La otra, frente a la segunda taza.

—¿Puede decirnos la hora de la muerte, doctor? —preguntó Simón.

Urbina respondió sin levantar la mirada del cuerpo.

—Tendrá que esperar a la autopsia para una respuesta más precisa, inspector, pero la estimación aproximada encaja con la hora a la que avisaron los vecinos.

Simón sacó una libreta y tomó nota. Marlene miró a su alrededor como si buscara algo.

—¿Dónde está la otra víctima?

—En el cuarto de baño —respondió la jueza—. Todo parece indicar que corrió para refugiarse y el asesino la alcanzó allí.

La inspectora tensó los músculos de la mandíbula.

—¿Usaron también un arma blanca?

Urbina hizo una mueca de desagrado.

—Le cortaron el cuello. Seccionaron la carótida y la yugular. La muerte fue muy rápida.

Marlene sintió una punzada de compasión por la mujer que había conocido el día anterior. Hizo un esfuerzo por recomponerse. Aquello no ayudaba.

—¿Movieron los cuerpos? —preguntó Simón.

Urbina negó con la cabeza.

—No. Murieron donde los encontramos.

El perito de Científica se incorporó al grupo en silencio, al mismo tiempo que Simón hacía una pregunta en voz alta, sin dirigirse a nadie en particular.

—¿Qué hacía Osorio en el comedor a las 3:00 de la madrugada?

La jueza Ibáñez fue quien respondió.

—No lo sabemos con certeza. Es posible que la pareja no pudiera dormir. Después de todo, su hija todavía está desaparecida.

Marlene entornó los ojos y expuso sus razonamientos.

—Todo parece indicar que Osorio hablaba con su mujer, mientras tomaban una infusión, cuando el asesino los atacó…

—Apuñaló primero a Osorio, aquí mismo —intervino Simón, continuando la idea de su compañera—. Cuando presenció el asesinato de su marido, Brígida trató de refugiarse en el cuarto de baño y el sujeto la persiguió.

Su compañera asintió para mostrar su conformidad.

—También es posible que la otra taza fuera del propio homicida, quien asesinó a Osorio, y luego se aseguró de no dejar testigos.

—Los gritos que escucharon los vecinos pidiendo socorro fueron los de ella —les informó la jueza.

—Así que el asesino mató a Emilio y persiguió a Brígida hasta el servicio —puntualizó Marlene—. Allí, consiguió alcanzarla y le cortó el cuello.

Simón se dirigió al forense.

—¿Encontró señales de lucha en las víctimas, doctor?

—Todavía no he tenido tiempo de ocuparme del cuerpo de la mujer, pero en una primera inspección vi cortes en los antebrazos, así que al parecer sí trató de defenderse. Aunque es evidente que con poco éxito. El caso de él fue diferente —Urbina señaló el cuerpo de Emilio—. Lo cogieron por sorpresa.

Simón se volvió hacia el perito.

—¿Ustedes han encontrado alguna evidencia, inspector Rovira?

—Creo que les interesará saber que la habitación que se usaba como oficina está en completo desorden, con los cajones abiertos y su contenido esparcido.

—Tal vez se trató de un robo —sugirió la jueza.

Marlene frunció el ceño, mientras consideraba las opciones.

—Es posible… O tal vez es la conclusión a la que quiere conducirnos el asesino.

La jueza cogió aire.

—En cualquier caso, este crimen le imprime más urgencia a la desaparición de Doris Osorio. Tienen que encontrar a la hija, antes de que corra la misma suerte que sus padres.

—Eso, si no está ya muerta —sentenció Simón, y sus palabras los golpearon como un mazazo.

19. UN ESPANTOSO CRIMEN.

Marlene y Simón dejaron a la jueza y el forense ocupándose del cuerpo de Osorio y se encaminaron al interior del piso, acompañados por Rovira. El cuarto de baño estaba al fondo de un estrecho pasillo, junto a la habitación principal. A medida que los policías avanzaban, las paredes y el techo les devolvieron el eco de cada una de sus pisadas, que resonaron en medio del silencio profundo de una ciudad que permanecía dormida.

Marlene percibió el penetrante olor a humedad de la vieja construcción, apenas disimulado por el residuo de los aromas artificiales de los productos de limpieza. Un falso limón, poco convincente.

El cuarto de baño quedaba al fondo, junto a la habitación principal. La puerta estaba abierta de par en par y un perito de Científica se encontraba agachado, revisando la cerradura. El fotógrafo captaba detalles desde diferentes ángulos en ráfagas discretas. Brígida yacía en la bañera, ya cubierta por una sábana forense que amortiguaba el impacto del hallazgo. Simón apartó un poco la mortaja, apenas lo suficiente para comprobar la información del forense con sus propios ojos. Marlene vislumbró la escena por encima del hombro de su compañero y tragó saliva, en un esfuerzo por sostener el estómago en su sitio. Ya debería estar acostumbrada, pero era más difícil cuando habías conocido a la víctima con vida. Por fortuna, Simón devolvió la sábana a su sitio y centró su atención en el perito.

—La víctima recorrió el pasillo y llegó hasta aquí buscando refugio —dijo el inspector en voz baja—. ¿Se encerró?

Rovira asintió.

—Lo intentó, pero las cerraduras de los cuartos de baño están diseñadas para garantizar privacidad, no seguridad. Aunque esté puesto el pestillo, es suficiente un alambre o algo similar para desbloquear el sistema. La puerta se abre, aunque el seguro continúe echado. Es lo que ocurrió en este caso.

Simón asintió.

—Es evidente que a Brígida no le proporcionó ninguna protección. ¿Encontraron el arma homicida?

—No —continuó Rovira—. Lo más probable es que el asesino se la llevara consigo. Sin embargo, sí conocemos su origen: en la cocina falta un cuchillo del bloque.

—¿Fue un crimen improvisado? —preguntó Marlene.

Simón se encogió de hombros.

—Quizá es lo que quieren que pensemos.

Marlene desvió la mirada hacia el pasillo durante un segundo. Imaginó a Brígida refugiándose en aquel pequeño espacio, bloqueando la puerta, echándose atrás, impotente ante el avance del asesino…

—Trató de defenderse… pero no lo consiguió —murmuró la inspectora, pensativa.

Aunque su atención seguía centrada en el pasillo, Marlene sintió la mirada de Simón.

—¿Estás bien? —preguntó él, con un leve tono de preocupación en la voz, tan sutil, que solo ella pudo percibirlo. Lo conocía demasiado bien.

—Por supuesto. Continuemos.

—Llevaremos a cabo un levantamiento cuidadoso del perímetro de la puerta —anunció Rovira—. Ya saben: buscaremos fibras, cabellos… cualquier pista que nos ayude a identificar al asesino.

Simón asintió y se hizo una pausa. En medio del silencio, Marlene escuchó el goteo lento del grifo. El olor metálico comenzó a resultarle agobiante. Por fortuna, allí ya no había nada más que ver. Rovira dio un paso atrás para dejarles espacio. Marlene se encaminó hacia la puerta y al llegar al umbral respiró profundo. Los pasos a su espalda le confirmaron que Simón y el perito la seguían.

Cuando alcanzaron la sala, los tres se detuvieron como si hubieran llegado a un acuerdo tácito. Simón se quedó pensativo por un momento, con la mirada fija en dirección al comedor.

—Inspector Rovira, considero que además de las huellas dactilares en las tazas, es importante determinar cualquier rastro de ADN.

—¿Estás considerando que la segunda taza no fuera para Brígida, sino que Emilio se hubiera sentado a la mesa con el asesino? —preguntó Marlene, comprendiendo el razonamiento de su compañero.

—¿Por qué no? Es una posibilidad. Después de todo, Osorio fue apuñalado por la espalda, lo cual significa que confiaba en su asesino. ¿Por qué no compartir una taza de infusión con él, antes de que conociera sus intenciones?… Con un poco de suerte, quizá podríamos disponer de una muestra del ADN de ese cabrón.

Rovira asintió.

—No perdemos nada. Daré la orden de que se lleve a cabo el peritaje del ADN.

—También toxicológico, inspector —sugirió Marlene—. Es posible que el asesino haya drogado a sus víctimas, para matarlas con más facilidad.

—No se preocupen. Nos ocuparemos de las tazas y sus contenidos.

El murmullo de la radio del policía que vigilaba la puerta del piso iba y venía en oleadas. Marlene se apoyó un instante en el marco de la puerta del comedor. Percibió el olor tenue a infusión y metal, los pasos ocasionales de los peritos sobre los tablones, cuando se movían de un lugar a otro, la lluvia golpeando las ventanas. Simón, a su lado, se acomodó la manga en un eterno gesto inconsciente.

—¿Por qué alguien querría matar a una pareja de jubilados de este modo? —murmuró él, casi para sus adentros—. ¿A quién nos estamos enfrentando? ¿Qué tiene que ver todo esto con la desaparición de Doris?

Marlene dirigió la mirada al cuerpo de Emilio.

—No sé cómo, pero de lo que estoy segura es de que todo está relacionado.

Él asintió, sin discutir. La jueza Ibáñez y el doctor Urbina seguían en su tarea, centrados en una discusión que solo llegaba a los policías en murmullos ininteligibles. Entonces, el fotógrafo salió del pasillo con la cámara colgando del cuello.

—Inspector, ya tengo la serie completa —le informó a Rovira.

—Bien. Sube los archivos RAW al servidor y deja una copia en cadena de custodia. —El perito se volvió hacia Marlene y Simón —. Les enviaré el enlace por la intranet, y un correo seguro con las miniaturas, inspectores.

Marlene asintió.

—De acuerdo.

Simón se apartó un mechón de cabello rebelde de la cara. Al levantar el brazo, el dorso de su mano rozó el abrigo de Marlene, sin llegar a tocarla. Ella no se movió, pero contuvo la respiración por un instante. Entonces, volvió a centrar su atención en el comedor. Desde el rellano, el ascensor rompió el silencio con un «ding» apagado, al que siguió una calma todavía más profunda.

—Si encontramos algo más, se los informaré de inmediato —prometió Urbina.

Comprendiendo el mensaje, Marlene y Simón intercambiaron una mirada sin palabras: la de «mucho ayuda el que no estorba». Ella echó un último vistazo a la mesa, donde permanecían las dos tazas intactas, como testigos mudos de la tragedia que se había desarrollado entre esas paredes. Con esa imagen en su cabeza, Marlene emprendió el camino hacia la salida, seguida por Simón.

20. UN NUEVO PANORAMA.

En cuanto salieron del piso de los Osorio Márquez, Marlene y Simón les ordenaron a dos de los agentes que vigilaban el pasillo que entrevistaran a los vecinos más cercanos, mientras ellos se ocupaban de quienes habían llamado al 112. Simón consultó su libreta para comprobar cuál era el número del piso que debían visitar. Se encontraba al frente.

El inspector presionó el timbre y ambos esperaron. A los pocos segundos, la puerta se abrió en una rendija y se asomó un hombre de mediana edad, con un pijama a cuadros y enormes ojeras bajo sus ojos.

—¿Señor Roberto Díaz? —preguntó Simón con voz amable, al mismo tiempo que le mostraba su identificación— ¿Podríamos hablar un momento?

Díaz abrió la puerta para permitirles entrar. Detrás de él estaba su mujer, envuelta en una bata de casa y con los brazos cruzados, pegados al cuerpo. El piso olía a leche caliente y dos tazas vacías reposaban sobre la mesita de la sala.

—¿Son policías? —preguntó ella con voz temblorosa.

Marlene se adelantó un paso con su identificación en la mano.

—Inspectora Vázquez, inspector Aguirre. ¿Podemos hacerles algunas preguntas?

—Por supuesto —respondió Roberto—. Ella es mi mujer, Clara. ¿Qué ha ocurrido allí enfrente?

—¿Brígida está bien? —preguntó Clara con voz temblorosa.

Simón y Marlene intercambiaron una mirada, pero no respondieron a la pregunta.

—Ustedes alertaron al 112 —dijo Marlene con tono neutro—. Hicieron lo correcto y se los agradecemos. ¿Podrían decirnos qué fue lo que ocurrió?

La vecina tragó saliva y aferró la tela de su bata a nivel del pecho.

—No podía dormir y me levanté a calentar un poco de leche. Eran las tres de la madrugada. Lo vi en el reloj de la cocina. Entonces, escuché los gritos de Brígida pidiendo ayuda. Eran espantosos —Clara lanzó una mirada de reojo a su marido—. Lo primero que pensé fue que era víctima de violencia de género. Tenía que hacer algo, así que desperté a Roberto y él llamó al 112.

—¿Vieron o escucharon algo más? ¿Alguien más?

—No. Solo la voz de Brígida. Gritó con desesperación. Entonces, todo quedó en silencio. Un silencio de esos que dan mala espina.

—¿Se asomaron por la mirilla? —preguntó Simón, al mismo tiempo que sacaba su libreta del bolsillo.

Los vecinos intercambiaron una mirada. Él fue quien respondió.

—Lo hicimos, pero estábamos nerviosos y lo más urgente era llamar a la Policía. Ya los gritos habían cesado cuando cogí el móvil. Tuve que marcar varias veces porque las manos me temblaban y no acertaba con los números. Clara estaba conmigo. Después de que hicimos la llamada sí se nos ocurrió asomarnos por la mirilla, pero no vimos nada.

—¿Cuánto tiempo había pasado? —preguntó Marlene.

—No lo sé. Quizá diez o quince minutos.

—Suficiente para que el agresor ya estuviera lejos —murmuró Simón para sí mismo.

El señor Díaz intervino, inquieto.

—¿Agresor? ¿Quiere decir que ha sido un robo? Es que aquí nunca pasa nada y… si han entrado ahí, podrían volver.

Marlene rechinó los dientes y Simón bajó la mirada por un momento, antes de volver a levantarla hacia el vecino y responder con voz calmada.

—Pueden estar tranquilos, señor Díaz. Gracias a su llamada, ahora hay coches patrulla en el portal y en la calle. Además, nuestros agentes vigilan el pasillo.

—¿Qué les pasó a Emilio y Brígida? ¿Ellos están bien?

Marlene respiró profundo y respondió con voz amable.

—No, señora Díaz. Me temo que ambos fueron víctimas de un homicida.

—¿Están…?

Marlene asintió despacio y Clara rompió a llorar.

—¿Se escuchaban discusiones o ruidos extraños en esa vivienda?

Clara sacudió la cabeza y respondió entre sollozos.

—No, nunca. Ellos eran… tranquilos. Muy educados. Buenos vecinos

—¿Vieron movimiento hoy? ¿Visitas, repartidores…?

—Nada fuera de lo habitual —respondió Roberto—. Por la tarde, yo vi a Emilio salir con una bolsa de la basura. Nada más.

Marlene asintió, sacó una tarjeta del bolsillo del abrigo y se la entregó a Roberto.

—Estamos agradecidos por su colaboración. Si recuerdan cualquier detalle, por pequeño que sea, por favor, llámennos a este número.

Cuando los policías salieron del piso de los vecinos, se quedaron de pie en el rellano por algunos segundos, hasta que Simón rompió el silencio.

—Me temo que esta entrevista aportó muy poco.

—Al menos sabemos que el asesino fue silencioso y actuó con rapidez.

—Sabía a lo que venía y conocía el entorno.

Marlene asintió, pensativa.

—Vamos, regresemos a la Jefatura.

Simón la siguió sin discutir. El alba ya despuntaba cuando abandonaron el edificio de los Osorio Márquez. Una vez en el coche, mientras recorrían el trayecto, ambos policías olvidaron sus diferencias personales por algunos minutos, consiguiendo centrarse en el caso que tenían entre manos. Aunque la lluvia había hecho una

pausa, las superficies húmedas y el reflejo de los primeros rayos de sol en los charcos quedaron como recordatorio de su paso, y una promesa de que podía volver.

—El sujeto responsable de este crimen asesinó a sangre fría a dos ancianos indefensos —sentenció Marlene—. ¿A quién nos estamos enfrentando?

Simón soltó un gruñido y pensó por un momento, antes de responder.

—Quienquiera que sea, debemos tener en cuenta algunos indicios importantes: apuñaló a Emilio por la espalda, sin darle oportunidad a defenderse. Luego persiguió a Brígida, consiguió alcanzarla y la hirió mientras se defendía por su vida, hasta que consiguió cortarle el cuello. ¿No te parece que es demasiada violencia para tratarse de un robo?

—Me sorprendería mucho que estuviéramos frente a un robo. Por un lado, Emilio permitió que el asesino se le acercara por la espalda. Eso significa que lo conocía y confiaba en él.

—A menos que el análisis toxicológico revele que las víctimas estaban bajo el efecto de alguna droga.

La inspectora lo consideró por un momento.

—Es una opción, pero, aun así. En el caso de haber sido drogados, la vía más probable habrían sido las infusiones, de lo cual también se puede deducir que conocían a su agresor y confiaban en él.

Simón entornó los ojos y se quedó pensando, sin apartar la mirada de la vía. Redujo un poco la velocidad para entrar en una rotonda y solo habló cuando salió de ella.

—Es posible que nuestro razonamiento sea correcto y los hayan drogado antes de la agresión, pero entonces, ¿cómo se explicaría que Brígida haya sido capaz de tratar de huir y defenderse?

Marlene se encogió de hombros.

—Podría haber varias explicaciones. Quizá bebió menos cantidad de infusión. O tal vez el chute de adrenalina, al presenciar el asesinato de Emilio, contrarrestó el efecto de la droga… Supongo

que no tendremos una respuesta hasta que el laboratorio de toxicología nos envíe un informe.

Simón asintió.

—Sí, supongo que no tiene caso seguir especulando sobre este punto.

Un incómodo silencio se instaló en la cabina. El olor del perfume de Simón alcanzó a Marlene. Cítrico, con un toque de madera. Inconfundible. Ella giró la cabeza para perderlo. Entonces, rompió el silencio con una reflexión.

—Las víctimas eran una pareja de ancianos a quienes cualquier ladrón habría conseguido dominar con facilidad. ¿Qué necesidad tenía el delincuente de sumar cargos de homicidio a sus delitos?

—Entonces, estás pensando lo mismo que yo.

La inspectora asintió.

—Creo que sí. En este crimen hubo un motivo muy personal. El desorden fue una puesta en escena.

—O el asesino buscaba algo —sugirió Simón.

Nuevo silencio. Marlene miró a su compañero por el rabillo del ojo. La mirada concentrada en la vía, los movimientos automáticos y seguros. La mente puesta en… ¿qué? ¿En el caso? ¿En ella? No. Aquello se había terminado y era mejor así. La inspectora se obligó a sí misma a centrarse de nuevo en la investigación. Entonces, disparó una pregunta.

—¿Cómo cambia la situación de los sospechosos de la desaparición de Doris, después del asesinato de sus padres?

Simón negó despacio con la cabeza.

—Supongo que depende de cuál haya sido el motivo de este crimen y cómo se relaciona con Doris. El secuestro de la hija, seguido por el asesinato de los padres… Todo esto me hace pensar en una venganza.

—Sí, tendría lógica, pero ¿de quién y por qué?… Supongo que quien tiene más motivos para vengarse es Germán Fonseca.

Simón chasqueó la lengua y ladeó la cabeza en un gesto de negación.

—Es cierto que, de todos los sospechosos, es el que tiene más motivos para vengarse de Doris. Y no está escaso de resentimiento. Sin embargo, el asesino ha llegado demasiado lejos… Lo que quiero decir es… ¿qué sentido tendría asesinar a los padres de Doris para su venganza? Además, no debemos olvidar el incendio. Quizá Emilio se relacionó con gente poco recomendable para conseguir el dinero de la reconstrucción del hotel.

—¡No tenemos ninguna evidencia de algo así! —protestó Marlene.

—Tampoco hemos tenido tiempo de investigarlo a fondo.

—Eso te lo reconozco. Yo misma me ocuparé de ese asunto.

Simón asintió con una sonrisa asomando en los labios. Marlene experimentó un instante de relajación. Por un momento se había sentido como en los viejos tiempos, antes de que su relación se derrumbara como un castillo de naipes.

—Yo volveré a interrogar a Fonseca —anunció él con voz amable, pero decidida.

—Tampoco debemos olvidar a Carlos Vidal —le advirtió ella—. Después de todo, Doris le sugirió a su madre que era un maltratador, y quizá quería eliminar cualquier testigo contra él.

—Reconozco que me parece excesivo, pero no es descartable. Hay mucho loco suelto.

Marlene guardó silencio por un segundo, antes de preguntar:

—¿Qué opinas de la cuarta línea de investigación posible?

—¿Te refieres a Antonio Robledo?

—Él mismo.

El inspector frenó en el semáforo y se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Qué ganaría con la muerte de los Osorio Márquez? Le garantizaban un buen trabajo y lo trataban como a un hijo. Yo diría que lo que le ocurrió esta noche a la pareja lo deja en una situación difícil.

Marlene sacudió la cabeza.

—Eso es lo que parece a simple vista, pero tampoco tenemos suficientes evidencias de que sea verdad. No termino de comprender la convocatoria de Doris a la cena, ni su supuesto interés repentino por el negocio familiar.

—Tal vez sus propios padres la animaron a hacerlo. Después de todo, algún día tendría que hacerse cargo del hotel.

—Es posible —reconoció Marlene —, pero ya no podremos preguntárselo a los Osorio Márquez.

Ambos se quedaron en silencio por algunos segundos. La lluvia comenzó a caer sobre el parabrisas en gotas muy pequeñas, casi imperceptibles. Simón accionó el limpiaparabrisas y suspiró.

—¿Qué nos pasó, Marlene? Lo que teníamos era tan especial. Siempre hemos trabajado juntos y nos complementamos muy bien. ¿Cómo es posible que hayamos llegado a detestarnos de esta forma?

Marlene se envaró y frunció el ceño.

—Eso es lo que ocurre cuando se traiciona la confianza.

Simón cogió aire para replicar, para defenderse, pero solo lo dejó escapar en un suspiro.

—La verdad no es la que crees.

Ella soltó un gruñido.

—¡No me trates como una tonta, Simón! No olvides que soy policía, así que sé reconocer la verdad.

Simón guardó silencio y deslizó el coche en el aparcamiento de la Jefatura. A esa hora estaba casi vacío, así que dejó el Volkswagen muy cerca de la puerta. En cuanto bajaron del coche, el móvil de Marlene reclamó su atención. Ella comprobó de quién se trataba y estuvo a punto de rechazar de nuevo la llamada, pero lo reconsideró. Sonsoles no trataría de comunicarse tan temprano si no fuera importante.

—Espérame en mi despacho —le ordenó a su compañero—. Subiré enseguida.

Simón obedeció sin protestar y le proporcionó privacidad para responder la llamada. Después de una corta conversación, Marlene presionó el botón de colgar y soltó un largo suspiro. Su mundo acababa de volverse del revés. ¿Cómo era posible? Las lágrimas pugnaron por salir, así que tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerlas. No era el lugar. No era el momento. La inspectora entró en la Jefatura, saludó al vigilante al paso y subió hasta el segundo piso en el ascensor. Encontró a su compañero esperando en la

puerta de su despacho con la espalda apoyada en la pared del frente. Tragó saliva y se acercó a él.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Simón—. Pareces preocupada, como si hubieras recibido una mala noticia.

Marlene se mordió los labios para contener las lágrimas.

—Todo bien. Sigamos. Hay que encontrar a Doris, antes de que sufra la suerte de sus padres. Será mejor que cada uno se ocupe de lo suyo.

Antes de que Simón pudiera decir nada, Marta apareció en el pasillo.

—Marlene, Simón, que bien que ya estéis aquí. El agente de guardia llamó a la comisaria Calvo para informarle acerca del doble homicidio, así que ella convocó a todo el equipo. Todos estamos en la sala de reuniones. Os estábamos esperando.

21. TRABAJO EN EQUIPO.

Los inspectores se encaminaron a la sala de reuniones, siguiendo los pasos de Marta. La puerta estaba abierta y allí los esperaba todo el equipo. Las luces fluorescentes dominaban sobre el brillo azulado del amanecer que se deslizaba por los ventanales. La mesa ovalada estaba cubierta con carpetas alineadas y algún vaso de cartón vacío. Los alcanzó el olor de la tinta del rotulador. Calvo presidía la mesa. A su derecha se encontraban Valeria y Marta, conversando entre ellas, mientras Rosendo e Ignacio hacían lo mismo en el otro extremo de la mesa. En cuanto ellos entraron, los murmullos cesaron y todos les prestaron atención.

Marlene se obligó a avanzar, apartando de su cabeza todo lo que fuera ajeno al caso que tenían entre manos. No fue fácil. Las palabras de Sonsoles se repetían en su cerebro como un «gusano musical». Ocupó un asiento frente a Valeria y sintió la presencia de Simón cuando él se sentó a su lado. Pilar esperó a que los murmullos se apagaran y todos prestaran atención. Entonces, se inclinó hacia la mesa y paseó la mirada por cada uno de los presentes.

—Sé que es temprano y la noche ha sido muy larga, pero esta convocatoria era necesaria —La mirada de la comisaria se centró en Marlene—. Adelante, Vázquez. Infórmanos acerca de lo que ha ocurrido.

Con los dientes apretados y todavía luchando con el nudo de su garganta, Marlene se levantó de la silla, se acercó a la pizarra y puso al día a sus compañeros, acerca del doble homicidio de los padres de Doris y lo que sabían hasta ese momento.

El ceño de Pilar se fue frunciendo cada vez más, conforme escuchaba.

—Ya estaba preocupada por la desaparición de Doris Osorio, pero no esperaba que el crimen escalara de este modo. Y todo esto, mientras la chica continúa desaparecida.

Rosendo carraspeó para llamar la atención.

—Visto lo visto, lo más probable es que ya esté muerta.

La comisaria Calvo le dirigió una mirada fulminante.

—¡Esa no es la actitud que espero de los miembros de mi equipo, Pinto! Quizá esté muerta o quizá no, pero mientras no aparezca un cuerpo, nuestro deber es presuponer que Doris Osorio está viva.

Rosendo bajó la mirada y soltó un gruñido por lo bajines, pero no se atrevió a replicar.

—De lo que podemos estar seguros es de que el doble homicidio que se cometió anoche no fue un simple robo —opinó Valeria.

Marta, sentada a su lado, asintió.

—Estoy de acuerdo contigo. Tendría que ser un ladrón muy estúpido para sumar cargos innecesarios a sus delitos, asesinando a una pareja de ancianos indefensos.

—Quizá estaba bajo el efecto de drogas —sugirió Rosendo, en un tono bastante comedido.

—Es posible —intervino Simón—, pero la teoría de un robo cometido por yonquis desquiciados, no explicaría la desaparición de la hija…

Ignacio sacudió el bolígrafo para llamar la atención, antes de intervenir.

—Si partimos de la teoría de que no fue un robo, eso solo nos deja dos opciones: el desorden tiene la intención de confundirnos o el asesino estaba buscando algo.

—Tened en cuenta un detalle —dijo Rosendo, entornando los ojos como si necesitara ese gesto para agudizar el pensamiento—. Desordenar el piso obligó al asesino a retrasar su huida. Después de los gritos de la mujer, eso representó un enorme riesgo adicional.

—Tienes razón —le concedió Simón—. Es más probable que estuviera buscando algo, pero ¿qué? Y otro detalle importante, ¿lo encontró?

Valeria se recostó en el asiento y cruzó los brazos, al mismo tiempo que daba su opinión:

—Tal vez ese es el nudo gordiano de este asunto.

—¿A qué te refieres?

—Quizá el secuestro de Doris se relaciona con lo que sea que buscaba el asesino. ¿Habéis considerado que pudo secuestrarla para interrogarla y que le dijera dónde encontrar lo que quería?

La potencia de la voz de Pilar contradecía su estatura y en cuanto la alzó, consiguió imponerla sobre la de todos los presentes.

—¡Orden y cordura! Esta discusión se está saliendo del carril. Estáis haciendo conjeturas fundamentadas en suposiciones. Así no llegaremos lejos. Si queremos resultados, tendremos que ceñirnos a los hechos.

Rosendo soltó un gruñido ininteligible que sonó a queja, pero los demás asintieron para mostrar su acuerdo. Pilar se acomodó en el asiento para mirar de frente a Marta.

—Ledesma, solicítale una orden a la jueza Ibáñez para revisar la oficina de Emilio Osorio en el hotel.

Entonces, Pilar se volvió hacia Marlene y Simón.

—¿Ya tenéis copias de las fotografías de la escena del crimen?

—Sí, comisaria —respondió él, al mismo tiempo que manipulaba su móvil para enviárselas a Calvo.

Pilar las reenvió a todo el equipo y luego las miró con cuidado. Los policías guardaron silencio, mientras detallaban las imágenes. Algunos minutos después, Marlene continuó su exposición.

—Con respecto a la desaparición de Doris Osorio, de momento, el doble homicidio no descarta ninguna de las vías de investigación, pero sí cambia las prioridades de los sospechosos.

—¿Cómo? —preguntó Marta.

Marlene le hizo un gesto a Simón, permitiendo que él lo explicara.

—El principal sospechoso de la desaparición de Doris era Germán Fonseca, pero, aunque todavía no podemos descartarlo, no

hemos encontrado ningún motivo para que él asesinara a los Osorio Márquez.

—Tal vez formaba parte de su venganza —sugirió Ignacio.

Valeria negó con la cabeza.

—Sería desproporcionado. Aunque Fonseca fuera lo bastante vengativo como para cometer dos asesinatos, se trata de una persona sin antecedentes, que reconstruyó su vida después de las denuncias por acoso. Tiene mucho que perder.

—Eso no lo descarta —opinó Rosendo—. Hay más de un loco suelto por ahí.

Pilar intervino, zanjando la discusión.

—Estoy de acuerdo con Padrón, pero Pinto también tiene su punto de razón. No perdáis de vista al arquitecto como sospechoso. Ocúpate tú, Aguirre. Vázquez, por favor continúa.

Marlene asintió y reanudó su exposición.

—La otra línea de investigación que pierde fuerza es la de Carlos Vidal. Si estuvo involucrado en la desaparición de Doris, no tiene sentido que atentara contra sus suegros… a menos que los viera como una amenaza.

—¿Amenaza? —preguntó Valeria—. ¿Por qué?

—Durante la entrevista que sostuvimos después del secuestro, Brígida sugirió que Doris se había quejado con ella por malos tratos. Tal vez temía que su suegra lo señalara.

Rosendo interrumpió con un gruñido.

—¿Estáis seguros de que el secuestro y los homicidios están relacionados? ¿No habéis contemplado la posibilidad de que se trate de dos casos diferentes?

—Es posible, pero no probable —respondió Pilar con el ceño fruncido—. Que la misma familia sea víctima de dos delitos tan brutales en menos de veinticuatro horas y que se trate de una casualidad… es estirar demasiado las probabilidades. Seguiremos enfocándolo como el mismo caso, a menos que aparezcan pruebas en contrario. De cualquier modo, tenemos que interrogar a Vidal con respecto a los homicidios. Zabala y tú os podéis ocupar.

Rosendo asintió con la mirada fija en la mesa, mientras Pilar le ordenaba a Marlene que continuara. Entonces, la inspectora

señaló el nombre de Antonio Robledo en la pizarra.

—Es el siguiente sospechoso. Se llevaba mal con Doris, y los Osorio Márquez le tenían mucho cariño… —Marlene les recordó la extraña invitación a cenar que Toni había descubierto en el móvil de Doris.

Valeria frunció el ceño.

—¿Y si Doris descubrió algo acerca de Robledo que le perjudicaba, y ese fue el verdadero motivo de la invitación?

—Tal vez, Osorio también se enteró y por eso Robledo lo asesinó —la secundó Marta.

Rosendo sacudió la cabeza.

—Eso explicaría la desaparición de Doris y el asesinato de Emilio, pero ¿por qué querría matar a Brígida?

—Para eliminar testigos —sentenció Valeria con voz firme.

Simón intervino desde la otra esquina.

—Eso podría explicar el desorden. Quizá estuvo buscando alguna evidencia en su contra.

—¿Evidencia de qué? —preguntó Pilar.

Simón se encogió de hombros.

—¿Un desfalco en el hotel, por ejemplo?

La comisaria suspiró.

—Estamos volviendo a hacer conjeturas sin suficientes fundamentos. Comprendo que es lógico, porque todavía no tenemos suficientes evidencias en las cuales basarnos. Sin embargo, no nos podemos dejar llevar por las especulaciones. Hechos concretos. Padrón, Ledesma, vosotras os ocuparéis de investigar al gerente.

—Sí, comisaria —respondieron ambas a coro.

Antes de que Marlene pudiera reanudar su exposición, Teresa apareció por la puerta con una bandeja y siete vasos de café. El aroma inundó la sala y se escuchó algún que otro suspiro de satisfacción. Mientras la secretaria repartía la infusión, el móvil de Marlene rompió el silencio.

—Es de Científica —anunció, al mismo tiempo que conectaba los altavoces.

La voz del jefe Barros llenó la sala con un eco tenue.

—Inspectora Vázquez, soy Barros. Acabamos de terminar los análisis dactiloscópicos.

—Lo escucho, jefe.

—En las tazas del comedor no había ni una sola huella.

—¿Ni siquiera las de las víctimas?

—Nada. Ni en las asas ni en los bordes. Como si no las hubiera tocado nadie.

—El asesino las borró —murmuró Simón.

—Es la única explicación posible —confirmó Barros, que había escuchado el comentario—. Enviaré el informe en cuanto lo termine.

—Gracias, jefe.

La inspectora cortó la comunicación y dejó escapar el aire en un suspiro. Simón se apoyó en el respaldo de su silla, antes de exponer su opinión.

—De modo que el asesino se tomó el trabajo de limpiar las tazas después del homicidio. Eso significa…

—Que sus huellas estaban en ellas —concluyó Ignacio como una revelación. Simón lo señaló con el índice para mostrar su acuerdo—. Las había manipulado.

—Es posible que el propio asesino sirviera las infusiones —dijo Valeria.

—Conocía a las víctimas —sentenció Rosendo.

Marta los miró como si estuviera en presencia de un coro que desafinaba.

—Hay algo que no comprendo: ¿Por qué se limitó a borrar las huellas? ¿Por qué no lavó las tazas para eliminar toda la evidencia?

—Porque tenía prisa —le explicó Simón—. Brígida habría despertado a los vecinos con sus gritos y el asesino debía encontrar lo que fuera que estaba buscando y salir de allí lo antes posible.

Marlene asintió para mostrar su conformidad, esperó a que Teresa terminara de distribuir los cafés y saliera del salón. Cada uno dio al menos un sorbo al suyo, como si fuera combustible necesario para continuar. Pilar dejó su vaso sobre la mesa, aunque sin soltarlo, expresó su acuerdo con la opinión de Simón, e hizo un gesto con la cabeza a Marlene para que continuara.

—A mi juicio, después de esta noche, el incendio ha pasado a ser la causa más probable de todo lo que ha ocurrido —expuso la inspectora Vázquez.

—¿Cuál es tu teoría?

Marlene intercambió una mirada con Simón. Él asintió para mostrar su apoyo y solo entonces, ella continuó exponiendo sus ideas.

—Los periódicos de la época lo señalaron como un accidente, y Osorio declaró que el seguro pagó después de una exhaustiva investigación. Sin embargo, existe la posibilidad de que fuera provocado y pasara desapercibido a los peritos. También puede haberse tratado de un accidente, y el meollo del asunto estaría en la financiación de la reconstrucción. Aun con la indemnización del seguro, los dueños del hotel tuvieron que endeudarse para reconstruirlo. Tenemos que descartar que no hayan contactado con gente peligrosa para conseguirlo.

—¿Habéis logrado algún avance al respecto? —preguntó Pilar.

—Ya la jueza emitió la orden para revisar las finanzas del hotel, tanto de los años anteriores como las actuales. Buscaremos cualquier indicio que podamos seguir.

La comisaria Calvo escuchó pensativa.

—Estoy de acuerdo. Esa parece la opción más prometedora. Si Emilio Osorio se comprometió con gente poco recomendable para reflotar su negocio, y no cumplió todas sus exigencias, eso podría explicar todo lo que le ha ocurrido a su familia.

—Incluyendo el desorden en el piso —apuntó Simón—. Quizá buscaban algún documento o prueba comprometedora…

Pilar asintió y se puso de pie.

—Ocupaos de investigar el incendio del hotel y todas sus ramificaciones. También debéis comprobar si los Osorio Márquez recibieron amenazas en algún momento. Mantenedme informada.

Antes de que Marlene pudiera responder, la comisaria recogió la carpeta que reposaba frente a ella y salió de la sala.

22. LA COARTADA DE FONSECA.

Una vez concluida la reunión, y después de que Calvo abandonó la sala, el resto del equipo la siguió, saliendo por parejas, al mismo tiempo que iban comentando los pormenores del caso. Simón y Marlene fueron los últimos. Recorrieron el pasillo, que a esa hora de la mañana olía a lejía, papel seco y ozono. Ambos se quedaron de pie frente a la puerta del despacho de ella, mientras sus colegas seguían de largo, en dirección a sus correspondientes módulos.

Se hizo un silencio incómodo entre ambos, hasta que Simón lo rompió con un carraspeo.

—Iré a interrogar a Fonseca.

Marlene asintió.

—Yo trataré de llegar hasta el fondo en el asunto del incendio. Nos mantendremos en contacto.

Antes de entrar en su despacho, ella hizo el amago de querer decirle algo, pero debió cambiar de opinión, porque solo bajó la mirada y entró en su módulo en silencio. Simón se puso en marcha en dirección a los ascensores, después de consultar su reloj: Las siete treinta. Buena hora para coger desprevenido a un sospechoso.

Una vez en el aparcamiento, Simón subió a su Volkswagen, introdujo las coordenadas de la dirección de Fonseca en el GPS y se encaminó a la avenida Solidaridad.

A esa hora, la ciudad parecía contener un bostezo. Apenas había peatones y el tráfico todavía era perezoso. Los camiones de reparto ya entregaban su mercancía frente a las panaderías y cafeterías.

Simón condujo el coche con suavidad y sin prisa, mientras su cerebro repasaba detalles en silencio. Fonseca, el exnovio llevado

ante el juez por supuesto acoso, quien guardaba un resentimiento que no ocultaba… Esa inquina contra la víctima lo convertía en un buen sospechoso para la desaparición de Doris, pero el asesinato de los Osorio Márquez era otra historia. No tenía sentido, a menos que existiera algún factor que ellos desconocían, que fuera capaz de alterar la ecuación. Mientras el inspector pensaba en las evidencias y la línea de tiempo, Marlene se inmiscuyó en sus pensamientos: su voz, su manera de recolocar los objetos antes de instalarse en un lugar, el aroma de su cabello… Simón aferró el volante y se obligó a apartar a su compañera de su cabeza. Trabajo. Había una mujer desaparecida y tenían que encontrarla, antes de que fuera demasiado tarde.

La amplitud de la avenida Solidaridad se abrió frente a él. Entonces, aparcó cerca de un paso de cebra y salió del coche. El aire olía a tierra húmeda y pan recién horneado. Simón cruzó la pequeña plaza que hacía de antesala al portal. Se ajustó la manga mientras buscaba el piso de Fonseca en la lista del portero automático. Un vecino con chándal salió en ese momento y le sostuvo la puerta sin mirarlo.

El inspector entró y subió en el ascensor hasta el tercer piso. Las luces del rellano estaban reguladas por un temporizador, así que tuvo que esperar a que se encendieran, para identificar el apartamento correcto. Llamó a la puerta y la respuesta demoró algunos minutos. Normal. Fonseca se asomó y frunció el ceño de inmediato. Tenía los ojos legañosos, el cabello revuelto y el pantalón del pijama le cubría las piernas por debajo del albornoz. La mirada del policía se clavó en el vendaje que le cubría la mano izquierda.

—Inspector, ¿qué hace aquí a esta hora?

Simón ignoró la pregunta y centró su atención en la herida del sospechoso.

—¿Qué le pasó en la mano?

—Mi coche falló ayer, cuando regresaba a casa. Me corté tratando de repararlo.

—¿A qué hora fue eso?

—Alrededor de las veinte horas. ¿Por qué está aquí? ¿Doris apareció?

Simón sacudió la cabeza.

—Limítese a responder a mis preguntas, señor Fonseca. ¿Lo atendieron en el hospital?

—No. Mi chica es enfermera, y ella me curó la herida. ¿Qué importancia tiene?

—¿Dónde estuvo anoche, alrededor de las tres de la madrugada?

—¿Dónde cree que podría estar a esa hora? Aquí, durmiendo, por supuesto.

—¿Alguien puede corroborarlo?

Una voz femenina a espaldas de Fonseca interrumpió la conversación.

—¿Quién es, Germán?

—Un policía pelma.

Fonseca abrió un poco más la puerta y Simón pudo ver a una chica detrás de él. Iba cubierta con una bata de casa y su larga melena estaba revuelta. El gesto del inspector fue suficiente para que el arquitecto comprendiera.

—Ella es mi novia, inspector.

—Adriana Tormes, para servirle —dijo ella—. ¿Qué es lo que ocurre?

—Lamento las molestias, señorita —se disculpó Aguirre—. Por favor, responda la pregunta, señor Fonseca. ¿Alguien puede corroborar que estuvo aquí anoche a las tres de la madrugada?

—Yo puedo corroborarlo, inspector —afirmó Adriana, después de pasear la mirada de su novio al policía, sin comprender del todo qué estaba pasando allí—. Vine a visitar a Germán anoche, poco después de las veinte horas. Habíamos hablado por el móvil y él mencionó su herida. Le restó importancia, pero yo insistí en que quería asegurarme de que recibía la atención necesaria. Es cierto que la herida no era profunda, pero podía infectarse, así que después de limpiarla, la desinfecté y la vendé. No fue necesario ir a Urgencias, porque yo me ocupé de atenderla.

—¿No tendrían que haber acudido al hospital para ponerle la antitetánica?

—No en su caso —explicó Adriana—. Germán está expuesto a heridas sucias en la construcción, así que ya ha recibido el esquema completo de vacunación contra el tétanos, y un refuerzo este mismo año. Está protegido.

Fonseca se cruzó de brazos.

—No es asunto suyo, pero Adriana se quedó a dormir y pasamos la noche juntos. No comprendo qué quiere demostrar con esas preguntas, inspector, pero como usted mismo puede comprobar, ambos hemos estado aquí toda la noche, hasta que usted vino a despertarnos de forma tan desconsiderada. ¿Por qué nos está molestando a esta hora?

Simón llenó sus pulmones y cambió de postura. Entonces, les informó acerca de los acontecimientos de la noche anterior. Durante un par de segundos, las palabras del policía quedaron colgadas entre el rellano y el vestíbulo. Adriana se llevó una mano a la base del cuello y abrió mucho los ojos. Después de un parpadeo lento, miró a Germán, esperando unas palabras que no llegaron a pronunciarse.

Su novio entreabrió la boca y sujetó el picaporte como si necesitara un asidero a la realidad. Sus labios perdieron color y la nuez de su garganta subió y bajó despacio. Evitó la mirada del policía y la centró en un punto indeterminado detrás de él. Simón volvió al ataque.

—¿Usted conocía a los Osorio Márquez? ¿Llegó a tratar con ellos?

Adriana frunció el ceño. Era evidente que no sabía mucho acerca de la exnovia de su pareja. Germán negó con la cabeza.

—¿Cómo es posible? —preguntó el policía.

Fonseca desvió la mirada al interior del piso, como si la respuesta estuviera en el perchero. Las palabras salieron en un murmullo, sin fuerza.

—Nunca llegué a conocer a los Osorio Márquez. Doris jamás me los presentó. Me dijo que sus padres vivían en Barcelona y que algún día los visitaríamos para que me conocieran, pero ese día nunca llegó. Y tengo que reconocer que yo tampoco tenía demasiado interés.

—Comprendo.

Simón tomó nota, cerró la libreta y bajó el tono.

—Perdonen por haberlos despertado a esta hora.

Germán asintió sin levantar la cabeza y Adriana dio un paso atrás como si tuviera prisa en terminar la conversación. Simón guardó la libreta y se encaminó en dirección al ascensor, al mismo tiempo que Fonseca cerraba la puerta a su espalda, despacio y en silencio.

23. EL INCENDIO.

Mientras Simón interrogaba a Fonseca, Marlene permanecía en su despacho, centrada en la pantalla de su ordenador. La rodeaba un silencio tan profundo, que podía escuchar el leve zumbido de los tubos fluorescentes sobre su cabeza. Leyó los peritajes del incendio con cuidado, buscando ese detalle concreto que no encajara. Un hilo del cual tirar. De vez en cuando tenía que parpadear con fuerza, para tratar de disipar el cansancio acumulado en las últimas horas.

Los informes de los bomberos coincidían con los del perito del seguro. Todos llegaron a la conclusión de que se había tratado de un accidente: un edificio viejo, instalaciones eléctricas antiguas, mobiliario inflamable y las condiciones estaban servidas para la tragedia. Sin embargo, Marlene estaba convencida de que allí debía haber algo más.

La inspectora hizo una pinza con los dedos para masajear el puente de su nariz. Entonces, buscó los datos personales del perito del seguro que se había ocupado del caso. Marlene tamborileó con el bolígrafo sobre la mesa, mientras dudaba acerca de su siguiente paso. Apenas había amanecido y la ciudad todavía dormía, pero la urgencia lo ameritaba.

Ya decidida, marcó el número telefónico personal del perito. Después de un par de tonos, escuchó una voz ronca, arrastrada por el sueño.

—Aquí Daniel Ruiz. ¿Qué desea?

Con un suspiro, Marlene se identificó y le informó el motivo de su llamada al experto. La somnolencia desapareció de la voz de Ruiz, en cuanto supo de qué se trataba.

—Recuerdo ese incendio, inspectora. Y no me sorprende que me pregunte sobre ese tema. Lo extraño es que nadie lo hubiera hecho hasta ahora.

—¿Por qué? Según su informe, el incendio fue un accidente y las circunstancias en las que ocurrió no dieron lugar a ninguna sospecha.

—Así fue. Sin embargo, en este caso recibí más presión que la habitual para que buscara indicios de «*dolo*».

—Entonces, ¿la aseguradora tenía sospechas de que no se trató de un accidente?

—Siempre las tiene. En eso consiste mi trabajo. En asegurarme de que los siniestros son accidentes y no un intento de fraude. Sin embargo, en el incendio del Hotel Doris en particular, mis jefes redoblaron los recursos y la presión.

—¿Por qué? ¿Cuál era el motivo de sus sospechas?

—No es mi departamento, pero según nos informó mi jefe, aunque el hotel era una ruina antes del incendio, la póliza cubría mucho más que su valor real. Por desgracia para la aseguradora, ese dato solo se descubrió después de que se presentó el reclamo. El contrato estaba firmado por ambas partes, así que tendrían que pagar… A menos que se demostrara que el incendio había sido provocado.

Las alarmas de la inspectora se dispararon.

—¿Cómo es posible? Las compañías aseguradoras nunca cubren más del valor real.

—Debo reconocer que yo también me hice esa pregunta, pero en mi departamento nadie lo sabía y nuestra tarea se limitaba al peritaje de las causas de los siniestros. Si quiere saber más sobre ese asunto, tendrá que preguntárselo a quienes hicieron el contrato de la póliza.

—Es evidente que se trató de una irregularidad. ¿No se investigó en su momento?

Marlene escuchó un suspiro a través del teléfono.

—Eso no lo sé. Me temo que no puedo aportar más sobre qué fue lo que ocurrió con el valor de la póliza. En cuanto al incendio, ni los bomberos ni nosotros encontramos el menor indicio

de que fuera provocado, así que no se denunció a la Policía. Después de los informes periciales, al seguro solo le quedó la opción de pagar.

La inspectora le dio las gracias al perito por su colaboración y se disculpó por haberlo despertado, La llamada le había dejado más preguntas que respuestas. Trató de precisarlas tomando algunos apuntes en un cuaderno de notas que tenía sobre el escritorio con los músculos de la mandíbula tensos: «¿Quién fue el agente que vendió la póliza? ¿Por qué sobrevaloró el edificio que estaba asegurando? ¿Tenía alguna relación con Osorio?»

Marlene consultó su reloj. La aseguradora estaría cerrada a esa hora, pero eso no la iba a detener. Buscó en la página Web de la empresa, hasta que encontró el nombre del directivo de la oficina de Logroño: Víctor Dorante. Después de ubicar su dirección en el padrón municipal, Marlene cogió su abrigo y salió de su despacho.

Minutos después, la inspectora Vázquez recorría las calles de Logroño al volante del Opel Astra de la Jefatura. El asfalto todavía relucía por la humedad de la lluvia nocturna, mientras la ciudad se desperezaba con lentitud. Con las persianas todavía a medio levantar, algunos bares recibían a los repartidores, al mismo tiempo que se preparaban para el arribo de sus clientes más madrugadores. Muy pocos coches circulaban a esa hora y los escasos peatones que se atrevían a desafiar el frío de la mañana, apuraban el paso para combatirlo.

Vázquez aparcó el coche en la calle Duquesa de la Victoria, apagó el motor, y durante algunos segundos dejó que la envolviera la paz del silencio. Buscó el número del edificio con la mirada. La construcción tenía un aire sobrio, anodino y predecible. Al llegar al portal, Marlene encontró la puerta abierta. En el interior, una empleada de la limpieza fregaba el suelo con gesto mecánico, y el característico olor a desinfectante de piso inundaba el vestíbulo. El ruido de la fregona cuando la escurría en el cubo resonaba en el espacio silencioso, acentuando la quietud de la mañana.

Marlene la saludó y avanzó con paso seguro. La mujer no respondió. Se limitó a mirarla con el ceño fruncido, antes de encogerse de hombros y continuar su tarea. Vázquez subió los

peldaños con paso rápido y decidido, haciendo un esfuerzo por ignorar la presión que se mantenía pegada a sus párpados por la falta de sueño. Segundos después, llegó hasta el piso de Dorante y llamó al timbre. Esperó con paciencia, hasta que la puerta se entreabrió y se asomó un hombre de mediana edad, despeinado y con los ojos todavía hinchados por el sueño. Ella le mostró su identificación y el directivo se despabiló con un parpadeo.

—Inspectora Marlene Vázquez, Policía Nacional. Lamento la hora, pero necesito hacerle algunas preguntas y se trata de un asunto urgente.

—Yo… por supuesto, inspectora —Dorante se hizo a un lado y la invitó a pasar con un gesto—. Usted dirá en qué la puedo ayudar.

Marlene cruzó el umbral y se encontró en un salón cargado con el aire denso y viciado, propio de un espacio que llevaba toda la noche cerrado. El olor a humedad se mezclaba con el tufo a nicotina que impregnaba las cortinas. Un cenicero desbordado sobre la mesa de centro le confirmó que su olfato no la estaba engañando.

La inspectora no se entretuvo con rodeos.

—Estoy investigando el incendio del Hotel Doris hace cinco años y quiero hacerle algunas preguntas al respecto.

Dorante no pareció sorprendido.

—Vaya, creí que ese asunto había quedado resuelto.

—¿Lo recuerda?

El directivo de la aseguradora se encogió de hombros.

—Yo no diría tanto como recordarlo. Hace cinco años, yo todavía no era gerente de la sucursal de Logroño. Sin embargo, sí me llegaron algunos rumores de pasillo. Ese incendio fue la comidilla de la oficina durante mucho tiempo.

—¿Por qué?

—Porque era un ejemplo perfecto de lo que no se debía hacer.

—¿Puede explicarse?

—El asunto comprometió al agente que vendió la póliza. Me temo que desconozco los detalles. Lo único que puedo decirle con certeza es que su nombre era Pedro Solano, y que lo despidieron.

—¿Por el sobreprecio de la cobertura?

—Eso creo. Sin embargo, tendría que revisar los archivos, para poder proporcionarle información más precisa.

—¿Puede hacerlo?

—Colaboraré con mucho gusto, inspectora, pero involucra información delicada y tendría que justificarlo frente a mis jefes.

—Puedo conseguir una orden judicial.

—Eso lo resolverá.

Marlene se quedó pensativa durante un par de segundos.

—Muy bien, señor Dorante. Vaya preparando los documentos con todo lo que pueda conseguir acerca del señor Pedro Solano y el contrato de la póliza del Hotel Doris. Un mensajero de la Jefatura se presentará en su oficina con una orden. Entrégueselos a él.

Dorante asintió.

—Cuente con ello, inspectora. Iré a mi oficina de inmediato y reuniré la información que necesita.

Después de darle las gracias a Dorante por su buena disposición a colaborar, Marlene regresó a su coche. Antes de poner el motor en marcha, se comunicó con la jueza Ibáñez, quien aún no había terminado su guardia y, en pocas palabras, le explicó lo que necesitaba.

—Veo que no ha perdido el tiempo, inspectora. Redactaré la orden y se la enviaré de inmediato.

24. SIGUIENTES PASOS.

El sol ya lucía en todo su esplendor cuando Marlene aparcó frente a la Jefatura. El aire otoñal, frío y húmedo, se colaba por las rendijas del Opel y dejaba un vaho tenue en la superficie del parabrisas. Durante algunos segundos, ella permaneció allí, con las manos aferradas al volante, sintiendo el cansancio que pesaba sobre sus párpados. Su propio cerebro la traicionó cuando las palabras de Sonsoles acudieron a su memoria, y la verdad la golpeó sin piedad. ¿Qué debía hacer? ¿Qué podía hacer? Sacudió la cabeza. No era el momento. Una sensación de urgencia la apremió. El incendio. Como sospechaba, allí había algo muy extraño y si conseguían llegar al fondo de ese asunto, era posible que descifraran lo que había detrás de los crímenes contra la familia Osorio.

Cuando entró en la Jefatura, la inspectora dejó atrás el frío húmedo de la calle. Cruzó el vestíbulo silencioso y avanzó con paso rápido hacia los ascensores, rodeada por el penetrante olor a desinfectante que despedían los pisos recién fregados.

Una vez en el segundo piso, recorrió el pasillo en dirección a su despacho. Al pasar frente a la puerta del módulo de Simón lo vio allí, inclinado sobre la pantalla de su ordenador, con ese gesto tan suyo de fruncir un poco los labios cuando se concentraba.

—Te espero en la sala de reuniones —le dijo sin detenerse, con voz neutra.

Marlene siguió adelante y entró en la sala vacía. Entonces, cogió el rotulador y se acercó a la pizarra, sintiendo el peso de la larga noche de insomnio sobre sus hombros. Comenzó a escribir, haciendo anotaciones debajo de la palabra «incendio». En ese momento sintió la presencia de Simón a su espalda. No lo vio, no lo escuchó. Tan solo supo que estaba allí.

—¿Has averiguado algo importante? —preguntó él, con una voz pausada que contrastaba con la explosión de actividad de su compañera.

Ella le lanzó una ojeada breve y sin dejar de escribir, le habló acerca de sus hallazgos en los informes del incendio y su conversación con el directivo de la aseguradora.

—… Así que en cuanto dispongamos de la orden de la jueza, nos enviará la información sobre la póliza y el agente que la contrató.

Simón asintió.

—No hay duda de que es muy extraño que la póliza del seguro sobrevaluara la propiedad…

—Y mucho más que en esas circunstancias se desatara un incendio que terminó en pérdida total cuando todavía estaba activa —sentenció Marlene—. Tenemos que llegar al fondo de este asunto. ¿La entrevista con Fonseca rindió frutos?

Simón le informó acerca de los pasos del sospechoso el día anterior y la herida en su mano izquierda. Ella dibujó una leve sonrisa.

—Esa herida podría ser un indicio importante.

Su compañero se encogió de hombros.

—Eso pensé en un primer momento, pero Fonseca tiene una buena coartada.

Simón le relató los detalles de la entrevista, incluyendo la afirmación de la novia enfermera de que ella había pasado la noche con Germán.

La inspectora suspiró.

—Supongo que habría sido demasiado fácil. En cualquier caso, la coartada es válida, siempre que la chica no esté mintiendo para protegerlo.

—Es un buen punto.

Marlene anotó la información sobre Fonseca debajo de su nombre, dejó el rotulador sobre la mesa, se mordió los labios durante un segundo y miró a Simón a los ojos.

—Antes de que continuemos con el caso, quiero que me expliques por qué me has seguido hasta aquí.

Él frunció el ceño y se acomodó la manga.

—¡Eso no es cierto! Yo no te he seguido. Ya te lo expliqué. No sabía que estabas aquí.

—¿Y dónde esperabas que estuviera? Soy riojana, mis padres viven en Valdezcaray. Lo más lógico era deducir que después de irme de Madrid, quisiera estar cerca de mi familia.

—¿Lógico? ¿Por qué? Eres una mujer adulta y hace muchos años que saliste de la casa de tus padres. Pudiste haber escogido cualquier destino.

—Tú me conoces bien. Sabes lo importante que la familia es para mí. No creo que no sospecharas que me había mudado a La Rioja. Por favor, ¿puedes ser honesto conmigo? ¿Por qué pediste traslado a Logroño?

Simón suspiró como si hiciera acopio de paciencia.

—Pedí traslado a Logroño porque era lo que había disponible, y tenía cierta prisa en cambiar de jefe. ¿Es tan difícil entenderlo? ¡Puedes estar segura de que lo último que esperaba era coincidir contigo! Mucho menos que terminaras siendo mi compañera.

Marlene bajó la mirada y se quedó pensativa por un momento.

—¿Estás seguro de que no tienes nada más que decirme?

—Por supuesto que no.

Ella cerró los ojos como si sintiera un dolor físico y asintió.

—Está bien. Acompáñame.

Marlene abrió la marcha, salió de la sala y avanzó por el pasillo, seguida por Simón, que tuvo que alargar las zancadas para darle alcance.

—¿Adónde vamos? —preguntó él.

—Al departamento de Informática, en el sótano. Quiero hablar con Toni para explicarle lo que debe buscar en los móviles y ordenadores de las víctimas. Es fundamental que sepamos si los Osorio Márquez recibieron alguna amenaza.

Simón asintió sin hacer más preguntas. Ambos policías bajaron en el ascensor en medio de un silencio incómodo. Cuando el habitáculo abrió sus puertas en el sótano, Marlene emprendió la marcha y recorrió los claustrofóbicos pasillos, con la seguridad de

quien lo ha hecho docenas de veces. Simón la siguió. En el departamento de Informática, la inspectora sintió un leve estremecimiento al notar el bajón de la temperatura. Allí los recibió Toni, quien parecía inmune al frío y usaba una camiseta en la que se podía leer: «No soy perezoso. Estoy en modo ahorro».

El informático los recibió con su entusiasmo habitual. Marlene hizo las correspondientes presentaciones y le explicó lo que esperaban de él. Toni escuchó con atención y asintió con una sonrisa.

—Por supuesto, inspectora. Comprendo la urgencia del caso. En este momento estoy un poco liado con el móvil de una investigación de Haro, pero ya estoy a punto de terminarlo y me pondré con los dispositivos de los Osorio Márquez, lo antes posible.

—Sabía que podía contar contigo, Toni.

Marlene le explicó al informático qué era lo que estaban buscando y le pidió que les informara los resultados en cuanto dispusiera de ellos.

—Confíe en mí, inspectora. Le aseguro que esos teléfonos no guardan ningún secreto que se me pueda escapar.

Los policías salieron del laboratorio. Al llegar al pasillo, Simón se recostó de una pared y cruzó los brazos.

—Muy bien, y ahora, ¿qué?

Marlene se quedó pensativa por un momento.

—Necesitamos descartar sospechosos para descubrir cuál es la vía de investigación correcta y no malgastar tiempo y esfuerzos.

—Es una buena estrategia. Comencemos por Fonseca. Le solicitaré una orden a la jueza para que el forense revise su herida. Así comprobaremos si nos dice la verdad. ¿Qué harás tú con respecto al incendio?

—Investigaré a Pedro Solano, el agente que vendió el seguro. Averigüemos de una vez qué se oculta detrás del incendio y el pago de la aseguradora.

Simón aprobó el plan con un asentimiento y ambos policías regresaron al segundo piso, donde cada uno entró en su propio despacho. Una hora después, el inspector se anunció con un par de golpes en la puerta de Marlene, aunque esta se encontraba abierta.

Ella apartó la mirada del ordenador. Simón llevaba dos vasos de café en la mano. Sin decir una palabra, le entregó uno y se sentó frente a su compañera. Marlene dibujó una sonrisa.

—Gracias. Me hacía falta. ¿Terminaste?

—Ya solicité la orden. Su señoría enviará la citación para que Germán Fonseca se presente en el departamento de Medicina Forense, hoy mismo —Simón dio un pequeño sorbo a su café, como si el tiempo no contara—. ¿Tú has podido averiguar algo?

Marlene se recostó en el respaldo de la silla, bebió de su humeante vaso y por primera vez en dos días, se permitió relajarse un poco.

—Descubrí algo muy interesante. El hotel Doris no fue la única póliza sobrevalorada que contrató Pedro Solano, aunque sí fue la que desató a los demonios.

—¿Quieres decir que lo hizo en más de una ocasión?

La inspectora asintió.

—Después de que la aseguradora se vio obligada a pagar la indemnización del desvencijado Hotel Doris como si se hubiera tratado de un edificio de lujo, se ordenó una investigación interna. Pedro Solano era su vendedor estrella, y comprendieron por qué. Trabajaba en complicidad con un avalador. Ofrecían pólizas de cobertura por mucho más que el valor de lo asegurado, así que los clientes firmaban sin pensarlo.

—Hasta que les estalló en la cara, por supuesto —concluyó Simón.

Su compañera asintió

—La aseguradora no solo los despidió, sino que también puso una denuncia contra ellos. Ambos fueron juzgados y encontrados culpables de estafa.

—¿Quieres decir que están…?

—Los condenaron a seis años, El avalador falleció por un infarto el año pasado. En cuanto a Solano, continúa en prisión.

Aguirre se quedó pensativo por un momento.

—Necesitamos interrogarlo.

Marlene asintió.

—Está cumpliendo condena en el Centro Penitenciario de Logroño.

—De acuerdo. Yo me ocuparé.

—Muy bien. Mientras tanto, yo contactaré al banco que otorgó el crédito para las remodelaciones del nuevo hotel. Ya tengo la orden de la jueza para revisar las finanzas de los Osorio Márquez. Tal vez encuentre alguna pista.

Simón se despidió y salió del pequeño despacho. Marlene apagó el ordenador y lo siguió. Ambos recorrieron el pasillo y esperaron el ascensor juntos. Dos agentes que se encontraban adentro se hicieron a un lado para darles paso. Se bajaron en el siguiente piso, así que ambos continuaron el trayecto solos. El ascensor descendió con una lentitud exasperante, como si supiera que en su interior flotaba algo que ninguno de los dos quería nombrar. Marlene mantuvo los brazos cruzados y la mirada centrada en la pantalla que marcaba los pisos, fingiendo un interés que no sentía, para no dejarse arrastrar por la sensación que le causaba la cercanía de Simón. Podía sentir su respiración a su lado, con una tranquilidad que la exasperaba.

Cuando por fin se abrieron las puertas, él hizo un gesto cortés para que ella pasara primero. Aunque en el fondo sabía que exageraba, ella interpretó el simple ademán de cortesía como un desafío. Salió con paso rápido, casi brusco, como si el suelo de la Jefatura estuviera ardiendo bajo sus pies.

Marlene cruzó el vestíbulo con la espalda recta y la mirada fija en el frente, tratando de poner una distancia de seguridad. En cuanto empujó la puerta de salida y la envolvió el aire frío de la mañana, comprendió que era inútil. Se sentía atrapada en una carrera en círculos, que siempre la regresaba al punto de partida.

Sin mirar atrás, la inspectora Vázquez apuró el paso hasta alcanzar el Opel Astra, apoyó una mano sobre el techo del coche y se obligó a recuperar la compostura. ¿Por qué permitía que la sola presencia de Simón la desestabilizara de ese modo? Chasqueó la lengua, furiosa consigo misma.

Por el rabillo del ojo vio que su compañero avanzaba en dirección al Volkswagen con su habitual actitud despreocupada.

¿Cómo podía? ¿Por qué ella no? Él no la miró o fingió no hacerlo, y ese desinterés la enfadó más que si la hubiera insultado. ¿Tan poco representó para él, que ya había conseguido apartarla de sus pensamientos?

Desde el asiento del conductor y con un nudo en el pecho, Marlene fue testigo de cómo el Volkswagen salía del aparcamiento y giraba en dirección al Centro Penitenciario de Logroño.

25. LA ESTAFA.

Siguiendo las instrucciones del GPS, Simón llegó al Centro Penitenciario sin contratiempos. El muro gris del penal apareció al final de la carretera. Después de identificarse y explicar el motivo de su visita al guardia de la puerta, el policía cruzó el primer portón y aparcó el Volkswagen en el pequeño espacio reservado a visitantes. Cuando salió del coche, lo envolvió el frío húmedo de la mañana. Simón se ajustó la manga y se preparó para la larga jornada que le esperaba. Se aproximó a la garita, donde volvió a identificarse. Una vez cumplido el papeleo, un guardia con uniforme lo acompañó por un pasillo estrecho, donde cada portón metálico resonó a su paso con un eco que parecía una advertencia.

El aire olía a desinfectante mezclado con humedad vieja, y la luz de los fluorescentes se reflejaba en las baldosas gastadas por miles de pasos. Llegaron a la sala de visitas, vacía y silenciosa.

—Espere aquí, inspector —le dijo el guardia con voz cortés, pero cortante.

Aguirre se sentó detrás de una de las mesas de fórmica y esperó. El guardia regresó a los pocos minutos, escoltando a un hombre que, a pesar del uniforme carcelario, parecía estar solo de visita. Su porte era erguido y su paso seguro, casi elegante. Pedro Solano se sentó frente al policía, como si aquel encuentro fuera una cita de negocios.

—No lo conozco. ¿Qué es lo que quiere?

Simón enderezó la espalda y clavó la mirada en Solano.

—Estamos investigando el homicidio de Emilio Osorio y su mujer. Sospechamos que se relaciona con el incendio del Hotel Doris. El mismo por el que se descubrieron las estafas que lo han traído aquí.

El antiguo agente de seguros frunció el ceño.

—Ya veo. ¿Qué consigo si colaboro con usted?

—Si sus aportes nos ayudan a avanzar en la investigación, se lo notificaré a las autoridades de la Penitenciaría por las vías oficiales. Quedará constancia en su expediente.

—¿Y eso de qué me servirá?

Simón respiró profundo.

—Su colaboración con la Ley se consideraría buena conducta y puede resultarle muy útil a su abogado, para conseguirle beneficios.

El policía clavó la mirada en su testigo, para no perder detalle de sus reacciones. Solano entrelazó las manos.

—El incendio fue mala suerte.

—¿Mala suerte? Era de esperarse que tarde o temprano alguno de sus clientes estuviera en condiciones de cobrar la póliza. Quizá incluso que lo forzara. ¿No se le ocurrió?

El antiguo agente de seguros se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—No. Mi socio y yo nunca lo consideramos. La ganancia de las aseguradoras está en la escasa probabilidad de tener que pagar. No ofrecíamos un contrato con sobrevaloración a cualquiera. Escogíamos con cuidado. Reservábamos esas ofertas para gente incapaz siquiera de pensar en cometer un fraude semejante.

—¿Ninguno de sus clientes sospechó que algo no estaba bien?

—Les contábamos alguna trola que solían tragarse.

Simón tomó nota sin levantar la vista y habló con tono cortante:

—Entonces, según su opinión, el incendio del hotel no fue provocado.

Solano se apoyó en el respaldo y cruzó las piernas con desparpajo

—Estoy seguro de que no. Osorio era uno de esos clientes que pagaban sus cuotas con puntualidad y casi nunca hacía reclamaciones. Era muy respetuoso de la Ley.

—¿Él tampoco sospechó acerca del avalúo?

Solano inclinó apenas la cabeza, con un gesto casi cómplice.

—Ya había sido cliente nuestro durante muchos años. Lo convencí de que la posibilidad de una cobertura por encima del valor de su propiedad, se debía a su trayectoria como cliente. A la gente le gusta ser especial y él no era diferente. Me creyó… y firmó el contrato.

Simón alzó la mirada y la clavó en Solano.

—Entonces, usted conocía bien a Osorio —El ex vendedor de seguros asintió—. ¿Lo suficiente como para estar seguro de que no causó el incendio?

—Lo conocía como cliente. Su historial en la empresa de seguros era impecable. Pagaba con una puntualidad casi maniática y hacía muy pocas reclamaciones. Todas muy bien justificadas. Era el candidato perfecto para nuestro… pequeño negocio.

Simón entornó los ojos.

—¿No consideró que la antigüedad del edificio era un riesgo?

—Reconozco que ahí estuvo mi fallo —admitió Solano con un suspiro—. Me cegó la avaricia y en aquel momento no me preocupó. Muchos edificios viejos nunca tienen percances.

Simón cambió de postura.

—¿A cuánto ascendió la sobrevaloración?

El testigo guardó silencio por un par de segundos, como si considerara si le convenía responder.

—Se aseguró por un treinta por ciento más de lo que valía.

Simón se quedó pensativo durante algunos segundos. Entonces, apoyó la espalda en el respaldo de la silla en actitud relajada.

—El incendio del Hotel Doris fue el detonante que hizo volar por los aires su «negocio perfecto» y lo trajo hasta aquí. En su lugar, muchos habrían considerado a Osorio como el culpable de su desgracia.

Solano entornó los ojos y negó con la cabeza, despacio.

—No vaya por ahí, inspector. Cuando llegó, mencionó el doble homicidio de Osorio y su mujer. Si está considerando la posibilidad de cargarme con esos muertos, olvídelo —el testigo abrió los brazos —. Como puede ver, tengo una coartada perfecta. Además, Osorio

solo hizo lo que era lógico: reclamar al seguro la indemnización que le correspondía. La investigación de los bomberos determinó que había sido un accidente, pero la póliza desató las alarmas en la aseguradora y todo se vino abajo. Sin embargo, solo fue mala suerte.

—Mala suerte… Excepto para Osorio, que consiguió revalorizar su propiedad.

Solano se rio sin ganas.

—No insista, inspector. Ese pobre diablo habría sido incapaz de provocar un incendio. Aunque sí reconozco que hubo algo que me sorprendió.

El policía enderezó la espalda.

—¿Qué?

—Si bien es cierto que Osorio recibió más dinero de lo que valía el edificio, tampoco fue tanto como para semejante recuperación. La reconstrucción del nuevo hotel fue demasiado rápida y espectacular. Quiero decir… pasó de un albergue ruinoso a un hotel de tres estrellas —el testigo sacudió la cabeza—. Ni siquiera el pago sobrevalorado de la póliza lo justificaba.

—¿Cómo lo explica?

El exagente se encogió de hombros.

—¿Yo? A mí no me interesa. No es asunto mío. Supongo que es algo que usted tendrá que averiguar. Es su trabajo.

El policía se puso de pie.

—Muy bien, señor Solano. Gracias por su colaboración.

—Gracias, las que hace el mono. Tenemos un acuerdo.

Simón asintió.

—Siempre cumplo mi palabra. Me ocuparé de que esta cooperación conste en su expediente.

El inspector hizo un gesto al guardia que esperaba en la puerta y aguardó a que el detenido fuera conducido fuera de la sala. Entonces, recorrió el camino hacia la salida. Las respuestas de Solano daban vueltas en su cabeza y se preguntó hasta qué punto habría sido sincero. Después de todo, se trataba de un estafador. Un truhan. Por otro lado, no se le escapó el último comentario. Si el dinero de la póliza no era suficiente para la reconstrucción que se

llevó a cabo después del incendio, ¿de dónde había salido el resto del capital? Todo aquel asunto era muy extraño.

Sentado detrás del volante del Volkswagen, Aguirre se quedó pensativo por algunos instantes. Y ahora, ¿qué? Entonces, sacó su billetera, y cogió un papel doblado que llevaba junto al DNI. Tenía escrito un nombre y una dirección: Daniel Colina, calle el Horno. Nro. 26.

26. LAS VÍCTIMAS.

Mientras Simón estaba interrogando al vendedor de seguros en la Penitenciaría, Marlene llegó al banco del cual Osorio había sido cliente. Cruzó el vestíbulo con paso firme, escuchando el eco de sus propios pasos sobre el mármol pulido. Los cristales de los amplios ventanales todavía conservaban la humedad de la lluvia nocturna, y el olor cítrico del desinfectante dominaba el ambiente. Después de identificarse en la recepción y mostrar la orden judicial, un empleado la condujo por un pasillo silencioso hasta un despacho al fondo. Allí la recibió Juan Acosta, el gerente, quien apartó la vista del ordenador y escuchó las explicaciones del empleado, sin disimular su sorpresa.

—Gracias, García. Puede retirarse. Tome asiento, inspectora. ¿En qué puedo ayudarla?

Marlene obedeció y esperó a que el empleado se retirara. Solo entonces, colocó la orden judicial sobre la mesa y le informó al gerente acerca del motivo de su visita. Después de leer la orden, Acosta asintió y comenzó a teclear en su ordenador.

Al cabo de un par de minutos, apartó la mirada de la pantalla.

—En efecto, su información es correcta. Hace cinco años, el señor Osorio solicitó un crédito para reconstruir su negocio.

—¿Cómo lo avaló?

—Con su piso y el propio hotel. Según la información que proporcionó en su momento, disponía de suficiente dinero para comenzar los trabajos, gracias a la indemnización que había recibido del seguro.

—Según él mismo me informó, ya había cubierto la mitad de los pagos.

—Así es. No solo cumplía con las cuotas con puntualidad, sino que también hacía amortizaciones frecuentes al capital.

—¿Qué le ocurrirá a la deuda restante con su fallecimiento?

Acosta suspiró.

—El señor Osorio tenía contratado un seguro de vida que cubrirá la deuda restante.

—¿Ese seguro cubre el homicidio?

El gerente consultó los detalles de la póliza.

—Sí, a menos que haya sido cometido por un beneficiario.

—Necesitaremos copia de toda la información relacionada con ese préstamo, señor Acosta. Un mensajero vendrá a recogerla.

—Prepararé una carpeta.

Después de darle las gracias al gerente por su colaboración, Marlene salió del banco y se refugió en el Opel Astra. Mientras meditaba acerca de cuál sería su siguiente paso, se acomodó en el asiento y dejó que el respaldo sostuviera un cansancio que ya le pesaba en los hombros. Con un suspiro marcó el número del jefe del departamento de Científica, al mismo tiempo que contemplaba los movimientos de la calle, a través del parabrisas. La vida seguía su curso.

—Aquí Barros —respondió una voz seca y cortante.

—Jefe Barros, soy la inspectora Vázquez.

La voz del jefe de Científica se suavizó de inmediato, manteniendo un tono respetuoso y amable.

—Inspectora, me alegra que me esté llamando. Esta mañana recibimos toda la documentación financiera del hotel Doris y estamos trabajando en ella. También hemos terminado el registro de la oficina de la víctima en su hotel. Hoy mismo deberían estar listos ambos informes.

Marlene respiró hondo:

—Excelente, jefe. Gracias y felicidades por la eficiencia de su equipo. Lamento causarle tantas molestias, pero necesitaremos un nuevo peritaje.

—No debe preocuparse, inspectora. Es nuestro trabajo. ¿De qué se trata?

—Les haré llegar la orden para revisar la documentación de un préstamo que Osorio, una de las víctimas, solicitó al banco para completar la reconstrucción del hotel. El gerente ya está recopilando la información. Es importante comprobar cada cifra y asegurarnos de que cuadren las cuentas.

Hubo un silencio breve, amortiguado por el murmullo lejano del tráfico que se colaba al interior del coche.

—Descuide. Nos ocuparemos —dijo por fin Casimiro con voz decidida.

Marlene terminó la llamada, después de agradecerle al jefe de Científica por su buena disposición. La línea quedó en silencio. Afuera, un coche pasó salpicando agua de un charco sobre la calzada. La inspectora guardó el móvil en el bolsillo de la chaqueta, al mismo tiempo que dejó escapar un suspiro, empañando el cristal de su ventanilla por un instante. Se quedó pensativa durante algunos segundos, hasta que tuvo claro su siguiente paso. Marlene encendió el coche y puso rumbo al Instituto de Medicina Legal de La Rioja. Necesitaban indicios de quién estaba detrás del asesinato de los padres y la desaparición de la hija.

Minutos después, la investigadora llegó al depósito judicial del instituto, bajó al sótano y recorrió el largo pasillo hasta la morgue judicial. Ignoró el cartel de prohibido el paso y entró. La secretaria, que se encontraba en el escritorio detrás de la puerta, la reconoció enseguida.

—Hola, Rita. Quisiera hablar con el doctor Urbina. ¿Es posible?

La mujer sonrió.

—Inspectora Vázquez. El doctor Urbina acaba de terminar una autopsia y está a punto de comenzar otra. Se trata de un doble homicidio que se perpetró anoche.

—Ese es mi caso. Me gustaría presenciar el procedimiento.

—¿Emilio Osorio y Brígida Márquez?

—Así es.

—Aguarde un momento, por favor.

Rita se levantó y se ausentó en el interior de una de las salas de autopsias. Regresó al cabo de pocos segundos.

—Acompáñeme, inspectora, por favor

Marlene siguió a la secretaria hasta una pequeña habitación, donde Rita le entregó un equipo de protección individual y le pidió que se lo pusiera, mientras ella la esperaba afuera. Marlene obedeció y salió de la pequeña habitación con el EPI sobre su ropa. Parecía haberse preparado para entrar a un quirófano. La secretaria la condujo por el pasillo hasta una doble puerta batiente de madera con ventanillas de cristal. En cuanto la cruzó, la inspectora sintió el bajón de la temperatura. El doctor Urbina esperaba con actitud paciente junto al cuerpo de Brígida, que estaba cubierto casi por completo por una sábana blanca, de la que solo asomaban los pies. El color rojo vivo de las uñas, tan fuera de lugar en aquel espacio, fue lo primero que golpeó la vista de la inspectora.

La sonrisa de bienvenida del doctor quedó oculta por la mascarilla, pero se adivinó en la comisura de sus ojos.

—Inspectora Vázquez. Acabo de terminar la autopsia de Emilio Osorio. Redactaré el informe en cuanto realice esta, pero asumo que le vendría bien conocer algunos detalles, lo antes posible.

—Se lo agradecería mucho, doctor.

Urbina suspiró.

—Emilio Osorio murió desangrado por una herida de cuchillo de diez centímetros de profundidad en la espalda, a nivel lumbar. El corte comprometió la vena cava inferior, así que todo sucedió en pocos segundos. El cuerpo no fue movido y no tenía heridas defensivas.

—Lo cogieron por sorpresa —comentó Marlene.

—Sin duda alguna. No le dieron ninguna oportunidad.

La inspectora permaneció pensativa durante algunos segundos.

—Es interesante. Significa que la víctima no solo conocía a su asesino, sino que confiaba en él lo suficiente como para permitirle que estuviera a su espalda.

Urbina se encogió de hombros.

—Quizá, pero tal vez no tuvo alternativa.

—¿A qué se refiere, doctor?

—Existe la posibilidad de que el asesino ya lo estuviera amenazando con el cuchillo cuando se colocó a su espalda.

Marlene entornó los ojos, mientras meditaba el argumento del forense.

—Es posible, pero no me parece probable. De haber visto el cuchillo en manos de su asesino, Osorio habría tratado de impedir darle la espalda.

—Supongo que tiene razón. Veremos qué nos revela la autopsia de Brígida.

27. DANIEL.

Al mismo tiempo que Marlene presenciaba la autopsia de Brígida, Simón llegó a la Avenida Navarra y siguiendo las instrucciones del GPS, giró a la derecha para entrar a la calle El Horno. Encontró un espacio para el coche a su izquierda y aparcó en batería. A su derecha desfilaba una hilera de fachadas deslucidas por grandes manchones de humedad. El inspector bajó del coche y avanzó, hasta que los aparcamientos fueron sustituidos por construcciones aún más desvencijadas que sus vecinas. Simón se internó en la callejuela estrecha, y tuvo la sensación de que las paredes a medio derruir se cerraban sobre él. El aire olía a humedad y polvo viejo, con un rastro metálico que provenía de los muros desconchados. El estrecho pasaje amplificaba el sonido de cada uno de sus pasos sobre el pavimento irregular.

A su izquierda, las piedras erosionadas del muro mostraban cicatrices de siglos, mientras a su derecha, una pared improvisada de ladrillos sin revocar delataba la urgencia con la que había sido levantada. Viejo y nuevo conviviendo como dos testigos mudos que no se toleraban del todo. El sol de otoño apenas conseguía filtrarse en el pasadizo, como si se tratara de un visitante incómodo.

Aguirre llegó frente al número 26 y pulsó el timbre, que no funcionó. El policía golpeó la puerta, temiendo que su puño quedara incrustado en ella.

—¡Ya voy! —anunció una voz juvenil desde adentro—. ¿A qué viene tanta prisa?

Pocos segundos después, abrió la puerta un chico con el cabello negro y rizado. Frunció el ceño al ver a Simón.

—¿Quién es usted? Creo que se equivocó de casa.

El policía sacudió la cabeza.

—¿Eres Daniel Colina? —El chaval parpadeó, al mismo tiempo que el inspector le enseñaba su identificación—. Como puedes ver, soy policía. Te busco a ti.

Antes de que Aguirre pudiera reaccionar, Daniel le cerró la puerta en las narices. En una corta carrera, Simón salió del callejón y lo rodeó, sin perder de vista la casa. Entonces, entró en la calle Los Baños, la paralela, donde vio al chico saltando un muro de mediana altura. Lo interceptó.

—¡Déjeme en paz! Yo no hice nada, ¡lo juro!

—¡Las manos contra la pared!

En cuanto el policía se aseguró de que el joven no iba armado, permitió que se volviera y relajó un poco la vigilancia. Simón se apoyó en la pared áspera y lo alcanzó el olor a humedad y yeso, así que se apartó.

—Si intentas algo, te arresto por resistencia a la autoridad.

—Yo no hice nada.

—¿Por qué huiste? No es lo que hacen los inocentes.

—Estoy limpio, lo juro. Es solo que no quiero volver a la trena. Ya me arrestaron una vez por posesión en una redada y lo pasé muy mal.

—Si estuvieras limpio, no te habrías asustado tanto.

Daniel bufó.

—Sí, claro. Ya estoy fichado, y eso significa que ustedes los polis me usarán de chivo expiatorio cuando les interese.

Simón frunció el ceño.

—¿Qué te hizo llegar a esa conclusión? Nuestro trabajo no es buscar chivos expiatorios.

—No es lo que se dice en la calle.

—No estoy aquí para arrestarte, chaval.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿por qué vino a buscarme a mi casa? Yo no he hecho nada.

—Digamos que tenemos un amigo en común.

—¿Qué usted y yo tenemos un amigo en común? ¿De qué está hablando?

—Verás, chaval. Acaban de trasladarme desde Madrid. Allí tenía un colaborador. Tú lo conoces. Su nombre es Heriberto.

—¿Heriberto es soplón de la Policía?

El inspector negó con la cabeza y sonrió con sarcasmo.

—Soplón es una palabra políticamente incorrecta. Es mejor que lo llamemos informante o colaborador —Daniel frunció el ceño —. Necesito ojos y oídos en las calles de Logroño. Él me dio tu nombre y tu dirección. Dijo que podías estar interesado. Además, antes de salir de Madrid consulté tus antecedentes y tu perfil encaja con la tarea.

Daniel sacudió la cabeza.

—Olvídelo. No le sirvo. Si leyó mi expediente, sabrá que mi abogado consiguió que el juez me enviara a una clínica de rehabilitación. No ha sido fácil, pero estoy limpio desde hace tres meses.

—Eso está muy bien. Te felicito, chaval, pero tienes amigos, contactos, gente que te cuenta lo que pasa en la calle.

Daniel cambió de postura y miró a los lados como si quisiera asegurarse de que nadie los veía.

—¿Y qué ganaría con servirle de topo? Eso no está bien visto. Podría meterme en líos por usted y ni siquiera lo conozco.

—Puedes ganarte algunos eurillos de vez en cuando. ¿Tienes trabajo?

Daniel negó con la cabeza.

—No ha sido fácil, y mis antecedentes no ayudan. Nadie quiere contratar a un yonqui, y no me creen cuando les digo que lo he dejado.

Simón apoyó una mano en el hombro del chico.

—Pues ahí tienes una buena razón. Además de ganarte esos eurillos extra, es posible que pueda ayudarte a conseguir trabajo.

Daniel frunció el ceño, mientras lo pensaba. Entonces, le estrechó la mano al policía.

—De acuerdo. Si hace eso por mí, podrá contar con mi ayuda.

El inspector sonrió con satisfacción, levantó el índice y usó el móvil para hacer una llamada.

—¿Qué quieres ahora? —gruñó una voz al otro lado de la línea, después del tercer tono—. Uno intenta ver un partido en paz

y…

—Hola, Rogelio. También me alegra hablar contigo. —Simón sonrió, mirando a Daniel de reojo—. Necesito un favor. Tu amigo, el ferretero, ¿todavía está buscando a alguien para que lo ayude? Estoy con un chaval muy interesado en el trabajo.

Un resoplido acompañó al sonido de un plato que golpeó la mesa.

—Buscando, dice… ¿Qué crees que es? ¿Un sabueso? Supongo que sí. No he tenido noticia de que haya encontrado a nadie, todavía. Puedo preguntar, pero que te quede claro que no prometo nada. Además, ya que interrumpes mi partido favorito, al menos dame cinco minutos para averiguarlo, pesado.

—Te doy seis. No quiero que me acuses de explotación.

—Anda y que… —Rogelio terminó la llamada con un gruñido que dibujó una sonrisa de confianza en el rostro de Simón.

El inspector esperó con los brazos cruzados. Daniel, inquieto, cambió el peso del cuerpo de un pie al otro. Los alcanzó el olor a café de un bar cercano. El móvil vibró al cabo de un par de minutos.

—Ya está —dijo su casero, con voz cortante—. Recibirá a tu protegido hoy. Si le sirve, lo coge.

—Muchas gracias, Rogelio.

—Nada de gracias. Me basta con que no te acostumbres a que te arregle la vida. ¿Lo captas?

—¡Entendido, jefe! Aunque debo reconocer que se me hará difícil resolver sin tu imprescindible ayuda.

—Deja de hacerme la pelota… Dile al crío que no llegue tarde y se quite la gorra… y que se presente bien aseado.

—Recibido. Te debo una.

—¿Una? Ya he perdido la cuenta de las que me debes —respondió Rogelio antes de colgar, sin poder disimular su orgullo.

Simón guardó el móvil y miró a Daniel, quien mantenía los ojos clavados en él.

—¿Lo consiguió?

—Por supuesto.

Después de darle la dirección de la ferretería y las instrucciones para que causara una buena impresión, le informó

acerca de la tarea que tenía para él.

28. REUNIÓN DE COORDINACIÓN.

El sol de la mañana ya alcanzaba de lleno la acera cuando Marlene llegó a la puerta de la Jefatura, atendiendo al mensaje que convocaba al equipo a una reunión inmediata. Simón apareció casi al mismo tiempo, la saludó con un gruñido y siguió adelante. Ella fue detrás de él, pretendiendo ignorarlo. El cristal de la puerta les devolvió la imagen de ambos, juntos y al mismo tiempo, distantes.

Entraron al vestíbulo y esperaron al ascensor, que anunció su llegada con el habitual «*ping*». Una marejada de personas salió de la pequeña cabina, que quedó vacía. Mientras subían, Marlene mantuvo la mirada clavada en el tablero de botones. Aun así, fue consciente de la presencia de Simón. El calor que desprendía su cuerpo, el aroma de su perfume… Se obligó a hacer un esfuerzo para no mirarlo. ¿Por qué había tenido que regresar a su vida? En especial ahora, que había descubierto…

—¿Has averiguado algo? —preguntó ella al aire, sin apartar la mirada del tablero.

Simón dejó escapar un suspiro.

—Lo informaré en la reunión. No pienso repetirme. ¿Y tú?

—Tres cuartos de lo mismo.

Ambos cruzaron una mirada desafiante, al mismo tiempo que el ascensor se detenía y abría sus puertas. Marlene salió primero como si la persiguiera un león. Aun así, pudo escuchar los pasos de Simón a su espalda, avanzando sin ninguna prisa. Cuando llegaron a la sala de reuniones, los alcanzó el olor a café que salía de los vasos de cartón. Sus compañeros ya se encontraban allí y los murmullos recorrían la sala como una música de fondo. Marlene entró con

decisión, seguida por Simón y otros pasos. La inspectora lanzó una rápida mirada. La comisaria Calvo les pisaba los talones.

Marlene obedeció a un gesto de Pilar y avanzó hasta uno de los primeros asientos, mientras Simón ocupaba la silla junto a Valeria, a suficiente distancia. Después de murmurar un saludo, Calvo se sentó en la cabecera, abrió el cuaderno frente a ella y se preparó para tomar nota.

—Muy bien, si ya estamos todos, comencemos la reunión. Tú primero, Pinto. ¿Qué has averiguado?

Rosendo se echó hacia atrás en la silla y comenzó su exposición.

—Anoche, Carlos Vidal estuvo solo en casa, así que no tiene coartada para los homicidios de los Osorio Márquez.

—¿Cómo era su relación con ellos? —preguntó Simón.

—De acuerdo con su declaración, apenas los conocía.

—Eran los padres de su pareja —protestó Valeria—. No parece muy creíble.

Rosendo se encogió de hombros.

—Quizá, pero según Vidal, Doris mantenía a sus padres al margen de la relación.

—No es tan descabellado —señaló Simón—. Esa actitud de Doris coincide con lo que declaró Fonseca, quien afirma que ni siquiera llegó a conocerlos.

Ignacio sacudió el bolígrafo para llamar la atención, antes de intervenir:

—Quizá Doris no quería involucrar a sus padres en sus relaciones de pareja.

—No lo sé —opinó Valeria—. Todo esto parece muy extraño. Se comprende que ella quisiera mantener la privacidad de sus relaciones, pero tanto en el caso de Fonseca como el de Vidal, se trata de parejas estables. En estas condiciones, semejante distanciamiento es menos habitual.

—Sin embargo, tampoco es imposible —intervino Marta—. Quizá Doris es ese tipo de persona que prefiere compartimentar su vida. O tal vez sus padres eran demasiado invasivos con su privacidad y prefería mantenerlos a raya.

Marlene negó con la cabeza.

—Sin importar los motivos de Doris, la coincidencia de conducta con respecto a sus parejas proporciona credibilidad, pero no garantiza que estén diciendo la verdad.

Rosendo continuó.

—En cualquier caso, Vidal afirmó sentirse muy sorprendido por el asesinato de sus suegros y dijo que ahora está mucho más preocupado por Doris.

—¿Sugirió que sospecha alguna relación entre ambos sucesos? —preguntó Simón.

—No. No se explica ninguno de los dos. Por otro lado, antes de interrogar a Vidal, Ignacio y yo lo investigamos.

—¿Qué encontrasteis? —Quiso saber Pilar.

Rosendo le cedió la palabra a su compañero con un gesto. Ignacio carraspeó, se acomodó en el asiento y se apoyó en sus notas para presentar su informe.

—Desde hace siete años, Carlos Vidal trabaja en Galerías Valdelora, la tienda por departamentos. Su jefe me aseguró que su labor es satisfactoria y mantiene una buena relación con sus subalternos.

—¿Qué opinan los subalternos? —preguntó Valeria.

—Ellos lo describieron como una persona exigente, pero razonable.

Pilar se apoyó en el respaldo de su silla y cruzó los brazos.

—¿Antecedentes?

—No tiene antecedentes criminales.

—¿Se le conocen parejas anteriores? —preguntó Simón con el ceño fruncido.

—Sí, estuvo casado durante diez años y se divorció hace cinco.

Aguirre enderezó la espalda y se acercó a la mesa.

—¿Por qué?

—Fue de común acuerdo —respondió Ignacio, con un encogimiento de hombros—. Por incompatibilidad de caracteres.

—¿No hay indicios de que fuera maltratador? —insistió Simón.

Rosendo intervino, al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—No es por ahí, Aguirre. Tuvimos en cuenta lo que Doris le sugirió a su madre, así que comprobamos si había alguna denuncia. Nunca la hubo, ni por parte de Doris ni de su anterior pareja.

—El hecho de que no exista una denuncia no descarta el maltrato —protestó Marlene—. Muchas mujeres lo soportan toda la vida sin una queja.

Rosendo soltó un gruñido.

—Lo sé. No soy un novato. Además de comprobar los archivos de denuncias, interrogamos a la exmujer de Vidal. Descartó el maltrato por completo. Nos aseguró que su exmarido nunca había mostrado ningún gesto de agresividad hacia ella y tenía la certeza de que jamás le pondría la mano encima a ninguna mujer —la voz de Pinto adquirió un tinte irónico—. Estuvo casada con él durante diez años. Algo debe saber sobre el tema.

Marlene cogió aire y lo soltó despacio. Entonces, se levantó de la silla, se acercó a la pizarra con el rotulador en la mano y escribió algunas notas debajo del nombre de Vidal: «Sin coartada para los homicidios». «No hay evidencias de que sea un maltratador».

La comisaria Calvo esperó a que la inspectora terminara de escribir. Entonces, volvió a centrar su atención en Rosendo.

—Muy bien, Pinto. ¿Qué habéis podido averiguar acerca del SEAT Ibiza negro que fue visto en la escena del secuestro?

El policía respondió.

—Vidal negó conocer a nadie que tuviera un turismo de esas características. También indagamos en el internado. Consideramos que era posible que el portero no hubiera reconocido el coche de alguno de los padres. Sin embargo, llevan un registro de todos los vehículos autorizados para recoger a los chavales, y ninguno coincidió con la descripción.

—Yo también hice algunas comprobaciones sobre el Ibiza —anunció Ignacio—. Ninguno de los sospechosos tiene registrado un coche similar a su nombre. Tampoco sus familiares más cercanos.

La inspectora Vázquez escribió «SEAT Ibiza negro» y un signo de interrogación en la cabecera de la pizarra. Calvo se quedó pensativa por un momento.

—Tenemos que averiguar más sobre ese coche. Ocupaos vosotros, Pinto.

Antes de que Rosendo tuviera oportunidad de responder, Pilar miró en dirección a Valeria.

—Es vuestro turno. ¿Qué habéis averiguado acerca del gerente del hotel?

29. ANALIZANDO EVIDENCIAS.

El olor de la tinta de rotulador inundaba la sala y la luz de la mañana se reflejaba sobre los rostros cansados, reunidos alrededor de la mesa, cuya superficie estaba cubierta con vasos de cartón y carpetas abiertas. Una breve pausa siguió a la pregunta de la comisaria. Valeria la interrumpió con un largo suspiro, antes de comenzar su exposición:

—Marta y yo investigamos todo lo relacionado con el gerente del hotel, antes de hablar con él. Antonio Robledo tampoco tiene antecedentes criminales. Esta mañana, interrogamos a varios de sus subalternos, antes de que comenzaran la jornada. Todos coincidieron en que Robledo es un jefe severo, pero justo. Y un gerente de primera.

Valeria hizo una pausa, en la que Marta aprovechó para intervenir.

—Sin duda alguna, el éxito del hotel se debe a la conducción de Antonio, a quien Osorio ascendió después de la remodelación.

Su compañera asintió y continuó.

—Los empleados también afirmaron que Robledo había demostrado una lealtad a toda prueba hacia Emilio y Brígida, quienes, a su vez, lo trataban como a un hijo.

—En cambio, también afirmaron que era evidente que su relación con Doris era tensa —apuntó Marta.

Simón entornó los ojos al escuchar la afirmación.

—¿Tenéis noticia de alguna discusión o pelea entre ellos?

Marta fue quien respondió.

—En el hotel, no, pero… —La subinspectora miró a su compañera, quien asintió para animarla a continuar— también

visitamos el restaurante en el cual se celebró el encuentro entre Antonio y Doris…

—¿El que descubrimos gracias al móvil de ella? —preguntó Marlene.

—Ese mismo —continuó Valeria—. Y el personal nos comentó algunos detalles interesantes.

La comisaria se incorporó en su silla y fijó la atención en la inspectora Padrón.

—¿Qué os dijeron?

Valeria abrió su libreta, antes de continuar.

—Según el camarero que los atendió, al principio todo transcurrió con normalidad, aunque sí notó cierta tensión entre ellos —La inspectora consultó sus notas conforme hablaba, para no olvidar ningún detalle—. Creyó que se trataba de una pareja tratando de reconciliarse. Ambos conversaron en murmullos, mientras cenaban. Ella pareció enfadarse conforme hablaban, hasta que estalló. De repente se levantó, y le gritó que era un trepa, y que si creía que le iba a quitar lo que le pertenecía, estaba muy equivocado. Entonces, tiró la servilleta sobre la mesa y se marchó, dejándolo a mitad del plato principal.

—¿Cómo reaccionó él? —preguntó Ignacio.

—Según los empleados, se ruborizó y parecía avergonzado —respondió Marta.

Rosendo soltó un gruñido.

—No deberíamos perder de vista a ese tío. Es posible que la humillación haya desencadenado un deseo de venganza hacia la mujer.

Valeria sacudió la cabeza.

—Hacia Doris, es posible, pero ¿por qué asesinar a la pareja que lo tenía en tan buena estima?

—Además, tiene coartada para anoche —dijo Marta—. Estuvo en casa, con su mujer.

Pinto bufó como un toro dispuesto a embestir.

—Yo no lo descartaría tan rápido. No sabemos el motivo por el cual se enfadó Doris. Es posible que la muerte de la pareja lo beneficiara de algún modo. Creo que vale la pena investigarlo.

La comisaria intervino, cortando la discusión.

—No tenemos suficiente evidencia para llegar a conclusiones ni en un sentido ni en otro. Sin embargo, hay un aspecto en el que estoy de acuerdo con Pinto. Es muy pronto para descartar a nadie. Mantendremos a Robledo en la lista de sospechosos.

La comisaria centró su atención en la pizarra.

—¿Qué habéis averiguado sobre Germán Fonseca?

Simón les informó acerca de la entrevista al arquitecto, su herida en la mano y la corroboración de su coartada por parte de su novia.

—La chica podría estar mintiendo —opinó Valeria.

—Quizá —admitió Simón—, pero debo reconocer que me pareció sincera.

La comisaria se quedó pensativa por un momento, antes de exponer su decisión.

—De momento, no hay motivos para asumir que la novia miente. Tampoco excluiremos todavía a Fonseca de la lista de sospechosos, pero centrad los esfuerzos en vías de investigación con evidencias más concretas.

—Muy bien —aceptó Aguirre.

Entonces, Pilar miró a Marlene.

—¿Qué habéis averiguado sobre el incendio?

Vázquez les habló acerca de la estafa, de la visita que hizo Simón a la Penitenciaría para interrogar al estafador preso, y les informó lo que ella había averiguado sobre el incendio.

—… Hablé con el perito encargado de la investigación, y él me confirmó que está seguro de que fue un accidente. Por otro lado, también entrevisté al gerente de la aseguradora. Prometió proporcionarnos todos los documentos relacionados con la póliza del Hotel Doris. A esta hora, ya deben estar en manos de los peritos de Científica. Además, ante la falta de evidencias claras, contacté a mi mejor informante, que mantendrá los oídos abiertos. Luego, decidí acercarme a la morgue, para conseguir detalles acerca de las autopsias.

La comisaria Calvo frunció el ceño, en un gesto de concentración.

—Excelente trabajo, Marlene. ¿Qué revelaron las autopsias?

La inspectora comenzó su exposición, anotando los datos más importantes en la pizarra, a medida en que los mencionaba.

—El cuerpo de Emilio tenía una sola herida en la espalda que fue la que le causó la muerte. El asesino usó un cuchillo con una hoja de diez centímetros. No alcanzó ningún órgano vital, pero sí seccionó una vena importante. Osorio murió desangrado. El forense no encontró heridas defensivas.

—Era de esperarse si lo apuñalaron por la espalda —intervino Rosendo.

Marlene frunció el ceño al ser interrumpida, pero continuó sin protestar.

—El forense cogió muestras para determinar si fue drogado o intoxicado. No hay evidencias de que movieran el cuerpo. Murió donde lo encontraron. Con respecto a Brígida, la situación fue muy diferente. Ella tenía cortes en los antebrazos, señal de que luchó por su vida. Murió por una herida en el cuello que seccionó la carótida y la yugular. Se desangró en segundos. Tampoco movieron su cuerpo.

Valeria sacudió el bolígrafo para llamar la atención.

—Es evidente que el asesino cogió por sorpresa a la pareja, asesinó primero a Emilio, y luego persiguió a Brígida hasta el cuarto de baño. Allí la alcanzó y consiguió causarle una herida mortal en el cuello, a pesar de los esfuerzos de ella para defenderse.

—No lo comprendo —intervino Marta—. Estaban en el comedor. ¿Por qué Brígida corrió al servicio, en lugar de tratar de salir de la casa?

Marlene se encogió de hombros y dibujó un croquis en la pizarra.

—Lo comprenderías si hubieras visto la escena del crimen. Si el asesino estaba junto al cuerpo de Emilio, bloqueaba la salida —La inspectora señaló el croquis con el rotulador, a medida que se explicaba—. Brígida querría alejarse del sujeto con el cuchillo, así que no tenía otra alternativa que refugiarse en el interior del piso.

Simón cruzó los brazos y entornó los ojos.

—Hay un detalle interesante en toda la situación…

—¿Cuál?

—Gracias a los gritos de Brígida que escucharon los vecinos, sabemos que los homicidios se cometieron a las 3 de la madrugada. Los Osorio Márquez estaban despiertos y compartían una infusión, con, o al menos, en presencia del homicida. Eso quiere decir…

Marlene asintió.

—Significa que conocían a su asesino y confiaban en él. No bebes una taza de té con un extraño, a las tres de la madrugada.

—Además —continuó Simón—, para recibir una visita a esa hora, tiene que ser alguien muy cercano o con una buena razón para estar ahí.

Al mismo tiempo que todo el equipo asentía para mostrar su acuerdo, Pilar frunció el ceño.

—Estáis en lo cierto, pero todavía nos encontramos muy lejos de identificar a esa persona. Es necesario que redoblemos esfuerzos. La comisaria centró su atención en Simón.

—Aguirre, es tu turno. ¿Qué averiguaste en la entrevista con el sujeto que vendió la póliza de seguros?

Todas las miradas se centraron en Simón. Él se inclinó hacia adelante, al mismo tiempo que se acomodaba la manga. Entonces, expuso los detalles de su entrevista con Pedro Solano. Rosendo escuchó la información con el ceño fruncido y expresó su opinión, en cuanto su colega terminó de explicarse.

—No lo sé. ¿Un estafador lo bastante comprensivo para atribuir su encarcelamiento a la fatalidad? —Se encogió de hombros —. Tal vez decidió vengarse del cliente que derribó su castillo de naipes.

—Es posible —admitió Simón—, pero no podemos olvidar que está en la cárcel. Por muy tentador que resulte, tenemos que reconocer que tiene una coartada muy buena.

Pinto soltó una risotada sarcástica.

—Tú mismo no te crees ese argumento. Es posible que haya contratado a un asesino que hiciera el trabajo sucio.

—¿Después de cinco años? —protestó Marlene.

—¿Por qué no?

Pilar levantó una mano para cortar la discusión.

—Lo tendremos en cuenta, pero Aguirre y Vázquez tienen razón. No es un sospechoso muy probable. Aunque hubiera contratado a un asesino por encargo desde la cárcel, ¿qué sentido tendría secuestrar a la hija? No olvidemos que tenemos que encontrarla, antes de que sea demasiado tarde. Ese debe ser nuestro principal objetivo.

Ignacio se inclinó hacia adelante, antes de intervenir.

—Me parece interesante el comentario de Solano sobre la indemnización y los costos de la inversión de Osorio. ¿Estamos seguros de que todo el dinero restante lo aportó el banco?

Marlene negó con la cabeza.

—Todavía no, pero ya está en manos de los peritos de Científica. Estamos esperando los resultados.

—Esa podría ser una pista fundamental —opinó la comisaria —. Si la víctima se metió en problemas para conseguir el dinero, existe la posibilidad de que el asunto le hubiera rebotado como un búmeran. No lo perdáis de vista.

—Yo me ocuparé —prometió Marlene.

—Muy bien —dijo Pilar, al mismo tiempo que consultaba las notas que había tomado durante la reunión—. Vamos a organizar los siguientes pasos. Vázquez y Aguirre, vosotros seguiréis ocupándoos del incendio y todas sus derivaciones. Pinto, quiero que indagues con tus informantes acerca de cualquier dato sobre los homicidios, la desaparición de Doris, e incluso el incendio. Si existe algún rumor que nos proporcione una pista, quiero que lo averigües.

—Delo por hecho, comisaria.

—Zabala, céntrate en encontrar información acerca del coche que fue visto cerca de la casa de Vidal el día del secuestro. Regresarás al internado. Quizá no era desconocido para alguno de los alumnos o maestros. Haz lo posible por identificar al propietario de ese vehículo.

—Sí, señora.

—Por último, Valeria, Marta, os ocuparéis de indagar en la historia de los Osorio Márquez, desde antes del incendio. Quiero saber cuál era su pasado, quiénes eran sus amigos y sus enemigos o adversarios. También quiero que interroguéis de nuevo a Sonia, la

amiga de Doris. Es posible que nos pueda aportar algún dato relacionado, ya no con la desaparición de la chica, sino con el asesinato de sus padres.

—Nos ocuparemos.

—Os sugiero a todos que os toméis un descanso de media hora para comer algo, antes de continuar. Todavía no sabemos con qué nos encontraremos a lo largo del día, ni si volveréis a tener la oportunidad.

Pilar se levantó de su asiento y salió del salón sin esperar ninguna respuesta. Los policías intercambiaron miradas, la imitaron con movimientos pausados y salieron en parejas, cada uno con su compañero.

30. ¿DINERO PRESTADO?

Simón y Marlene se rezagaron y mientras recogían sus cosas de la mesa, sus compañeros abandonaron la sala de reuniones. El pasillo permaneció en silencio, hasta que el lejano sonido del ascensor anunciando su llegada, les hizo comprender que se habían quedado solos. Cruzaron el umbral y Marlene comenzó a andar despacio, con la carpeta sujeta contra su costado, mientras Simón avanzaba a su lado, ajustando sus zancadas al paso de su compañera.

—Podemos picar algo rápido en algún bar cercano. Yo invito —propuso Simón.

Ella lo miró con el ceño fruncido, percibió ese perfume tan característico y sintió aquella vieja sensación que él le ocasionaba. Demasiado cerca, demasiado peligroso… Ni podía ni quería arriesgarse a perder el control.

—No —Se apartó medio paso, con disimulo—. ¿En verdad me estás invitando a comer?

Él inclinó la cabeza y dibujó una sonrisa breve, que ella hubiera querido borrar de un sopapo. ¿Por qué él tenía que conocerla tan bien?

—Prometo no hablar de nosotros, ni mencionar ningún tema que te resulte incómodo —le aseguró Simón—. Ya escuchaste a Calvo: tenemos que volver al tajo lo antes posible. Resolveremos el trámite de la comida mucho más rápido si lo hacemos juntos… Es solo sentido práctico.

Marlene entornó los ojos y notó cómo él se ajustaba la manga y esperaba con paciencia, seguro de sí mismo. Ella cogió aire.

—Aguirre, no soy tu plan de mediodía. Si quieres decirme algo, lo haces en la reunión. Si quieres invitar, encuentra a alguien más. No tenemos tiempo que perder.

Ella le pasó por delante con mucho cuidado de no rozarlo. El pasillo olía a café frío y desinfectante de lavanda. A su espalda, los pasos de Simón no la siguieron de inmediato. Se sintió orgullosa de sí misma por haber sido capaz de decir que no, cuando en realidad, cada fibra de su ser anhelaba aceptar la invitación. Quería convencerse de que lo mejor para ambos sería pasar página. ¿No era así?

Marlene entró en su despacho y ocupó su silla. Su compañero se quedó en el umbral. Ella lo miró con las cejas enarcadas.

—¿Sigues aquí? Bien. Comeremos un bocadillo y un café, mientras seguimos trabajando —Marlene imprimió un leve tono de ironía a su voz—. Ya que eres tan generoso como para invitar, puedes ir a buscarlos a las máquinas dispensadoras que están junto a la recepción. Mientras tanto, yo llamaré a Científica. Quizá puedan adelantarme algo acerca del peritaje de las finanzas del hotel.

—¡A sus órdenes, jefa! —respondió él, con una sonrisa cargada de sarcasmo.

Marlene suspiró, haciendo acopio de paciencia para no estrangularlo. ¿Por qué él nunca se dejaba afectar por nada? Parecía tener un escudo en el que rebotaban las puyas. Antes de que Simón se apartara del umbral, su móvil comenzó a reclamar su atención. Él consultó la pantalla y respondió de inmediato. La conversación que sostuvo fue muy breve y apenas pronunció palabra. Se limitó a escuchar. Su compañera entornó los ojos con curiosidad. Una vez que terminó la llamada, Simón permaneció con el teléfono en la mano, organizando sus ideas por un segundo, antes de hablar.

—Era Daniel Colina, mi informante.

Marlene parpadeó, incapaz de ocultar su desconcierto.

—Acabas de llegar a Logroño. ¿Cómo es posible que ya tengas un informante aquí?

Simón se encogió de hombros.

—Ya me conoces. Suelo arreglármelas bien.

—¿Tu informante consiguió averiguar algo interesante?

El policía suspiró, al mismo tiempo que guardaba el móvil en el bolsillo.

—Envié al chico a «pescar rumores» en el barrio donde ocurrió el incendio.

Marlene enderezó la espalda.

—¿Y bien?

—Se dice que los Osorio Márquez fueron muy afortunados por poder recuperar su negocio desde las cenizas. En un primer momento, algunos vecinos sospecharon, pero quienes conocían a la pareja aseguraron que eran incapaces de cometer un fraude al seguro, así que los rumores se apagaron poco a poco, hasta que nadie volvió a hacer preguntas.

Marlene se quedó pensativa por algunos instantes.

—Es un factor común —sentenció, después de pensarlo. Simón la invitó a explicarse con un gesto—. Me resulta interesante que a pesar de las extrañas circunstancias que rodearon el incendio y la recuperación del hotel, todos parecen estar de acuerdo en que Emilio Osorio no tuvo ninguna responsabilidad. Quizá estamos en un callejón sin salida y es hora de explorar otras posibilidades.

—¿En qué estás pensando?

—Sigo preocupada por la financiación de la reconstrucción. Se trata de un hotel de tres estrellas, levantado de la nada. ¿En realidad consiguieron construirlo, remodelarlo y amueblarlo con la indemnización del seguro y el préstamo del banco?

—Es un buen punto —reconoció Simón—. Mientras piensas en ello, iré a buscar nuestra fabulosa comida de hoy. Se razona mejor con algo en el estómago.

Simón se apartó del umbral y Marlene usó el teléfono de su oficina para marcar el número directo del jefe Barros, quien respondió al tercer timbrazo.

—¿Qué quieres? —ladró el jefe de Científica— ¿Acaso ya no eres capaz de respetar ni la hora de la comida?

—Lamento mucho haberlo interrumpido, señor…

La voz del perito se suavizó de inmediato.

—Inspectora Vázquez. Disculpe usted. No vi la pantalla, creí que era una llamada de Haro y… además, acabo de abrir la viandera y ver lo que mi mujer me puso para la comida. Le aseguro que esto pone de mal humor a cualquiera… En fin, espero que pueda perdonar mi torpeza. Dígame en qué puedo ayudarla y lo haré con mucho gusto.

Marlene suspiró, consciente de las reconocidas extravagancias de Casimiro Barros.

—No se preocupe, jefe. Lo comprendo muy bien. Sé que es muy pronto para tener resultados y que sus peritos necesitan tiempo, pero una mujer está desaparecida y sus padres fueron asesinados anoche con una violencia brutal. Nos urge encontrar alguna pista para dar con ella.

Marlene le explicó sus sospechas acerca de la procedencia del dinero para la reconstrucción del hotel. Barros guardó silencio durante un par de segundos, antes de responder con una voz cálida, casi paternal.

—Por supuesto, inspectora. ¿Me concede un momento, por favor? Debo consultarlo con los expertos que se ocupan del caso.

Durante algunos segundos, a través de la línea, la inspectora solo pudo escuchar algunos murmullos, el sonido de las teclas y una impresora que arrancó y se detuvo. Ella presionó el bolígrafo sobre la libreta con tanta fuerza, que sintió cómo cedía el papel.

—Gracias por esperar —le anunció la voz del jefe Barros—. Vamos por partes: los chicos todavía no han terminado de revisar las finanzas. De momento, todos los balances cuadran, pero aún tenemos que compararlos con las declaraciones a Hacienda.

Marlene asintió por reflejo, aunque se encontraba sola.

—¿Qué puede decirme acerca de la reconstrucción del hotel?

—Eso sí lo han terminado de revisar. La póliza del seguro y el préstamo bancario cubrieron la mayor parte de los gastos. Sin embargo, sí fue necesario un crédito adicional.

La inspectora se envaró en su silla.

—¿Quién lo aportó?

—Una empresa privada.

—¿Accionista?

—No.

Marlene tragó saliva. Se sentía muy cerca. Se preparó para tomar nota

—¿Hay registro del nombre?

—Por supuesto. Se trata de FEMLOG: Fast and Easy Money Logroño, S.L.

El bolígrafo trazó una línea limpia que subrayó la nota, al mismo tiempo que Marlene daba las gracias al jefe Barros con una sonrisa de satisfacción.

31. FEMLOG S.L.

La pantalla del ordenador de Marlene mostraba la página Web de FEMLOG, S.L. Se trataba de una empresa que ofrecía préstamos rápidos sin muchos requisitos. La inspectora se mordió los labios para contener su entusiasmo. ¿Habrían encontrado el hilo correcto?

El módulo olía a papel seco y plástico nuevo. El sonido de un leve golpe en la puerta la sacó de su concentración. Simón apareció en el umbral con dos bocadillos envueltos en plástico en una mano y dos cafés en vasos de cartón en la otra. Con mucho cuidado los dejó sobre la mesa, junto al teclado. Al entregarle el suyo a Marlene, sus dedos rozaron los de ella un instante, y un calor breve la recorrió, sin que pudiera evitarlo. Ella sostuvo el vaso por el aro, manteniendo los ojos bajos.

—Gracias.

Él sacó una bolsita de azúcar del bolsillo y la puso delante de su compañera, al mismo tiempo que sonreía con esa picardía que…

—Bocadillo de jamón y queso. El café con mucha leche y media cucharadita de azúcar. No he olvidado nada, ¿verdad?

Ella parpadeó, y entonces lo miró a los ojos.

—No, es justo en lo que había pensado.

Él sonrió con satisfacción y señaló el ordenador.

—Interesante búsqueda. ¿Conseguiste averiguar algo?

Marlene lo puso al día acerca de los prestamistas, al mismo tiempo que él parecía concentrado en beber un sorbo de café.

—FEMLOG —leyó el inspector, pronunciando despacio cada sílaba—. ¿El nombre te dice algo?

Dando un mordisco a su bocadillo, Marlene sacudió la cabeza. Masticó y tragó, antes de responder.

—No, pero en vista de las circunstancias, la aparición de esta empresa prestamista da mucho en qué pensar. Estaba a punto de llamar al Registro Mercantil de La Rioja, para averiguar quién está detrás de esas siglas.

—Buena idea.

El móvil de Simón interrumpió la conversación. Él comprobó quién llamaba y respondió de inmediato.

—Te escucho, Dani.

Marlene dejó el bocadillo sobre su envoltorio y observó cómo se tensaba la mandíbula de su compañero. Simón cogió el bolígrafo que encontró más cerca de su mano, arrastró una libreta y escribió dos palabras con su caligrafía apretada: Fabio Rendón. Un nombre que cualquier policía de Logroño reconocería.

—Entendido… Vale, gracias.

Simón terminó la conversación y guardó silencio durante un segundo, mientras Marlene esperaba sin perder de vista su expresión, con el nombre escrito en la libreta rondando su cabeza.

—¿Qué tienes? —preguntó ella, al final, incapaz de soportar la intriga.

Simón cogió aire y se explicó.

—Dani continuó haciendo algunas preguntas en la calle y encontró información sobre el hotel. Se dice que un sujeto llamado Fabio Rendón fue quien financió más de un tercio de la construcción.

La ceja de Marlene subió un milímetro y su estómago, otro. Ella cogió el vaso de cartón para ocupar las manos. Simón la conocía demasiado bien para ignorar el gesto.

—¿El nombre te dice algo?

Ella asintió.

—Tenemos la certeza de que Rendón está relacionado con el crimen organizado, pero es muy astuto. Siempre actúa a través de terceros. Nunca hemos conseguido probarle nada.

—Es interesante que su nombre haya surgido durante esta investigación —opinó Simón.

La inspectora sostuvo la mirada de su compañero, a medio camino entre el reto y la alianza.

—Es cierto. Y nada me gustaría más que detener a ese cabrón, pero necesitaremos algo más que un chivatazo.

—Estoy de acuerdo —reconoció él.

—De momento, sigamos esta pista —sugirió Marlene—, señalando el ordenador. Conociendo sus negocios, no me sorprendería que Rendón estuviera detrás de FEMLOG.

Simón se sentó en la silla frente a su compañera y se inclinó hacia adelante sobre el escritorio.

—Si es así, tal vez esa empresa de préstamos personales no es tan «legal» como pretende aparentar.

Marlene asintió.

—Solicitaré una orden a la jueza Ibáñez que nos permita acceder al Registro de Titularidad Real de FEMLOG.

Un par de horas después, la orden entraba en la bandeja de correo de la comisaría. Después de imprimirla, los policías se encaminaron hacia la calle Portales.

Simón aparcó el Volkswagen junto al bordillo y el limpiaparabrisas hizo una última barrida lenta. Marlene sintió la humedad de la llovizna reciente en cuanto salió del coche, con la carpeta pegada al costado y el abrigo cerrado casi hasta la garganta. Simón la siguió en silencio, con las manos en los bolsillos de la chaqueta.

El interior del Registro olía a papel y a calefacción recién encendida. Solo había un hombre y una mujer, esperando con paciencia que su turno apareciera en la pantalla. Marlene notó la presencia de Simón a su lado, el calor que desprendía su cuerpo y el aroma de su perfume. Él avanzaba medio paso más cerca de lo necesario. Se aproximaron a la ventanilla de atención al público con la identificación en la mano. Una mujer de mediana edad y rostro serio escuchó las explicaciones de los policías.

—Síganme, por favor.

La empleada los condujo hasta el ascensor y subieron al segundo piso. Después de recorrer un pasillo reluciente que olía a tinta de impresora y café de máquina, llegaron hasta una oficina, en cuya placa se leía: María Teresa Romerales. Registradora adjunta. Después de llamar a la puerta y anunciarlos, la funcionaria los dejó

con su jefa y regresó a su puesto de trabajo. Romerales los recibió con los ojos entornados y los invitó a sentarse frente a ella.

—¿En qué puedo ayudarles?

Marlene tomó la palabra para exponer su solicitud y le entregó la orden judicial. María Teresa la recibió con un asentimiento, la leyó por encima y comenzó a buscar la información en su ordenador.

— FEMLOG. S.L. Sí, aquí está. El registro es de hace siete años.

La impresora comenzó a funcionar y en cuanto se detuvo, Romerales cogió el documento de registro de la empresa prestamista, lo engrapó y lo introdujo en un sobre, para entregárselo a los policías.

Después de agradecerle por su valiosa colaboración, los inspectores salieron de la oficina de Registro. Mientras Simón conducía de regreso a la Jefatura, Marlene ojeó el documento. Manteniendo la atención en la carretera, él le lanzó una que otra ojeada. La inspectora siguió leyendo con los dientes apretados, hasta que lo encontró. Entonces envaró la espalda.

—¿Y bien? —preguntó Simón.

—El socio principal de FEMLOG es Fabio Rendón.

—¡Perfecto! ¡Ya lo tenemos!

Marlene sacudió la cabeza.

—Debemos ser prudentes, Simón. Si nos dejamos llevar por la desesperación de encontrar a la víctima, terminaremos en un callejón sin salida.

—¿A qué te refieres?

—Si lo analizamos con sangre fría, tenemos que reconocer que no hemos encontrado ninguna prueba concreta contra Rendón.

El inspector soltó un bufido.

—¿De qué estás hablando? Ese tío, que es un delincuente reconocido, fue el prestamista de Osorio, quien murió asesinado junto con su mujer. Después de que alguien secuestró a su única hija. Blanco y en botella.

—A eso me refiero… ¿Por qué querría un prestamista asesinar a su deudor y a su mujer o secuestrar a su hija?

—¿Quién eres? ¿Su defensora? Se me ocurren varios motivos.

—¿Por ejemplo?

—Uno de ellos podría ser para dar un mensaje a sus otros deudores.

Marlene se quedó pensando en las palabras de su compañero por un momento.

—Es posible, pero me temo que no suficiente. Necesitaremos probarlo, y lo único que tenemos contra Rendón es que le prestó una elevada suma de dinero a las víctimas.

Simón suspiró.

—Supongo que tienes razón, pero cuando menos, deberíamos interrogarlo. Quizá saquemos algo en claro.

Marlene asintió.

—Estoy de acuerdo.

—En la Jefatura —aclaró Simón.

—Correcto. Lo primero que haremos al llegar, será tramitar una citación urgente, para esta misma tarde.

32. PRIMEROS AVANCES.

La tarde avanzaba sin prisa, pero sin pausa, cuando los policías llegaron a la Jefatura en la que ya dominaba la luz de los fluorescentes. Olía a café de máquina y a suelo recién fregado. Marlene cruzó el pasillo con el sobre sujeto contra su costado; Simón venía medio paso detrás. Una presencia silenciosa, que ella pretendía ignorar sin éxito. Cuando pasaron frente al módulo de Ignacio, el joven subinspector apartó la mirada de su ordenador y se quitó un auricular. Marlene hizo un gesto para pedirle que se acercara. Zabala dejó lo que estaba haciendo y obedeció a su superiora. Entonces, Marlene también se asomó al módulo de Marta, quien leía un documento, bolígrafo en mano. La joven policía comprendió la muda instrucción de la inspectora de inmediato, así que dejó el folio sobre el escritorio, para acercarse al pasillo. Ignacio y Marta se asomaron casi al mismo tiempo. La inspectora Vázquez se dirigió a ellos con voz amable.

—Chicos, cuando podáis, nos vemos en el salón de reuniones, para un intercambio rápido de información.

Mientras sus compañeros se preparaban, Simón y Marlene se encaminaron al despacho de la inspectora para elaborar la citación a Rendón. Ella comenzó a redactar el documento, al mismo tiempo que él seguía las letras en la pantalla.

—Espera —la interrumpió Simón, a mitad de una línea—. Creí que lo íbamos a citar como sospechoso. Estoy seguro de que ese sujeto es mucho más que un testigo en este asunto.

—Es posible que tengas razón, pero la verdad es que no tenemos suficiente evidencia. Tendremos que hacer que venga como testigo y tratar de que nos revele alguna pista útil durante el interrogatorio.

En lugar de responder, Aguirre dejó escapar un gruñido y se acomodó la manga, mientras su compañera continuaba redactando el documento, citando a Rendón para una hora más tarde. En la propia citación, Marlene justificó la urgencia de la convocatoria con el secuestro de Doris y la posibilidad cierta de que su vida corriera peligro.

Después de enviar la convocatoria con un agente, ambos policías salieron del despacho de Marlene y se encaminaron a la sala de reuniones. Ignacio ya los estaba esperando.

Vázquez se sentó frente al subinspector, mientras Aguirre ocupaba la silla junto al joven, como si entre él y su compañera existiera un campo magnético de polos iguales.

—¿Habéis descubierto algo interesante, Ignacio? —preguntó ella con una sonrisa.

Zabala enderezó la espalda y entrelazó los dedos. La inspectora supuso que era para evitar tamborilear sobre la mesa, como solía hacer cuando tenía que hablar en público.

—Rosendo y yo regresamos al internado. El director nos informó que había encontrado un nuevo testigo entre los chavales. El día del secuestro, uno de los chicos fue expulsado de clase y pasó por el patio, camino de la Dirección. El patio está junto a la valla del colegio y desde allí puede verse la calle…

—¡Y el chaval vio algo! —lo interrumpió Simón, ganándose una mirada de reproche de su compañera—. Lo siento, Ignacio. Fue el entusiasmo. Continúa.

El subinspector asintió.

—El chico vio el SEAT Ibiza negro que ya nos había descrito el portero, pero, además, recuerda que la matrícula terminaba en LM

—¡Genial! —dijo Simón con una sonrisa.

Marlene suspiró como una madre paciente frente a un arrebato infantil.

—Ese dato puede resultar crucial. ¿Conseguiste identificar el coche?

Ignacio se encogió de hombros como si la resignación formara parte de su esencia.

—Rosendo me ordenó que regresara aquí para cotejar los datos, mientras él continuaba con las indagaciones en la calle.

—¿Y bien? —preguntó Simón, inclinándose hacia adelante.

—De momento, nada. Me temo que el SEAT Ibiza es un coche muy popular, y el color negro uno de los más frecuentes. Aun con las letras de la matrícula son demasiados los vehículos que coinciden como para conseguir algo en claro.

—¿El chaval no vio nada más que permita identificar el coche?

Zabala exhaló un largo suspiro.

—Me temo que no.

La puerta se abrió sin ruido. Marta entró, saludó con la mano y le dedicó una breve sonrisa a Simón, antes de sentarse. Marlene, atenta a la reacción de su compañero, notó que él pretendió no haberla visto y que había centrado la mirada en su libreta, para esquivar la atención de la joven. Antes de que nadie se lo pidiera, Ignacio puso al día a Marta sobre lo que estaban discutiendo.

Cuando el joven subinspector terminó su explicación, Marlene intervino.

—Sigue intentándolo con el coche, Ignacio. Limita la búsqueda a La Rioja y descarta aquellos que tengan alguna modificación en su aspecto. Me refiero a logos de empresa, taxis o coches de autoescuela, o cualquier elemento que llame la atención.

Zabala asintió, al mismo tiempo que Marlene hacía un gesto a Marta para cederle la palabra.

—Valeria está entrevistando a Sonia de nuevo, en este mismo momento —explicó la subinspectora—. Yo me estoy ocupando del pasado de los Osorio Márquez. Todavía no he encontrado que tuvieran ningún enemigo. El hostal incendiado había pertenecido al padre de Brígida y ya era una ruina cuando ella lo heredó.

Ignacio se inclinó hacia delante.

—¿Existieron otros herederos?

—Dos hermanos. Ambos renunciaron a la herencia. Consideraron que el hostal no tenía futuro y no valía la pena.

Simón jugueteó con el bolígrafo, sin levantar la mirada.

—Es interesante. El hostal solo dejó cenizas, pero el hotel que surgió de él es otra historia.

Marlene meditó las palabras de su compañero por un segundo y asintió. Volvió a centrar su atención en Marta.

—¿Investigaste a los hermanos? Visto lo visto, es posible que alguno se haya arrepentido de su decisión. Conviene saber quiénes son y dónde están.

Marta asintió.

—Lo indagaré.

Simón tomó la palabra y les explicó a los subinspectores lo que su compañera y él habían averiguado. Cuando mencionaron a Rendón, ambos jóvenes envararon sus espaldas al mismo tiempo.

—Es muy significativo que el nombre de ese tío haya surgido durante la investigación —opinó Ignacio.

Marta cogió aire y lo dejó escapar despacio, antes de dar su opinión.

—Estoy de acuerdo, aunque me temo que, si Rendón está involucrado, quedan pocas posibilidades de que la víctima continúe con vida. Todos sabemos lo peligroso que es ese sujeto.

Marlene se mordió los labios.

—Tienes razón, Marta. Eso imprime urgencia a la investigación. Tenemos que encontrarla lo antes posible.

—Valeria y Pinto también deberían tener esta información —opinó la subinspectora.

—Correcto —dijo Marlene con determinación—. Simón, comunícate tú con Rosendo. Yo haré lo propio con Valeria.

Un par de minutos después, ambos habían terminado sus correspondientes llamadas.

Simón guardó el móvil en su bolsillo con movimientos lentos.

—Rosendo viene en camino, pero me temo que no ha tenido suerte. Está bastante enfadado porque ha perdido el tiempo. Ninguno de sus informantes tiene noticias acerca del secuestro, ni tampoco indicios sobre quién pudo asesinar a la pareja de ancianos.

Ignacio entornó los ojos y frunció el ceño.

—Eso es muy extraño. La calle tiende a murmurar. Siempre hay alguien que ve, que escucha… un listo que se va de la lengua.

—Pues parece que este no es el caso —sentenció Simón.

—Eso nos deja dos opciones —opinó Marlene—. O bien los que cometieron los crímenes no son de por aquí, o hay alguien que está forzando el silencio.

—¿Con dinero? —preguntó Marta.

—O con miedo.

—Lo cual nos lleva de nuevo a Rendón —opinó Ignacio.

Simón se ajustó la manga y se encogió de hombros.

—No perdáis de vista la posibilidad de que sean profesionales. Esos saben mantener la boca cerrada.

Marlene sostuvo la respiración un segundo.

—En ese sorteo, Rendón también tiene muchas papeletas.

—Cuidado —advirtió Simón—. Si cerramos nuestra perspectiva podemos perder el rumbo. Estoy de acuerdo en que Rendón es el sospechoso ideal y todos estamos deseando ponerle los grilletes. Sin embargo, un paso en falso podría dar al traste con todo.

Marlene frunció el ceño mientras escuchaba, pero después de pensarlo por un momento, asintió.

—Tienes razón. Por otro lado, Valeria acaba de comunicarme que la entrevista con Sonia tampoco rindió ningún fruto. No aportó nada nuevo. Dice que Sonia se mostró sorprendida y conmovida por el doble homicidio, pero que apenas conocía a los padres de Doris.

—¿Cómo es posible, si era su mejor amiga? —preguntó Marta.

—Al parecer, Doris mantenía a sus padres al margen de su vida, porque decía que eran muy controladores.

—Eso encaja con las afirmaciones de sus parejas —les recordó Simón.

—¿Sonia tiene coartada? —preguntó Ignacio

—Sí, anoche estuvo de marcha con un grupo de amigos. Afirma que tanto ellos como el personal del local nocturno lo pueden corroborar. Es lo que Valeria estaba comprobando cuando la llamé.

Marta sacudió el bolígrafo para llamar la atención.

—¿No sería conveniente informar a la comisaria Calvo acerca de todos estos avances?

Marlene recibió la propuesta con un encogimiento de hombros.

—Lo haremos en la siguiente reunión. Ahora no podemos distraernos de nuestro objetivo, que debe ser encontrar a Doris Osorio.

Antes de que nadie pudiera responder, Teresa se asomó.

—Inspectora Vázquez, el testigo que citaron con urgencia acaba de llegar. Siguiendo sus instrucciones, un agente ya lo está acompañando a la sala de interrogatorios.

Simón y Marlene intercambiaron una mirada de entendimiento, en la que sobraban las palabras. Había llegado la hora de interrogar a Fabio Rendón.

33. FABIO RENDÓN.

Cuando Marlene y Simón salieron de la sala de reuniones, Teresa les indicó que Rendón los esperaba en el módulo de interrogatorios número seis, acompañado por su abogado. Después de dar el mensaje se alejó en dirección a su mesa de trabajo. Marlene abrió la marcha. Simón la siguió, con la mirada atenta en cada giro y cada punto de referencia. Subieron un piso por la escalera, acompañados por el olor a desinfectante y el zumbido de los fluorescentes. Después de cruzar un largo pasillo, alcanzaron una pequeña sala de espera, que estaba compuesta por tres sillas de vinilo y una máquina de café con un cartel de avería. Al girar a la derecha, encontraron una doble puerta señalada como el área de interrogatorios.

Marlene la cruzó con decisión, seguida por Simón, que se mantuvo medio paso atrás. En un lado se encontraban las cabinas alineadas, con sus puertas numeradas y un espejo unidireccional en cada una. Enfrente, la sala de control ocupaba toda la fachada. Avanzaron hacia allí. En su interior, sobre una larga mesa reposaban diez ordenadores, uno por módulo. Frente a cada uno de ellos, un agente se encargaba de monitorear lo que ocurría en el interior del módulo que le correspondía.

La inspectora entró con paso firme y notó el leve retraso de Simón cuando se asomó, para orientarse. Ella no lo esperó. Continuó adelante, hasta llegar junto al técnico de la cabina número 6. En la pantalla, Rendón estaba sentado con las manos sobre la mesa. A su derecha, el abogado se ajustaba la corbata.

El agente sonrió cuando notó la presencia de Marlene. Ella lo saludó con amabilidad y le presentó a su compañero.

—Bienvenido al equipo, inspector Aguirre.

Antes de que Simón pudiera responder, Marlene señaló la pantalla.

—¿Has observado algo interesante, Gutiérrez?

El agente se encogió de hombros.

—Llegaron hace cinco minutos. No es la primera vez que Rendón es citado para declarar, así que ya lo conocemos. Supongo que aquí ya se siente como en casa —ironizó el agente.

—¿No ha mostrado ningún gesto de nerviosismo o preocupación? —preguntó Simón.

—No, inspector. Cuando llegaron sostuvo una breve conversación tranquila con su abogado y luego se limitaron a esperar.

—De acuerdo. Veremos si conserva la calma. Mantén los ojos abiertos, Gutiérrez.

—Cuente con ello, inspectora. Además, ya estamos grabando.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó Simón.

Marlene se quedó pensativa por menos de un segundo.

—Como siempre. Tú serás el poli malo. Te encaja bien el papel.

Simón ignoró la puya y siguió a su compañera en dirección al cubículo donde esperaban Rendón y su abogado.

La sala olía a desinfectante y a metal. Marlene entró primero, dejó la carpeta sobre la mesa y tomó asiento en silencio. Simón la siguió y se quedó plantado a dos pasos de distancia con los brazos cruzados. Rendón alzó las cejas detrás de las gafas y clavó la mirada en el inspector.

—A este no lo conozco. ¿Es nuevo? Parece demasiado viejo para ser un novato.

—Nosotros hacemos las preguntas. Usted responde —dijo Simón en tono seco.

Fabio soltó una carcajada corta, mostrando su dentadura perfecta.

—Veo que le tocó el papel de poli malo. Acortemos el juego, que estoy muy ocupado. ¿Qué quieren?

Marlene suspiró.

—Señor Rendón, vamos a repasar los hechos. Confirme su identidad y su relación con FEMLOG, S. L.

El testigo dibujó una sonrisa sarcástica.

—Fabián Rendón. Administrador de *Fast and Easy Money Logroño*. Todo legal. Pueden comprobarlo.

—¿Le hizo usted un préstamo a Emilio Osorio? —preguntó la inspectora con voz baja y calmada.

Rendón lanzó una rápida mirada a su abogado y se encogió de hombros.

—Sí.

—¿A cuánto ascendió el préstamo y en qué condiciones? Me refiero al plazo y los intereses.

—No suelo recordar esos detalles en todas las negociaciones, pero reconozco que tengo presente este caso en particular, porque ni el cliente ni el monto eran los habituales.

—¿A qué se refiere? —preguntó Simón.

—Bien, aunque mis requerimientos son menos estrictos, mis beneficios son un poco más… elevados que en los bancos. Por esta razón, nuestros clientes suelen pedir montos bajos o moderados. Casi siempre, cuando necesitan dinero rápido para resolver una emergencia. En este caso fue diferente. Osorio pidió un millón doscientos mil euros.

Simón entornó los ojos.

—Es una cantidad considerable. Un enorme riesgo si Osorio no cumplía con los pagos. ¿Por qué aceptó?

Rendón se encogió de hombros.

—Por las razones habituales. Él necesitaba el dinero para su proyecto, contaba con un aval en el propio edificio que quería terminar de construir, y que ya tenía un valor superior al del préstamo. Era un buen negocio, así que acepté.

—¿Cuáles fueron las condiciones? —preguntó Marlene.

—Doce por ciento anual, en diez años.

Simón se sentó junto a Marlene y se inclinó sobre la mesa.

—¡Doce por ciento…! —Hizo un cálculo rápido—. Estamos hablando de once mil doscientos euros cada mes. ¡Es una barbaridad!

Rendón se encogió de hombros, sin inmutarse.

—Se trataba de mi dinero y mi riesgo. El negocio del hotel lo permite. Osorio nunca se ha retrasado. Pueden revisar mi contabilidad.

El abogado intervino con un tono cortés que contradecía su mirada inquisitiva.

—Todo está documentado. Si quieren los comprobantes, solo tienen que mostrarnos la orden judicial.

Marlene respiró profundo, consciente de la serenidad de su testigo.

—Vamos a determinar las fechas. ¿Dónde estuvo hace dos días entre las 16 y las 18 horas?

Fabio entornó los ojos.

—¿Ese no fue el día que desapareció la chica Osorio?

—Responda a la pregunta —dijo Simón en tono cortante.

Marlene intervino con voz suave.

—Señor Rendón, lo hemos citado como testigo. Sin embargo, necesitamos precisar sus movimientos en relación con la investigación. Si se niega a responder, podemos considerarlo obstrucción.

Fabio intercambió una mirada con su abogado, quien hizo un leve asentimiento.

—Muy bien. Estuve reunido con un cliente, cerrando el contrato de un préstamo. Pueden verificarlo.

—Puede estar seguro de que lo haremos —sentenció Simón —. Nos proporcionará los datos de ese cliente.

—El señor Rendón lo hará por escrito, a través de mí — intervino el abogado—. Y con los límites de protección de datos, claro.

Los policías intercambiaron una mirada. Ambos comprendieron lo que pasaba por la cabeza del otro. Simón fue quien dejó caer la bomba.

—Emilio Osorio y su mujer fueron asesinados esta madrugada, en su propia casa.

Las cejas de Rendón se alzaron hasta la raíz de su cabello. Marlene tuvo que admitir para sí misma que su sorpresa parecía

genuina.

—¿Osorio y su mujer? ¿Cómo pasó algo así? Nunca he conocido a nadie más predecible. Ese hombre era la estampa del aburrimiento.

—No nos interesa su opinión, Rendón —le espetó el inspector —. Lo que queremos saber es dónde se encontraba esta madrugada, entre las dos y las cuatro.

Fabio buscó la mirada de su abogado, quien se mantuvo en silencio sin objetar la pregunta. Entonces, cruzó las piernas con calma.

—Estuve en mi casa.

—¿Solo?

Una leve sonrisa de suficiencia se asomó a su rostro.

—Con una amiga.

Marlene no pestañeó.

—Nombre y teléfono.

—Yo se los daré por escrito en cuanto termine esta «entrevista» —intervino el abogado en tono cortante.

Marlene mantuvo la calma y disparó la siguiente pregunta.

—Señor Rendón, ¿Emilio Osorio se retrasó en alguno de los pagos?

—Nunca.

—¿En algún momento se quejó de las cuotas o sugirió que fueran abusivas? —preguntó Simón.

—¿Adónde quieren llegar, inspectores? —intervino el abogado —. ¿Mi cliente es sospechoso de algo? ¿Tienen alguna evidencia para acosarlo de este modo?

Marlene empleó su tono de voz más maternal.

—Solo queremos hacernos una idea de la situación alrededor de las víctimas, abogado.

—Yo le diré cuál es mi situación —dijo Fabio con voz firme—. Emilio Osorio me debía una gran suma de dinero y pagó con puntualidad mientras estuvo vivo. Yo era la persona menos interesada en que sufriera ningún percance. Ahora, alguien tendrá que responder por la deuda. En este caso, su única heredera. Con lo cual, su desaparición representa un contratiempo para mí.

Marlene respiró profundo. Odiaba admitirlo, pero Rendón tenía razón. Ya se disponía a hacer la siguiente pregunta, cuando el sonido de su móvil la interrumpió. En cuanto consultó la pantalla, frunció el ceño. Teresa no interrumpiría un interrogatorio, a menos que hubiera ocurrido algo muy grave. Marlene levantó un dedo para hacer una pausa, salió de la cabina y respondió la llamada.

—Te escucho, Teresa, ¿qué ocurre?

—La comisaria Calvo ordenó que dejéis lo que estéis haciendo y atendáis la llamada que acabamos de recibir. Doris Osorio acaba de aparecer.

34. LA APARICIÓN.

Minutos después, Simón y Marlene recorrían las calles de Logroño en el Volkswagen a la máxima velocidad permitida, con las luces estroboscópicas sobre el techo del coche y la sirena encendida. Ambos mantenían los dientes apretados y los hombros en tensión. Los sentidos de Simón estaban enfocados en la vía, mientras Marlene se concentraba en señalarle el camino, para evitar que necesitara hacer cambios bruscos de dirección. Cuando llegaron cerca del hospital San Pedro, la subinspectora apagó la sirena. En cuanto estuvieron frente al edificio, ambos dejaron escapar un suspiro de alivio y relajaron los músculos. Simón bajó la velocidad, ubicó un espacio para el coche y aparcó con habilidad. El Volkswagen quedó junto al bordillo de la calle Piqueras y Marlene abrió la puerta, antes de que el motor terminara de apagarse. Los alcanzó la luz del atardecer, que se filtraba de lado entre los árboles, y los envolvió el olor a hierba recién cortada. Los policías apuraron el paso y subieron la rampa, uno muy cerca del otro. Aunque no llegaron a rozarse, Marlene pudo sentir el calor del cuerpo de su compañero y su sólida presencia a su lado. Simón se ajustó la manga y ella buscó refugio en la carpeta que apretó contra su costado.

La puerta automática se abrió con un suspiro y el olor estéril del desinfectante invadió sus fosas nasales. Se acercaron a la Recepción, donde una enfermera auxiliar los observó desde su escritorio, detrás de una mampara. Marlene le mostró su identificación, desencadenando un parpadeo en la desprevenida mujer.

—Estamos aquí por una paciente que acaban de traer en ambulancia. Su nombre es Doris Osorio Márquez. La encontraron en

la LR-259, a la altura de Murillo de Río Leza.

La auxiliar ya se había recuperado de la sorpresa y asintió sin hacer preguntas. Entonces, centró la atención en su ordenador durante algunos segundos. Marlene fue consciente de la presencia de Simón medio paso detrás de ella. Él miraba en todas direcciones, recorriendo salidas y pasillos con los ojos, como si memorizara un mapa. Ella sabía que ningún detalle escaparía a su escrutinio. La impresora lanzó un zumbido corto que sacó a la inspectora de sus meditaciones. La enfermera sonrió por primera vez y les entregó una acreditación para cada uno.

—La paciente Doris Osorio está en Urgencias, box de observación número cinco. Es por ese pasillo al fondo, segunda puerta a la derecha. Ya los está esperando el doctor Correa, el jefe de la guardia.

Marlene recogió las tarjetas y le entregó la suya a su compañero. Después de agradecer a la recepcionista con un gesto de la cabeza, se apartó del mostrador y comenzó a andar. Sus pasos resonaron en el suelo encerado y su corazón latió con la fuerza de la expectación. A su lado, el calor que se desprendía del cuerpo de Simón imponía su presencia.

Encontraron la puerta correspondiente a Urgencias al final del largo pasillo.

—¿Dónde creen que van? —los interceptó una enfermera—. Esta es un área restringida.

Los policías intercambiaron una mirada y señalaron las acreditaciones prendidas a su ropa.

—Estamos autorizados —respondió Marlene.

—Esa tarjeta no significa que puedan deambular a su antojo —protestó la mujer—. La privacidad de los pacientes está por encima de cualquier concesión.

—Vienen por la paciente que acaban de traer, Carolina — intervino un hombre joven vestido con un mono blanco, quien se había acercado en silencio, y cuyas ojeras delataban demasiadas guardias en los últimos días—. Yo los atenderé.

La enfermera asintió con un gruñido, y se alejó con la mirada baja.

—Soy el doctor Correa. Los estaba esperando. Acompáñenme, por favor.

El médico los llevó hasta un pequeño módulo junto al control de enfermería, que funcionaba como despacho, y que olía a clorhexidina y café recalentado. Él se sentó detrás del escritorio y con un gesto los invitó a ocupar las sillas que tenía al frente. Marlene atendió su sugerencia, pero Simón permaneció de pie, con los brazos cruzados. Correa se apoyó en el respaldo de la silla y suspiró, como si ese sencillo gesto fuera un lujo que tenía pocas oportunidades de disfrutar.

—Tengo entendido que la señora Doris Osorio figuraba como persona desaparecida.

En pocas palabras, Marlene le explicó al médico las circunstancias del secuestro, aunque sin mencionar el asesinato de los padres de Doris. Simón intervino cuando ella terminó su explicación.

—¿Cuáles fueron las circunstancias de la aparición de la señora Osorio, doctor?

Correa liberó el aire de sus pulmones despacio, antes de volver a coger aliento para hablar.

—Todo esto es muy extraño. Recibimos la llamada hace un par de horas. La ambulancia la recogió en un caserío cercano a la LR-259. Había llegado caminando desde la carretera. Llevaba cadenas en las caderas y en un antebrazo. Su cabello ha sido cortado al rape y tiene la marca de una quemadura de segundo grado en un hombro, contusiones recientes en todo el cuerpo, y otros signos compatibles con maltrato.

—¿Qué tipo de signos? —trató de precisar Simón.

—Sufre de una deshidratación severa. Además, su debilidad, palidez y signos de cetosis, confirman que ha sufrido una importante restricción de alimentos en las últimas horas.

Marlene tragó despacio, antes de hablar.

—¿Ha comentado algo sobre sus captores?

Correa negó despacio con la cabeza.

—Me temo que es poco lo que ha podido aclarar acerca de lo que le pasó. Todavía está en estado de *shock*. Solo pide ver a sus

padres. Llama a su madre con desesperación. ¿Ustedes podrían avisarles?

Marlene dejó escapar un largo suspiro y su compañero descruzó los brazos. Después de que ambos intercambiaron una mirada de preocupación, él tomó la palabra.

—Me temo que ellos no podrán venir. Ambos fueron asesinados hoy en la madrugada.

Correa parpadeó y sus cejas se alzaron en un gesto inconsciente.

—Es… terrible. Lo siento. No… no tenía idea.

—Necesitamos hablar con Doris lo antes posible, doctor —dijo Marlene—. Ella podría tener la clave para descubrir qué es lo que está ocurriendo aquí.

Correa bajó la mirada y sacudió la cabeza.

—Comprendo que ese es su trabajo y que lo que están haciendo es importante, pero mi prioridad es proteger a mi paciente…

—Ese es el punto —intervino Simón con énfasis—. Si no descubrimos quién ha cometido estos crímenes y por qué, Doris podría correr un grave peligro.

El médico tensó su mandíbula y devolvió una mirada firme al policía.

—Entiendo su argumento, inspector, pero no puedo permitir que la entrevisten en su estado actual, sin previa autorización psiquiátrica. En cualquier caso, en su condición, dudo que puedan conseguir ninguna información útil de la señora Osorio. Voy a llamar al psiquiatra de guardia. Subirá en pocos minutos.

Marlene asintió.

—Lo entendemos. Esperaremos su visto bueno y seguiremos las instrucciones del especialista. Nuestro interés también es proteger a la víctima.

Simón dio un paso hacia adelante.

—Mientras tanto, necesitaremos que se preserve todo lo que ella llevaba encima en el momento de su ingreso. Además de sus pertenencias, me refiero a las cadenas que cargaba. Nada debe ser limpiado ni manipulado —El médico asintió—. Por favor, advierta a

su personal que deben usar guantes, que mantengan el mínimo contacto y que guarden cada objeto en una bolsa y lo precinten. Un mensajero del departamento de Científica vendrá a buscarlo y levantará un acta de custodia.

—Muy bien —respondió Correa, tomando nota de las instrucciones del policía y recuperando el tono profesional—. Daré la orden de preparar las pertenencias según sus instrucciones, las guardaremos bajo llave y avisaré a Seguridad. Cuando venga su mensajero, haremos la entrega.

Marlene le agradeció a Correa con una sonrisa. A su espalda escuchó el leve gruñido que se le escapó a su compañero, así que imprimió un punto extra de amabilidad a su voz.

—Su ayuda está resultando muy valiosa, doctor. También necesitaremos que el forense lleve a cabo un examen de la víctima. Es importante que se le hagan pruebas toxicológicas. Buscamos evidencias de sedación, analgésicos, o cualquier rastro de hipnóticos.

—Me ocuparé yo mismo —El médico se puso de pie—. Les avisaré en cuanto el psiquiatra de guardia lo autorice.

Marlene asintió y Simón estrechó la mano de Correa. Su voz se escuchó un poco más amable de lo habitual.

—Gracias por su colaboración, doctor.

Marlene también se levantó y se despidió con una sonrisa. A su lado, Simón se ajustó la manga. Ambos salieron al pasillo. De momento, solo podían esperar.

35. DORIS.

Marlene y Simón tuvieron que esperar más de una hora afuera de la sala de Urgencias, bajo la luz fría de los fluorescentes. El pasillo olía a antiséptico y café de máquina. Un timbre golpeaba el aire con regularidad. Provenía de una enorme pantalla que señalaba los turnos en una sala de espera cercana. Marlene ocupaba una incómoda silla de plástico, que parecía diseñada para desanimar su uso prolongado. Mantenía la espalda recta y sus dedos jugueteaban con el lomo de la libreta que sostenía en las manos. Simón, a su lado, permanecía de pie, con la espalda apoyada en la pared. De vez en cuando cambiaba el peso del cuerpo de un pie al otro. El cansancio se le notaba en la caída de los hombros, aunque su mirada se mantenía firme. No hablaron. No era necesario.

La larga espera terminó cuando una enfermera se acercó, acompañada con un sanitario. Después de presentarlo como el doctor Santana, el médico forense, ella se marchó, de regreso a su trabajo.

Marlene se puso de pie y Simón se apartó de la pared. El forense les estrechó la mano y expuso sus conclusiones.

—La señora Osorio ha sufrido un severo maltrato. Tiene contusiones en tronco y miembros inferiores. También identifiqué marcas recientes de compresión en caderas y antebrazo, que son compatibles con la sujeción por las cadenas a las que fue sometida. Además, le causaron una quemadura de segundo grado en el hombro derecho. Su cabello ha sido cortado a ras del cuero cabelludo. Por fortuna, todas las lesiones son superficiales, sin fracturas ni heridas penetrantes.

—¿Por qué el ensañamiento? —preguntó Marlene, más para sí misma que para sus interlocutores.

Santana se encogió de hombros.

—Ella niega saberlo. Por otro lado, recogí muestras de sangre para determinar posibles restos de sustancias tóxicas. Además, tomé fotografías de todas las lesiones. Les enviaré un informe completo lo antes posible.

—¿Está despierta? —preguntó Marlene

El forense asintió.

—Sí. La psiquiatra de guardia ya habló con ella, así que pueden entrar.

El doctor Santana se despidió con la promesa de dar prioridad al caso y se marchó. Con un suspiro, Marlene echó a andar de regreso a Urgencias. Simón acompasó sus pasos a los de ella.

Correa asintió en cuanto se acercaron.

—Inspectores. Les presento a Amparo García, la psiquiatra de guardia. Acaba de terminar de examinar a la señora Osorio.

Simón y Marlene centraron su atención en la doctora García, quien cogió aire, antes de hablar.

—Inspectores, la señora Osorio está consciente, orientada y en uso de sus facultades mentales, así que considero que se encuentra en condiciones de sostener una conversación breve. Sin embargo, acaba de pasar por un trauma terrible y como era de esperarse, la noticia de la muerte de sus padres le ha causado un impacto emocional muy fuerte…

—¿Podrá responder algunas preguntas? —quiso saber Marlene.

Amparo miró a la inspectora por un segundo, como si considerara cuál sería su respuesta.

—Soy consciente de que ustedes tienen que hacer su trabajo, y que es importante que puedan detener a los responsables de esto cuanto antes. pero deben recordar que la señora Osorio es una víctima y es fundamental que la traten con mucho tacto.

—No debe preocuparse, doctora. Seremos muy cuidadosos —prometió Marlene.

—Además, exijo estar presente durante la entrevista.

Marlene sonrió.

—Iba a sugerírselo.

Amparo abrió la marcha en dirección al box, seguida por los policías, que se mantuvieron a una distancia prudente. Entraron detrás de la psiquiatra y los rodeó el olor de la clorhexidina. En la pequeña habitación había una cama, una silla de plástico vacía y un escritorio con un ordenador. La pared del fondo estaba ocupada por una estantería repleta de material médico.

Sobre la cama, Marlene reconoció a la Doris de las fotografías, a pesar del cabello cortado a ras, la extrema palidez, las profundas ojeras y el rostro demacrado. Sus ojos estaban hinchados y enrojecidos por el llanto. Por fortuna, ya no estaba llorando. La inspectora contuvo el aliento un instante, antes de dar el siguiente paso.

La doctora García se dirigió a su paciente con voz suave, casi maternal. Después de presentarle a los policías, preparó a Doris para la entrevista.

—Sé que todo esto es muy difícil para ti, Doris, pero los inspectores quieren hablar contigo, porque están investigando qué es lo que ha ocurrido y quién está detrás. Su objetivo es llevar a prisión a quienes os lastimaron a tu familia y a ti. Serán cuidadosos, pero si te sientes incómoda o angustiada, puedes suspender la conversación en cualquier momento y se marcharán. ¿Estás de acuerdo?

Doris tensó los músculos, pero asintió.

—Yo también quiero que quienes les hicieron eso a mis padres lo paguen. ¿Qué desean saber?

Marlene se adelantó un paso, mientras Simón se mantenía a una distancia prudente. Ella no necesitaba mirarlo para saber que el rostro de su compañero reflejaba seriedad. También tenía claro que no se le escaparía ningún detalle. La inspectora usó su tono de voz más amable.

—Doris. ¿Puedo llamarte Doris? —Marlene recibió la aprobación de la víctima—. ¿Tienes idea de quién pudo ser responsable de tu secuestro y tus heridas?

La joven Osorio tragó saliva y bajó la mirada.

—Sí —respondió en un murmullo—. Algunos días antes del secuestro, yo iba con mis padres en su coche…

—¿Quién conducía? —preguntó Simón.

—Mi padre. El caso es que, al reiniciar la marcha en un semáforo, otro coche apareció de la nada desde un cruce. Por suerte, no llegamos a colisionar. Solo fue un susto, pero… en el otro vehículo iban dos hombres con mal aspecto. Nos insultaron y cuando mi padre trató de alejarse, nos persiguieron por algunos metros. Mi madre y yo nos asustamos mucho. Ambos tenían aspecto de matones.

Marlene pensó en Rendón, pero guardó silencio.

—¿Los habías visto con anterioridad?

Doris negó con la cabeza y continuó.

—Esos mismos matones fueron quienes me interceptaron mientras corría. No entiendo por qué. El incidente nunca me pareció tan grave como para que regresaran a por nosotros —se quejó con desesperación—, Aparecieron de la nada, me amenazaron con una pistola, y me metieron en un coche de color oscuro.

La doctora apretó la mano de su paciente para consolarla.

—¿Sabes qué tipo de coche era? —preguntó Simón.

Doris negó con la cabeza.

—Lo siento. No entiendo mucho de ese tema. Solo puedo decirles que era de color negro.

—¿Qué pasó después? —intervino Marlene.

—Yo… yo… antes de que pudieran meterme en el turismo a la fuerza, me arranqué un mechón de cabello y lo tiré a unos matorrales, junto con la gorra y el móvil. Quería dejar el mensaje de que me habían secuestrado.

—¿Notaste algo mientras estuviste en el interior del vehículo?

—Solo que olía muy mal… A sudor de alguien que lleva varios días sin bañarse.

Marlene y Simón intercambiaron una mirada. Aquello no ayudaba mucho.

—Continúa, por favor —la animó la inspectora.

—Quería escapar, pero los secuestradores me mantenían apuntada con la pistola. Me dijeron que me habían vendido a un hombre muy importante que les había pagado bien, pero que eso no impedía que se deshicieran de mí, si les causaba problemas.

Entonces, me cubrieron la cabeza con una bolsa de tela, sentí un pinchazo en el brazo y no supe más de mí, hasta que desperté en un lugar desconocido…

—¿Recuerdas algo que pudiera ayudarnos a identificar ese lugar? —preguntó Simón.

—¿Cómo qué?

Él se encogió de hombros.

—Algún elemento en la decoración, un paisaje en una ventana, sonido de tráfico cercano o el paso de un tren… Cualquier detalle podría ser útil para identificar la ubicación en la que te tuvieron retenida.

Doris lo pensó por un momento y negó con la cabeza.

—Lo lamento… No recuerdo nada de eso. Estaba muy nerviosa. Solo pensaba en lo que iban a hacerme.

Marlene suspiró.

—Lo comprendemos, Doris. Continúa, por favor.

—Estaba sola y desnuda. Me encontraba en una habitación con una cama, un balde y un recipiente de residuos para gato. Fue horrible —Amparo volvió a apretarle la mano para infundirle fuerza y la animó con un asentimiento—. Estaba segura de que me vigilaban, pues pocos minutos después de que me desperté, me entregaron una batola y unas zapatillas y me ordenaron que me vistiera. Luego me ataron a un tubo que iba del suelo al techo en el centro de la habitación, usando cadenas que me sujetaron a la cintura. Yo podía llegar a la cama, pero no a la puerta.

Simón tensó la mandíbula, antes de preguntar.

—¿Cuántas personas viste durante tu encierro?

—Solo dos. Los mismos que me secuestraron. El más viejo era el más agresivo. El joven actuaba como si se hubiera visto forzado a participar del secuestro.

—¿Serías capaz de reconocerlos si vuelves a verlos?

—Yo… no lo sé. No estoy segura.

—¿Cómo conseguiste liberarte?

—Él… yo… uno de ellos me dejó ir. Yo no…

Doris bajó la mirada y se mordió los labios.

—Lo estás haciendo muy bien, cariño —la animó la doctora García—. Pareces cansada, ¿quieres continuar?

La joven se abrazó a sí misma y comenzó a negar con la cabeza.

—No puedo… no quiero hablar más de todo esto. ¿No pueden dejarme en paz, por favor?

Antes de que los investigadores pudieran decir una palabra, la víctima se giró en la cama y les dio la espalda. Amparo cogió aire y lo dejó escapar despacio, al mismo tiempo que se encaraba con los policías.

—Creo que por hoy es suficiente. Tendrán que esperar a que la señora Osorio se recupere, antes de continuar esta entrevista.

36. REUNIÓN DE URGENCIA.

Cuando los inspectores salieron del box, escucharon el susurro de la puerta que se cerró a sus espaldas. El pasillo de Urgencias tenía ese olor tibio del algodón planchado que provenía de los carros de ropa, y el silencio era roto de vez en cuando por algún murmullo del personal que deambulaba entre los boxes. Amparo se plantó frente a los policías, con el rostro tenso y el ceño fruncido.

—Necesita tiempo —sentenció, antes de alejarse sin esperar respuesta.

Simón y Marlene intercambiaron una mirada.

—¡Tiempo! —repitió él—. Como si dependiera de nosotros.

Marlene suspiró, se aferró a su carpeta y abrió la marcha en dirección al control de enfermería, donde el doctor Correa se encontraba conversando con una enfermera en voz baja. Al fondo se escuchaban las voces de los sanitarios de guardia que se tomaban un breve descanso en la sala del personal.

Simón se plantó frente al mostrador, atrayendo la mirada del doctor Correa y de la enfermera.

—Necesitaremos enviar al laboratorio todo lo que Doris Osorio llevaba encima cuando ingresó.

La enfermera asintió de inmediato.

—Tal como nos indicaron, hemos guardado las pertenencias de la paciente en una bolsa precintada. ¿Se la traigo?

Aguirre sacudió la cabeza, al mismo tiempo que se ajustaba la manga.

—No, un mensajero del laboratorio identificado vendrá a recogerla.

Correa asintió.

—Estaremos atentos.

—Gracias, doctor —dijo Marlene.

El timbre de uno de los boxes sonó al fondo y pocos segundos después, un carro pasó junto a ellos, dejando una ráfaga de goma y metal a su paso. Marlene respiró profundo, al mismo tiempo que notaba el tirón de los músculos en su nuca. Demasiadas horas sin descanso. Y las que faltaban.

Esta vez, fue Simón quien dio el primer paso, alejándose del mostrador y encaminándose hacia la salida. Marlene lo siguió en silencio, hasta que llegaron al coche. Él se sentó detrás del volante y ella tiró del cinturón de seguridad. El chasquido de ambos se escuchó al mismo tiempo. Marlene miró al frente, pero sintió la presencia de su compañero a su lado: el crujido leve de su chaqueta cuando se ajustó al asiento, el roce seco de la palma en el volante, el calor que desprendía su cuerpo y el aroma de su colonia. No necesitó mirarlo para saber que comprobaba espejos, que el pulgar buscaba el borde del mando del intermitente, que los músculos de su mandíbula estaban tensos por la concentración. La presencia de él colmaba el espacio, aunque no la tocara. Marlene apoyó la nuca en el reposacabezas, fingió revisar el móvil y se obligó a concentrarse en el caso. ¿Por qué tenía que ser tan difícil?

La voz de Simón rompió el silencio y su determinación de ignorarlo.

—Reconozco que es un alivio que Doris haya aparecido viva, pero esto nos obliga a replantearnos todas las hipótesis del caso.

—Aun así. Lo más importante sigue siendo que apareció con vida.

—¿Qué opinas de su historia?

Marlene suspiró.

—No lo sé. Todo esto es muy extraño… Espero que Científica encuentre alguna pista en sus ropas.

—Tendremos que reconsiderar a los sospechosos. Me refiero a Vidal y Fonseca —opinó él.

—Yo no los descartaría por completo, todavía —sentenció Marlene con firmeza—. Si bien está claro que ninguno de ellos participó personalmente en el secuestro, también es evidente que los sujetos que se la llevaron trabajaban para un tercero.

Simón asintió pensativo.

—Sí… yo diría que eso quedó demostrado.

—En cualquier caso, lo más prudente es hacer a un lado las conjeturas y ceñirnos a las evidencias.

Las palabras de Marlene sellaron la conversación y el silencio se apoderó de la cabina del coche, hasta que llegaron a la Jefatura. Cuando el ascensor se abrió en el segundo piso, ambos recorrieron los pasillos sin pronunciar una palabra. Al acercarse al ala del Grupo de Homicidios y Delitos contra las Personas, Teresa los abordó,

—La comisaria Calvo ha convocado una reunión urgente. Estaba a punto de enviarles un mensaje para avisarles.

Marlene y Simón se encaminaron a la sala de reuniones. Ya todos sus compañeros estaban allí, sentados alrededor de la mesa y conversando entre ellos. Calvo también esperaba, concentrada en su portátil, que se encontraba abierto sobre la mesa. Cuando entraron, todos guardaron silencio y centraron su atención en ellos.

Pilar levantó la mirada y cerró el portátil.

—Me alegra que hayáis llegado. ¿Pudisteis hablar con la víctima?

Marlene asintió, al mismo tiempo que se acercaba a la cabecera de la mesa. Simón ocupó la silla vacía, junto a Rosendo.

—Pudimos hablar con ella —anunció Marlene—, aunque todavía está bajo los efectos del trauma y hay muchas lagunas en su declaración.

La inspectora Vázquez le informó al equipo todos los detalles de la entrevista con la víctima. En cuanto terminó su exposición, Rosendo intervino con el ceño fruncido.

—Esto le da un nuevo giro al caso y nos obliga a replantearnos todas las hipótesis que barajábamos. Si los secuestradores le dijeron a la víctima que la habían vendido a un hombre poderoso, eso implica que nos enfrentamos a una red de trata de personas.

—Yo no lo daría por sentado —opinó Valeria.

—Explícate, Padrón —le exigió Pilar.

—Tal vez cuando le dijeron que la «habían vendido», se estaban refiriendo al sujeto que los contrató y no a una organización

criminal para la que trabajaran.

—Es un buen punto —la respaldó Simón.

—¿Por qué la habrán liberado? —preguntó Ignacio, atrayendo la atención de todo el equipo. El subinspector se echó un poco hacia atrás en su asiento.

—¿A qué te refieres, Zabala? —preguntó la comisaria con el ceño fruncido.

—Lo que quiero decir es… bien, se tomaron muchas molestias para secuestrarla y mantenerla cautiva, con el riesgo que eso representaba. Luego asesinaron a sus padres…

Marta lo interrumpió.

—Es cierto, además, ¿por qué querrían los tratantes de personas asesinar a sus padres? No le encuentro sentido. Tampoco comprendo cómo encaja que el encuentro fortuito con unos matones haya desencadenó que escogieran a Doris Osorio como su víctima.

Valeria alternó la mirada entre los dos subinspectores y asintió.

—Tenéis razón, a menos que detrás del secuestro hubiera algo más de lo que le dijeron a la chica.

—¿Cuál es tu punto, Padrón? —preguntó Pilar.

—Lo que quiero decir es… que es posible que escogieran a Doris como víctima, porque el verdadero objetivo era su padre.

—Estás pensando en Fabio Rendón, ¿verdad? —preguntó Simón.

Valeria asintió.

—Es justo lo que estoy considerando. Es posible que el cruce con los matones en el tráfico no haya sido un encuentro desafortunado, sino que iban a por ellos…

—Suena razonable.

La comisaria Calvo frunció el ceño.

—Os estáis dispersando con teorías que todavía no tienen suficiente respaldo. Antes de aceptar cualquier hipótesis, necesitamos conseguir más información o terminaremos perdidos en callejones sin salida. Pinto, ¿qué habéis averiguado vosotros?

Rosendo cedió la palabra a su compañero con un gesto de la mano. Ignacio cogió el contenido de la carpeta frente a él y

emparejó las hojas que contenía en un movimiento automático, al mismo tiempo que comenzaba su exposición.

—Estuve haciendo pesquisas acerca del turismo involucrado en el secuestro. Me temo que la lista de coches Ibiza negros cuya matrícula termina en LM, tanto en La Rioja como en las provincias cercanas, es interminable.

—¿Alguno de esos coches ha sido denunciado como robado?

—No en los últimos seis meses, así que me centré en aquellos que pertenecen a sujetos con antecedentes. Entonces, pude reducir la lista a seis vehículos, pero ninguno de sus propietarios tiene relación directa con las víctimas.

La comisaria se inclinó hacia adelante.

—Investígalos. Nos informarás los resultados en la próxima reunión.

—Sí, comisaria.

Pilar apartó la mirada del subinspector y la centró en Rosendo.

—Pinto.

—Me temo que mis informantes no aportaron nada útil. Por lo visto, nadie en la calle tiene información acerca del secuestro o los asesinatos.

—Eso es muy extraño —intervino Simón—. En especial, si estos delitos están relacionados con una red de crimen organizado, como sugiere el relato de la propia víctima.

—Tal vez son muy discretos —opinó Ignacio.

—O no son de La Rioja —sugirió Marta.

Pilar soltó un gruñido.

—La relación del secuestro y los homicidios con el crimen organizado todavía está por verse, así que vamos a centrarnos en los hechos. Valeria.

La inspectora Padrón cogió aire, antes de hablar.

—Comprobé las coartadas de Sonia, la confidente de Doris. Sus amigos corroboraron que estuvieron con ella la tarde del secuestro.

—¿Y anoche?

—Estuvo en casa con su pareja. La chica también lo confirmó.

La comisaria se apoyó en el respaldo de su silla y centró su mirada en la subinspectora Ledesma.

—Marta, ¿qué puedes decirnos acerca de los hermanos de Brígida?

La joven policía se acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja, al mismo tiempo que consultaba sus notas.

—La hermana mayor de la señora Márquez falleció hace tres años. Muerte natural.

—¿Estás segura de que fue natural? —la interrumpió Rosendo.

Marta asintió.

—Hablé con su médico. Sufrió una larga enfermedad que no superó. Brígida también tenía un hermano más joven que vive en México. Las autoridades mexicanas confirmaron que no hay ningún registro de su salida de allí, ni tampoco encontré ninguna entrada en el territorio *Schengen*. Así que considero que podemos descartarlo.

—Eso nos regresa a Fabio Rendón —afirmó Marlene—. En vista de sus antecedentes y su relación con las víctimas, es el sospechoso que mejor encaja como responsable, tanto del secuestro como de los asesinatos.

37. ARGUMENTOS Y PISTAS.

La luz de la tarde otoñal atravesaba los ventanales y caía sobre la mesa ovalada. Los olores del café y la tinta del rotulador se mezclaban en una esencia familiar. Después de que fue pronunciado el nombre de Rendón, un silencio reflexivo se apoderó de la sala. Pilar había escuchado a su equipo con la espalda recta y las manos juntas sobre su regazo. Marlene sintió la presencia de Simón a su lado, sin necesidad de mirarlo. Entonces, la inspectora llenó sus pulmones de aire y colocó el bolígrafo paralelo al borde de la libreta. Después de considerar los avances del caso, Marlene negó despacio con la cabeza y expresó su conclusión en voz alta.

—Aquí hay algo que no encaja, pero no soy capaz de precisar de qué se trata…

—Pues yo lo veo muy claro —protestó Pinto—. Osorio le debía mucho dinero a Rendón. Si se retrasó o le dio algún problema, el tío decidió dar ejemplo y envió a un par de matones a secuestrar a la hija. No conforme con ello, ordenó el asesinato de la pareja. Solo necesitamos conseguir las evidencias y lo tendremos.

Valeria se mordió los labios, antes de intervenir.

—No creo que sea tan fácil. Aunque también me gustaría detener a Rendón, no tenemos indicios para justificar esa teoría, más allá de que sabemos que es capaz de cometer semejantes crímenes.

La respuesta de Rosendo fue un gruñido.

—Tenemos que descubrir cómo se relaciona el secuestro con los homicidios, dónde retuvieron a la víctima y por qué la liberaron —opinó Marlene—. Esos detalles son vitales para resolver el caso.

Simón intervino.

—Nada de esto tiene sentido. De acuerdo con la declaración de Doris, la retuvieron en un lugar acondicionado para ello, lo cual implica que se habían preparado para el secuestro con anticipación… ¿Por qué se tomaron tantas molestias si después la dejaron marchar, al cabo de un par de días? Por supuesto que me alegro de que haya aparecido viva y en cierto modo, sana y salva, pero ¿por qué esos tíos se arriesgaron a que pudiera identificarlos?

Marlene enarcó las cejas. Era un buen punto. Pilar fue quien respondió.

—Os recuerdo que la declaración de la víctima fue incompleta, porque ella misma la interrumpió. Es posible que en una segunda entrevista aporte más información. Mientras tanto, tendremos que trabajar en función de las evidencias de las que disponemos hasta ahora.

—¿Cuál será nuestro siguiente paso? —preguntó Marta.

La comisaria paseó la mirada alrededor de la mesa y se detuvo en Rosendo.

—Pinto, ocúpate de investigar cualquier indicio acerca de la organización de trata de personas —el aludido asintió—. Quizá la quemadura circular nos ayude a reconocer a la organización. Si la usaron para marcar a la víctima, debería significar algo.

—Sí, señora.

Pilar desvió la mirada hacia Ignacio.

—También tenemos que seguir trabajando en la identificación del coche. Sigue investigándolo, Zabala.

El joven policía asintió y Pilar pasó al siguiente punto.

—Reconozco que me resulta difícil aceptar que el encuentro con los secuestradores haya sido fortuito.

—Creo que Marlene tiene razón —opinó Valeria, intercambiando una mirada con su compañera—. El sospechoso con más probabilidades es Fabio Rendón: Controla una organización criminal, y mantenía una conexión con las víctimas.

Pilar se acomodó en la silla y centró su atención en la inspectora.

—Si tienes una teoría, me gustaría escucharla.

Valeria asintió.

—Yo lo veo así: quizá su acuerdo con Emilio Osorio no iba tan bien como él pretende hacernos creer. Tal vez secuestró a su hija para presionarlo, y al no conseguir lo que quería, decidió matarlo. Una vez muerto Osorio, no habría necesitado seguir reteniendo a su hija.

Simón negó con la cabeza despacio. interviniendo antes de que Calvo lo autorizara.

—Tengo que reconocer que me gusta la idea de que el prestamista sea el culpable, pero veo una fisura en esa teoría —Todas las miradas se centraron en él, así que continuó—. Me temo que no resuelve el problema fundamental: Rendón se habría tomado demasiado trabajo en el cautiverio de Doris. Un trabajo que debió implicar una cuidadosa planificación. ¿Qué sentido tendría que hubiera cambiado de opinión al día siguiente, y que decidiera asesinar a dos ancianos a sangre fría, para después liberar a una mujer que podía identificar a sus secuaces y ponerlo en peligro?

—Pues de momento, no tenemos ninguna garantía de que podamos identificar a esos matones —argumentó Marlene con el ceño fruncido.

La comisaria Calvo levantó la mano para detener la discusión.

—Serenidad y mente fría. Recordad que estamos aquí para descubrir la verdad y eso solo será posible si trabajamos en la misma dirección. Pinto, Zabala, os ocuparéis también de investigar a Rendón. Además de su posible relación con trata de personas y de cualquier vínculo con el coche utilizado en el secuestro, quiero que investiguéis cada detalle de su relación con Osorio, así como sus negocios, legales o no.

—Entendido —respondió Rosendo.

Pilar guardó silencio por un momento, antes de centrar su atención en Valeria.

—Hay otro detalle que me preocupa y que no hemos investigado todavía. Me refiero a la discusión que sostuvieron la víctima y Antonio Robledo. No está claro qué fue lo que ocurrió durante esa cena y qué consecuencias pudo desencadenar. Ledesma y tú os ocuparéis.

La inspectora Padrón asintió, al mismo tiempo que Simón tomaba la palabra.

—Comisaria, no olvide que Robledo tiene coartada para los homicidios. Estuvo con su mujer. Por otro lado, Emilio y Brígida lo tenían en muy alta estima, mientras que se llevaba mal con Doris, que es la heredera del hotel.

Pilar frunció el ceño y tensó los músculos de la mandíbula.

—Aguirre, dejaré pasar tu interrupción en esta ocasión, porque eres nuevo en este equipo y todavía no conoces nuestra dinámica, pero te advierto que no me gusta que me interrumpan. Si quieres hacer un comentario, esperas a que termine, a menos que se trate de algo urgente. ¿Adónde quieres llegar?

Simón suspiró, pero no pareció muy afectado por el regaño. Marlene lo conocía lo suficiente para saber que no se intimidaba con facilidad frente a sus superiores. Una actitud que le había causado bastantes problemas a lo largo de su carrera.

—Lamento la interrupción, comisaria Calvo, pero considero importante hacer notar un detalle que debemos tener en cuenta— Pilar cogió aire por la nariz como un toro que se prepara para embestir, pero se contuvo. Simón continuó—. Lo que quiero decir es que, la muerte de los Osorio Márquez ha dejado al gerente en una situación comprometida con respecto a su trabajo.

La comisaria guardó silencio por un momento y entonces dejó escapar un suspiro.

—Tienes razón, Aguirre, pero debes recordar que todavía no tenemos claro de qué se habló en esa cena, ni cuál fue el motivo de la discusión. Por otro lado, todas las coartadas han perdido su importancia con la aparición de los dos hombres del coche. Es evidente que ellos fueron los ejecutores del secuestro y es posible que también de los asesinatos.

Simón se encogió de hombros.

—Por esa misma razón, tampoco podemos descartar a Germán Fonseca, ni a Carlos Vidal.

Aunque con el ceño todavía fruncido, Pilar asintió.

—Reconozco que tienes razón. Sin embargo, aunque cualquiera de ellos pudo contratar a los hombres que ejecutaron el

secuestro, debemos tener en cuenta otras consideraciones.

Esta vez, quien frunció el ceño fue Simón.

—¿A qué consideraciones se refiere?

Pilar suspiró como si su paciencia se estuviera sometiendo a prueba.

—Ni Vidal ni Fonseca tienen antecedentes criminales, y para un ciudadano común sin ninguna relación con el mundo de la delincuencia, no sería fácil contratar a dos matones para un encargo como ese. La mayoría no sabría ni por dónde empezar a buscar.

—¡Eso no los descarta! —protestó Simón.

—No, pero reduce bastante sus probabilidades.

—Lo mismo vale para Robledo.

Calvo se dejó caer en el respaldo del asiento.

—Ahora comprendo la nota en tu ficha que menciona tu alergia a la cadena de mando. Sin embargo, estoy de acuerdo con la observación. Tendremos que indagar a fondo a los tres sospechosos, y comprobar que nunca han tenido contacto directo o indirecto con el mundo criminal. Valeria, vosotras también os ocuparéis de averiguarlo.

—Sí, señora.

Ignacio sacudió el bolígrafo, hasta que Pilar lo señaló con un gesto.

—Comisaria, si seguimos esa línea de razonamiento, también deberíamos incluir de nuevo a Pedro Solano entre los sospechosos. Al exagente de seguros ya no le serviría la coartada de estar en la cárcel. Y es evidente que mantiene un contacto directo con el mundo criminal. No le habría sido difícil contratar a dos matones desde la prisión.

Calvo asintió.

—Tienes razón, Zabala. Y aunque Solano lo niegue, siempre existe la posibilidad de que albergara deseos de venganza. Padrón y Ledesma, vosotras también os haréis cargo de investigarlo.

Valeria tomó nota y asintió. Pilar desvió la mirada, primero hacia Simón y luego en dirección a Marlene.

—Con respecto a vosotros, continuaréis trabajando con la víctima y las evidencias que ha aportado su aparición. Necesitamos

saber más acerca de lo que ocurrió durante sus días de cautiverio. Cualquier pequeño indicio que recuerde puede conducirnos al lugar donde la mantuvieron encerrada.

—Nos ocuparemos —le prometió Marlene.

—En cuanto sea posible, debemos conseguir un retrato robot de los secuestradores. Todo lo que se relaciona con Doris Osorio queda a vuestro cargo —Pilar consultó su reloj—. Ya terminó la jornada. En vista de que la víctima ya está a salvo, todos podemos retirarnos a descansar y reponer energía. Reanudaremos las investigaciones mañana, muy temprano.

38. SENTIMIENTOS ENCONTRADOS.

Después de que la comisaria Calvo salió de la sala de reuniones, los detectives la imitaron entre despedidas. La amplia estancia se vació en pocos minutos, en medio de un murmullo de sillas y alguna que otra broma sin trascendencia. Marlene salió la última, con la carpeta contra el costado. Cada uno de sus compañeros se encaminó a su propio módulo para recoger sus cosas e irse a casa, después de una jornada que ya había sido demasiado larga. Desde el umbral de la sala, Marlene vio cómo Marta abordaba a Simón, antes de que él pudiera alcanzar la puerta de su pequeño despacho. Escuchó su voz desde la distancia.

—Si quieres y te quedan ánimos, puedo mostrarte un buen lugar de la ciudad para relajarse un poco —sugirió la subinspectora —. Una cerveza no viene mal después de un día como este.

—Gracias, pero ahora lo único que me apetece es una buena noche de sueño —respondió él, con una sonrisa amable.

Marta se encogió de hombros y se despidió de Simón con un par de besos en las mejillas.

—Como gustes. La oferta sigue en pie cuando lo desees.

Una sensación indefinible se removió en el interior de Marlene. Un hilo tenso que había estado sujetando todo el día, desde que la llamada de Sonsoles volvió su vida del revés, aquella misma mañana. Notó los latidos del pulso en sus oídos y un suave calor en las mejillas. ¿Celos? No, era otra cosa, mucho más profunda y antigua. El «no» que venía repitiéndose a sí misma desde hacía horas perdió fuerza, como un nudo que cede sin hacer ruido. ¿Por qué tenía que resultarle tan difícil controlar sus emociones?

Simón entró en su cubículo. Marlene se acercó despacio y esperó en silencio, a medio metro de la puerta entreabierta. Escuchó

el crujido de la silla cuando él la acercó a la mesa y el clic del ratón para apagar el ordenador. Marlene intentó desviar la atención de su mente a lo concreto: el caso, las decisiones de Pilar durante la reunión… Sin embargo, ahora que la aparición de Doris había reducido la presión, su propia realidad volvió a golpearla. El daño estaba hecho. No había vuelta atrás. Si tan solo consiguiera que su cuerpo y su mente lo comprendieran… pero la presencia constante de Simón a su lado no ayudaba.

Dentro del módulo, su compañero apagó la luz. Marlene cerró los ojos en un ruego silencioso. Seguía esperándolo allí cuando él salió al pasillo.

—¿Conseguiste un buen alojamiento? —le preguntó ella, y fue consciente de que no había empleado un tono tan amable con él, desde los días anteriores al incidente que destruyó su relación.

Simón asintió con un parpadeo.

—Sí, tuve suerte.

Marlene se descubrió a sí misma frotando el índice con la uña del pulgar, aquel viejo tic que siempre aparecía cuando el pensamiento se le aceleraba y que tantas veces la había delatado. Detuvo el movimiento a medias, como si pudiera esconderlo bajo la alfombra. Cuando levantó la mirada, se dio cuenta de que a Simón no se le había escapado y lo que era peor, comprendía su significado. Marlene se sintió descubierta, pero trató de disimular lo mejor posible, respiró profundo por la nariz y obligó a sus dedos a quedarse quietos, aun cuando sabía que ya era demasiado tarde.

—¿Quieres decirme algo? —preguntó él.

—Solo estaba pensando… Tal vez deberíamos permanecer juntos un rato más… —Él enarcó las cejas— Quiero decir, así podríamos discutir una estrategia para seguir adelante con la investigación.

Simón dejó escapar el aire despacio en un largo suspiro.

—Marlene, admiro tu dedicación al trabajo, pero la realidad es que estoy hambriento y cansado. Ahora mismo no sería capaz de encontrar un garbanzo en un cocido. Mucho menos de planificar una investigación tan compleja como esta. Creo que lo mejor es que ambos regresemos a casa a descansar.

Ella cambió el peso de un pie al otro como si buscara un apoyo más firme.

—Vivo a pocas manzanas de aquí. Quiero decir… quizá después de una cena ligera y un corto descanso, estemos en mejores condiciones para continuar.

Simón enarcó las cejas y una de las comisuras de sus labios dibujó una leve sonrisa.

—¿Escuché bien? ¿Me estás invitando a cenar en tu casa?

Marlene sujetó la carpeta con fuerza, como si se tratara de un ancla.

—Solo en beneficio de la investigación. No te hagas ilusiones, Aguirre.

La sonrisa de él se expandió con franqueza.

—¿Por qué la prisa, si la víctima ya apareció?

Ella enderezó la espalda en actitud marcial.

—Porque es posible que otras mujeres se encuentren en peligro. Y no quiero correr el riesgo de que haya nuevas víctimas.

Simón asintió despacio, en actitud meditativa. Bajó la mirada a sus propias manos, y luego la desvió hacia las de ella.

—Tienes razón —reconoció él—. Si nos enfrentamos a una banda organizada, será mejor no regalarles horas.

Marlene respondió con un suspiro. Entonces, Simón echó a andar por el pasillo. Al pasar junto a ella, sus dedos rozaron el abrigo de su compañera. Se trató de un contacto mínimo, intrascendente… que dejó un rastro de calor. Ella avanzó a su lado y ambos se encaminaron hacia el ascensor.

Estaban solos en la cabina cuando bajaron desde el segundo piso. Marlene percibió el aroma del perfume de él, sonrió y consultó su reloj.

—Olivia ya debe haber regresado de clases.

—¿Estás viviendo con tu hermana?

Ella asintió.

—Le estoy dando alojamiento, mientras cursa sus estudios en la Universidad de Logroño.

Marlene levantó un dedo a modo de excusa y usó el móvil para llamar a casa.

—Olivia, ¿ya llegaste a casa?… Bien. En unos minutos estaré allí con mi nuevo compañero —anunció, al mismo tiempo que le dedicaba una sonrisa de complicidad a Simón.

El timbre del ascensor les anunció que habían llegado a su destino. Marlene salió primero y Simón la alcanzó en un par de zancadas. Usaron el Volkswagen y él se dejó guiar sin protestar. En menos de cinco minutos, ya aparcaban frente al edificio donde vivía la inspectora Vázquez.

Se trataba de una construcción que hacía esquina: elegante, pero sencilla. Su atractivo estaba reforzado por la cafetería que ocupaba los bajos, con su terraza, sus toldos y su aroma a bollería y a café recién hecho, que se mezclaba con el olor a humedad de la piedra vieja.

Subieron en el ascensor, antiguo y lo bastante pequeño para que el roce fuera casi inevitable. Cuando llegaron al tercer piso, Marlene sacó sus llaves sin vacilar. El rellano era reducido, apenas suficiente para albergar dos pisos: uno frente al otro. La inspectora abrió la puerta y los alcanzó el olor limpio y doméstico del jabón con aroma de limón. El apartamento era pequeño, tibio y acogedor.

Marlene dejó las llaves en el cuenco de la entrada y notó que Simón se detenía por un momento, como si estudiara el terreno. A ella no le sorprendió el gesto. Cuando eran pareja, él era quien dejaba la chaqueta y los calcetines por donde pasaba. Aquí, cada cosa ocupaba su espacio. Marlene se quitó el abrigo y se recogió el cabello detrás de la oreja. Estaba en su territorio. Por primera vez en todo el día, se permitió aflojar un poco el nudo.

La barra de la cocina separaba el salón como una línea discreta. Sobre ella ya había dos platos servidos y dos cervezas sin alcohol. Detrás, los esperaba Olivia.

La joven frunció el ceño cuando vio quién era el acompañante de su hermana.

—¿Este cretino es tu compañero?

Simón enarcó las cejas ante el recibimiento.

—Me alegra verte, Olivia.

La chica lo ignoró y continuó dirigiéndose a su hermana.

—Nunca creí que fueras capaz de traer a este imbécil a casa.

Marlene dejó escapar un suspiro.

—Vamos, Olivia. No seas infantil. Simón está aquí por motivos de trabajo. Necesitamos reponer fuerzas y no podemos perder el tiempo.

La chica se encogió de hombros, sin aflojar el entrecejo.

—Bien, tú sabrás lo que haces. Yo me voy.

—¿No vas a cenar con nosotros? —le preguntó su hermana.

—No, por suerte quedé con unos colegas en la residencia de la universidad para estudiar. No me esperes esta noche.

Olivia se acomodó la mochila en el hombro, se despidió de su hermana con un par de besos en las mejillas y salió del piso sin siquiera mirar a Simón. El apartamento quedó en silencio después del portazo que la chica dio al salir.

Simón presenció la rabieta con las cejas enarcadas.

—Deduzco que está enfadada conmigo.

—No tienes idea de cuánto.

Simón se asomó detrás de la barra y vio la jaula en la esquina de la cocina. Se acercó despacio. Marlene lo siguió. Pico comenzó a revolotear y se posó en uno de los barrotes, buscando la cercanía de los humanos. Simón lo acarició con cuidado y lo saludó con ternura.

—Me alegra mucho verte, Pico —le susurró con voz suave—. ¿Me has echado de menos?

El pajarillo se movió, buscando maximizar las caricias.

—Por lo visto, no se ha olvidado de ti —comentó Marlene con voz suave.

—A la chica no la conozco —dijo Simón, al mismo tiempo que señalaba a Cleo con la cabeza.

—¿Cómo sabes que es chica?

—Supongo que es su pareja y reemplaza a Tina. Además, me comentaste que habías comprado una nueva pareja para Pico, ¿recuerdas? —Ella asintió—. Siempre eres muy cuidadosa, ¿cómo fue que mi favorita escapó?

Marlene bajó la mirada para ocultar su tristeza.

—Después de que te fuiste de casa estuvo muy inquieta y distante. Creo que te echaba de menos. Un día llamaron a la puerta,

mientras ella estaba fuera de la jaula. Me confié demasiado y abrí antes de ponerla a buen resguardo. Fue apenas una rendija, pero suficiente para que se marchara. Lo lamento, espero que la hayan acogido en un nuevo hogar y esté bien.

—Yo también.

Marlene bajó la mirada.

—Simón, ¿qué nos pasó? Teníamos una relación tan bonita. ¿Cómo pudimos dejar que se arruinara?

Él sacudió la cabeza.

—Cuando me perdiste la confianza, todo se fue al garete. Le creíste a una desconocida en lugar de a mí. Y no había ningún fundamento.

Marlene cerró los ojos y cogió aire.

—No fue así… Ella consiguió convencerme… Me dio evidencias… Pasó la prueba del polígrafo…

Simón suspiró.

—Nunca debiste contratar ese estudio. Fue un grave error. Omaira pasó la prueba porque ella creía que las fantasías en su cabeza eran la verdad. El polígrafo demostraba aquello de lo que ella estaba convencida, no la realidad. ¿Por qué estamos hablando de esto? ¿Me trajiste a tu casa para reanudar esta discusión? Marlene, no quiero volver sobre ese asunto.

Simón hizo el intento de moverse hacia la puerta, pero ella lo retuvo apoyando su mano sobre el brazo de él. Simón parpadeó y se quedó inmóvil.

—Ahora comprendo que eras inocente y lamento haber creído su historia. Te he echado mucho de menos —susurró Marlene, acercando su rostro al de él.

Antes de que sus labios pudieran juntarse, el móvil de Simón rompió el embrujo. Él pareció despertar con un parpadeo.

—Ignóralo —le suplicó Marlene.

Él suspiró.

—Podría ser importante. Recuerda el caso.

Ella se encogió de hombros y asintió, al mismo tiempo que Simón respondía, sin darse tiempo a comprobar de quién se trataba.

Después de una corta conversación, él terminó la llamada. Con el ceño fruncido, dirigió a Marlene una mirada cargada de severidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella con preocupación.

—Era Sonsoles. Arrestaron a Omaira. Esa desconocida a la que le diste crédito cuando te contó que manteníamos una relación.

Marlene bajó la mirada.

—Simón…

—No, espera, que esto te va a interesar. Después del divorcio pedí traslado de comisaría, me mudé de barrio, cambié mi teléfono, cerré mis redes sociales y me volví inaccesible para ella. Entonces, se «enamoró» de otro. Se metió en su casa y lo esperó en el dormitorio, vestida con poca ropa. Cuando él llegó con su mujer y su hija, llamaron a la Policía de inmediato. La detuvieron por allanamiento y acoso —Simón se ajustó la manga en un gesto inconsciente—. El psiquiatra forense está hablando de erotomanía. Con esto queda demostrado que yo decía la verdad. Cuando ella juró que «estábamos enamorados», yo ni siquiera la conocía.

Marlene tragó saliva y las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Lamento no haberte creído, Simón. Si me perdonas, podemos darnos otra oportunidad.

Los músculos de la mandíbula de él se tensaron.

—Eso no es todo. Sonsoles también acaba de comentarme que te informó acerca de todos los detalles esta mañana. ¿No pensabas decírmelo?

—Simón…

Él se alejó un paso.

—Pensé que habías recapacitado, que después de todo, por fin habías decidido confiar en mí, pero la verdad es que fue necesario que Omaira Santos fuera detenida y su problema psiquiátrico quedara en evidencia, para que me creyeras —Las lágrimas corrieron por las mejillas de ella, pero Simón sacudió la cabeza—. Así no, Marlene. Lo nuestro no se puede reconstruir si falla la confianza. Y me temo que la realidad es que tú no confías en mí.

—Cometí un error, Simón. Me dominaron la ira y la frustración.

—No lo comprendes, ¿verdad? Qué le creyeras a una desconocida y no a mí, me rompió por dentro. Recuperarme fue muy difícil. No quiero reanudar una relación que volverá a fracturarse cuando aparezca la próxima Omaira —Marlene quiso protestar, pero él no le dio la oportunidad—. Será mejor que me marche.

Los ojos de Marlene estaban inundados en lágrimas, pero no fue capaz de pronunciar ni una palabra. Simón salió del piso y ella se quedó mirando la puerta por algunos segundos, hasta que un gorjeo desvió su atención hacia la jaula. Pico se había acercado demasiado a Cleo y acababa de recibir un picotazo de advertencia.

39. EL DÍA DESPUÉS.

Cuando el móvil disparó la alarma sobre la mesilla, el agudo sonido le taladró el oído izquierdo a Simón. Lo apagó a ciegas y murmurando una protesta. Notó que su mandíbula todavía estaba tensa. Por lo visto, la noche anterior, el agotamiento por fin consiguió vencer al enfado y se había quedado dormido poco antes de la madrugada. Todavía un poco grogui, apartó las mantas y el frío de la habitación le mordió las espinillas. A través de la ventana entraba una luz grisácea, con esa amenaza de llovizna que nunca termina de caer. Alcanzó a escuchar el murmullo de la radio que acompañaba a Nicolasa en la cocina, mientras preparaba el desayuno. El olor a café recién hecho inundaba todo el piso. Simón salió de la habitación, bostezó y se revolvió el cabello, al mismo tiempo que sacudía la última sombra de la discusión de su cabeza, y se juraba a sí mismo que aquello era una prueba superada. Al final del pasillo, la puerta del cuarto de baño se abrió y Rogelio apareció con una toalla al hombro. Después de un cruce de miradas, el policía jubilado soltó un gruñido.

—Te estuve esperando anoche, para que me contaras sobre la chica que apareció ayer —le dijo su casero en tono de reproche—, pero pasadas las 12 decidí que ya era hora de irme a la cama. Nicolasa te había guardado la cena.

Simón sonrió con indulgencia.

—Sí, lo lamento, anoche llegué tarde. ¿Ya anunciaron la aparición de Doris en el informativo?

—¿No has visto las noticias? —Simón negó con la cabeza—. Pues no se habla de otra cosa. Y no sabes la que hay liada.

—Ah, ¿sí?

Rogelio asintió con aire de entendido.

—Esa joven se ha convertido en una celebridad. Ha recibido apoyo de todas partes. Abundan las declaraciones de respaldo a la víctima y el rechazo a lo que ocurrió. Sobre todo, por parte de los vecinos, así que será mejor que os deis prisa en detener a los culpables o la opinión pública se os va a echar encima. ¡Cómo me llamo Rogelio!

—¡Pero si todavía no han pasado ni veinticuatro horas! —protestó Simón con un parpadeo.

—¿Y qué? Los tiempos del miedo y la indignación no son iguales a los de los procedimientos que tenéis que seguir los investigadores. Hoy, cada habitante de Logroño piensa en sí mismo o en algún familiar como posible víctima. Lo he visto muchas veces en mi vida como policía: la opinión pública apremia a los políticos, estos a los mandos, y ya sabes quién recibe la presión de todos ellos.

Simón asintió con resignación. Mientras su casero avanzaba hacia la cocina, para reunirse con su mujer, él se encaminó al servicio. Al cabo de un rato, salió cubierto con un albornoz, duchado y afeitado. Cinco minutos después, entró en la cocina con traje y corbata, listo para salir.

Nicolasa lo recibió con una sonrisa.

—Buenos días, Simón. Siéntate y enseguida te serviré el desayuno.

—Gracias, Nicolasa. Llevo un poco de prisa. Con el café será suficiente.

Ella frunció el ceño.

—Por supuesto que no. ¡Que soy mujer de policía y os conozco! Luego os pasáis todo el día por ahí de un lugar a otro y quien sabe cuándo volverás a comer algo. Además, el desayuno es la comida más importante del día. ¡De toda la vida!

Mientras hablaba, Nicolasa depositó una tostada con mantequilla y una taza de café solo frente a su huésped. Simón le agregó una cucharadita de azúcar, sin atreverse a discutir. Rogelio lo miró de reojo con una media sonrisa, cargada de sarcasmo, al mismo tiempo que daba un sorbo a su propio café.

—Créeme, te sale más barato comértelo que defender tu punto.

Simón dejó escapar un suspiro de resignación, le dio las gracias a Nicolasa y desayunó con un poco de prisa.

Media hora después, Simón llegó a la Jefatura Superior. Se forzó a sí mismo a apurar el paso, aunque lo último que quería era ver a Marlene, después de lo que había ocurrido la noche anterior. Iba con algunos minutos de retraso, y resultó evidente en la quietud que lo rodeó en los pasillos. Llegó al segundo piso sumido en sus pensamientos, y encontró a Marlene en su despacho, ocupada en el ordenador. La luz de la pantalla se reflejaba en su rostro y mantenía el ceño fruncido como siempre que estaba sumida en una profunda concentración.

Simón permaneció inmóvil en el umbral por un momento, con la mano sujetando el picaporte, como si fuera un asidero a la realidad. El módulo olía a café y a limpiador cítrico, aunque en el fondo pudo percibir un leve rastro de la crema de manos que siempre usaba Marlene. Vio la coleta alta, ajustada y sin un cabello fuera de lugar. Como contraste, sus ojeras daban fe de que ella tampoco había conseguido dormir. Él contuvo la respiración por un segundo. Aquella situación era insostenible. Nadie tenía derecho a pedirle tanto. Allí mismo decidió que en cuanto cerraran el caso Osorio, hablaría con Calvo y pediría que lo cambiaran de equipo. Si se negaba, volvería a solicitar traslado.

Aunque él se mantuvo en silencio, ella advirtió su presencia de alguna manera. Entonces, apartó su atención del ordenador. Cogió aire en cuanto lo vio, le sostuvo la mirada por un segundo y compuso una expresión neutra, profesional.

—Me alegra que por fin estés aquí. Llegas tarde.

—Sí, yo…

Marlene alineó el bolígrafo con la libreta y continuó hablando, sin darle oportunidad a su compañero de explicarse.

—Acabo de salir del despacho de Pilar. Los mandos están presionando, así que los laboratorios se han dado prisa. Ya llegaron los resultados toxicológicos de los Osorio Márquez.

Simón recordó las palabras de Rogelio, el viejo zorro. Después de dar un paso dentro del módulo, cerró la puerta a su espalda con delicadeza.

—Te escucho.

—En la sangre de las dos víctimas encontraron hipnóticos no benzodiacepínicos. También en el contenido gástrico de ambos y en las tazas. Los resultados son claros: los ingirieron mezclados con las infusiones, poco antes de su muerte.

Él frunció el ceño y asintió despacio, al mismo tiempo que clavaba la mirada en el borde de la mesa, para no perder la concentración.

—Así que el asesino sedó a los Osorio Márquez antes de matarlos.

—Es la conclusión a la que llegó el laboratorio de toxicología. Eso debió facilitarle cometer los homicidios, pero hay más —Simón envaró la espalda, atento a las palabras de su compañera—. Los hipnóticos que se descubrieron en las víctimas coinciden con los que Científica encontró en el armario del cuarto de baño, y que pertenecían a Brígida.

—Así que el asesino consiguió la droga que necesitaba en el mismo piso —Simón entornó los ojos—. ¿Cómo supo que estaba allí?

Marlene cogió aire y lo retuvo por algunos segundos.

—Solo encuentro una explicación: El asesino conocía bien a sus víctimas y no era la primera vez que visitaba esa casa.

Simón comenzó a pasearse por el despacho, mientras razonaba.

—No tenemos duda de que el asesino les administró el hipnótico a través de las infusiones. Lo que me pregunto es: ¿cómo consiguió que se las bebieran?

—Quizá los amenazó con el cuchillo —sugirió la inspectora.

Él negó con la cabeza.

—En ese caso, habría sido más fácil obligarlos a tomar las pastillas o cápsulas o lo que fuera la medicación de Brígida. Si la droga estaba diluida en lo que bebieron, es muy probable que no fueran conscientes de que los estaban drogando.

Marlene se apoyó en el respaldo de su silla.

—Reconozco que tu teoría es muy razonable, pero no veo cómo podríamos comprobarla. En cualquier caso, ¿adónde quieres llegar?

Simón detuvo su paseo.

—Estoy convencido de que los Osorio Márquez no solo conocían al asesino, sino que tenían plena confianza en él.

La inspectora lo pensó por un momento y negó despacio con la cabeza.

—Tu argumento es razonable, pero hay algo que no encaja. Si eso fuera verdad, habría que descartar a los matones que secuestraron a Doris, lo cual no tendría sentido después de su declaración.

Simón abrió los brazos y los dejó caer con frustración.

—Supongo que tienes razón. Nada parece tener lógica en esta investigación.

—El laboratorio de toxicología no fue el único que se dio prisa —le anunció Marlene—. El forense del hospital también acaba de enviar su informe.

—¿Revela algo interesante?

—Nada que no sepamos ya. Detalla los golpes y heridas que sufrió Doris. También confirma que no encontró indicios visibles de abuso sexual, aunque por supuesto, eso no es suficiente para descartarlo.

—Estoy de acuerdo —reconoció Simón—. Pudo sufrirlo mientras estaba bajo el efecto de las drogas que le suministraron. En esa situación, no habría sido capaz de presentar resistencia.

—Con respecto a los resultados toxicológicos en la sangre de Doris, estos tardarán algunas horas más —continuó Marlene, mientras Simón ocupaba una de las sillas frente a ella—. Por otro lado, Científica sí ha hecho un hallazgo interesante…

El inspector miró a su compañera a los ojos.

—¿Qué encontró?

—Se trata de un vello púbico en la ropa que la víctima llevaba puesta cuando apareció. Por desgracia, no tiene raíz, por lo que no será posible identificar el ADN. Lo que sí pudo confirmar Científica es que no pertenece a la propia Doris.

40. LA LIBERACIÓN.

Antes de que Simón pudiera responder, Teresa se asomó en el módulo y después de saludarlos, les informó que la comisaria Calvo había pospuesto la hora de la reunión para el mediodía, y que esperaba avances de parte de todo el equipo. Marlene le dio las gracias, y la secretaria se marchó.

El inspector desvió la mirada hacia su compañera. La luz de la mañana entraba en diagonal por la pequeña ventana del módulo, haciendo visible el polvo en suspensión sobre el ordenador de Marlene. Simón, todavía de pie y con el ceño fruncido, cruzó los brazos sobre el pecho.

—Y ahora, ¿qué?

Su compañera no respondió. Solo lo miró por un segundo, cogió el teléfono que reposaba en su base sobre el escritorio y marcó sin dudar. Simón esperó en silencio.

—Buenos días, doctor Correa… Sí, soy la inspectora Vázquez… Quería preguntarle… Sí, comprendo… —Ella tomó nota en su libreta—. De acuerdo. Seremos cuidadosos.

Marlene terminó la llamada y levantó la mirada hacia él, quien se la sostuvo, pretendiendo una normalidad entre ambos, que ya solo era una ilusión. La tormenta bullía por dentro.

—Doris amaneció más tranquila —anunció la inspectora con voz profesional—. El doctor Correa ha accedido a que la entrevistemos de nuevo, siempre que ella esté de acuerdo.

—Entonces, vamos.

Ambos policías salieron de la Jefatura y subieron al Volkswagen de Simón. Cuando se ajustaron los cinturones de seguridad, sus codos se rozaron tela contra tela durante un instante. Simón encendió el motor y comenzó a conducir con movimientos

automáticos. Cogió el volante como si se tratara de un ancla que lo sujetara a la tierra. Por fortuna, ya se sabía el camino, lo cual le permitió mantenerse en silencio.

Marlene colocó la carpeta sobre las rodillas, enderezó la espalda y fijó la mirada al frente. Desde su asiento, él pudo percibir su respiración profunda y medida. Simón se obligó a mirar el retrovisor y no el perfil de la mujer a su lado, pero ignorar su presencia era imposible. Le llegaba el aroma de su crema de manos y un hilo de su perfume. El policía cogió aire y se centró en la conducción del coche: una rotonda, un cruce de peatones… una indiferencia que solo era pretensión.

Llegaron al hospital. Doris ya había sido trasladada a una habitación. Después de pasar por el punto de información, ambos inspectores avanzaron por los pasillos pulidos, acompañados por el olor aséptico de los desinfectantes. Simón pretendió ignorar la presencia de Marlene a su lado, pero el calor de su cercanía no se lo ponía fácil. Ella parecía tener más éxito en ese cometido, pues mantuvo la mirada al frente y el paso firme durante todo el recorrido.

Cuando por fin alcanzaron la habitación de la víctima, encontraron a Carlos Vidal ocupando una silla a su lado. El olor del antiséptico que dominaba el edificio era más penetrante en aquel espacio cerrado. La víctima ocupaba la cama más cercana a la puerta, mientras la que estaba junto a la ventana aún esperaba por su próximo paciente.

Doris estaba levemente incorporada. Era evidente que los policías habían interrumpido la conversación que sostenía con su pareja. Vidal se puso de pie en cuanto los investigadores entraron. La joven Osorio solo frunció el ceño y dejó escapar un leve gruñido. Los policías se detuvieron al pie de la cama.

Ignorando su saludo, la paciente tragó saliva y desvió la mirada en dirección a la ventana, como si estuviera considerando la opción de escapar.

—No quiero hablar de eso. Todavía es muy doloroso.

Marlene acercó la silla un palmo y se sentó con una sonrisa amable.

—Es comprensible, Doris, pero necesitamos tu ayuda para encontrar y detener a los responsables de todo esto. El riesgo no desaparecerá hasta que lo consigamos. Además, podría haber nuevas víctimas. Y estoy segura de que no quieres que esto le pase a otra mujer.

La joven bajó la mirada, al mismo tiempo que Carlos le sujetaba la mano.

—Tú eres valiente, cariño —la animó Vidal—. Estoy seguro de que puedes con esto. Yo estaré cerca de ti.

Simón observó a la pareja por un segundo y asintió.

—No te vamos a presionar. Tú decides hasta dónde quieres llegar. Si necesitas parar, lo dejaremos hasta ahí.

La chica respiró profundo.

—De acuerdo. Pero les ruego que sea breve.

Simón se dirigió a Carlos.

—¿Podría dejarnos unos minutos a solas, por favor?

Vidal dudó por un segundo, pero cedió.

—Estaré en el pasillo, por si me necesitas —le dijo a su novia, al mismo tiempo que le apretaba la mano para transmitirle seguridad.

Los policías esperaron a que él saliera de la habitación. Simón se aseguró de que la puerta estuviera cerrada y volvió a entrar, al mismo tiempo que manipulaba su teléfono.

—Lo lamento. Tenía que enviar un mensaje urgente —aclaró él.

Marlene no necesitó preguntar de qué se trataba. Lo sabía de sobra. Mientras su compañero regresaba a su lado, ella acercó la silla a su testigo.

—¿Qué quieren saber? —preguntó Doris en tono seco.

—Comprendemos que ayer todavía estabas bajo los efectos del *shock*. Por favor, cuéntanos todo desde el principio.

—¿Otra vez?

—Es solo por si olvidaste mencionar algún detalle que pudiera ser revelador —argumentó el inspector.

La víctima dejó escapar un suspiro de resignación y volvió a relatar todo lo que había ocurrido alrededor del secuestro, tal como

hizo el día anterior.

—¿Qué pasó después? —preguntó Marlene—. ¿Cómo conseguiste salir de allí?

Doris hizo varias respiraciones profundas y clavó la mirada en la ventana cubierta por gotas de lluvia y apenas iluminada por un sol medio oculto. Sus ojos se humedecieron. Entonces, bajó la cabeza y comenzó a hablar en murmullos.

—El mayor de los dos hombres era muy violento. Fue él quien me lastimó. El resto del tiempo yo estaba sola en la habitación, acostada en la cama y encadenada al tubo, tratando de convencerme a mí misma de que todo aquello era solo una pesadilla y que en cualquier momento despertaría en mi habitación, sana y salva.

Simón tensó los músculos de la mandíbula.

—¿Dónde estaban los hombres? ¿Lo sabes?

—Ellos… casi siempre estaban afuera de la habitación. Lo sé porque ponían música muy alta y a veces los escuchaba gritarse entre ellos. El mayor trataba muy mal al más joven.

—¿Quién te llevó los alimentos mientras estuviste encerrada? —preguntó Marlene.

—El más joven. Me dieron de comer una sola vez al día: arroz y una manzana…

Simón cambió el peso del cuerpo de un pie al otro. A medida que avanzaba el interrogatorio, sentía que sus orejas se calentaban. Tenían que encontrar a esos desgraciados.

—¿Cuándo te hicieron la marca en el hombro?

—El primer día. La tenía cuando desperté. Fue cuando me dijeron que me habían vendido a un hombre muy importante y que sería mejor que obedeciera si sabía lo que me convenía —Los ojos de la joven se humedecieron—. Yo me sentía muy mal. La quemadura me dolía mucho y me parecía que tenía fiebre. Me lo confirmaron cuando ingresé al hospital.

Marlene hizo una pausa, dándole tiempo a su testigo. Entonces, formuló la siguiente pregunta.

—¿Por qué te liberaron, Doris? ¿Lo sabes?

La chica negó con la cabeza.

—No estoy segura, pero sospecho que tuvieron miedo de que me muriera a causa de los maltratos y eso les causara más problemas.

—¿Qué te hizo pensar eso? —Quiso saber Simón.

—Pude escucharlos cuando discutían a través de la puerta. Aunque no hablaban español, comprendí que el más joven quería que me llevaran al hospital —Simón levantó la mirada de la libreta y Marlene frunció el ceño.

—¿Qué idioma hablaban, Doris?

—Yo… no lo sé. No pude reconocerlo, pero era gutural y muy rudo. Como si las palabras fueran cortantes.

—¿Qué pasó después? —preguntó Simón— ¿El joven pudo convencer al otro?

Doris negó con la cabeza.

—La discusión terminó con el sonido de un disparo. Lo siguió un portazo. Comprendí que me había quedado sola, así que grité pidiendo ayuda, hasta que me quedé dormida por el agotamiento.

Los policías intercambiaron una mirada.

—¿Cómo conseguiste llegar al caserío?

—El más joven regresó algunas horas después, me devolvió mi ropa y me ordenó que me vistiera. Entonces, me sacó de la habitación. Después de ponerme una funda de almohada en la cabeza, me llevó al coche. Condujo por un buen rato, hasta que se detuvo, me liberó los brazos, y en mitad de la carretera, me dijo que me largara. Entonces, corrí hasta que encontré auxilio. Es todo lo que recuerdo.

41. UN CASO MUY EXTRAÑO.

Simón y Marlene guardaron silencio por algunos segundos, mientras procesaban la información que acababa de proporcionarles la víctima. El aviso de un mensaje entrando en el móvil de Simón los sacó de su concentración. El inspector levantó la mirada hacia su compañera.

—El dibujante de la Policía acaba de llegar al hospital para hacer un retrato robot de los secuestradores. Le pedí a Teresa que lo enviara, antes de comenzar la entrevista.

Marlene asintió. Ya lo suponía. El movimiento de Doris bajo las sábanas atrajo la atención de ambos.

—¿De qué están hablando? No dijeron nada acerca de un dibujante.

Marlene le sonrió.

—No debes preocuparte, Doris. Solo serán unos minutos y puede ser muy útil para encontrar a esos hombres.

—Pero… yo no soy buena fisonomista. No sé si podré…

—Nuestro compañero es un profesional y te ayudará a recordar.

Simón se ajustó la manga e intervino.

—Aunque los retratos no sean exactos, tener la apariencia aproximada de esos sujetos puede ser clave para dar con ellos y arrestarlos. Te sentirás más tranquila cuando eso pase.

La joven paseó la mirada por ambos policías y suspiró.

—Supongo que puedo hacer el esfuerzo —dijo en un tono casi inaudible.

Después de un par de golpes en la puerta, Vidal se asomó, acompañado por un joven de mediana estatura y gafas de pasta,

que cargaba un ordenador portátil en un maletín que colgaba de su hombro.

—El subinspector dice que lo están esperando —anunció Carlos, sin disimular su sorpresa. Centró la mirada en Doris, antes de que los policías pudieran responder—. ¿Tú estás de acuerdo, cariño?

Marlene se puso de pie.

—Nosotros ya nos vamos. Los retratos robot solo llevarán unos minutos y serán de gran ayuda en la investigación. La señorita Osorio lo ha comprendido.

—Esperamos que usted no ponga reparos, señor Vidal —intervino Simón con voz cortante—. O tendremos que preguntarnos por qué.

Vidal dio un paso atrás y parpadeó.

—No pretendo interferir. Solo quiero proteger a Doris. Ya ha sufrido demasiado.

Marlene se había acercado al pie de la cama, donde ya se encontraba Simón.

—Le prometo que esto no la perjudicará. El subinspector Arreaza es un profesional —Sin esperar la respuesta de Vidal, la inspectora se dirigió a Doris con voz amable—. Te agradecemos mucho el esfuerzo que estás haciendo, Doris. Te prometo que no será en vano.

Simón y Marlene salieron de la habitación y dejaron al dibujante con la pareja. Avanzaron en silencio a través de los pasillos, rodeados por los sonidos de sus propios pasos, que se mezclaban con el trajín del hospital: una sinfonía de carritos desplazándose, monitores anunciando turnos y conversaciones en voz baja.

Una vez en la calle, subieron al Volkswagen. El coche olía a vinilo templado y a esa mezcla limpia y ligeramente dulce de la lluvia recién caída. Simón se dejó caer contra el respaldo y centró la mirada en el parabrisas punteado por una llovizna que cubría el cristal. En vez de encender el motor, miró el retrovisor sin prestar atención a lo que veía. La cabina del coche conservaba el calor justo del aliento de ambos y una distancia medida que ninguno se atrevía a traspasar. Simón notó que su mandíbula estaba tensa, inspiró por

la nariz despacio, buscando relajarse, y se esforzó en que su voz sonara natural.

—Y ahora, ¿qué? ¿Se te ocurre alguna idea de quiénes pueden ser estos dos sujetos que hablan un idioma desconocido?

Marlene ajustó el cinturón antes de abrocharlo. Tardó un segundo en responder.

—No encuentro ninguna explicación. Todo lo que rodea este caso es muy extraño.

—¿Extraño? No tiene ni pies ni cabeza. Los tíos secuestraron a una mujer, la maltrataron y le dijeron que la habían vendido. Luego fueron a por sus padres, y después de asesinarlos a sangre fría, se asustaron porque ella tenía fiebre y decidieron liberarla, aun cuando les había visto las caras. O son los delincuentes más estúpidos con los que me he tropezado en toda mi carrera, o detrás de los delitos hay un mar de fondo que se nos está escapando.

Marlene giró la cara hacia la ventanilla y miró a través de ella. La luz del final de la mañana le dibujó una línea limpia en el pómulo.

—Recibían órdenes —dijo ella, después de pensarlo.

Simón asintió.

—Eso puede darle un poco de sentido, pero órdenes de quién.

Marlene parpadeó.

—No lo sé, pero estoy segura de que sin importar quién dio las órdenes, inspira respeto y temor entre sus matones. De otro modo, los sujetos no habrían actuado como lo hicieron.

Simón lo pensó por un momento y asintió, al mismo tiempo que lo alcanzaba el aroma del perfume de su compañera, como un inesperado saboteador de su concentración. Se obligó a recuperar su centro.

—¿Cuáles sospechosos crees que podrían causar ese efecto en dos matones capaces de secuestrar y asesinar?

Marlene no necesitó pensarlo.

—El primero que me viene a la cabeza es Fabio Rendón, por supuesto. Su fama lo precede y no me sorprendería que inspirara ese tipo de miedo en sus secuaces.

Simón asintió, al mismo tiempo que encendía el motor y sacaba el coche del aparcamiento con suavidad.

—Estoy de acuerdo contigo, pero no podemos descartar a los demás sospechosos todavía… Después de todo, solo estamos suponiendo que la conducta de los sujetos se debía a que obedecían al autor intelectual. También es posible que tuvieran otras motivaciones.

—Es un buen punto —reconoció ella con un suspiro.

La aprobación de Marlene fue música para sus oídos. ¿Por qué tenía que importarle tanto? Frustrado, Simón golpeó el volante con la palma.

—¡Demonios! Ni siquiera estamos seguros de que el secuestro y los homicidios estén relacionados.

Los interrumpió el sonido del móvil de Marlene, que ella respondió en cuanto comprobó el origen de la llamada. Simón la observó de reojo: el ceño fruncido por la concentración, la línea de su mandíbula siguiendo una curvatura perfecta y sus manos, de dedos largos, sosteniendo el móvil junto a su oreja… Volvió a centrarse en la vía, justo a tiempo para aminorar la velocidad por la luz amarilla del semáforo.

La conversación fue corta. Aprovechando la espera de la luz verde, el inspector desvió la atención hacia su compañera por un segundo. Marlene lo miraba fijamente con el móvil en la mano.

—Era el jefe Barros —le anunció ella.

Aguirre suspiró.

—¿Hay novedades?

—Ya terminaron de revisar las finanzas del hotel. Todo está en orden y las cuentas se corresponden con las declaraciones de Hacienda.

—Otro callejón sin salida —se quejó Simón.

—Eso no es todo. También terminaron el peritaje de las ropas que Doris llevaba puestas cuando apareció. Encontraron rastros de semen en su ropa íntima…

El policía frunció el ceño.

—Supongo que esto concuerda con el misterioso vello púbico. Sin embargo, se supone que Doris no fue víctima de abuso. ¿Cómo

se explican estos hallazgos? …

—No lo sé —reconoció la inspectora—, pero es posible que este descubrimiento nos ayude a descifrar qué es lo que está ocurriendo aquí.

42. SIGUIENDO PISTAS.

Marlene y Simón regresaron a la Jefatura sin desviarse de la ruta y se encaminaron directo al laboratorio de Científica. El ascensor bajó al sótano con un temblor leve y anunció la llegada con un pitido. Incluso antes de que se abrieran las puertas, a Simón le llegó el olor frío del isopropanol. La única iluminación provenía de las luces fluorescentes del techo y se reflejaba en las baldosas pulidas. Cruzaron el pasillo y Marlene se detuvo frente a la máquina de café. Simón aguardó con paciencia, mientras ella se hacía con un capuchino doble. Él la observó con el ceño fruncido.

—Debes haber cambiado mucho tus gustos. Creí que detestabas el capuchino de máquina.

—Lo detesto —admitió la inspectora—, pero no es para mí.

Siguieron avanzando hasta el final del pasillo y llegaron al departamento de Científica. El laboratorio estaba pletórico de actividad. Los recibió el zumbido de las campanas extractoras y el murmullo de los técnicos intercambiando opiniones, al mismo tiempo que miraban a través de microscopios y manipulaban máquinas que parecían salidas de una película futurista.

En el centro, Casimiro Barros permanecía de pie, respondiendo a quienes se acercaban para hacerle alguna pregunta. Sobre la mesa, junto a un microscopio, reposaba una taza blanca de porcelana gruesa, con un escudo circular impreso en un lateral. Una leyenda dorada resaltaba alrededor del emblema azul marino: «POLICÍA CIENTÍFICA». Cuando ambos inspectores entraron, Barros desvió la mirada hacia ellos y dejó escapar un suave gruñido.

—Inspectora Vázquez.

Marlene le tendió el vaso de café, todavía humeante.

—Por si hoy todavía no ha desayunado, jefe.

Barros relajó la severidad de su rostro con una sonrisa.

—Usted es muy amable y considerada, inspectora. Gracias. La cafeína siempre es bien recibida en este trabajo —Casimiro centró su atención en Simón, al mismo tiempo que daba un sorbo a su café —. A este no lo conozco. Demasiado viejo para ser novato. ¿Recién trasladado?

Simón enarcó las cejas, sin saber cómo reaccionar. Marlene salvó la situación, soltando una carcajada.

—Le presento al inspector Simón Aguirre —dijo ella—. Mi compañero.

Barros entornó los ojos y lo miró de arriba abajo con descaro. Habló con una voz cargada de autoridad.

—Muy bien. Dejémoslo claro desde el principio, Aguirre. Aquí no obramos milagros. Ustedes me traen evidencias y nosotros trabajamos en ellas. Necesitamos tiempo. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Y más le vale portarse bien con su compañera, que es de mis favoritas en esta Jefatura.

Simón parpadeó.

—No debe preocuparse por eso, jefe.

—Vale —sentenció Barros con sequedad. Entonces, se volvió hacia Marlene y habló con un tono más amable—. ¿Qué puedo hacer por usted, inspectora?

—No quisiera molestarlo, jefe Barros, pero las evidencias del caso Osorio Márquez son contradictorias. Los hallazgos en la ropa de Doris Osorio podrían ser nuestra mejor pista. Le agradeceríamos si pudiera darnos más detalles al respecto.

Casimiro se encogió de hombros.

—Me gustaría ayudarla, inspectora, pero me temo que por ahora no puedo decirle mucho más. Se encontraron rastros de semen en la ropa íntima de la víctima y en este momento, uno de mis chicos está trabajando en la amplificación y tipado genético: En el ADN. Cuando terminemos el proceso, la comparación en el sistema CODIS será cuestión de minutos. Entonces, podremos darle un nombre.

—En el caso de que el sujeto tenga antecedentes —apuntó Simón.

—Se sobreentiende —dijo el jefe Barros con un gruñido.

—Solicitaremos a la jueza una orden para conseguir muestras de los sospechosos y que también pueda compararlas, jefe —intervino Marlene con voz amable.

Casimiro asintió.

—Nos ocuparemos de todo en cuanto llegue la orden, inspectora.

—Gracias, jefe. Sé que siempre puedo contar con usted.

Después de despedirse de Casimiro, ambos policías salieron del laboratorio con mejor ánimo. Recorrieron los pasillos uno junto al otro. Simón hizo lo posible por centrarse en el caso, a pesar de que los recuerdos de la noche anterior regresaban una y otra vez para atormentarlo. ¿Y si se daban otra oportunidad? Ya Marlene había reconocido su inocencia. Era todo lo que su ego exigía para permitir que sus emociones afloraran… No, no era todo. Faltaba lo más importante: la confianza. La voz de Marlene lo sacó de sus reflexiones y lo regresó al presente.

—Esta es la mejor pista que tenemos desde que comenzó la investigación.

Simón carraspeó.

—¿La mejor? Yo diría que es la única concreta.

Llegaron al despacho de Marlene. Ella ocupó la silla detrás del escritorio y encendió el ordenador.

—Debemos darnos prisa en redactar la solicitud, para que la jueza Ibáñez nos proporcione la orden que nos permita conseguir el ADN de todos los sospechosos.

Simón, de pie junto a la puerta, se ajustó la manga y suspiró.

—No quiero ser el aguafiestas de turno, pero… —Su compañera frunció el ceño, desafiándolo a continuar— seamos realistas, es probable que esta evidencia nos permita identificar a uno de los matones, pero si el autor intelectual no se acercó a Doris, no creo que el ADN sea de gran ayuda para descartar sospechosos.

La inspectora rechinó los dientes, antes de responder.

—¿Y qué esperas? ¿Qué encontremos una tarjeta de presentación con el nombre del culpable impreso en letras doradas? Trabajaremos con lo que tenemos y avanzaremos a partir de allí.

Antes de que Simón tuviera tiempo de responder, los móviles de ambos anunciaron la entrada de un mensaje, al mismo tiempo. Marlene fue más rápida.

—Es el retrato robot de los secuestradores. Arreaza también se lo envió al resto del equipo.

Simón estudió las fotografías, mientras Marlene redactaba la orden para la jueza y se la enviaba. Luego, su compañera sostuvo una conversación telefónica con su señoría, para asegurarse de que recibirían la orden lo antes posible. Mientras la esperaban, los policías se comunicaron con Teresa, y le pidieron que se ocupara de citar a los sospechosos, para la toma de las muestras de material genético.

—Parece que por fin avanzamos —anunció Marlene cuando terminaron los trámites necesarios.

—Me gustaría saber hacia dónde —comentó Simón, ganándose una mirada de reproche.

Ella rechinó los dientes, recuperó su abrigo del perchero y anunció sus intenciones.

—Contactaré a mi mejor informante. Quizá le resulte conocido el rostro de alguno de estos sujetos —Marlene hizo una pausa como si dudara—. Si quieres, puedes acompañarme.

Simón cogió aire y sacudió la cabeza.

—No, gracias. Yo pienso hacer lo mismo con el mío. Tendremos resultados más rápidos si nos separamos.

La inspectora asintió.

—Muy bien. Nos veremos más tarde, después de la hora de la comida.

43. INFORMANTES Y PESQUISAS.

Cuando Simón y Marlene salieron de la Jefatura, él se encaminó en dirección a su Volkswagen. Ella lo siguió con la mirada, en silencio, sintiendo un leve tirón en el estómago. Enfadada consigo misma, se obligó a aflojar los hombros, y cruzó el aparcamiento en dirección hacia el Opel Astra. Subió al coche y se concentró en la conducción.

Quince minutos después, la inspectora aparcó en la calle La Brava. El asfalto todavía conservaba algunos charcos de la lluvia matutina, y los toldos escurrían algunas gotas, que caían sobre los transeúntes desprevenidos. Sintió la humedad en sus tobillos al avanzar. La Pensión Doña Benedicta hacía esquina. La identificaba un rótulo de neón con una luz dubitativa, que permanecía encendido, aun siendo de día. La pintura de la fachada se caía en desconchones y la puerta metálica estaba provista con un telefonillo antiguo.

Marlene cruzó el umbral y la recibió el aire cargado con olor a lejía y tabaco rancio. No había nadie en la recepción y sobre la superficie del mostrador reposaba un cuaderno de crucigramas, junto a un lápiz. La inspectora avanzó por el pasillo de linóleo verdoso y llegó hasta la estrecha escalera. En sus entrañas, el edificio olía a humedad y coles hervidas.

Subió sin prisa, con una mano apoyada en la barandilla, manteniendo el compás de la respiración. La asaltó el recuerdo de la discusión con Simón la noche anterior. Le escocía como si hubiera dejado caer limón sobre una herida. Tensó la mandíbula y se obligó a centrarse.

En el segundo piso, la inspectora avanzó hasta el fondo, y llamó a la habitación de su informante. En un primer momento, la

puerta se abrió lo justo, y luego del todo. El olor a colonia fina alcanzó a Marlene. Casi seguro, regalo de algún cliente. Terciopelo usaba una bata corta de satén color vino, y el cabello recogido en un moño alto, que dejaba espacio a unos pendientes grandes y coloridos. Su maquillaje era impecable, como si se hubiera preparado para asistir a una fiesta nocturna. La chica apagó un bostezo con la mano, en cuya muñeca resaltaba un tatuaje muy fino. Entonces, sonrió con honestidad.

—Inspectora —dijo, apartándose—. Pasa, guapa. Si vienes sin avisarme, debes tener prisa.

—¿Recuerdas el caso del que te hablé? ¿El secuestro de la chica y el asesinato de sus padres?

Terciopelo se sentó en el sofá, encendió un cigarrillo y se sacudió como si se estremeciera. El humo cargado con el olor de la nicotina llenó la habitación.

—Por supuesto que lo recuerdo, cariño. Se me ponen los pelos como escarpias cuando pienso en eso, pero me temo que todavía no tengo novedades para ti. Nadie parece saber sobre ese asunto, más allá de lo que cuentan los informativos.

—Nosotros hemos avanzado algo. La chica apareció. Por fortuna, con vida.

Terciopelo sacudió el cigarrillo sobre un cenicero ya repleto, que reposaba en la mesita de centro.

—Me alegra, pero ¿por qué vienes a contármelo?

—Tenemos retratos robot de los secuestradores —anunció Marlene, al mismo tiempo que le pasaba el móvil con las imágenes.

La chica observó la pantalla, tomándose su tiempo, antes de negar con la cabeza.

—Puedo asegurarte que no los conozco, cariño, pero…

—¿Sí?

La informante dio una calada al cigarrillo y se encogió de hombros.

—Me resultan familiares, aunque no podría decirte por qué. ¿Puedes dejarme una copia? Quizá más tarde recuerde dónde los he visto.

Marlene asintió y le envió las imágenes al móvil.

—Ahí lo tienes, pero sé discreta. Nadie más debe verlos.

—No te preocupes, guapa. Sabes que puedes confiar en mí. Si descubro algo, te llamaré de inmediato.

Después de entregarle un billete de veinte euros y agradecerle su colaboración a su informante estrella, Marlene salió de la pensión y se encaminó a su coche. Una vez detrás del volante y antes de encender el motor, envió un mensaje a través del chat del equipo. Recibió respuesta casi de inmediato. Sus compañeros tampoco habían tenido suerte con la identificación, así que decidieron reunirse en la Jefatura.

A pocos kilómetros de allí, Simón guardó el móvil, al mismo tiempo que rememoraba el encuentro con su propio informante. Cuando visitó a Daniel en la ferretería, el chico había dudado al ver las fotografías. Le sonaban de algo, pero no los reconoció. Solo pudo comprometerse a llamarlo si conseguía recordar por qué le resultaban familiares.

Cuarenta y cinco minutos después, cuando Simón regresó a la Jefatura, encontró a Marlene en su despacho. El cursor parpadeaba en la pantalla como una mosca obstinada, pero la inspectora no tecleaba… solo sostenía el bolígrafo a media altura, sujetándolo con tanta fuerza, que la uña de su pulgar estaba blanca. Tenía el ceño fruncido y la mirada fija en la pared del frente.

Simón conocía los signos, así que se asomó despacio, tanteando el terreno. Se acercó midiendo la distancia y se quedó de pie en silencio, después de ajustarse la manga. Marlene desvió la mirada hacia él apenas unos milímetros y respiró profundo. Fue la única señal de que había notado su presencia.

—¿Qué ocurre? —preguntó él en voz baja— ¿Por qué estás tan enfadada?

Ella dejó escapar un suspiro.

—Albergaba la esperanza de que alguno de los informantes reconociera a los sujetos, pero al parecer, son fantasmas.

Simón ocupó una de las sillas frente a ella y se inclinó sobre la mesa con un encogimiento de hombros.

—No es la primera vez que nos encontramos con dificultades como esta… Quizá los secuestradores no eran de Logroño. También

es posible que se muevan en ambientes que no son frecuentados por nuestros informantes.

—Tienes razón —admitió Marlene, aflojando los hombros—. O quizá Doris no fue capaz de plasmar sus facciones en los retratos hablados. Después de todo, los vio bajo estrés, y ella ha reconocido que no es buena fisonomista.

Antes de que pudieran llegar a una conclusión, Teresa se asomó a la puerta.

—Me alegra encontrarlos aquí. La comisaria ha convocado una reunión y está a punto de comenzar.

Marlene y Simón salieron del despacho y se encaminaron hacia la sala de reuniones. Allí encontraron al resto del equipo alrededor de la mesa, excepto por la comisaria, que todavía no había llegado. Un murmullo llenaba la sala, en la que dominaba el olor del café. Después de saludar al resto del equipo, ambos inspectores ocuparon sus asientos. Pilar les pisaba los talones y siguió de largo hasta alcanzar la cabecera de la mesa. Las voces se fueron apagando conforme avanzaba. La comisaria Calvo esperó a que el silencio dominara el amplio espacio, apoyó los antebrazos en la mesa y se inclinó hacia adelante.

—Muy bien, comencemos. Veamos cuáles son las novedades y si podemos avanzar. Vázquez, ¿habéis conseguido más información de parte de la víctima?

Marlene les repitió el relato completo de Doris. Valeria la interrumpió.

—¡Espera un momento! No parece congruente que uno de los secuestradores se preocupara por la salud de Doris, después de haber participado en los homicidios a sangre fría de sus padres.

—Es un buen punto —reconoció Calvo, con un asentimiento —. Debe existir una explicación coherente detrás de esa conducta. Escucharé vuestras opiniones si encontráis algún motivo lógico. Continúa, Marlene.

La inspectora terminó su informe, resaltando los escasos resultados en la identificación de los retratos hablados, y luego expuso los hallazgos de Científica en la ropa íntima de la víctima.

Todos estuvieron de acuerdo en que esa era la pista más prometedora hasta el momento. La comisaria asintió.

—Aguirre y tú estáis haciendo un buen trabajo. Debéis continuar con las indagaciones sobre el secuestro. Es probable que ese camino nos acerque a la resolución de los homicidios —Pilar centró su atención en Rosendo—. Pinto.

El aludido se apoyó en el respaldo de su silla y comenzó a exponer los resultados de sus indagaciones.

—En las calles, todos niegan que exista una organización de trata de personas en toda La Rioja. Por otro lado, tampoco hemos podido relacionar la marca de la quemadura en la víctima con ninguna organización criminal de ningún tipo. Esos tíos son fantasmas…

—Tal vez actúen en la provincia desde hace muy poco tiempo y todavía no se les conoce —sugirió Valeria.

Rosendo soltó un gruñido de desaprobación.

—No estamos hablando de una sola persona, que podría pasar desapercibida con facilidad. Es evidente que cualquier organización criminal tratará de ser discreta para no atraer la atención de las autoridades, pero sería un objetivo casi imposible de cumplir en la calle. Contradeciría su propia esencia. Para tener éxito, necesitan imponer respeto, reclutar delincuentes locales que conozcan bien el terreno… tener presencia. No es normal que pasen desapercibidos en los bajos fondos de esta forma. Algo se nos está escapando.

Pilar se quedó pensativa por un momento.

—Estoy de acuerdo contigo. Continúa.

Pinto se acomodó en la silla y cogió aire, para seguir explicándose.

—No nos hemos limitado a la calle. También nos enfocamos en Fabio Rendón y lo investigamos a fondo. Además de la empresa prestamista, ese tío está relacionado con negocios inmobiliarios. Eso desde el punto de vista legal.

—¿Hay más? —preguntó Simón. Rosendo asintió.

—En forma extraoficial se le relaciona con tráfico de estupefacientes y falsificación de documentos por encargo. Sin

embargo, hasta el momento no se le ha podido probar ningún delito. Como todos sabéis, es astuto, escurridizo y siempre delinque a través de terceros. No hemos encontrado ninguna relación con Osorio, aparte del préstamo que, de acuerdo con los peritos financieros de Científica, la víctima venía pagando con puntualidad.

Pilar se recostó en el respaldo de la silla y cruzó los brazos con un suspiro.

—Ignacio, ¿pudiste averiguar algo sobre el coche que se usó en el secuestro?

El subinspector bajó la mirada.

—Me temo que no, comisaria. Nada. Investigué a los seis propietarios con antecedentes —El subinspector abrió la carpeta que tenía al frente y se apoyó en los datos que había anotado, para continuar su exposición—. Todos tienen coartadas que pude comprobar y no encontré relación entre ninguno de ellos y las víctimas o los sospechosos.

—¿Estás seguro? —comentó Marta—. Quizá alguno haya sido contratado para el trabajo, en cuyo caso, no sería fácil establecer la relación.

El subinspector se encogió de hombros.

—Es cierto, pero sus coartadas son lo bastante sólidas para poder descartarlos.

La comisaria asintió, pensativa.

—Continúa trabajando en la lista de coches, Zabala. Trata de filtrarla bajo otro criterio.

—Sí, señora.

—Así que, por el momento, todo nos lleva a callejones sin salida —comentó Simón, y se ganó una mirada de reproche de la comisaria por interrumpir.

Pilar centró su atención en Valeria y Marta.

—¿Qué pudisteis averiguar acerca de Pedro Solano? ¿Es posible que el exagente de seguros haya podido contratar sicarios desde la cárcel?

Ante la pregunta de la comisaria Calvo, Valeria suspiró.

—Si Solano contrató a sicarios para llevar a cabo una venganza contra Osorio y su familia, fue muy discreto. En la

penitenciaría no existen registros de visitas o comunicaciones sospechosas.

Rosendo entornó los ojos y paseó la mirada por cada uno de los presentes.

—Eso no es suficiente para descartarlo —argumentó—. Quizá hizo los contactos a través de alguno de sus compañeros de prisión.

La inspectora Padrón se removió en su asiento, con visible incomodidad.

—Ya lo hemos tenido en cuenta. Las autoridades de la penitenciaría tienen sus informantes entre los detenidos, así que solicitamos ayuda al director de prisiones y él los mandó a llamar. Todos negaron que Solano hubiera contactado a ningún delincuente, ni en forma directa ni a través de terceros. Además, pronto tendrá la opción de solicitar el tercer grado por buena conducta, así que es muy cuidadoso con lo que hace.

Rosendo soltó un gruñido y se preparó para rebatir a Valeria, pero Simón lo interrumpió.

—Siendo así, tendremos que descartarlo, al menos de momento.

Antes de que Pinto pudiera protestar, Pilar intervino con un asentimiento.

—Considero que es razonable pasar a Solano al final de la lista de sospechosos, pero no lo olvidaremos. ¿Qué averiguasteis sobre la discusión entre el gerente y Doris?

Valeria le dio la palabra a su compañera con un gesto. Marta se acomodó en la silla, cogió aire y comenzó su explicación.

—Entrevistamos al camarero que los atendió la noche del encuentro. Recordó los detalles porque reconoce que fue una experiencia muy desagradable para todos los presentes.

Los policías cambiaron de postura. Las espaldas se enderezaron, los ceños se fruncieron y los cuerpos se inclinaron hacia adelante.

—¿Desagradable? ¿Por qué? —preguntó Simón.

Marta centró la mirada en él y suspiró antes de continuar.

—Nos informó que la reserva la hizo Doris. Robledo fue el primero en llegar y parecía muy incómodo desde el principio. Doris

llegó a los veinte minutos, después de que él ya se había tomado dos cafés y un vaso de agua —Marta hizo una pausa y pasó la página de su pequeña libreta—. Según relató el camarero, hablaron en voz baja durante algunos minutos y entonces ella comenzó a gritarle que era un trepa, que se había aprovechado de la debilidad de sus padres y de su senilidad. Y que aquello no se quedaría así. Él trató de calmarla y de que bajara la voz, pero eso solo la enervó más.

—¿Cómo reaccionó él? —indagó Pinto.

Marta bajó la mirada para consultar su libreta.

—Robledo se limitó a mirar a los lados y aguantar el chaparrón. Incluso, el camarero nos comentó que se había sentido mal por él. Que parecía un niño perdido en un ambiente hostil.

—¿Doris mencionó a qué se refería? —preguntó Simón—. ¿Cuál era el motivo de sus acusaciones?

—No, pero según el camarero, ambos parecían saber de qué estaban hablando.

Marlene cruzó una mirada con Simón, antes de intervenir.

—¿Qué dice Robledo al respecto? ¿Lo habéis interrogado sobre el tema?

Valeria fue quien respondió.

—Por supuesto. Al salir del restaurante, de inmediato fuimos al hotel para hablar con Robledo. Él afirma que Doris estaba celosa por el cariño que los Osorio le profesaban, y que lo citó para decirle que, si no se marchaba del hotel y de Logroño, lejos de sus padres, le haría la vida imposible.

—¿Por qué Robledo no lo había mencionado antes? —preguntó Rosendo, con los ojos entornados.

—Yo también se lo pregunté —continuó Valeria—. Dice que temió que creyéramos que tuvo algo que ver con la desaparición de Doris, cuando él no sabía nada. Se excusó diciendo que admite que cometió un error y que lo lamenta, pero la situación lo sobrepasó.

—Ocultó información. Una disculpa no es suficiente —sentenció Rosendo.

Pilar levantó la mano para calmar al inspector.

—Es cierto, pero no debemos desviarnos del objetivo. Lo fundamental es determinar si el gerente estuvo involucrado en los crímenes. Tendremos que contrastar la versión de Robledo con la de la propia Doris. Simón y Marlene se ocuparán de interrogarla al respecto —Marlene asintió y la comisaria se dirigió a Valeria—. En cuanto llegue la orden de la jueza, Marta y tú os ocuparéis de organizar el procedimiento para la toma de la muestra de ADN de los sospechosos.

—Muy bien.

Ignacio levantó la mano como si estuviera en la escuela. Con un gesto de la cabeza, Pilar lo autorizó a intervenir.

—Tengo la impresión de que esta investigación es muy atípica, por la extraña relación entre el secuestro y los homicidios, pero… —Se interrumpió. Pilar lo animó a continuar con un asentimiento—. Bien, lo que voy a decir no es una crítica, pero creo que las circunstancias han conseguido distraernos y pienso que hemos pasado por alto algo muy importante…

Todos los policías se miraron entre sí con desconcierto. Rosendo frunció el ceño. Pilar ladeó la cabeza y empleó un tono amable, casi maternal.

—¿A qué te refieres, Ignacio?

—Quiero decir que… no hemos tenido en cuenta quién se beneficiaba con la muerte de los Osorio y quizá también con el secuestro de su hija.

—Tienes toda la razón —sentenció Pilar, con un parpadeo—. Pinto y tú mismo os ocuparéis de averiguarlo.

—Sí, señora.

La comisaria Calvo paseó la mirada alrededor de la mesa.

—Supongo que no es necesario que os recuerde las presiones que estamos recibiendo de los mandos y la importancia de resolver este caso lo antes posible. Ahora, continuad con las asignaciones. Os veré aquí a las diecinueve horas y espero que tengáis novedades.

44. LA VERSIÓN DE DORIS.

La luz que entraba por los ventanales y se reflejaba en la mesa ovalada acompañó las últimas palabras de Pilar. El chirrido de las sillas arrastradas rompió el silencio y se mezcló con los pasos de los policías, que comenzaron a salir.

Marlene cogió su carpeta y su bolígrafo y se puso de pie. Cuando avanzó hacia la puerta, Simón se detuvo a medio paso del umbral para dejar salir a sus compañeros, en un gesto de cordialidad, que en él era automático. Se unió a Marlene cuando ella cruzó la puerta y su presencia fue tangible, aun sin mirarlo. La inspectora respiró profundo y percibió el olor a café que impregnaba las paredes. Entonces, apuró el paso, y él acompasó el suyo para mantenerle el ritmo, al mismo tiempo que se ajustaba la manga, como si el gesto sustituyera las palabras que no quería decir.

Ambos policías bajaron en el ascensor en silencio, esquivando sus respectivas miradas y camuflándose entre los demás pasajeros. Cuando salieron de la Jefatura, el aire tibio de la tarde les acarició el rostro. El asfalto del aparcamiento brillaba como si estuviera recién lavado, y en los bordes conservaba restos de la llovizna recién caída. El aire estaba cargado con el aroma de la humedad fresca y renovadora. Marlene subió la cremallera de su abrigo y avanzó con decisión. Recorrieron la distancia que los separaba del Volkswagen uno muy cerca del otro y al mismo tiempo, a años luz de distancia. No fue necesario que se pusieran de acuerdo acerca de su próximo destino. Ambos lo sabían.

Al cabo de media hora, los policías llegaron al hospital San Pedro, dispuestos a escuchar la versión de Doris, acerca de la cena con el gerente del hotel. La encontraron sola, mirando sin ver la televisión con expresión aburrida. En cuanto los investigadores se

asomaron a la puerta, ella resopló por la nariz y apartó la mirada hacia la ventana.

—¿Ustedes otra vez? ¿Cuándo va a terminar este suplicio? ¿Es que no comprenden que quiero olvidar todo esto y reanudar mi vida? ¿Acaso no ha sido suficiente con lo que tuve que pasar?

Simón se mantuvo a una distancia prudente, al mismo tiempo que Marlene se acercaba a la cama, con una sonrisa amable dibujada en el rostro.

—Lo comprendemos, Doris. Y nuestro deseo es terminar con esto cuanto antes. Sin embargo, es importante que descubramos al responsable de los crímenes contra tu familia. Es la única forma de protegerte y asegurarnos de que otras personas inocentes no correrán la misma suerte.

—Encontrar a los tíos que me secuestraron es el trabajo de ustedes. No el mío.

Marlene escuchó la voz grave y melodiosa de Simón a su espalda.

—No somos adivinos, Doris —El tono era amable, pero lo acompañaba un punto de… ¿impaciencia? —. Para que podamos hacer bien nuestro trabajo necesitamos la colaboración de las personas involucradas. En este caso, la tuya, por ser la víctima.

La joven dejó escapar un suspiro, que era una mezcla entre resignación y autocompasión. Apagó la televisión y dejó caer la mano que sujetaba el mando con desgano.

—Está bien. Ustedes ganan. ¿Qué quieren saber ahora? Ya les conté todo lo que recuerdo.

De reojo, Marlene notó el leve temblor en la comisura del labio de Simón. Lo conocía lo suficiente para saber que era un gesto inequívoco de enfado. Ella inclinó la cabeza hacia él para tratar de calmarlo. Si querían conseguir algo en limpio, tendrían que ser muy cuidadosos. La inspectora ocupó la silla junto a Doris. Su compañero permaneció de pie, a los pies de la cama, con la libreta y el bolígrafo preparados.

—Doris —dijo Marlene, en voz baja, como si le hablara a una chiquilla—. Necesitamos que nos cuentes qué pasó durante la cena

con Antonio Robledo en el restaurante. ¿Cuál fue el motivo de la discusión?

Doris giró los ojos hacia los policías con lentitud, como si le costara enfocar.

—¿Creen ustedes que Antonio…? —dejó la pregunta en el aire y desvió la mirada.

Simón se inclinó un poco hacia adelante.

—Todavía no creemos nada. Solo estamos preguntando. ¿Cuál fue el motivo de la discusión?

La joven suspiró y paseó su pulgar por el mando.

—Tenía embaucados a mis padres, pero… no es el chico perfecto que ellos creían.

—¿A qué te refieres? —preguntó Marlene con voz suave.

—¡A que trinca! Pequeños desfalcos. Ya saben… —respondió Doris con voz neutra, como si mencionara un hecho indiscutible.

—Es una acusación muy grave. ¿Estás segura?

—Por supuesto.

Simón tomó nota, al mismo tiempo que disparaba la siguiente pregunta.

—¿En qué te fundamentas para hacer una afirmación como esa?

Doris se mordió los labios, antes de responder.

—Cuando le pedía algo extra a mi padre, algo que de verdad quería, él siempre me respondía que no podía darme más, que los gastos del hotel eran altos, y que lo que me daba ya era suficiente. Mucho más que el sueldo de Antonio, quien, según él, aceptaba trabajar por menos de lo que le correspondería a un gerente de tres estrellas. Mi padre me restregaba que, aun así, a él le alcanzaba para mantener a una familia. A mí no me salen las cuentas.

—¿Por qué Robledo aceptaba un sueldo más bajo del que le correspondía? —preguntó Simón, levantando la mirada de la libreta por un momento.

—Según mi padre, lo hacía por afecto y solidaridad. Yo no lo creo —Doris torció los labios en una mueca—. Antonio vive demasiado bien. Y tiene acceso a todas las finanzas del hotel. Él

lleva las cuentas. Estoy convencida de que le robaba a mi padre, aprovechando su confianza. Se lo dije a la cara durante la cena.

Marlene sintió que algo encajaba en su cerebro, como una pieza que hubiera caído en su sitio. Buscó la mirada de Simón y la encontró dirigida hacia ella, en una pregunta muda que iba en dos direcciones. ¿Sería posible que…? No dijeron una palabra. No hacía falta. La inspectora volvió a centrar su atención en la víctima.

—¿Robledo te amenazó durante la cena?

La joven se quedó inmóvil por un instante y tensó los músculos de la mandíbula.

—Dijo que no me entrometiera o me pesaría.

El bolígrafo de Simón se detuvo. Marlene frunció el ceño.

—¿Recuerdas qué le respondiste tú?

Doris asintió, con la mirada ausente.

—Le dije que lo delataría con mi padre, en cuanto pudiera.

—¿Hablaste con tu padre en ese momento? —preguntó Simón.

Ella negó con la cabeza.

—¿Por qué? —la presionó Marlene.

Doris apretó el mando, hasta que sus nudillos quedaron blancos.

—Porque hablar con mi padre… no era fácil. Lo llamé para decirle que quería contarle algo importante. Me dijo que fuese a comer el domingo y que entonces conversaríamos al respecto.

Marlene asintió despacio.

—Gracias por colaborar, Doris. Esta información será de una gran ayuda.

La inspectora se levantó de la silla, al mismo tiempo que Simón guardaba la libreta y el bolígrafo en el bolsillo de su chaqueta. Doris aflojó la presión de la mano sobre el mando como si, por fin, pudiera soltar parte de la tensión acumulada. Marlene salió de la habitación. No necesitaba ver a su compañero para saber que estaba a su lado.

Una vez en el Volkswagen, mientras ajustaban los cinturones de seguridad, Simón rompió el silencio.

—¿Qué opinas?

—Sin duda alguna, esta declaración de Doris pone al gerente en el punto de mira. Le proporciona un motivo para el secuestro de Doris…

—Y si Emilio descubrió los desfalcos, también podría explicar los asesinatos —añadió el inspector—. Parece que este asunto comienza a tomar forma.

Vázquez se mordió los labios y asintió con la mirada ausente. Simón conocía esa expresión.

—¿Qué? —preguntó él.

—Hay algo que no comprendo… —Él asintió para animarla— ¿Por qué Emilio pospuso una conversación con su hija hasta el domingo siguiente, si ella le había manifestado que era urgente? Eso no tiene sentido.

Simón se encogió de hombros.

—Por lo que sabemos de la víctima, quizá Emilio ya estaba acostumbrado a esas conversaciones «urgentes», que es muy probable que se relacionaran con pedirle dinero. Recuerda sus propias palabras el día del secuestro —Marlene frunció el ceño, tratando de acordarse, así que su compañero buscó en su libreta—. Siendo textual, Emilio te dijo que Doris es impulsiva, caprichosa y siempre quiere salirse con la suya,

La inspectora dejó escapar un suspiro.

—Supongo que tienes razón. En cualquier caso, será interesante contrastar las declaraciones de Doris con lo que Antonio Robledo tenga que decir al respecto.

45. PERITAJES Y CONCLUSIONES.

El frescor de la tarde entraba en la cabina del coche a través de las rendijas de ventilación. En la calle, los charcos residuales del aparcamiento y las hojas húmedas contra el bordillo evidenciaban la reciente lluvia. La corta conversación acerca de la investigación había conseguido aliviar un poco la tensión entre sus ocupantes. Simón encendió el motor y el silencio quedó roto por un ronroneo apenas perceptible. Marlene notó que los músculos de sus propios hombros se relajaban un poco, y que la mandíbula de su compañero también había aflojado la tensión.

El móvil de Marlene avisó la entrada de una llamada. Ella lo sacó del bolsillo de su abrigo y comprobó la pantalla.

—El jefe Barros —anunció, al mismo tiempo que conectaba los altavoces —Por la prisa que se están dando todos los departamentos con este caso, no hay duda de que las presiones de arriba deben ser enormes.

—No me voy a quejar por eso —reconoció su compañero—. Solo espero que a nosotros nos dejen trabajar en paz.

—De eso ya se ocupa Pilar.

Simón bajó la velocidad y buscó un espacio disponible para detenerse. Lo consiguió, justo en el momento en que la voz grave y rasposa del jefe Barros llenó la cabina.

—Vázquez, soy Barros… ¡Voy con lo importante! Ya nos ha llegado la orden para recoger las muestras de ADN a los sospechosos, así que ya podemos compararlo con el que se encontró en la ropa de la víctima.

—Las inspectoras Padrón y Ledesma se ocuparán de organizar el procedimiento.

—Lo sé. Ya la inspectora Padrón se comunicó conmigo. Solo quería que tú y tu compañero estuvierais al tanto.

—Se lo agradecemos, jefe —intervino Simón.

—¡No me interrumpas, Aguirre! En fin, de nada. Pero sigamos con lo importante, que no tengo tiempo para perder. También llegaron los resultados toxicológicos de la víctima…

—¿De Doris Osorio?

Casimiro soltó un gruñido.

—¿De quién más? ¿Quieres dejar de interrumpirme, Aguirre? Vázquez, tu compañero me está comenzando a caer muy mal.

Simón dibujó una sonrisa cargada de ironía y Marlene suspiró.

—No le haga caso, jefe. Lo escuchamos.

—Vale. A lo que iba… Los resultados fueron positivos para cocaína.

Los inspectores intercambiaron una rápida mirada, con los ojos entornados y el ceño fruncido.

—Entonces, la drogaron mientras la mantenían cautiva. Sin embargo, no para sedarla, sino con un estimulante —precisó Simón, pensativo.

—Quizá querían que se hiciera adicta —murmuró Marlene.

—Es posible —la respaldó Simón—. Es una práctica común en las redes de trata de personas…

—¡Hola!, ¿hay alguien escuchándome ahí? —La voz de Casimiro no ocultaba su enfado—. ¿Puedo terminar de exponer mi idea?

La inspectora se apresuró a calmarlo.

—Por supuesto, jefe. Disculpe. Continúe, por favor.

—Creo que ese compañero no te conviene, Vázquez —sentenció Barros—. Te lo digo de buena fe.

—Lamento haberle interrumpido —se excusó Simón.

Casimiro soltó un gruñido y continuó.

—En fin, si ya habéis terminado de conversar entre vosotros, sigo… No debéis apresuraros. Llevo muchos años en esto, así que también solicité un análisis toxicológico del cabello de la víctima: el

que encontramos en la escena del secuestro. También resultó positivo.

Los policías volvieron a intercambiar miradas. Simón no se pudo contener.

—Jefe, por favor, dígame si estoy llegando a una conclusión correcta…

Barros lo interrumpió.

—Si esa conclusión es que Doris Osorio consumió la droga antes de ser secuestrada, estás en lo cierto, Aguirre.

Marlene cogió aire y se mordió los labios, antes de hablar.

—¡No nos apresuremos! Debemos recordar quién es la víctima aquí… El hecho de que Doris haya consumido ese día. Incluso, aunque fuera adicta, eso no justificaba el secuestro. Nadie tiene ese derecho.

—Pero podría abrir otras vías de investigación —opinó Simón.

Casimiro intervino desde el móvil.

—Esas consideraciones ya os las dejo a vosotros. Yo ya cumplí.

Barros terminó la llamada, sin esperar respuesta. Simón se quedó pensativo por un momento.

—¿Qué? —preguntó Marlene.

Su compañero apoyó la espalda en el respaldo y miró la calle a través del parabrisas. Las gotas de la llovizna temprana dibujaban mapas irregulares sobre el cristal. Simón suspiró, antes de responder en voz baja.

—Tienes razón acerca de Doris. Quiero que sepas que no la estoy juzgando, pero si consumía cocaína antes de caer en manos de sus secuestradores, eso abre otra vía que no habíamos tenido en cuenta. ¿Y si todo esto es consecuencia de una deuda por droga?

—Creí que habías dicho que no la estabas juzgando. ¿No estás llegando demasiado lejos?

—Considéralo de este modo, Marlene. Hasta ahora, nos hemos centrado en quién querría vengarse de Emilio a través de ella… pero… ¿qué tal si ese enfoque es erróneo? ¿Cómo cambiaría el panorama si el objetivo era Doris, y fueron a por sus padres para doblegarla? Si lo pensamos bien, tendría más lógica. Eso explicaría el

asesinato de los Osorio Márquez y por qué la liberaron después del doble homicidio. Además…

La inspectora rechinó los dientes y asintió. Simón siempre había tenido la virtud de considerar ángulos que a la mayoría se les escapaban.

—Continúa.

—Además, Doris no ha sido una víctima demasiado colaboradora. Ha puesto reparos a cada paso que le hemos propuesto. Hasta ahora se lo había atribuido a su carácter difícil, pero ¿y si existen otros motivos menos inocentes?

—¿Estás sugiriendo que ella sabe quién está detrás de todo esto?

El inspector se encogió de hombros.

—Creo que es una posibilidad que debemos tener en cuenta.

Marlene se quedó pensativa por algunos instantes, dándole vueltas a la idea en su cabeza. Tenía sentido. Entonces, desvió la mirada hacia la calle, al mismo tiempo que respondía.

—Reconozco que es una perspectiva interesante y que explicaría muchos de los desatinos de este caso. Si estás en lo cierto, eso nos regresa a Fabio Rendón.

—Parece que tienes una fijación con ese sujeto —comentó Aguirre—. ¿Por qué Rendón?

Marlene suspiró.

—Desde hace bastante tiempo, él es el presunto distribuidor más importante en Logroño. Aunque nunca hemos podido probarle nada que lo relacione con sustancias ilegales, en cuanto aflora el tema, su nombre es el primero en aparecer.

Simón asintió, apretando los dientes.

—Es una buena razón para tenerlo en cuenta, más allá de su relación con Osorio.

—Sin embargo, creo que no debemos olvidarnos de Robledo —añadió Marlene—. Después de todo, su amenaza durante la cena fue bastante directa. Y a eso debemos sumar que ocultó los verdaderos motivos del encuentro durante el primer interrogatorio.

—Vale, pero… —Simón acarició el volante—. Me pregunto… ¿Cómo hizo Robledo para sustraer dinero sin dejar rastro? Recuerda

que Científica llevó a cabo los peritajes de las finanzas del hotel y no encontró nada fuera de orden.

Marlene entornó los ojos y lo pensó por un momento.

—Eso no lo descarta. Tiene acceso a todas las cuentas. Es posible que sea más hábil de lo habitual. Quizá llevara una doble contabilidad.

Simón se ajustó la manga en lugar de responder, y Marlene comprendió que las dudas continuaban revoloteando en su cabeza. Entonces, él encendió el motor.

—Vamos. Solo con teorías no vamos a conseguir resolver este caso. Hagamos lo posible por encontrar evidencias que nos proporcionen respuestas.

El policía incorporó el Volkswagen a la vía y avanzó despacio. La tarde comenzaba a ceder del otro lado del cristal, mientras en el interior del coche se instalaba un silencio tenso, que se mantuvo hasta que llegaron a su destino.

46. ANALIZANDO LOS DATOS.

Simón y Marlene regresaron a la Jefatura, con la firme decisión de revisar todo el caso, en función de las últimas evidencias. El reloj marcaba las dieciocho treinta y el edificio olía a papel y café frío, con la humedad tratando de filtrarse a través de las rendijas de las ventanas. Cuando pasaron por la antesala del despacho de la comisaria Calvo, la voz de Pilar, apagada por la puerta, les dejó claro que sostenía una conversación telefónica con alguien de autoridad, así que le dejaron un mensaje con Teresa, para advertirle que tenían novedades, y siguieron adelante hasta el final del pasillo. La sala de reuniones tan solo estaba iluminada por dos fluorescentes que rompían el silencio con un zumbido. Las farolas de la calle, recién encendidas, dibujaban sombras sobre la mesa ovalada. Marlene cogió el rotulador y, sin quitarse el abrigo, comenzó a escribir en la pizarra con su letra redondeada y uniforme. Agregó las pistas que faltaban: la amenaza de Robledo, la droga en la sangre y también en los cabellos de Doris y cómo este hallazgo establecía una posible conexión directa de la víctima con Rendón. La inspectora dibujó flechas y marcas, mientras los relojes iban contando el paso de los minutos.

A su lado, Simón permaneció de pie, con los brazos cruzados, la mirada fija en la pizarra y la mandíbula tensa, como si esperara que alguna de las evidencias saltara por sí sola, para gritar que ella era la correcta. Marlene sintió la presencia de él a su espalda. Su calor le transmitió seguridad y un confort que ella no quería permitirse sentir. Se obligó a respirar despacio por la nariz y mantenerse centrada.

Una vez escrita la última nota, la inspectora depositó el rotulador sobre la mesa y retrocedió un paso, centrando también la

mirada en el rompecabezas frente a ella. Una idea cruzó su mente por un instante, pero no fue capaz de retenerla, como suele ocurrir con esa palabra que aparece en la punta de la lengua, antes de que se desvanezca, sin llegar a pronunciarse.

—Recapitulemos —sugirió Simón.

Marlene cogió aire y asintió.

—Comienza tú.

Aguirre se sentó en el borde de la mesa, descruzó los brazos y apoyó las palmas a los lados del cuerpo.

—De acuerdo —dijo él, sin quitar la vista de los trazos—. La primera pregunta que me viene a la cabeza es si el secuestro y los homicidios están relacionados.

Marlene se mordió los labios antes de responder.

—La tasa de criminalidad en Logroño es muy baja. Las probabilidades de que una familia fuera víctima de dos crímenes tan graves por coincidencia, supera mi credulidad.

Simón asintió.

—Yo pienso lo mismo, pero entonces: ¿quién fue el principal objetivo? ¿Doris o sus padres?

Marlene miró la pizarra como si pudiera extraer una respuesta de las líneas negras que acababa de trazar. Negó con la cabeza.

—No sabría decirlo.

Él se incorporó un poco y señaló las fotos con la barbilla.

—Quizá podamos deducirlo. Primero van a por Doris, la retienen durante cuarenta y ocho horas y luego la dejan marchar. En ese intervalo de tiempo, asesinaron a sus padres a sangre fría. ¿Por qué? ¿Qué sentido tiene?

Marlene cogió aire y negó con la cabeza, despacio.

—No encuentro ninguna explicación… a menos que ellos fueran el verdadero objetivo. Pero entonces, ¿para qué secuestraron a su hija y la sometieron a esos maltratos?

—Para desviar nuestra atención —respondió Simón, con un parpadeo.

Marlene frunció el ceño y encogió los hombros. Su compañero comprendió que tenía que explicarse mejor.

—Vamos a suponer que alguien cercano a los Osorio los quería muertos por algún motivo que todavía desconocemos…

—¿Cuál motivo?

—Revisaremos eso después —respondió el inspector con voz decidida.

—Muy bien, continúa.

—Si este es el caso, el asesino querría desviar nuestra atención de él, así que pretendería hacernos creer que los homicidios los cometió una organización criminal que iba a por la familia.

Marlene asintió despacio, mientras las palabras de su compañero se asentaban en su cabeza.

—Es un buen argumento —reconoció ella—. Vale la pena seguir esa línea de investigación. Tendríamos que averiguar quién y por qué.

—¿Rendón?

—Es el que mejor encaja —Marlene se quedó pensativa por unos instantes, con la mirada fija en la pizarra—, pero, debemos recordar los hipnóticos que usaron en la pareja, y que salieron del armario del cuarto de baño del piso. El asesino solo pudo saber que estaban allí si…

Simón terminó la idea.

—Si ya había visitado el piso con anterioridad. Era alguien conocido, de confianza. Además, se los suministró en las infusiones, lo que sugiere que fue él quien preparó las tazas.

—Solo había dos tazas —precisó la inspectora—. ¿Dónde está la del criminal?

Aguirre se encogió de hombros.

—Hay muchas explicaciones posibles. Quizá les ofreció la infusión a unos padres nerviosos como un acto de amabilidad. O quizá lavó su propia taza, para no dejar ningún rastro.

El silencio se instaló entre los policías. Marlene volvió a centrar su atención en la pizarra.

—Si seguimos esta línea de razonamiento, el homicida habría orquestado el secuestro para hacernos pensar en una organización

de trata de personas, y centrar nuestra atención en Doris como víctima, cuando sus verdaderos objetivos eran Emilio y Brígida.

Simón asintió.

—Es una teoría que permite encajar algunas evidencias que no tendrían sentido de otro modo.

Marlene parpadeó, cogió el rotulador y encerró algunos nombres con círculos limpios.

—Bajo esta perspectiva, tendríamos que excluir a Germán Fonseca… y a Solano. El exnovio no habría tenido ningún motivo para asesinar a los Osorio Márquez y el exagente habría tenido que actuar a través de un tercero: un desconocido para la pareja.

Aguirre se cruzó de brazos y asintió.

—Nos quedarían Carlos Vidal, en el caso de que estuviera interesado en que Doris heredara, Fabio Rendón, si consideró que Emilio le había fallado de algún modo, y Antonio Robledo, si la acusación de los desfalcos es cierta y no una fantasía de Doris.

Después de exponer su razonamiento, Simón se ajustó la manga en un gesto inconsciente. Su compañera lo conocía lo suficiente para comprender que no estaba satisfecho. Todavía había demasiadas lagunas que rellenar para que encajara alguna de las teorías.

Marlene sacudió la cabeza, poniendo en evidencia lo que ambos estaban pensando.

—Todo esto son conjeturas, Simón. En realidad, no tenemos nada concreto.

Antes de que él pudiera responder, la melodía del móvil de la inspectora los interrumpió. Ella miró la pantalla y respondió de inmediato. Después de una corta conversación, terminó la llamada y clavó la mirada en su compañero.

Simón descruzó los brazos.

—¿Qué ocurre?

—Era Terciopelo, mi informante. Por fin recordó donde había visto los rostros de los retratos robot.

Simón enarcó las cejas cuando Marlene le transmitió las revelaciones de su informante.

—¿Estás de coña? ¿En una serie de televisión?

—No, estoy hablando muy en serio. Por lo visto, los rostros que Doris describió se parecen mucho a los de los actores que representan a dos matones en una serie de televisión, cuyo tema principal es la mafia.

El inspector parpadeó, todavía desconcertado.

—¿Dónde se filmó la serie?

Marlene dejó escapar un suspiro de resignación.

—Es norteamericana. Lo que significa…

Simón terminó la frase.

—Significa que los retratos no corresponden a los secuestradores y no nos servirán de nada —Aguirre se frotó la cara con ambas manos—. No lo entiendo. ¿por qué la víctima hizo algo así? ¿Crees que está tratando de proteger a alguien? ¿A su pareja, quizá?

Marlene valoró varias posibilidades, pero no fue capaz de decidirse por ninguna. Acompañó su respuesta con un parpadeo.

—Es posible que nos haya mentido para proteger a alguien, pero también debemos tener en cuenta que todavía podría encontrarse en estado de *shock,* por todo lo que ha tenido que pasar. Quizá eso alteró sus recuerdos.

—¿Lo que estás tratando de decir es que el error pudo no ser intencional? —preguntó Simón con tono escéptico—. ¿Cómo podría equivocarse con algo así?

La inspectora miró la calle a través de la ventana. Al otro lado del cristal, la noche había ganado terreno y solo quedaban pequeñas islas de luz provenientes de las farolas, los escaparates y los coches. Marlene, con las palabras de Terciopelo todavía resonando en su cabeza, sintió que esa obstinación de la ciudad por imitar al día, apenas alcanzaba para cubrir las nuevas sombras que se habían apoderado del caso, ahora que acababan de perder su mejor pista. Se volvió hacia Simón, que esperaba su respuesta, con esa expresión de incredulidad que ella conocía tan bien.

—Creo que Doris merece que le demos el beneficio de la duda —le dijo por fin a su compañero—. Acaba de pasar por un infierno y apenas fue liberada, descubrió que sus padres habían sido asesinados con brutalidad.

—¿Crees que eso justifica…?

—No lo sé, pero supongo que semejante trauma debe dejar desconcertado a cualquiera. Considero que nuestro deber es hablar con la psiquiatra que la atendió en el hospital.

Simón soltó el aire en un suspiro y asintió.

—Supongo que tienes razón.

Marlene marcó el número del hospital San Pedro y pidió que la pasaran con la doctora Amparo García, apoyó el móvil sobre la mesa y activó los altavoces. Simón permaneció en un silencio atento.

—¿En qué puedo ayudarla, inspectora? —preguntó la voz de Amparo del otro lado de la línea.

En pocas palabras, Marlene le explicó lo que había ocurrido con los retratos robot.

—… ¿considera usted posible que Doris haya cometido un error como ese por confusión?

Una pausa corta siguió a la pregunta. La respuesta llegó con voz cansada, pero sin atisbo de duda.

—Sí, es posible. La memoria no graba como una cámara, sino que reconstruye a partir de fragmentos. Cuando la víctima está bajo los efectos de dolor, fatiga o pánico, como es el caso, el cerebro busca atajos y completa lagunas con caras familiares. Los rostros de esos actores pudieron fundirse con sus recuerdos durante su encierro. No se trata de que mienta, sino que su mente intenta dar forma a algo concreto a partir de fragmentos. Bajo una situación extrema de miedo y estrés, eso puede traducirse en un resultado poco fiable.

Después de agradecerle su ayuda a la psiquiatra, Marlene terminó la llamada y buscó la mirada de su compañero.

—Es definitivo —dijo él—. No podemos contar con los retratos.

—¿Estáis hablando de los retratos hablados de los secuestradores? —preguntó Valeria, quien estaba entrando en ese preciso momento, acompañada por Marta.

Entre Simón y Marlene las pusieron al día acerca de sus últimos avances y el descubrimiento de que los retratos no servirían de nada.

Marta suspiró.

—Eso explica por qué nadie los ha reconocido.

Marlene asintió, al mismo tiempo que consultaba su reloj.

—Ya casi es la hora de la reunión.

Como si los hubiera invocado con esas palabras, Pilar apareció en el umbral. Detrás de ella llegaron Pinto y Zabala, quienes ocuparon sus asientos, después de un corto saludo.

47. REUNIÓN DE EQUIPO.

Marlene permaneció donde estaba por orden de Calvo. Pilar invitó a la inspectora a comenzar su exposición y ella informó acerca del interrogatorio a Doris, el descubrimiento de que los retratos no eran fiables, los hallazgos de Científica y las conclusiones a las que habían llegado. Mientras hablaba, Teresa entró con sigilo portando una bandeja llena de tazas personalizadas, que depositó frente a cada policía, antes de retirarse. El aroma del café recién hecho se apoderó del ambiente. Cuando Marlene terminó de hablar, el silencio se habría podido cortar con un cuchillo. La sensación era de haber dado un paso hacia adelante y dos hacia atrás. Marlene se sentó y Pilar cabeceó en dirección a Valeria, quien carraspeó, antes de hablar.

—El laboratorio está recolectando las muestras para las comparaciones de ADN. Con las autorizaciones ya firmadas, hemos cursado las citaciones a los sospechosos, para que acudan al laboratorio. Científica comparará esos perfiles con la muestra biológica localizada en la ropa de la víctima. El jefe Barros ha priorizado el expediente y nos enviará el resultado en cuanto terminen.

Calvo asintió y le dio la palabra a Pinto con un gesto.

—¿Qué habéis averiguado vosotros?

Rosendo se inclinó hacia adelante y desplegó una sonrisa de satisfacción.

—Ignacio y yo descubrimos un dato muy interesante. Estuvimos conversando con David Rialto, quien fuera el abogado de los Osorio Márquez, y le preguntamos acerca del destino de los bienes de la pareja…

—¿Doris no es la heredera? —lo interrumpió Valeria—. Creí que era hija única.

—Y lo es. No existe ningún testamento, así que ella lo recibirá todo, pero… —Rosendo hizo una pausa, saboreando el momento—. Un par de semanas antes de su muerte, Osorio contactó al abogado porque quería hacer testamento. Tenía la intención de incluir a un segundo heredero…

Los policías se miraron entre sí.

—¿Quién…? —preguntó Marta.

—Antonio Robledo —sugirió Simón—. El casi hijo.

Rosendo asintió.

—En efecto, has acertado. El abogado ya estaba preparando la documentación. Los Osorio Márquez querían dejarle el cuarenta por ciento del hotel a Robledo.

—Ese podría ser motivo suficiente para cometer un crimen —opinó Marta.

—¿Qué tan lejos llegó Osorio con el trámite? —preguntó Valeria.

Rosendo se encogió de hombros.

—No lo concretó. Por lo visto, el asesino cometió los crímenes, antes de que pudiera hacerlo.

Marlene entornó los ojos y frunció el ceño.

—Eso no tiene mucho sentido. A menos que el gerente creyera que el testamento ya existía.

—Esa es una posibilidad —admitió Pinto—. Todo depende de las palabras que haya usado Osorio para comunicárselo.

Pilar intervino con un asentimiento.

—Creo que Robledo acaba de convertirse en nuestro primer sospechoso —La comisaria centró su atención en Rosendo—. ¿El abogado os informó hasta qué punto Robledo tenía noticias de esa modificación del testamento?

Pinto se encogió de hombros.

—Se lo preguntamos, pero Rialto no lo sabía. Él se limitaba a tramitar la documentación. Es posible que Osorio haya hablado con el gerente al respecto o quizá lo mantuvo en secreto, pero si le comunicó su existencia, no tenemos forma de comprobar cómo lo

hizo. Pudo haberlo presentado como un hecho a futuro o consumado.

Ignacio agitó el bolígrafo para intervenir.

—Según el abogado, Osorio era muy discreto con sus asuntos.

—¿Tan discreto como para no informarle de su decisión a la persona que estaba beneficiando? —preguntó Simón, con un toque de escepticismo en su voz.

Rosendo apoyó los brazos en la mesa y comenzó a juguetear con su bolígrafo.

—Aunque parezca poco creíble, es una posibilidad, Aguirre. Según Rialto, la discreción de Osorio llegó al punto de haberle escondido la deuda con el prestamista a su mujer.

—¿Cómo consiguió ocultarle algo así? —preguntó Marta.

—Brígida no participaba en el negocio, así que no le resultó difícil mantenerla al margen. Según Rialto, Osorio no quería que ella se preocupara.

Marlene se apoyó en el respaldo de su silla y cruzó los brazos.

—Quizá ese testamento fue el verdadero motivo de la discusión en el restaurante.

Simón paseó la mirada de Marlene a Rosendo, antes de preguntar.

—¿Doris se enteró de que se encontraba a punto de perder gran parte de su herencia?

Me temo que Rialto tampoco lo sabe.

—Es interesante que ni Doris ni Robledo hayan mencionado el tema durante los interrogatorios —apuntó Valeria—, lo cual resulta muy extraño, a menos que no lo supieran…

—O que no les interesara darse por enterados ni que nosotros lo averiguáramos —señaló Marlene.

Simón asintió, aprobando la sugerencia de su compañera.

—¿Y si ambos se pusieron de acuerdo para asesinar a la pareja y heredar? —sugirió el inspector—. Tal vez Robledo creyó que el testamento ya existía y decidió que no quería esperar. Quizá él y Doris no se llevan tan mal como quieren hacernos creer. La discusión

en el restaurante pudo ser una puesta en escena. Eso explicaría que los retratos robot hayan sido fallidos. Doris habría querido proteger a su cómplice.

Marlene frunció el ceño.

—No lo veo. Te recuerdo que los golpes y quemaduras de Doris fueron certificados por el forense. Eso no fue teatro. Los sufrió.

Valeria intervino para respaldarla.

—Además, no sabemos si alguno de ellos se había enterado de la intención de Osorio de redactar un testamento. Hasta no tener datos concretos, todo son conjeturas.

La comisaria Calvo levantó la mano y cortó la discusión en seco.

—Estoy de acuerdo con Valeria. Os recuerdo que tenemos que basarnos en hechos. Sin embargo, tengo que reconocer que cada vez hay más evidencias que apuntan en dirección al gerente, aunque de momento, todas sean circunstanciales —Pilar centró su mirada en la inspectora Padrón—. Valeria, comunícate con el jefe Barros y pídele que ponga la muestra de ADN de Robledo en la cabeza de la lista.

—Esa sí sería una prueba concreta que nos permitiría avanzar —comentó Marlene.

La comisaria asintió y señaló a Ignacio con un gesto de la cabeza.

—¿Qué has averiguado acerca del Ibiza negro? ¿Algún resultado?

El subinspector suspiró.

—Continué mi búsqueda en todo el país, siguiendo otros criterios de cribado, pero me temo que los SEAT Ibiza que comprobé no están relacionados con el caso…

Marta entornó los ojos y lo interrumpió.

—¿Cómo es posible? El Ibiza usado en el secuestro tiene que estar en esa lista.

El subinspector cambió de postura.

—Para afinar la búsqueda, indagué los cambios de titularidad reciente, las multas de tráfico en La Rioja y sus alrededores y algunos otros criterios, pero fue inútil.

—El Ibiza tuvo que salir de algún lugar —insistió Marta— Tiene que haber un modo de identificarlo.

Rosendo lanzó una mirada de desafío a la subinspectora.

—Puedo dar fe de que Ignacio ha hecho un trabajo minucioso con el cribado de la lista. Ni el coche fue robado, ni su propietario tiene antecedentes, ni ha sido multado, ni está relacionado con amigos o parientes de las víctimas. Así que tendremos que encontrarlo entre los honestos habitantes de este país.

A Simón se le escapó un bufido y sacudió la cabeza.

—Eso es casi imposible.

—Tampoco ninguno de los sospechosos es propietario de un coche con esas características —hizo notar Marlene—. Me pregunto cómo el vehículo de una persona sin relación con el mundo criminal ni tampoco vinculada al caso pudo verse envuelto en el secuestro de Doris.

—¿Y si el coche pertenecía a alguien cercano a uno de los sospechosos? —sugirió Simón—. Tal vez el verdadero propietario lo prestó, sin ser consciente del uso que se le iba a dar.

—Ese sería un cribado imposible —señaló Valeria, cuya mandíbula delataba su tensión—. Al menos, hasta que consigamos centrarnos en un solo sospechoso.

Rosendo se enderezó en la silla, antes de intervenir.

—No debemos olvidar que el testigo que vio la matrícula era un chaval. Quizá equivocó el modelo del coche o confundió las letras si las vio de lejos y en movimiento. Estamos seguros de que era un Ibiza negro porque el portero también lo vio, pero con respecto a la matrícula… tengo mis dudas.

Pilar asintió despacio.

—Reconozco que no tengo otra alternativa que darte la razón, Pinto. Tratar de identificar el coche en estas circunstancias solo sería una pérdida de tiempo y recursos. Lo dejaremos en pausa, hasta que encontremos evidencias que permitan filtrar la lista —Calvo consultó su reloj—. Es suficiente. Lo dejaremos hasta aquí por hoy.

48. UNA CONVERSACIÓN PENDIENTE.

La iluminación de la habitación ya dependía por completo de las luces fluorescentes del techo y las tazas de café se habían enfriado sobre la mesa, cuando Pilar cerró la carpeta y se puso de pie.

—Mañana continuaremos temprano.

La orden de la comisaria quedó flotando en el aire frío de la sala, al mismo tiempo que se escuchó el chirrido de las sillas rozando sobre el suelo, mezclado con las despedidas cortas y los pasos cansados, que dejaban atrás una larga jornada. Marlene y Simón fueron los últimos en salir. Sin mediar palabra, recorrieron juntos el pasillo hasta el ascensor. Las puertas se abrieron al cabo de pocos segundos. Entonces, los compañeros que llenaban la cabina les hicieron espacio para que pudieran entrar.

En el ascensor repleto, la proximidad entre ambos fue inevitable. Marlene desvió la mirada hacia el tablero, como si fuera lo más interesante que hubiera visto en su vida. Sin embargo, no pudo evitar sentir el calor del hombro de su compañero, a centímetros de ella. La alcanzó el olor limpio a jabón y un rastro de su colonia que despertó cálidos recuerdos. Ella respiró profundo y presionó la carpeta que llevaba en la mano contra su pecho. Serenidad. Control. El recorrido del ascensor, apenas dos pisos, le pareció interminable. La cabina experimentó una ligera vibración, como si se tratara de una turbulencia. Alguien tosió, otro carraspeó. Rodeados por las miradas esquivas de quienes sienten su espacio invadido, pero pretenden no haberlo notado. Simón se movió medio centímetro y Marlene sintió el roce leve del brazo de él en una manga. ¿Fue

accidental? Un cosquilleo descendió desde su estómago y bajó la mirada para no admitir su cercanía.

Por fin, las puertas se abrieron con un susurro. Ellos salieron los primeros. El vestíbulo era un hervidero de voces y pasos. Olía a lluvia reciente y a la tierra húmeda transportada por las suelas de los zapatos. Simón se despidió con voz neutral y dio una zancada en dirección a la puerta. En un impulso, Marlene lo alcanzó con dos pasos y le tocó la manga. Ella notó las miradas cargadas de curiosidad que se centraron en ellos y tragó saliva.

—Espera un momento, por favor.

Su compañero se giró con un parpadeo. La mandíbula tensa era su única defensa visible. Ella bajó la mirada y murmuró.

—Necesito que me perdones.

Las palabras flotaron entre ambos como una promesa o un final. Él alzó las cejas.

—¿Que te perdone…? ¿Por qué?

Marlene fijó la mirada en la punta de sus zapatos y respondió en voz baja.

—Por todo. Por no haberte creído cuando Omaira llegó con aquella historia. Por no haberme dado cuenta de que ella era una persona con una mente inestable… Por haberle dado más crédito a una desconocida que a ti —Ella levantó la cabeza, despacio, buscando los ojos de él—. Y por no cambiar de opinión, hasta que las pruebas de que estaba equivocada me estallaron en la cara…

—Yo…

—Comprendo que no quieras ni siquiera plantearte darle otra oportunidad a nuestra relación, pero necesito saber que no me odias… lo necesito con desesperación.

Simón miró a su alrededor, calibrando la incómoda situación. Entonces, respondió con voz calmada y tono serio.

—No te odio. Y el Cielo es testigo de que lo he intentado con todas mis fuerzas, pero no sería capaz…

—¿Entonces…?

Él sacudió la cabeza.

—Este no es el momento, Marlene. Además… aquí no. Tampoco es el lugar apropiado para esta conversación. Ya

tendremos oportunidad cuando cerremos el caso y estemos solos.

Marlene bajó la mirada por un momento y luego la levantó para centrarla de nuevo en él. Sus ojos brillaban con la humedad.

—No volveremos a ocuparnos del caso hasta mañana. Todavía nos quedan algunas horas hoy. ¿Por qué no lo resolvemos ahora? —Él miró a su alrededor como si buscara una salida, y ella lo presionó un poco más—. Si me acompañas a casa, podríamos hablar sobre esto en privado. Es muy importante para mí.

Simón dudó por un segundo.

—¿En tu casa? ¿Y qué me dices de Olivia? No creo que me reciba de buen grado.

Marlene cogió aire y lo retuvo.

—No te preocupes por ella. Esta mañana, antes de salir de casa, le conté toda la verdad sobre lo que pasó. Lo comprendió de inmediato. Estoy segura de que, si decidimos sostener una conversación, ella no nos interrumpirá. Además, Olivia casi siempre está encerrada en su habitación, estudiando y con cascos que la aíslan del mundo.

Él la miró a los ojos por un instante, como si buscara algo en el fondo de sus pupilas.

—¿Estás segura de que es lo que quieres?

—Por supuesto.

Con un suspiro, Simón asintió y el ruido del vestíbulo pareció hundirse en la lejanía.

—De acuerdo. Quizá lo mejor sea resolver este asunto lo antes posible.

Echaron a andar en un silencio que parecía consecuencia de un acuerdo tácito. Dejaron atrás los murmullos de sus colegas y las miradas curiosas. Con una mezcla de alivio y ansiedad, Marlene acompasó sus pasos a los de él en dirección al aparcamiento, donde se encontraba el Volkswagen.

Al igual que el día anterior, Simón condujo hasta la calle Sorzano, y en menos de cinco minutos estaba aparcando frente al edificio donde vivía Marlene. Ya la oscuridad cubría la ciudad, el asfalto húmedo brillaba bajo la luz de las farolas y el frío se pegaba a la piel. Cuando él apagó el motor, Marlene se quitó el cinturón de

seguridad y llenó sus pulmones de aire como si necesitara oxígeno para afrontar lo que venía.

Cruzaron el portal, que olía a desinfectante barato. Subieron solos en el ascensor, en silencio y cada uno haciendo lo posible por evitar la mirada del otro, aunque a pesar de sus esfuerzos, Marlene fue muy consciente de la presencia de él, del calor que emitía su cuerpo y de su respiración regular. Por fortuna, el recorrido fue muy corto. Salieron al rellano, acompañados por el olor del aceite recalentado que provenía del piso de algún vecino. Marlene se adelantó y llave en mano, abrió la puerta.

—¡Olivia! ¡Ya estoy aquí!

Desde el fondo de la cocina respondió el trino impaciente de Pico. Marlene encendió la luz del salón, colgó el abrigo y con un gesto invitó a Simón a que pasara.

En cuanto él puso un pie en el interior del apartamento, Olivia se asomó desde la habitación con su mochila al hombro. A diferencia del día anterior, su rostro se iluminó al ver a Simón.

—Aceptaste venir, ¡qué bien! Ya Marlene me contó todo sobre el lío que armó aquella mujer.

La chica se acercó a ellos con paso inseguro y una sonrisa tímida pintada en el rostro. Como no vio ningún gesto de rechazo de parte del visitante, le dio un abrazo tímido, que luego se volvió afectuoso cuando él la correspondió.

—Bienvenido a casa, Simón. Perdóname por mi conducta de ayer… Yo no…

—No te preocupes, Oli. No necesitas explicarme nada. Estabas protegiendo a tu hermana y lo comprendo.

La joven dibujó una sonrisa de alivio, se puso de puntillas y dio un beso en cada mejilla a su antiguo cuñado.

—Me contenta mucho volver a tenerte cerca. Ahora os dejo.

—¿Vas a salir? —preguntó Marlene, sin disimular su sorpresa —. Creí que ese examen tan importante había sido hoy.

—Y lo fue —respondió Olivia con un guiño—, pero ahora toca celebrar con los colegas. No me esperes despierta.

Olivia les dedicó una amplia sonrisa a los dos y salió al pasillo, sin darles oportunidad de responder.

De repente se habían quedado solos o eso creyeron, hasta que Pico reclamó su atención desde su jaula con un revoloteo y un gorjeo entusiasta.

Simón se acercó a la jaula y Pico voló hacia él, se aferró a los barrotes y se dejó acariciar.

—Te echa de menos —dijo Marlene en un murmullo—, igual que todos en esta casa.

Simón dejó escapar un largo suspiro, antes de volverse hacia ella.

—Marlene, yo no puedo volver atrás. Fue demasiado…

Ella se le acercó despacio con los ojos humedecidos y un nudo en el pecho.

—Lo sé, lo comprendo. Cometí un grave error. No pretendo reanudar una relación que yo misma arruiné con mi desconfianza, pero necesito que me perdones.

Él bajó la mirada.

—Reconozco que yo tampoco ayudé a mejorar la situación. Me enfadé tanto, que no hice nada para tratar de convencerte de que Omaira estaba mintiendo. Nunca me acerqué a ella. Me conoció en aquella convención y se obsesionó conmigo. Es una persona enferma… me atribuyó sentimientos y acciones que solo estaban en su cabeza.

Marlene puso un dedo en los labios de Simón.

—No es necesario que me lo expliques. Lo sé —Ella hizo una pausa y se secó las lágrimas, mientras trataba de recomponerse—. Ahora somos compañeros. Trabajamos juntos y lo hacemos bien. Quizá podamos enterrar el hacha de guerra.

Simón tensó la mandíbula y desvió la mirada, antes de responder.

—Ya he decidido que cuando concluya esta investigación, pediré un cambio de equipo y si es necesario, otro traslado.

Marlene cerró los ojos y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¿Lo harás porque no soportas mi presencia?

—No es eso, es que… Marlene, no podemos ignorar todo lo que ha pasado entre nosotros. Ser compañeros y continuar

trabajando juntos sería un error…

—Porque no me soportas.

Simón se llevó la mano a la cabeza y la dejó caer de inmediato.

—¡Porque no he podido olvidarte! Cada minuto que paso a tu lado tengo que recordarme a mí mismo que nuestra relación terminó en un fracaso, y…

Esta vez, Marlene le cerró los labios con los suyos. Antes de que ella misma se diera cuenta, ambos estaban abrazados y compartían un largo y apasionado beso. Nunca supo cuánto tiempo permanecieron fundidos sus cuerpos, pero un coro de gorjeos desde la jaula los devolvió a la realidad. Ambos se volvieron hacia el sonido y soltaron una carcajada. Pico y Cleo se hacían arrumacos a través de los barrotes que separaban ambas jaulas. Simón cogió las manos de Marlene.

—Quizá deberíamos aprender de ellos…

—Quizá.

49. PISTAS Y CALLEJONES SIN SALIDA.

Cuando Marlene abrió los ojos, la luz fría de la mañana se colaba a tiras por la persiana. Notó el espacio tibio de la cama a su lado y casi de inmediato escuchó correr el agua de la ducha. Entonces, no fue un sueño. En verdad había ocurrido. Respiró profundo y el aire entró con una inesperada fluidez. Se sintió ligera, liberada. De inmediato se sentó, recogió el pelo en una coleta rápida y se levantó, dispuesta a preparar el café, mientras esperaba su turno para entrar en el cuarto de baño. Pocos minutos después, Simón salió con el cabello todavía húmedo, la camisa del día anterior y una amplia sonrisa en el rostro. Ella le dio un beso rápido y le encargó el cuidado de la cafetera, mientras cruzaba el pasillo para cumplir su aseo matutino.

Minutos después, Marlene volvió a entrar en la cocina, ya duchada y vestida para salir. Encontró a Simón apartando la cafetera de la hornilla y sacando un par de rebanadas de pan de la tostadora. Ella se le acercó por detrás y él se giró para abrazarla. Se fundieron en un beso largo que selló una noche de reconciliación. El tiempo corría, así que ambos trasladaron su desayuno a la mesa de la cocina.

Se prepararon para comenzar la rutina con un beso breve y cálido. Las palabras sobraban. Ella le tendió una taza de café y él le añadió una cucharadita de azúcar en un gesto automático. Marlene llenó su taza con leche caliente y la oscureció con un poco de café, mientras Simón cubría su tostada con un chorro generoso de aceite de oliva.

Terminado el desayuno, Simón recogió la mesa, mientras Marlene retiraba la tela de las jaulas. Pico y Cleo permanecían juntos, acurrucados a través de los barrotes, para darse calor. Marlene sonrió y abrió la puerta del lado de Pico, que saltó a su dedo con un aleteo y un gorjeo de felicidad. Cleo protestó la separación de su compañero. Marlene introdujo a Pico en la jaula de su nueva pareja y sonrió ante el despliegue de felicidad de los agapornis. El reloj avanzaba sin compasión, así que se apartó de la jaula para continuar con la rutina del día. Simón y ella lavaron los platos a cuatro manos, mientras bromeaban acerca de los pájaros y disfrutaban ese pequeño paréntesis de paz doméstica.

La puerta de la habitación de Olivia continuaba cerrada. A Marlene no le sorprendió. Su hermana todavía disponía de media hora más para dormir, y estaba segura de que le sacaría provecho.

Cuando cogieron los abrigos para salir, Marlene fue consciente de que en esta ocasión lo haría en compañía de Simón. La inundó una sensación de paz, como si en su interior se hubiera llenado un vacío que ni siquiera sabía que estaba allí. Ambos salieron del piso en silencio, pero ahora se trataba de un silencio cargado de complicidad. Subieron al Volkswagen y se encaminaron en dirección a la Jefatura. En cuanto llegaron al segundo piso, Teresa los abordó.

—Os estaba esperando. Tengo un mensaje para vosotros: el jefe Barros quiere veros lo antes posible.

Simón y Marlene intercambiaron una mirada esperanzada y después de agradecerle a Teresa por transmitirles el mensaje, bajaron al laboratorio de Científica, previo paso por la máquina de café.

Cuando llegaron a su destino, los recibieron la luz fría y el zumbido constante de los extractores, aunque, aun así, les llegaron los olores de las sustancias químicas que eran el día a día de los científicos. Las bolsas precintadas y las cajas de custodia cubrían los mostradores donde trabajaban los peritos. Barros los esperaba de pie, con la bata abierta, y ese gesto de zorro viejo que no pierde detalle. Marlene sintió la presencia de Simón a medio paso de ella, tan cerca, que sus codos casi se rozaban. Él se ajustó la manga y centró su atención en el jefe Barros.

Marlene se adelantó un paso para entregarle el vaso de café al jefe de Científica. Casimiro lo recibió con una sonrisa de agradecimiento y le dio una palmada en el hombro a Simón, la cual acompañó con un gruñido que pretendía ser un saludo. Se les quedó mirando por unos instantes y se encogió de hombros, antes de explicar el motivo por el que les había hecho llamar.

—Bien… la presión arriba… ya sabéis… así que mis chavales han currado a turnos durante toda la noche. Ya tenemos los resultados de la comparativa de ADN.

Marlene notó un nudo en el estómago. Simón no se contuvo:

—¿De Robledo?

Barros lo miró de arriba abajo y soltó un bufido despectivo.

—¿Por quién me tomas, Aguirre? Aquí no hacemos chapuzas. ¡Me refiero a la comparativa de todos los sospechosos!

Marlene no pudo evitar una media sonrisa. Conocía lo bastante al jefe para reconocer la aceptación que escondía la puya.

—¿Y cuál fue la conclusión? —preguntó Simón, sin poder contenerse.

Barros dio un sorbo al vaso de café y sacudió la cabeza.

—Todavía no debéis lanzar las campanas al vuelo. La comparación del ADN de los sospechosos con la muestra biológica de la ropa interior de la víctima ha sido negativa.

Ambos policías fruncieron el ceño al mismo tiempo. Marlene notó cómo una de las piezas en su cabeza perdía su encaje. Simón pareció resistirse a lo que estaba escuchando.

—¿Se refiere a negativo para todos los sospechosos?

—¿Estás sordo o tengo que explicártelo con dibujitos, Aguirre? —dijo Barros en tono áspero—. Así que, al no existir coincidencia, hemos pasado al siguiente protocolo: ya he ordenado cotejar la muestra con la base estatal de perfiles genéticos y con los registros que podemos consultar. Ahora, toca esperar.

Marlene asintió, controlando la respiración. A su lado, Simón tensó la mandíbula y la soltó de inmediato.

—Entendido —dijo ella—. Le agradecemos su esfuerzo, jefe Barros. ¿Hay algo que podamos hacer para ayudar?

—Sí —Barros bebió otro sorbo—. Espero que seáis discretos. Todavía no tenemos nada concreto, así que no reportéis hasta que os avise. En cuanto sepa algo, os lo comunicaré.

Casimiro dejó escapar un suspiro y les hizo un gesto con la barbilla hacia la puerta.

—Ahora, id a justificar el sueldo. Yo continuaré aquí abajo con lo mío.

Simón y Marlene salieron del laboratorio de Científica y regresaron al segundo piso. Entraron en el módulo de la inspectora con la intención de sacar alguna conclusión concreta. Ella ocupó su silla detrás del escritorio y él se sentó al frente, inclinado hacia adelante y con los antebrazos apoyados sobre la superficie de la mesa. Mirando a su compañero, Marlene dejó escapar un suspiro de desaliento.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó ella—. Reconozco que tenía mis esperanzas depositadas en esa comparativa.

Simón se removió un poco en la silla.

—Escucha, no todo está perdido. Yo también quería que el ADN nos proporcionara el nombre del asesino, pero si lo analizamos con objetividad, era demasiado esperar.

—¿Adónde quieres llegar?

—Míralo de este modo: que el ADN no coincida con el perfil genético de ninguno de los sospechosos, tampoco los descarta como tales. Tan solo confirma que ninguno de ellos tuvo relaciones íntimas con Doris durante el tiempo que estuvo secuestrada. Eso no implica que no tengan nada que ver con el secuestro.

Marlene entornó los ojos.

—¿Estás sugiriendo que la muestra biológica puede pertenecer a alguno de los dos individuos que ejecutaron el secuestro y no a quién lo ordenó? —Simón asintió—. Pero, entonces…

Marlene guardó silencio por un momento. Simón levantó la barbilla para animarla.

—Sigue —le dijo él—. Creo que estás llegando a la misma conclusión que yo.

La inspectora se frotó el rostro con las manos, buscando despejarse.

—Se me había escapado el detalle, pero la muestra fue encontrada en la ropa íntima de la víctima, aunque Doris negó haber sufrido ninguna agresión sexual. Una declaración que fue corroborada por el médico forense que la atendió… Si lo pensamos bien, no tiene lógica.

Simón sonrió como si ella hubiera resuelto un acertijo.

—Es cierto, pero recuerda que la víctima despertó desnuda, y la ropa que usó durante su encierro se la proporcionaron los secuestradores. El contacto tendría que haber ocurrido antes de que le quitaran la ropa que llevaba cuando corría. Eso debió ser mientras todavía estaba bajo el efecto de las drogas, por lo que ella no habría sido consciente. Si no hubo violencia, es probable que cualquier signo hubiera desaparecido para el momento de la revisión forense.

Marlene asintió. Le pareció una explicación lógica.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Con respecto a este asunto, tendremos que esperar los resultados de las indagaciones de Científica —opinó Simón—. Tal vez la suerte esté de nuestro lado y podamos identificar a alguno de los secuestradores.

—¿Y si no es así? No podemos centrar nuestra estrategia en una indagación que podría terminar en nada.

Simón suspiró, se levantó de la silla y comenzó a pasearse por el pequeño despacho.

—Sí, tienes razón —dijo él—. Sin embargo, todos los caminos que hemos seguido hasta el momento solo nos han llevado a callejones sin salida. Es evidente que se nos está escapando algún detalle importante.

—¿Repasamos los hechos?

Él asintió y comenzó a enumerar.

—En primer lugar, tenemos una larga lista de sospechosos a los que no podemos descartar por coartada. En segundo lugar, el vehículo que usaron en el secuestro es un coche fantasma, que todavía no hemos podido identificar… —Simón tensó la espalda—. ¡El vehículo! Tal vez no hemos llegado lo bastante lejos con esa pista.

—¿De qué estás hablando? Conozco bien a Ignacio y estoy segura de que hizo una investigación a fondo.

—Aun así —insistió él—, Marta tiene razón: el coche tuvo que salir de algún lugar y debe existir algún modo más eficiente de filtrar la lista. Tenemos que identificarlo o descartarlo y averiguar en qué se equivocó el testigo.

Marlene se puso de pie de inmediato y regresó al cabo de pocos minutos.

—Por suerte, Ignacio está ahora en su propio módulo, trabajando en un informe. Acabo de explicarle la importancia de volver sobre el rastro del coche. Ya envió la lista filtrada de los SEAT Ibiza a nuestros correos, así que podemos comenzar a trabajar en ella.

—Iré a buscar mi portátil y nos pondremos manos a la obra.

50. NUEVAS PISTAS, NUEVOS SOSPECHOSOS.

Las primeras luces de la mañana entraban cortadas en franjas, a través de la persiana del despacho de Marlene, y los vasos de café humeaban sobre la mesa, cuando Simón depositó su portátil sobre el escritorio, frente a ella. Abrió el archivo enviado por Zabala, y lo desafió una lista interminable de SEAT Ibiza con matrícula LM, que habría desanimado a cualquier policía un poco menos optimista.

—Deberíamos repartirnos el trabajo…

Marlene tenía la mirada clavada en su propio ordenador y asintió sin dudarlo. Comenzaron a trabajar después de dividir la lista en dos partes. Aguirre se ajustó la manga y se dispuso a filtrar opciones: año, denuncias recientes de robo, visitas al taller por pintura o sustitución de lunas en el último mes… El siguiente paso sería cruzar los resultados de cada filtrado…

Frente a él, Marlene mantenía la vista fija en la pantalla de su ordenador, siguiendo el mismo patrón de trabajo, previamente acordado. La expresión preocupada de su compañera le hizo comprender que ella estaba experimentando las mismas dificultades.

Simón continuó su tarea. Descartó un Ibiza por embargo desde junio; otro por seguro a todo riesgo recién renovado… Nadie pagaría una cobertura tan alta para un coche al que se iba a involucrar en un delito. Simón destacó un tercero, cuyo propietario había cambiado el padrón esa semana. Un sorbo de café alivió un poco su frustración. Los rodeaba el silencio, solo matizado por el teclado de Marlene y por la respiración acompasada de ambos.

Cuarenta y cinco minutos después, Simón apartó la mirada de la pantalla y la centró en su compañera. La luz que entraba por la ventana a su espalda perfilaba los rasgos de Marlene. Una pequeña arruga en su ceño, que él conocía bien, daba fe de su concentración. Un mechón de cabello se deslizó por delante de su oreja izquierda y ella lo apartó con un gesto inconsciente, sin dejar de mirar la pantalla y tomar nota. Simón comprendió que estaba perdido.

Después de algunos segundos, Marlene apartó la mirada del ordenador y sus ojos se cruzaron con los de Simón, quien todavía la contemplaba absorto.

—¿Encontraste algo? —preguntó ella.

Él parpadeó como si hubiera despertado de un largo sueño y se encogió de hombros.

—No estoy seguro. Tal como me advertiste, Zabala hizo un buen trabajo. Algunos destacan, pero no encontré ningún indicio concreto de que cualquiera de estos coches estuviera involucrado en el secuestro. ¿Y tú? ¿Tuviste mejor suerte?

Marlene soltó un largo suspiro.

—No. Me temo que tres cuartos de lo mismo.

Simón sacudió la cabeza.

—De este modo no avanzaremos. Solo estamos perdiendo el tiempo.

—Entonces, ¿qué sugieres?

Aguirre se quedó pensativo durante algunos instantes, considerando sus opciones. Entonces, cogió el teléfono que reposaba sobre el escritorio.

—Nos faltan datos. Necesitamos más información.

—Tienes una idea…

—Podemos hacer un rastreo de las cámaras de tráfico en Logroño y las principales vías a sus alrededores. Si tenemos suerte, alguna podría haber captado al vehículo sospechoso.

—Es una excelente idea, pero con los escasos datos que tenemos exigirá una enorme cantidad de recursos. ¿Podremos justificarlo?

—Ya lo hemos intentado todo sin resultados concretos. No tenemos alternativa.

El inspector se comunicó con la DGT y solicitó un rastreo del Ibiza negro a través de las cámaras tanto en Logroño como en los accesos a la ciudad.

—Necesitamos una búsqueda ANPR para el reconocimiento automático de matrículas, basados en las letras LM, de la última semana —le solicitó a su interlocutor—. Debe incluir cámaras municipales y peticiones a operadores de autopistas y peajes. Les enviaremos una solicitud oficial con los detalles…

Cuando Simón terminó la llamada y dejó el teléfono sobre la mesa, Marlene le dedicó una sonrisa.

—Espero que funcione. Le pediré a Ignacio que se ocupe de la solicitud y del seguimiento…

Antes de que él pudiera responder, el teléfono del escritorio comenzó a sonar. Vázquez intercambió una mirada con su compañero y respondió de inmediato.

—Jefe Barros. No esperaba su llamada tan pronto…

Simón envaró la espalda cuando ella pronunció el nombre del responsable del laboratorio de Científica. Estuvo muy atento a las palabras y los gestos de Marlene, pero la conversación fue muy corta. Su compañera escuchó con interés, respondiendo con monosílabos. Un par de minutos después le dio las gracias a Casimiro y colgó el teléfono.

—¿Y bien?

—Científica encontró una coincidencia del ADN en los archivos criminales.

Simón enarcó las cejas. Aquello no se lo esperaba.

—Entonces, ¿el sujeto está fichado?

Marlene se mordió los labios, antes de responder.

—En realidad… no. El nombre del sujeto susceptible de interés es Hernán Prieto y lo condenaron por abuso sexual hace nueve años. Salió hace tres.

Aguirre entornó los ojos, después de captar el leve tono dubitativo de su compañera.

—Percibo cierta inseguridad en tu voz. ¿Qué quieres decir con «susceptible de interés»? Si el ADN coincide, ya lo tenemos.

—De eso se trata, Simón. Tendremos que ser prudentes. La coincidencia no es del cien por ciento.

Él parpadeó.

—Pero…

Marlene soltó un suspiro y se explicó.

—Según la explicación que me dio el jefe Barros, consiguieron una coincidencia significativa del ADN en un solo caso —Simón sonrió e hizo amago de intervenir, pero la expresión seria de su compañera lo frenó. Ella continuó su explicación—. Sin embargo, esta coincidencia solo fue del 50 %. Esto implica que Hernán Prieto no fue el secuestrador que cometió el abuso, pero sí tendría una relación filial con el sujeto que buscamos.

—Es un pariente muy cercano.

La inspectora asintió.

—Prieto tiene sesenta y dos años, así que…

—Teniendo en cuenta su edad y el porcentaje de coincidencia, lo más probable es que el ADN de las ropas de Doris pertenezca a su hijo —concluyó Simón.

Marlene se encogió de hombros.

—Así es. Tenemos que centrarnos en ese hombre y sus parientes.

El inspector asintió.

—¿Qué sabemos sobre la familia de Prieto?

Marlene lanzó una búsqueda en redes y datos accesibles al público, tratando de rastrear si Prieto había dejado información disponible acerca de él y sus familiares. Simón se puso de pie y rodeó la mesa para mirar la pantalla de Marlene por encima de su hombro, mientras ella hacía las indagaciones.

—Es una pista que promete —murmuró su compañera, al mismo tiempo que abría pestañas—. Vamos… aquí tiene que haber algo… ¡Ya lo tengo! Prieto tiene un hijo y una hija, ya adultos.

Simón enderezó la espalda y se quedó pensativo por un momento.

—Centrémonos en el hijo.

Marlene navegó por las redes sociales durante algunos minutos, al cabo de los cuales compartió sus hallazgos con su

compañero.

—Su nombre es Claudio Prieto, es mecánico, soltero y al parecer sin pareja. De acuerdo con sus redes, vive en Logroño.

—¿Dónde? —preguntó Simón—. Me gustaría hacerle una visita.

Marlene mostró su conformidad con un asentimiento, al mismo tiempo que consultaba la base de datos de identificación civil.

—Vaya, al parecer, sus redes no están actualizadas. Se dio de baja del padrón en Logroño y ahora reside en Burgos.

Ambos policías intercambiaron una mirada. Ella volvió a centrarse en la pantalla y después de algunas comprobaciones, levantó la mirada hacia su compañero.

—Esto es interesante… En dos portales de compraventa, Claudio Prieto aparece con un número de contacto distinto al que figura en sus trámites y redes habituales. Se trata de un móvil prepago. No es una prueba, pero…

Simón asintió.

—El patrón de una línea «limpia» para su vida formal y otra para moverse en la sombra, huele a móvil fantasma. Deberíamos rastrear ese teléfono.

—Necesitaremos una orden judicial, pero me temo que todavía no tenemos suficientes evidencias para solicitarla —reconoció la inspectora.

—Entonces, tendremos que encontrar esas evidencias.

Marlene asintió, al mismo tiempo que anotaba el número y lo marcaba como tarea pendiente.

51. TEJIENDO LA RED.

La mañana continuaba su curso y en el despacho se respiraba el aire frío que se colaba por la ventana, mezclándose con el sutil aroma a azahar del perfume de Marlene. La antigua información del padrón del sospechoso permanecía abierta en la pantalla del ordenador. Simón enderezó la espalda y cruzó los brazos.

—¿De dónde ha salido este individuo? De acuerdo con la información en las redes, es un tío común y corriente. ¿Cómo encaja en este entramado?, Y, ¿cómo es posible que su nombre haya permanecido en la sombra durante tanto tiempo?

Marlene levantó un hombro. Un zumbido del fluorescente del techo acompañó sus palabras.

—No debería sorprendernos. Actuó a través de sicarios y es evidente que supo ocultarse en las sombras.

—Hasta el momento en que dejó una muestra de su ADN en la víctima —Simón descruzó los brazos y suspiró—. ¿Cómo pudo ser tan hábil para pasar desapercibido y al mismo tiempo, tan torpe como para dejar su ADN en la víctima?

—Quizá no se pudo controlar —sugirió Marlene—. O se confió a la hora de borrar sus huellas.

—Supongo que lo sabremos cuando descubramos qué hay detrás de todo esto.

Simón se apoyó en el respaldo de la silla de su compañera y se inclinó hacia adelante.

—Tenemos que averiguar más sobre este individuo. ¿Tiene antecedentes criminales?

Marlene volvió a centrarse en el ordenador y comenzó a revisar los archivos, pero la búsqueda fue infructuosa. El sistema no arrojó ningún resultado.

—¿Está limpio? —preguntó Simón con tono incrédulo.

—Es lo que parece.

Aguirre enderezó la espalda y se quedó pensativo por algunos segundos.

—Eso explica por qué su ADN no apareció en la búsqueda de Científica, pero hay algo que no encaja en todo esto. ¿Por qué alguien sin antecedentes se involucra en un secuestro, que a su vez se relaciona con un doble homicidio? ¿Qué le hicieron los Osorio Márquez para convertirse en su objetivo?

—Tal vez eso no es lo más importante ahora. Debemos tener cuidado para no perder el foco —sugirió Marlene con un suspiro.

—¿A qué te refieres?

La inspectora señaló la pantalla con el bolígrafo.

—Reconoce que estamos construyendo castillos en el aire.

—¿Castillos en el aire? ¡Estamos hablando de ADN! —protestó Simón.

Marlene conservó la calma y respondió con voz pausada.

—Es cierto, pero no olvides que la coincidencia que encontramos es con el ADN de Hernán Prieto, el padre del sospechoso y solo en un 50 %.

—Buscamos un descendiente de Prieto y Claudio es su único hijo varón…

—¿Estás seguro?

La pregunta golpeó la certeza de Simón.

—¡Mierda, tienes razón!

Marlene conservó la calma frente a la explosión de su compañero.

—Si queremos avanzar sobre suelo firme, lo primero que tenemos que determinar es si el ADN de la muestra de semen, que el laboratorio encontró en la ropa de la víctima, pertenece a Claudio Prieto y no a un posible hermano que pudiera existir, aunque no aparezca en el libro de familia.

El inspector asintió.

—Me dejé llevar por mis impulsos, pero tu observación no podría ser más acertada. ¿Claudio Prieto tiene alguna relación

conocida con los Osorio Márquez? —preguntó Simón, inclinándose sobre ella y centrando su atención en la pantalla.

Marlene lanzó una mirada a su compañero por encima de su hombro, antes de responder.

—Por lo visto, nuestra próxima tarea debe ser averiguarlo. Yo hablaré con todas las personas relacionadas con las víctimas, para indagar si alguien lo conoce y sabe cuál era su relación con la familia.

Simón asintió.

—De acuerdo. Yo me ocuparé de revisar todos los documentos que existan en el registro que hayan sido firmados por Osorio. Es posible que sostuviera algún tipo de relación comercial con Prieto.

Simón regresó a su silla y centró su atención en su portátil, mientras Marlene hacía llamadas desde el teléfono de su escritorio. Después de una hora, la exclamación de Aguirre sobresaltó a su compañera, que acababa de colgar el teléfono.

—¡Lo tengo!

—¿Qué encontraste? —preguntó ella.

Simón se mantuvo en silencio y dibujó una sonrisa enigmática. Marlene respiró profundo y enarcó las cejas, consciente de que su compañero se estaba divirtiendo a su costa. Un par de segundos después, él decidió responder.

—Hace diez años, Claudio Prieto arrendó un piso que era propiedad de los Osorio. El contrato duró cinco años.

—¿Quién…?

—Claudio rescindió el contrato porque encontró trabajo en Burgos —respondió el inspector—. Un par de años después, Emilio decidió vender el piso. Por eso no consta entre sus propiedades.

Marlene se quedó pensativa durante algunos instantes.

—¿Estamos seguros de que ese fue el motivo para dejar el piso?

—Esa fue la justificación de Prieto en la carta de aviso —le explicó Simón, con un encogimiento de hombros. Entonces, comenzó a enumerar con los dedos— Así que Prieto conocía a las víctimas y mantuvo una relación comercial con ellas hasta hace cinco

años, dispone de un móvil prepago que hace sospechar que lleva a cabo actividades que prefiere mantener «en la sombra», y lo que es más importante: su ADN coincide con el de uno de los secuestradores. Creo que tenemos suficiente. ¡Vamos a por él!

La inspectora frunció el ceño.

—Espera, si nos apresuramos, podríamos echarlo todo a perder. Es cierto que las últimas pistas apuntan hacia Prieto, pero todavía no tenemos suficientes pruebas para acusarlo. Todas las evidencias son circunstanciales y cualquier abogado podría derribar el castillo de naipes con un soplo.

—¿Me estás diciendo que la coincidencia del ADN te parece circunstancial?

—La coincidencia es del ADN de su padre y solo en un 50 % —precisó la inspectora Vázquez—. ¿Debo recordarte que no tenemos una muestra de su ADN, ni evidencias suficientes que nos permitan solicitar una orden para conseguirla?

Simón se desinfló como un globo.

—Tienes razón. Al menos, deberíamos sostener una conversación con él. Citarlo a comisaría como testigo y presionarlo. Para eso sí tenemos suficiente material.

Marlene recibió la sugerencia con escepticismo.

—No lo sé… De momento, él debe sentirse seguro y quizá esa sea nuestra mejor baza. No tiene idea de que lo hemos relacionado con los crímenes y, por lo tanto, debe tener la guardia baja. Si lo citamos a declarar, perderemos esa ventaja y no tenemos ninguna certeza de que el interrogatorio rinda frutos.

El inspector dejó escapar un suspiro.

—Vale. Tienes razón. Entonces, ¿qué sugieres que hagamos a continuación?

—Bien, ya tenemos la presa firme entre los dientes, aunque esta todavía no lo sabe. Ahora debemos dar pasos firmes sobre un camino seguro.

Simón sonrió.

—Entonces, asumo que ya pensaste en una estrategia clara para atraparlo.

Marlene asintió.

—Aprovechemos la muestra biológica encontrada en la víctima. Es nuestra mejor apuesta. Ahora debemos identificar el ADN de Claudio Prieto.

—¿Cómo? Ningún juez nos dará una orden.

—Vive solo y sabemos dónde. Podemos montar una vigilancia frente a su portal y conseguir una muestra de su saliva en su basura.

—Necesitaremos identificarlo entre sus vecinos. ¿Tenemos alguna foto suya?

—No, pero no será difícil conseguirla en sus redes sociales —afirmó Marlene.

Simón sonrió.

—Me encanta como piensas, aunque te confieso que a veces me asusta.

52. VIGILANCIA.

Después de encontrar una fotografía reciente de Claudio en sus redes sociales, Marlene y Simón se encaminaron a la oficina de Calvo. Teresa los anunció y les dio paso sin pedir explicaciones. El despacho de Pilar estaba en perfecto orden y el olor a papel nuevo estaba matizado por el de una colonia discreta. La iluminación provenía de la luz que entraba por la ventana, y sobre el escritorio resaltaba una fotografía enmarcada en la que la comisaria aparecía posando delante de un fondo rural, junto a su marido y su hija.

Los detectives expusieron sus últimos hallazgos y la estrategia que tenían previsto seguir. Calvo escuchó con los brazos cruzados, el ceño fruncido y los músculos de la mandíbula tensos. Cuando Marlene terminó, ella asintió.

—Creo que vais bien encaminados. Ese tal Prieto es un sospechoso prometedor. Podéis seguir adelante —Levantó un dedo admonitorio—, pero con buen juicio. Confío en tu prudencia, Vázquez. Contén a tu compañero. No quiero actos entusiastas, pero imprudentes, que acaben en un folio de quejas. Todos los procedimientos deben mantenerse dentro de los límites legales. Si es necesario que solicitéis alguna orden judicial, lo haréis, aunque esto demore la investigación. ¿Está claro?

Ambos policías asintieron.

—Entendido —respondió Marlene.

—De acuerdo. Podéis seguir adelante. Esperaré vuestros informes, pero traedme hechos, no corazonadas.

Salieron y después de cerrar la puerta con suavidad, emprendieron el siguiente paso con esperanza renovada. Ya en el aparcamiento, cogieron el Volkswagen. Simón puso rumbo a Burgos. Una fina llovizna los acompañó durante todo el trayecto. La jornada

prometía ser larga, así que se detuvieron en un restaurante de gasolinera a mitad de camino. Los recibió el olor a frituras y ocuparon una de las mesas más cercanas a la puerta. En su superficie encontraron el menú impreso sobre los manteles de papel. La inspectora pidió tortilla y café. Su compañero, un bocadillo de jamón que llegó en dos mitades perfectas. Comieron casi en silencio. Las gotas de la fina llovizna cubrían las ventanas, y ella agradeció la pausa.

Una hora después, aparcaron frente al edificio donde vivía Claudio Prieto, a poca distancia del contenedor más cercano. Se trataba de una construcción de tan solo tres pisos, antigua, pero bien conservada, con fachada de piedra, barandillas de forja y toldos desteñidos por el sol. El portal permanecía cerrado con una pesada puerta de hierro pintada de negro.

Al caer la tarde, la piedra de la fachada adquirió un tono azulado. Aunque ambos policías estaban bien abrigados, el frío se fue imponiendo. Para cuando cayó la noche, sus cuerpos estaban muy cerca el uno del otro, proporcionándose calor mutuo. Se separaron en cuanto Prieto apareció en el portal con una bolsa de basura en la mano. Aunque la oscuridad ya comenzaba a apoderarse de la ciudad, Marlene dispuso de suficiente iluminación para grabar un vídeo del sospechoso camino del contenedor. Sería de utilidad como prueba de que estaban llevando la bolsa correcta al laboratorio de Científica.

Simón esperó a que Prieto estuviera de regreso en su portal y pasaran algunos minutos, antes de ir a por la bolsa. Marlene mantuvo la grabadora del móvil encendida, hasta que su compañero regresó al coche con su botín y colocó la bolsa dentro de otra más grande, que selló de inmediato. Marlene dejó constancia de todo el procedimiento en vídeo. Ambos policías eran conscientes de la importancia de mantener la cadena de custodia.

Eran casi las diecinueve horas cuando emprendieron el regreso a Logroño. Consiguieron llegar a Científica, justo antes del final de la jornada. Entraron al laboratorio y los recibió el olor a guantes de nitrilo, que se mezclaba con el del alcohol isopropílico y los «posos de café». El jefe Barros ya se había quitado la bata y se

estaba poniendo la chaqueta para irse a casa, cuando su mirada se desvió hacia la bolsa de basura que Simón llevaba en la mano. Centró su atención en el precinto numerado, y en la etiqueta de cadena de custodia escrita con bolígrafo, y con la firma de Marlene en una esquina.

—Espero que eso no sea lo que creo —bufó Casimiro.

Marlene empleó su tono de voz más amigable.

—Nos alegra encontrarlo, jefe. Estoy segura de que su colaboración será clave para avanzar en el caso. La inspectora le informó acerca de las novedades sobre Claudio Prieto y la necesidad imperiosa de identificarlo. El jefe recibió la información con un gruñido y una mirada asesina que hizo que Simón retrocediera un paso.

—¿De modo que ustedes dos pretenden que hurguemos en la basura del sospechoso, para conseguir una muestra de su ADN?

Marlene suspiró con desamparo.

—No se lo pediríamos si no fuera importante, jefe, pero necesitamos comprobar la relación de Prieto con el secuestro y no tenemos suficientes evidencias para solicitar una orden judicial. Usted es nuestra única posibilidad. Estoy segura de que también hará todo lo posible para que este sujeto responda por lo que hizo.

Casimiro soltó un resoplido, volvió a quitarse la chaqueta y la dejó sobre el respaldo de una silla.

—¡Investigadores! Uno de estos días me voy a largar, y veremos cómo se las van a apañar.

Entonces, soltó un suspiro de padre al que le han ampliado el turno y usó el teléfono de su escritorio, para comunicarse con uno de los departamentos del laboratorio.

—¡Rodríguez, no te vayas, que tenemos trabajo! Avísale a Pino —Barros colgó y negó con la cabeza—. ¿Por qué no le hice caso a mi madre y estudié Medicina?

—Seguro que habría terminado como forense y sería todavía peor —respondió Simón, con una media sonrisa.

Barros lo miró de arriba abajo con el ceño fruncido, antes de dirigirse a Marlene.

—Tu compañero me está empezando a caer muy mal. Y eso que todavía no hemos abierto la bolsa.

Rodríguez y Pino aparecieron, avanzando a paso rápido, cada uno de ellos portando una tableta en la mano.

—¿Qué hay que hacer, jefe?

—Kit de apertura, fotos y a catalogar —ordenó Barros—. Poneos los guantes y aguantad la respiración. Los inspectores, aquí presentes, nos han traído la basura de un sospechoso, para que encontremos muestras de ADN en ella. Así que los insultos y maldiciones se los deriváis a ellos.

Simón dejó la bolsa sobre la mesa, mientras Rodríguez y Pino se preparaban. Casimiro sonrió a Marlene.

—Aguirre y tú no tenéis nada que hacer aquí, Vázquez. Nosotros nos ocuparemos y te avisaré cuando tengamos algo.

La inspectora sonrió.

—Gracias, jefe.

Los policías salieron del laboratorio. Mientras afuera, la noche se enseñoreaba sobre la ciudad, la rutina forense ya se había puesto en marcha en los sótanos de la Jefatura.

53. BUSCANDO RESPUESTAS.

Simón y Marlene dejaron al jefe Barros refunfuñando y regresaron al segundo piso. Aunque ya la jornada tocaba a su fin, a ninguno se le pasó por la cabeza marcharse. No, cuando estaban tan cerca. Ambos policías se encaminaron a paso rápido en dirección a la sala de reuniones, que a esa hora se encontraba vacía. La única iluminación provenía de los fluorescentes del techo y la pizarra conservaba las evidencias congeladas en el momento de la última reunión: flechas quietas, nombres encerrados en círculos… el caso detenido, esperando que alguien volviera a empujarlo.

Marlene destapó el rotulador y los alcanzó el olor de la tinta. A través de la puerta entreabierta se escuchó el chirrido de un carro de limpieza que se alejaba por el pasillo. La inspectora comenzó a anotar datos en la pizarra. Escribió el nombre del nuevo sospechoso y los indicios que lo enlazaban con el caso.

—No tengo duda de que este sujeto está involucrado — sentenció Simón, señalando la pizarra con un gesto de la barbilla.

Su compañera asintió.

—Yo tampoco. Sin embargo, necesitamos evidencias concretas. Lo que tenemos hasta ahora no es suficiente.

El inspector dejó escapar el aire en un suspiro.

—Espero que Científica pueda proporcionarnos esa evidencia. Si el ADN coincide, lo tendremos.

Marlene dio un paso atrás, recorrió la pizarra con la mirada y respiró profundo.

—No me gustaría depender solo del resultado del ADN — reconoció ella—. Siempre existe la posibilidad de que resulte negativo, aunque Prieto esté involucrado. Quiero decir…

Aguirre asintió.

—Estoy de acuerdo. De momento, sabemos que el secuestro lo cometieron al menos dos tíos, y lo más probable es que debamos sumar al autor intelectual a esa lista —razonó el inspector—. Cualquiera de ellos pudo ser quien abusó de la víctima. Si Científica comprueba que el ADN pertenece a Prieto, lo tendremos, pero si no es así… esa coincidencia del 50 % en el ADN no puede ser por casualidad.

Marlene señaló la pizarra con el rotulador.

—Tenemos que investigarlo a fondo. ¿Ves algo más?

Simón estudió la información con detenimiento y ya comenzaba a negar con la cabeza, cuando una voz los interrumpió. La inspectora levantó la mirada y vio a Ignacio en el umbral.

—Los estaba buscando. Teresa me dijo que los había visto entrar aquí.

—¿Tienes algo para nosotros, Ignacio? —preguntó Simón, con un toque de esperanza en la voz.

El subinspector llegó junto a ellos y desbloqueó la tableta que llevaba en la mano, al mismo tiempo que asentía.

—Acabamos de recibir un informe de la DGT. El reconocimiento automático de matrículas ya arrojó los resultados: un SEAT Ibiza con las letras LM en la matrícula se desplazó desde Burgos en dirección a Logroño por la A12, pocas horas antes del secuestro de Doris. Ese dato me permitió reducir bastante la lista, por lo que pude identificar el coche. Pertenece a una agencia de alquiler en Burgos. Me comuniqué con ellos y confirmaron que tienen un Ibiza negro que encaja en la descripción y que fue alquilado la mañana del día del secuestro.

—¿Te dieron el nombre del cliente?

Ignacio asintió, al mismo tiempo que consultaba su tableta.

—Les envié un oficio policial y respondieron de inmediato. Se trata de un sujeto llamado Claudio Prieto.

—¡Genial! —exclamó Simón, al mismo tiempo que señalaba la pizarra—. Ya habíamos relacionado ese nombre con el caso por otras vías.

—Aguardad un momento. ¿No os parece extraño que el secuestrador haya alquilado el coche usando sus datos reales? —

protestó Marlene—. Cualquiera con dos dedos de frente tendría claro que es una torpeza, si su intención era usarlo para cometer un secuestro.

Simón se encogió de hombros.

—Tienes razón. Sin embargo, es un dato que coincide con nuestras propias indagaciones. Después de todo, Claudio Prieto vive en Burgos, fue inquilino de Emilio y no podemos olvidar la coincidencia de su ADN con el que se encontró en la víctima.

—¿Tenemos confirmación por ADN? —preguntó el subinspector, enarcando las cejas.

Marlene lo puso al día con las últimas evidencias, al mismo tiempo que expresaba sus dudas.

—Entonces, existe una alta probabilidad de que Claudio Prieto haya sido uno de los secuestradores —comentó Ignacio.

El inspector Aguirre asintió.

—O que al menos esté relacionado con el secuestro.

—Yo también pienso lo mismo, pero hay algunos detalles que no comprendo —reconoció Marlene—. Por ejemplo, ¿cómo se explica que un mecánico de coches sin ningún antecedente criminal pueda estar involucrado en un caso como este, que implica secuestro, maltrato y un doble homicidio? No le encuentro ninguna lógica.

Simón soltó un gruñido.

—Yo no me confiaría. El hecho de que no tenga antecedentes no es una garantía absoluta. Quizá Claudio es muy listo y ha sido capaz de burlar la Ley hasta ahora.

—¿Muy listo? —Marlene resopló—. Estamos hablando de un tío que usó su verdadero nombre para alquilar un coche, que horas más tarde se vio involucrado en un secuestro. Aquí hay algo que se nos escapa.

Después de pensarlo por un momento, Simón se encogió de hombros.

—No te quito la razón, pero que no tenga antecedentes no lo excluye como sospechoso. Quizá los motivos que lo empujaron a la delincuencia son más poderosos para él de lo que suponemos. También es posible que debido a su falta de experiencia cometiera errores de bulto, como alquilar el coche con su verdadero nombre.

Marlene se quedó pensativa por un momento.

—No termino de verlo. Las personas normales no deciden convertirse en criminales a sangre fría de un momento a otro, aun con fuertes motivos. Casi todos los que llegan a un secuestro o a un homicidio ya tienen un historial desde jóvenes, aunque sea por delitos leves.

Simón se recostó en la silla y alzó una ceja, con media sonrisa

—Eso es cierto en la mayoría de los casos, pero es sorprendente la cantidad de «ciudadanos ejemplares» que un día estallan y hacen una barbaridad. Sin antecedentes, sin historial… y de pronto con un muerto encima. Créeme, a veces el primer delito es el peor de todos.

Su compañera recibió el argumento con un fruncimiento de ceño.

—Sí, es verdad. Yo también lo he visto, pero son casos extremos, casi siempre crímenes directos y no premeditados. Me refiero a que no suelen convertirse en secuestradores por encargo.

—Tal vez, él fue quien encargó el secuestro —intervino Ignacio.

Aguirre paseó la mirada entre sus compañeros y al final la centró en el tablero.

—¿Y si estamos equivocados desde el principio?

—¿A qué te refieres? —preguntó Marlene.

Simón se puso de pie y dio un par de toques al tablero junto al nombre de Prieto.

—Hemos asumido que el secuestro fue perpetrado por dos matones que actuaron por encargo de un tercero…

—Eso fue lo que relató la víctima —le recordó su compañera.

—Y ¿si no fue así? ¿Y si en realidad el autor intelectual fue el propio Prieto? Quizá tenía algún asunto pendiente con Osorio y consiguió un cómplice para cometer el secuestro y los homicidios.

Marlene se dio un par de golpecitos con el índice en los labios.

—Es posible que tengas razón, pero si estás en lo cierto, hay algo que no encaja: ¿Por qué Doris no reconoció a Prieto durante el

secuestro? Fue inquilino de su padre.

Simón se encogió de hombros.

—No me parece tan extraño. La relación de Claudio era con Emilio. Claudio solo era su inquilino, y ya tenemos noticia de que Osorio era muy reservado con respecto a sus negocios. No es descabellado que Doris y Claudio nunca hayan llegado a conocerse.

—Tiene sentido —comentó Ignacio.

Marlene asintió, aunque todavía sentía que había algo que se les había escapado.

Simón echó una ojeada a su reloj.

—En cualquier caso, creo que lo más prudente será esperar a los resultados de Científica. Necesitamos algo más concreto en lo cual fundamentarnos. Ignacio, ¿por qué no te vas a casa a descansar?

El subinspector no necesitó que su superior insistiera. Después de despedirse de sus colegas, abandonó la sala de reuniones, tarareando una tonadilla por lo bajines. Simón esperó a que Zabala se alejara. En cuanto comprobó que estaban solos, se acercó a Marlene y la abrazó.

—¿Qué te parece si nosotros también nos tomamos un descanso y vamos a por un par de pinchos y un café? La jornada promete ser larga, y cualquier discusión sobre este tema tendrá más sentido después de que tengamos los resultados del ADN. Toca esperar y eso también lo podemos hacer delante de un café.

Marlene aceptó la propuesta con una sonrisa.

54. SOBRE LA PISTA.

Simón y Marlene salieron de la Jefatura y los recibió el frío húmedo de la noche que apenas comenzaba. Las luces de las farolas y los coches competían con la oscuridad. Dieron un paseo hasta uno de los bares cercanos, que a esa hora estaba lleno de clientes que huían del frío y de sus agotadoras jornadas. Se trataba de un local sin demasiadas pretensiones, pero acogedor, con ese aire familiar «de toda la vida».

El calor graduado de la calefacción les dio la bienvenida, y el murmullo de las conversaciones, que se mezclaba con el tintineo de los cubiertos, vasos y platos, los acompañó hasta la mesa de la esquina que acababa de desocuparse.

Se les acercó un camarero con mandil y ambos pidieron un refrigerio ligero y vino sin alcohol. En cuanto el empleado del bar se retiró a buscar la comanda, Marlene depositó su móvil entre su compañero y ella, como si fuera un tercer comensal que permanecía de guardia.

Ambos policías conversaron acerca del caso a media voz, mientras la fatiga y el ambiente desenfadado del bar les aflojaban los hombros. El camarero regresó al cabo de pocos minutos y colocó sus pedidos frente a cada uno con cuidado: tortilla y vino sin alcohol. Después de preguntarles si deseaban algo más, se retiró con discreción.

Los policías se centraron en su cena. Cuando Simón le pasó el pan a su compañera, sus dedos la rozaron y ella pretendió interesarse por el parroquiano que acababa de entrar. Aunque el contacto apenas había durado un segundo, Marlene lo siguió sintiendo en su piel como un tatuaje. Ella era consciente del espacio

que su compañero ocupaba al otro lado de la mesa, de su respiración, su perfume y del calor que desprendía su cuerpo.

Los titubeos de Simón le hicieron comprender que él también estaba teniendo dificultades para concentrarse en el caso. Poco a poco, ella consiguió dominarse y mantener el hilo de la conversación. Aun así, ninguno de los dos fue capaz de llegar a nuevas conclusiones.

Ya habían pedido la cuenta, cuando una llamada en el móvil que reposaba sobre la mesa interrumpió la conversación. Marlene cogió el teléfono y después de consultar la pantalla, levantó la mirada.

—El jefe Barros.

Simón envaró la espalda y los músculos de su mandíbula se tensaron, al mismo tiempo que su compañera conectaba los altavoces y respondía la llamada. Del otro lado se escuchó la familiar voz ronca del jefe del laboratorio.

—¿Estáis en la Jefatura o mis chicos y yo somos los únicos pringados que estamos haciendo horas extra?

—Estábamos esperando su llamada, jefe.

Casimiro soltó un resoplido al otro lado de la línea con una mezcla de protesta y sorna.

—Bien, a lo que iba: hemos estado trabajando con el envoltorio de una chocolatina que estaba en el fondo de la bolsa que trajisteis. La muestra de saliva del borde fue suficiente para la comparación. La sometimos a la caja rápida y coincide con el ADN que encontramos en la prenda de la chica. Es el mismo sujeto.

Marlene parpadeó.

—¿Está seguro?

—Tan seguro como que mañana me voy a pedir el día libre por daño moral —bufó, y enseguida suavizó la voz—. Sin ninguna duda, se trata del mismo hombre. Ahora, no lo dejéis escapar.

—Gracias, jefe.

La voz de Casimiro se suavizó.

—Ya sabes que eres de mis favoritas, Vázquez, así que es un placer… aunque esté a punto de mudarme a una litera en el sótano.

Uno de mis chicos ya está redactando el informe. Os lo enviaré en cuanto lo termine.

Marlene terminó la llamada y centró la mirada en su compañero. Simón desplegó una amplia sonrisa.

—¡Por fin! Ya lo tenemos

Los policías pagaron la cuenta y salieron con rumbo a la Jefatura. Apuraron el paso y el aire frío les despejó la cabeza. No necesitaron intercambiar ni una palabra para saber qué era lo que tenían que hacer a continuación. A esa hora, ya la ciudad se estaba recogiendo. Algunas ventanas seguían contribuyendo a la iluminación de la noche, pero poco a poco se iban sumando a la penumbra y el descanso, dejando a las farolas solas en su tarea.

El edificio de la Jefatura parecía abandonado, al punto de que era posible escuchar el zumbido de los fluorescentes. Los pasillos olían a desinfectante de limón y café rancio. En la antesala solo se encontraba el agente de guardia, quien los saludó con la mano cuando entraron, antes de volver a centrar su atención en las pantallas de vigilancia. En cuanto llegaron al despacho de Marlene, ella ocupó su silla y encendió el ordenador, sin siquiera quitarse el abrigo.

—Ya llegó el informe de Científica —anunció la inspectora—, así que solicitaré la orden de busca y captura.

Simón cogió el teléfono fijo que reposaba sobre la mesa.

—De acuerdo, mientras tanto, yo localizaré al juez de guardia.

Después de pasar de un operador a otro, a Simón le llevó algunos minutos encontrar al juez, mientras Marlene trabajaba sobre una plantilla, tecleando con precisión y resumiendo lo más importante. Una hora después, la orden entraba en el correo de la comisaría. En cuanto Marlene anunció que ya la tenían, Simón le hizo un gesto para que esperara, cogió su móvil, activó los altavoces e hizo una llamada. Le respondieron al tercer tono.

—¡Aguirre! Hacía mucho tiempo que no sabía de ti. ¿Dónde te escondes?

—De momento, estoy en Logroño. ¿Te pillo con los pies sobre la mesa o estás metido en harina?

Una risa ronca salió del móvil.

—Me pillas a punto de irme a casa, pero no voy a dejar tirado a un amigo. Suéltalo, colega. ¿En qué puedo ser útil?

—Tengo aquí una orden de busca y captura en vigor por tu zona, con todos los pasos cumplidos. Te la estoy enviando ahora mismo. Se trata de nuestro principal sospechoso de un secuestro en Logroño.

—Copiado. ¿Nivel de prisa?

—El de «sin tiempo para respirar».

—Vale. Pongo a dos de los míos y un coche camuflado. ¿Alguna observación importante?

Simón miró a Marlene. Ella se encogió de hombros.

—Podría haber alguna protesta, pero no esperamos mucho más. No tenemos constancia de que esté armado, pero ya conoces los protocolos de seguridad.

—Sin problema. Reenvía la dirección y la orden al correo de guardia y también al mío personal, por si acaso.

—Hecho. Te llegará en un minuto.

—Aguirre… —Garrido hizo una breve pausa—. ¿Quieres que lo traslademos de inmediato a Logroño, o lo meto al calabozo y os lo subo por la mañana?

—Si es posible, trasladadlo esta misma noche.

—Perfecto. Te escribo cuando lo tengamos en el coche. ¿Algo más?

—Discreción. Que mañana, el vecino del frente no tenga nada que contar.

—Entendido. Conoces mi barrio mejor que yo, «jodío».

Marlene vio el amago de una sonrisa en la comisura de los labios de Simón.

—Gracias, Garrido. Te debo una.

—Me debes varias, pero quién lleva la cuenta.

—Seguimos en contacto.

—Al lío. Burgos fuera.

El móvil quedó en silencio. De inmediato, Marlene se puso manos a la obra y adjuntó la orden al mensaje, al mismo tiempo que Simón le acercaba un *post-it* con el correo personal de Garrido. En

cuanto enviaron la orden, la inspectora soltó un largo suspiro. La maquinaria de la Justicia se había puesto en marcha, así que se permitieron terminar la jornada. Recogieron y salieron de la Jefatura en silencio. La noche avanzaba sin ningún miramiento hacia las preocupaciones humanas. Un nudo atenazó el estómago de Marlene, cuando cruzaron la puerta principal y los azotó el viento frío de la calle.

—¿Irás a casa conmigo esta noche?

Él parpadeó y se tomó unos segundos para responder.

—Me gustaría, pero recuerda que todavía llevo puesta la ropa de ayer. Necesito cambiarme…

Marlene aceptó el argumento con una sonrisa de comprensión.

—Tienes razón.

—Pero, puedo llevarte a casa.

Ella sacudió la cabeza.

—Iré andando. El paseo me ayudará a conciliar el sueño esta noche, después de tanta agitación.

Sin acuerdo previo, ambos se fundieron en un abrazo y se despidieron con un largo beso, que reafirmó su reconciliación.

55. EL INTERROGATORIO.

Al día siguiente, Simón y Marlene llegaron a la Jefatura casi al mismo tiempo. En el módulo de la inspectora, el sol se colaba por las lamas de la persiana sin pedir permiso, como si la ciudad hubiera olvidado la lluvia persistente del día anterior. Marlene fue consciente del murmullo contenido de la respiración de su compañero, la envolvió su olor limpio a jabón recién usado, y percibió el calor que emanaba de su cuerpo. Hizo un esfuerzo por concentrarse y centró la mirada en el informe de Científica que reposaba sobre su escritorio.

Cuando se estaban poniendo de acuerdo acerca de los siguientes pasos del día, Teresa apareció en el umbral. El móvil de la secretaria sonaba en su mano y llevaba una carpeta encajada bajo el codo. Su ceño fruncido y la parquedad de su voz daban fe de que la mañana no le estaba dando tregua. Paseó la mirada por ambos, antes de hablar.

—Vuestro sospechoso ya está aquí. Llegó de Burgos sin novedad y pasó la noche en custodia.

—¿Ha visto a su abogado?

La secretaria asintió.

—Se le contactó mientras era trasladado, y se entrevistó con él anoche mismo, después de que lo ficharon.

Marlene notó la tensión en los hombros y el cuello con los que había amanecido, después de una noche de mal dormir. Aun así, se obligó a sí misma a sonreírle a la secretaria.

—Gracias, Teresa. Haz que lo trasladen a una de las salas de interrogatorio, por favor. Queremos saber qué tiene que decir.

—Por supuesto, inspectora. Sin embargo, la comisaria Calvo me ordenó que los enviara al inspector Aguirre y a usted a su

oficina, en cuanto llegaran.

Teresa regresó a sus actividades sin esperar respuesta. Los policías intercambiaron una mirada, y Simón dejó escapar un suspiro.

—Supongo que el interrogatorio tendrá que esperar unos minutos.

Marlene se levantó y cogió la carpeta de su escritorio.

—Vamos.

Ambos recorrieron el pasillo hasta el despacho de la comisaria, a cuya antesala ya había regresado la secretaria. Después de avisar con un par de golpecitos en la puerta, Teresa les dio paso sin más preámbulos.

Cuando entraron, Marlene percibió el olor a papel y café tibio. Bajo la luz que se colaba por la ventana, Pilar les sonrió. Simón tensó la comisura durante un instante, como si el gesto del rostro de Calvo lo hubiera descolocado. La mirada del inspector buscó refugio en la foto familiar que reposaba sobre el escritorio. La comisaria asintió.

—Ya me enteré del arresto de anoche. Dadme los detalles.

En pocas palabras, Marlene explicó los avances de la investigación. Simón, de pie a su lado, se ajustó la manga y dejó caer un comentario.

—Lo demás lo cerraremos en el interrogatorio.

Pilar centró la mirada en él y enarcó una ceja.

—Espero que los resultados respalden tu optimismo, Aguirre. De momento, os aconsejo prudencia —Los dedos de Calvo rozaron el marco de la foto con ligereza—. Nada de entrar a empujones y no permitáis que se os escape por un tecnicismo. ¡Cuidado con la prensa! No aceptaré excusas si hay filtraciones.

—El informe final estará listo después del interrogatorio —prometió Marlene.

—Muy bien. Continuad. Traedme algo sólido.

Una discreta mirada de la comisaria hacia la puerta les indicó que la reunión había terminado, así que ambos abandonaron el despacho. Teresa continuaba liada, con los ojos fijos en el ordenador

y el teléfono en la oreja. La secretaria los despidió con un gesto y ambos salieron al pasillo.

Marlene le pasó la carpeta a Simón. Él la cogió, rozándole los dedos, y asintió sin pronunciar palabra. Intercambiaron una mirada de entendimiento y emprendieron el camino hacia la sala de interrogatorios.

Prieto y su abogado los esperaban en el módulo número dos. Antes de entrar, los inspectores los observaron por algunos minutos desde el centro de control. Claudio Prieto era un hombre en la treintena, de mediana estatura, con un poco de sobrepeso y una calvicie incipiente. Estaba muy lejos de parecer un matón. Sin embargo, eso no significaba nada. Aunque permanecía sentado, no dejaba de moverse como si tuviera hormigas en los pantalones. Era evidente que su defensor trataba de tranquilizarlo con poco éxito. De vez en cuando, él sacudía la cabeza en respuesta a las palabras del abogado.

Al cabo de cinco minutos, Simón y Marlene consideraron que habían visto lo suficiente y decidieron comenzar el interrogatorio. El pequeño cubículo olía a miedo y Prieto palideció en cuanto los vio aparecer. Marlene ocupó una de las sillas frente al detenido, dejó su libreta cerrada y extendió las manos sobre la mesa con las palmas hacia arriba, como quien se acerca a un cervatillo. Claudio, con la muñeca derecha sujeta a la anilla, se echó un poco hacia atrás, para alejarse de la inspectora, mientras su abogado conservaba una actitud tan impasible, que resultó poco natural. Simón permaneció de pie contemplando el escenario durante un segundo, antes de sentarse a la izquierda de Marlene.

—Señor Prieto —dijo ella, en voz baja y con tono amable—, es mi obligación notificarle que esta entrevista quedará grabada y usted tiene derecho a ser asistido por su abogado en cualquier momento. Yo haré preguntas abiertas para que cuente su versión sin interrupciones. Después aclararemos detalles, ¿de acuerdo?

Claudio asintió sin levantar la mirada. Un tic le subió y bajó la nuez de la garganta.

—Antes de empezar —intervino el defensor con voz pausada —, quiero dejar constancia de que mi cliente sostiene su inocencia.

Marlene asintió con seriedad.

—Quedará anotado en el acta —La inspectora desvió la atención del abogado, para centrarla de nuevo en Claudio—. ¿Conoce usted a la señora Doris Osorio?

—Sí, claro, pero yo nunca le hice nada malo… yo no comprendo…

—Explíquenos cuándo y cómo la conoció. También, cuál ha sido su relación con ella. No excluya ningún detalle.

Claudio soltó un largo suspiro.

—La conocí hace algunos años… cuando yo era inquilino de su padre. En esos días nos vimos en contadas ocasiones. Luego, yo me mudé y perdí el contacto con los Osorio, hasta que… hace una semana, Doris me llamó —La mirada de Prieto se desvió hacia la cámara—. Ella me pidió ayuda.

—¿Doris? —intervino Simón— No la señora Osorio, sino Doris. ¿No es mucha confianza con alguien a quien solo vio en contadas ocasiones hace algunos años?

—Yo… Somos de la misma quinta… Siempre nos hemos tuteado.

Se instaló un silencio incómodo y los policías permitieron que se extendiera, hasta que Prieto se removió en su silla.

—¿Qué tipo de ayuda le pidió Doris?

—Ella… quería irse de casa. Dijo que su marido la maltrataba. Que tenía miedo… que lo creía capaz de matarla.

—Entonces, usted está acusando a la pareja de la señora Osorio de ser un maltratador —lo presionó Simón.

El abogado le tocó el antebrazo.

—Mi cliente solo responderá preguntas concernientes a él.

Marlene asintió sin discutir.

—Así que ella y usted planearon una fuga —Claudio respondió con un asentimiento—. Explíquenos cómo organizaron esa supuesta huida.

El detenido tragó saliva, consciente del peso que cada palabra pronunciada tendría en su futuro.

—Doris había comprado dos móviles «prepago» y me entregó uno. Me comentó que su pareja no sabía de su existencia.

Comenzamos a comunicarnos a través de ellos. Cuando estuvo lista, yo alquilé un coche y fui a recogerla, mientras ella se ejercitaba cerca de casa.

Simón se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en la mesa.

—¿Está diciendo que Doris Osorio se fue con usted por su propia voluntad?

—Sí… claro.

Los policías intercambiaron una mirada.

—¿Qué pasó después? —preguntó Marlene.

—La llevé a Burgos, a mi casa. Allí podía darle refugio.

Aguirre frunció el ceño, al mismo tiempo que su compañera entrelazaba los dedos sobre la mesa. El interrogatorio no estaba tomando el rumbo que esperaban. Se concedió un par de segundos para recomponerse y continuó.

—¿Cuánto tiempo permaneció Doris en su casa?

—Dos días.

—Durante esos dos días, ¿usted salió a trabajar y la dejó sola? —preguntó Simón.

—Sí.

Aguirre frunció el ceño y presionó.

—¿Cometió algún acto de agresión contra la señora Doris Osorio?

—¡Inspector…! —protestó el defensor.

El policía levantó la mano en dirección al abogado para frenar su interrupción.

—En vista de las lesiones que sufrió la señora Osorio mientras estuvo desaparecida, esta es una pregunta válida. Por favor, respóndala.

—Yo nunca la lastimé. ¡Se lo juro!

Marlene intervino, manteniendo el tono amable, pero imprimiendo firmeza a su voz.

—Señor Prieto, encontramos una muestra biológica que le pertenece en la ropa íntima de la señora Osorio. ¿Puede explicarlo?

Claudio tensó los músculos de la mandíbula y apretó los puños, hasta que sus nudillos palidecieron.

—Yo… estuvimos juntos, pero yo no la secuestré. Ella… estuvo de acuerdo en venir conmigo y luego… ella me dijo que estaba agradecida y que yo siempre le había gustado… Estuvimos juntos, sí, pero con su consentimiento…

—Entonces, ¿reconoce que mantuvieron relaciones íntimas? —preguntó Simón, sin cambiar de postura.

—Sí —respondió Prieto con voz casi inaudible.

El abogado carraspeó.

—Mi cliente ha dado una explicación razonable a esa coincidencia del ADN, en la que se basaron para arrastrarlo hasta aquí, sin evidencias concretas contra él.

—¿Sin evidencias concretas? —protestó Simón—. El coche que su cliente alquiló fue visto en la escena del secuestro, él mismo acaba de reconocer que sostuvo relaciones íntimas con la víctima mientras estuvo desaparecida, y solo tenemos su palabra de que hubo consentimiento o de que no la maltrató. ¡Creo que las evidencias hablan por sí mismas!

Marlene sacudió la cabeza.

—La versión de su cliente tiene algunos agujeros, abogado. Una mujer que vio en algunas ocasiones hace años, le pidió ayuda porque su marido la maltrataba y el señor Prieto, en lugar de denunciar lo que estaba ocurriendo, se involucró en un «rescate» del que la víctima regresó con golpes, quemaduras y el cabello rapado. Lo siento, pero no es coherente.

—¡Pero es la verdad! —insistió Claudio.

—¿Por qué decidió ayudarla de ese modo en lugar de denunciar los maltratos? —preguntó Marlene con los ojos entornados.

Prieto bajó la cabeza y suspiró, antes de comenzar a hablar.

—Yo… Cuando Osorio me presentó a su hija, un día que lo acompañó a firmar la renovación del contrato de arrendamiento, ella me encandiló. En esos días, Doris me aceptó alguna invitación a tomar un café, pero no surgió nada de aquellos encuentros. Supuse que yo no le atraía, así que desistí. No volví a saber de ella hasta hace una semana, que fue cuando me llamó para pedirme ayuda.

—Y usted aceptó.

Claudio asintió.

—¿Quién propuso los móviles de prepago? —preguntó Marlene.

—Ella. Dijo que no quería que su marido la rastreara. Me envió… las indicaciones para recogerla —Prieto se humedeció los labios—. Yo solo quería ayudarla.

—¿Notó usted algún signo de maltrato cuando la recogió? —preguntó Simón.

—No.

Marlene continuó presionando.

—Durante esos dos días que Doris permaneció con usted, ¿ella salió de su casa? ¿Recibió visitas? ¿Usó su propio teléfono o el de usted?

—No. Se quedó en el piso. Yo le dejé comida, aunque apenas la probó. Dijo que se le había quitado el apetito y que no quería ver a nadie.

—¿No les avisó a sus padres? —preguntó Simón, de repente.

Claudio negó con la cabeza.

—¿A usted no le sorprendió?

—Ella… dijo que necesitaba tiempo.

Después de intercambiar una mirada con su compañera, Simón se encaró al detenido con el ceño fruncido.

—Mentirnos no es una buena idea, señor Prieto.

Los grilletes tintinearon cuando Claudio agitó sus manos en un gesto que remarcó sus palabras.

—¡Por favor, tienen que creerme! Les estoy diciendo la verdad.

Marlene sintió la tensión en los músculos de su mandíbula, al mismo tiempo que Simón chasqueaba la lengua y presionaba a Prieto.

—¿Pretende hacernos creer que convivió dos días con una mujer que todo el país consideraba desaparecida, pero usted no se enteró?

Prieto miró a su abogado y entrelazó sus dedos para controlar el temblor en sus manos.

—Es posible que suene extraño, pero es así. Yo… estaba viviendo con la mujer de mis sueños. Les juro que durante esos dos días no vi las noticias.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Marlene con voz neutra —. Hasta que Doris volvió a aparecer, las informaciones verdaderas y falsas sobre su secuestro saturaron la televisión y las redes. Me temo que es difícil creerle, señor Prieto.

El abogado puso la mano en el antebrazo de su cliente.

—Dígales lo que me contó a mí.

Prieto asintió y después de soltar un largo suspiro, comenzó su explicación.

—Esa mañana, temprano, Doris me envió un mensaje para avisarme que el día había llegado. Como habíamos acordado, alquilé el coche y conduje hasta Logroño. La recogí cerca de su casa a las dieciocho horas. Durante el trayecto estuvo muy callada, pero lo consideré lógico. Llegamos a Burgos alrededor de las veinte horas…

Simón se apoyó en el respaldo de su silla y cruzó los brazos. Con un gesto de la barbilla, Marlene lo animó a continuar.

—Mi piso tiene dos habitaciones, así que le preparé la principal a Doris y destiné la auxiliar para mí.

—¡Qué considerado! —dijo Aguirre con tono sarcástico.

Claudio bajó la mirada y Simón se ganó una mirada de reproche por parte de su compañera.

—Por favor, continúe, señor Prieto. ¿Qué ocurrió cuando llegaron al piso?

Claudio continuó su relato con la mirada clavada en la anilla que sujetaba el grillete a la mesa.

—Ella apenas comió durante la cena, pero eso no me sorprendió. Cuando terminamos, Doris me dijo que estaba muy cansada y que quería dormir temprano. También me pidió que la acompañara, porque se sentía nerviosa y necesitaba tenerme cerca.

—Usted aceptó, por supuesto —intervino Simón, ya desaparecido el sarcasmo de su voz.

—Sí, señor. Esa fue la razón por la que no vi el informativo de esa noche ni revisé las redes sociales…

Marlene asintió.

—Lo comprendemos. Continúe.

—Doris… ella se mostró muy apasionada y yo la acompañé, hasta que se durmió. Entonces, me fui a la habitación de huéspedes, para dejarla descansar. Lo mismo ocurrió la siguiente noche. Quizá fuera por el exceso de emociones, pero ambas noches yo caí en un sueño muy profundo hasta el día siguiente.

El abogado intervino con actitud firme.

—Inspectores, no pierdan de vista que quizá la señora Osorio puso algo en la comida o bebida de mi cliente durante la cena. De ese modo, se habría asegurado de que el señor Prieto no despertara durante la noche.

Los policías intercambiaron una mirada cuando comprendieron la sugerencia del defensor.

—Una interesante observación, abogado —reconoció Marlene —. Por favor, continúe, señor Prieto.

Claudio asintió y enderezó la espalda, un poco más confiado.

—La última mañana que permaneció como mi huésped, yo salí a trabajar temprano y dejé a Doris durmiendo, al igual que el día anterior. Les juro que no tenía idea de que la estuvieran buscando como víctima de un secuestro. Ella es una mujer adulta y vino conmigo por su propia voluntad. Cuando regresé a casa, Doris tenía moratones en las piernas y el cabello cortado al rape. Yo le pregunté qué le había ocurrido, y ella me confesó que se lo había hecho ella misma.

—¿También se quemó a sí misma? —preguntó Simón con tono escéptico.

—Sí —respondió Claudio con firmeza—. Me pidió que la perdonara, que era algo que le ocurría cuando estaba angustiada. Lastimarse de ese modo la tranquilizaba…

El inspector cogió aire y lo soltó despacio.

—Siga.

—Entonces, Doris me dijo que había cambiado de opinión, y que estaba segura de que echaría de menos a su madre si no regresaba. Así que me pidió que la llevara de nuevo a casa.

—Y usted lo hizo.

—Por supuesto. En medio de la carretera me pidió que detuviera el coche. Ella llevaba una bolsa con cadenas que me había pedido que le comprara.

Simón lo interrumpió.

—¿Eso no le pareció extraño?

—Sí, pero tratándose de Doris, lo extraño es normal, y yo estaba… deseaba complacerla en todo.

—De acuerdo, continúe —le pidió Marlene.

Claudio asintió.

—En el trayecto, ella me ordenó que le entregara el móvil prepago que yo usaba para contactarla y lo arrojó por la ventana. Luego cogió su propio prepago y también lo tiró.

—¿Dónde?

—Circulábamos por la N232. Fue poco antes del cruce con la LR 303.

Los policías volvieron a intercambiar miradas.

—Continúe.

—Me pidió que me detuviera cerca de Treviana. Entonces, bajó del coche y me hizo señas para que siguiera. Yo regresé a casa, y al día siguiente devolví el coche. Eso fue todo.

El abogado tomó la palabra.

—Como pueden ver, mi cliente no ha cometido ningún delito. La señora Osorio lo acompañó por voluntad propia y se marchó cuando ella lo decidió. Ella misma se causó las heridas, así que no tienen nada contra el señor Prieto.

Aguirre sacudió la cabeza.

—No vaya tan rápido, abogado. Todavía debemos comprobar si su cliente dice la verdad.

56. CONTRASTANDO LA DECLARACIÓN.

Una vez terminado el interrogatorio, los detectives salieron de la sala. El pasillo olía a desinfectante y aire renovado. Marlene y Simón regresaron al segundo piso y se encaminaron en dirección al despacho de Calvo. Cuando llegaron a la antesala, Teresa se asomó desde su mesa, con el teléfono encajado en el hombro. Les hizo un gesto para que esperaran y le pidió a su interlocutor que aguardara un segundo.

—La comisaria está ocupada en este momento. Les avisaré en cuanto pueda recibirles.

Ambos policías asintieron y se retiraron. De común acuerdo, decidieron esperar en la sala de reuniones. La declaración de Claudio Prieto daba vueltas en la cabeza de Marlene. ¿Sería posible que dijera la verdad? ¿Se habrían dejado engañar como pazguatos, buscando unos secuestradores que nunca existieron? La inspectora miró de reojo a su compañero. Él avanzaba con paso firme, la mirada fija y la mandíbula tensa. De vez en cuando, se ajustaba la manga. Marlene lo conocía lo suficiente para saber que estaba tan desconcertado como ella.

La sala de reuniones estaba vacía. La luz de los fluorescentes se reflejaba sobre la mesa y la pizarra mostraba los últimos avances de la investigación, que ahora les parecían una burla. Marlene destapó el rotulador y la punta de sus dedos se manchó de tinta. Una piedra se instaló en su estómago y vaciló. ¿Sería posible que todo aquello solo fuera una enorme mentira?

—Si lo que ha contado Prieto es cierto, aunque sea a medias, tendremos que replantearlo todo desde el principio.

Simón se sentó en el borde de la mesa, cruzó los brazos y negó con la cabeza.

—No me creo nada. La declaración de Prieto es descabellada y estoy seguro de que miente. Solo está tratando de librarse de la cárcel.

Marlene llenó sus pulmones de aire, lo contuvo durante algunos segundos y lo soltó despacio.

—Es posible que tengas razón, pero nuestro deber es comprobarlo. Y solo es necesario que un detalle sea cierto, para que todo cambie.

Él soltó el aire por la nariz con energía.

—Está tratando de confundirnos.

—Es una historia extraña —reconoció Marlene—, pero… si lo pensamos bien, podría explicar muchas cosas.

Simón entornó los ojos.

—Te escucho.

Vázquez rodeó el nombre de Doris Osorio.

—Míralo de este modo: de no haber ocurrido el secuestro, Doris habría sido nuestra principal sospechosa —La inspectora comenzó a marcar los argumentos contando con los dedos—. Se beneficiará de la muerte de sus padres. Disfrutaba de su confianza, así que tuvo los medios, y si Prieto no miente, también tuvo la oportunidad.

Simón se quedó pensativo por un momento, y asintió.

—Tienes razón, pero… ¿podemos creernos semejante relato del principal sospechoso?

Marlene se encogió de hombros y colocó la tapa del rotulador.

—Reconozco que es una historia cuando menos, extraña.

—Doris habría tenido que regresar a Logroño desde Burgos, cometer el asesinato y volver al piso de Prieto, sin que este se diera cuenta. Un plan demasiado arriesgado.

—Pero posible. Además, no olvides la sugerencia del abogado —replicó Marlene, sacudiendo el rotulador—. Quizá el sueño profundo de Prieto mientras ella permaneció con él, no era solo

consecuencia del cansancio o las emociones. Pudo haberlo drogado con facilidad.

El inspector se enderezó y cruzó los brazos.

—Es imposible comprobarlo a estas alturas, pero admito que es una posibilidad.

Marlene dio un par de golpecitos a la pizarra con el rotulador.

—Necesitamos comprobar la declaración de Claudio Prieto.

—¿Por dónde crees que debemos comenzar?

Marlene se quedó pensativa por un momento.

—Lo primero que debemos hacer es averiguar si es cierta la historia de las autolesiones. Solicitemos una orden a la jueza, para revisar si Doris tiene antecedentes al respecto.

Aguirre soltó un bufido.

—Puede ser un buen comienzo, pero insuficiente. Aunque comprobemos esos antecedentes en el historial clínico de Doris, no exculparía a Prieto. Él pudo tener conocimiento de ese dato y haberlo aprovechado para sus propios intereses.

—Aun así. Es importante que sepamos si ella se había autolesionado con anterioridad.

Simón apoyó el codo en el otro brazo y la mandíbula en la mano, en actitud pensativa.

—Tampoco debemos perder de vista el coche.

La inspectora entornó los ojos con curiosidad.

—¿En qué estás pensando?

—Si ella hizo el viaje a Logroño ida y vuelta en el Ibiza mientras Prieto dormía, esos kilómetros extra deben haber quedado registrados en el odómetro del turismo.

—Buena idea. Compruébalo con la agencia —Simón asintió —. ¿Qué más sugieres?

—Los móviles prepagados. Si la historia de Prieto es cierta, esos móviles deberían existir, y en ellos podríamos encontrar toda la información que necesitamos para descubrir la verdad…

Marlene marcó desde su teléfono y activó el altavoz. Simón se enderezó, y ella notó cómo él tensaba los músculos de los hombros bajo su camisa. El móvil despertó.

—Aquí, Barros.

—Jefe, soy Vázquez. Necesito un rastreo urgente en los alrededores de la carretera N-232, poco antes del cruce con la LR-303.

—Claro, mujer, ¿algo más? ¿Qué te parece si también detenemos el caudal del Ebro? —soltó con un gruñido—. ¿Qué demonios estamos buscando ahora?

—Dos móviles que la víctima habría arrojado por la ventanilla, según declaración de un testigo, —respondió la inspectora con tono amable.

—Se trataría de un tramo corto —intervino Simón—. Después de las recientes lluvias, podrían estar medio enterrados.

—¡Fantástico! Barro hasta las orejas —resopló Casimiro—. Vale. ¿Kilómetro aproximado?

Marlene miró a Simón; él levantó dos dedos, calculando.

—Entre el 405 y el 407, sentido oeste. Le envío un croquis en un minuto.

—Mándamelo cuanto antes —dijo Barros—. Pongo a dos parejas con linternas y, si hace falta, peinamos a pie. A ver si hoy llego a la cena.

—Le debo un café enorme —añadió Marlene, esbozando una sonrisa.

—Para las cenas que me prepara mi mujer, tampoco me pierdo tanto. De todos modos, apúntalo en la libreta de los milagros. Si lo encontramos, os avisaré enseguida. Y que tu socio no me reviente la central de mensajes con audios, que conozco a los de su tipo.

—Ni una nota de voz —prometió Simón, después de soltar una carcajada.

—Más te vale, Aguirre. Me pongo a ello —cortó Barros.

Marlene exhaló despacio con el silencio de fondo. Simón abrió el mapa en el móvil, buscó la N-232 y marcó el tramo entre los kilómetros 405 y 407, sentido oeste. Hizo un pantallazo, trazó con el dedo una línea roja sobre la carretera, guardó la imagen como PDF y la envió a Científica de inmediato.

En ese momento. Teresa se asomó y les avisó que la comisaria ya se había desocupado y los estaba esperando. Simón y

Marlene la siguieron hasta el despacho de Calvo. Pilar los esperaba con la mirada expectante.

—¿Y bien? ¿Qué habéis averiguado? ¿El sospechoso fue el responsable de los crímenes? ¿Tenemos al secuestrador y asesino en nuestras celdas?

Los inspectores intercambiaron una mirada, antes de informarle sobre las declaraciones de Prieto. Calvo los escuchó en silencio y permaneció pensativa por algunos segundos, con el rostro impasible.

—Esto podría cambiarlo todo, pero tenemos que dar pasos muy firmes y estar muy seguros de cada uno de ellos. En este momento, Doris Osorio goza de la simpatía de los medios de comunicación y la opinión pública. No podemos sugerir que ella estuvo involucrada en el asesinato de sus padres, a menos que dispongamos de pruebas irrefutables.

Simón y Marlene asintieron. Después de recibir instrucciones precisas, ambos regresaron al despacho de la inspectora. Al mismo tiempo que Marlene redactaba un informe, para solicitarle a la jueza una orden que les permitiera acceder a la historia psiquiátrica de Doris Osorio, Simón se ocupó de comunicarse con la agencia de alquiler de coches.

57. COMPROBANDO INFORMACIÓN.

En el despacho de Marlene se imponían el olor del plástico caliente y el papel húmedo. Mientras trabajaba, la inspectora escuchó a su compañero hablando por el móvil. Después de comunicarse con la jueza, Marlene centró su atención en la redacción del informe que le había exigido. Sus dedos volaron por el teclado y su mirada se mantuvo fija en la pantalla, releyendo cada palabra que escribía, para asegurarse de que el relato sobre los hechos no tuviera ninguna grieta. Era fundamental contrastar la historia del sospechoso con la de su presunta víctima. La inspectora levantó la mirada por un segundo, para comprobar los avances de Simón. Él acababa de terminar su propia llamada y esperaba con paciencia, mientras la luz plomiza que se filtraba por la persiana dibujaba franjas sobre su rostro.

Marlene experimentó una sensación agridulce. Por fin algo encajaba en aquel desconcertante caso. Sin embargo, un detalle amargaba su entusiasmo. De resultar ciertas las declaraciones de Prieto, ellos mismos habrían sido comparsas en el juego engañoso de la supuesta víctima.

Cuando la inspectora Vázquez envió el informe, levantó la mirada hacia su compañero. Era evidente que Simón estaba ansioso por revelar el resultado de su conversación.

—¿Qué averiguaste? —lo animó Marlene.

—Todavía nada —reconoció él—, pero tenemos una cita en la agencia de alquiler de coches. El gerente nos está esperando.

Ambos policías salieron de la Jefatura. Simón se incorporó a la AP-68. Una hora y cuarenta minutos después, aparcó el Volkswagen frente a la agencia de alquiler de coches, en Burgos. El local era una oficina modesta, cuya cristalera ocupaba media pared.

Los policías entraron y los recibió el olor viejo de la humedad en espacios mal ventilados. Un empleado con cara de aburrimiento se encontraba detrás del mostrador, el cual estaba repleto de folletos y formularios. Levantó la mirada en cuanto los policías entraron. Ya se disponía a ofrecerles los servicios de la agencia, cuando ambos cortaron sus intenciones levantando las credenciales al mismo tiempo. Las cejas del empleado se elevaron en arcos perfectos.

—¡Queremos hablar con el gerente! —anunció Simón—. Nos está esperando.

—Eh… sí, claro. Síganme, por favor.

El joven los condujo a través de un pasillo estrecho, que terminaba en un despacho. Después de anunciarlos, les permitió pasar. Se detuvo un momento en la puerta, como si buscara una excusa para quedarse y satisfacer su curiosidad, hasta que su jefe le hizo un gesto para que se marchara. Solo entonces, salió y cerró la puerta. Marlene no tuvo dudas de que permanecería detrás, tratando de enterarse de lo que estaba ocurriendo.

El gerente era un hombre de mediana edad, con el nudo de la corbata flojo y expresión inquisitiva. Asintió cuando Simón le recordó su llamada.

—Hice las indagaciones que me pidió, inspector. Por aquí lo tengo —dijo, al mismo tiempo que abría un archivo que ya había localizado en su ordenador—. Claudio Prieto alquiló un SEAT Ibiza negro. Eso fue hace tres días. Lo devolvió ayer, a primera hora de la mañana. Todo en orden.

Marlene asintió.

—Nos interesa el kilometraje que recorrió.

—Puedo asegurarle que el cliente hizo un uso intensivo del coche. Recorrió quinientos noventa y seis kilómetros en esos dos días.

Simón parpadeó, y al cabo de algunos segundos se cruzó de brazos.

—Entre Burgos y Logroño hay unos ciento treinta kilómetros.

Marlene ya había hecho sus propios cálculos.

—El recorrido concuerda. Un viaje de ida y vuelta para recogerla, otro para llevarla a Treviana y regresar de nuevo. La

distancia entre Burgos y Treviana es un poco menos que hasta Logroño. Faltaría un tercer viaje completo de ida y vuelta…

Simón completó la idea.

—Lo que falta es la distancia que Doris recorrió para llegar hasta el piso de sus padres y luego regresar con Prieto—. El inspector se quedó pensativo por un momento—. Por lo visto, vamos a tener que prestar atención a las declaraciones de nuestro principal sospechoso.

Los policías le dieron las gracias al gerente por su colaboración y regresaron a Logroño. Recorrieron el trayecto, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Marlene le daba vueltas en la cabeza a los detalles de la declaración de Prieto, que ahora veía con una nueva perspectiva. Suponía que a Simón le ocurría lo mismo.

Cuando él aparcó en la Jefatura y accionó el freno de mano, ella se volvió hacia su compañero.

—Y ahora, ¿qué?

Simón soltó un suspiro y se ajustó la manga.

—Creo que es más importante que nunca investigar a Doris Osorio.

—Tal vez deberíamos comenzar por comprobar la veracidad de sus lesiones —sugirió la inspectora.

Aguirre asintió.

—Estoy de acuerdo. Si lo que dijo Prieto es cierto, es probable que existan registros de autolesiones en el historial de Doris.

Marlene se quedó pensativa por un momento.

—Es posible, pero… la existencia o no de dichos registros no sería suficiente para probar nada en sí mismo. Quiero decir… con un motivo suficiente, pudo autolesionarse, aunque nunca lo hubiera hecho con anterioridad. Por otro lado, aun cuando el antecedente existiera, eso no demuestra que sus heridas actuales no sean auténticas.

—Es cierto —reconoció Simón—, pero si ya se ha autolesionado con anterioridad, es un indicio de que es capaz de hacerlo.

—¿Y si es él quien miente? —preguntó Marlene—. Quizá sí cometió el secuestro y la agredió. Tal vez fue él quien hizo ese segundo viaje de ida y vuelta a Logroño. O tal vez lo hicieron juntos.

El inspector soltó un largo suspiro.

—Tampoco podemos descartarlo todavía. Si te soy honesto, no hubiera dado un euro por la veracidad de las declaraciones de Prieto, pero después de haber comprobado el kilometraje del coche, comienzo a tener mis dudas.

Marlene se recostó en el respaldo del asiento y miró a la lejanía a través del parabrisas. Cuando habló, su voz apenas era un murmullo.

—¿Crees que Doris fue capaz de asesinar a sus padres? ¿Por qué motivo?

—Tal vez por la herencia —sugirió Simón, con un encogimiento de hombros—¿Quién sabe? En cualquier caso, las últimas evidencias apuntan hacia ella.

—¿No estás siendo un poco cínico?

Simón se ajustó la manga y negó con la cabeza.

—Debemos tener en cuenta que, de no haber existido el secuestro, Doris habría sido nuestra principal sospechosa, por ser la beneficiaria directa del patrimonio de sus padres. Ahora, las declaraciones de Prieto abren la posibilidad de que todo fuera un montaje, una forma de desviar nuestra atención y confundirnos. Eso explicaría por qué este caso no parece tener ni pies ni cabeza. Debemos investigar esta teoría, sin descartarla *a priori*.

—Supongo que tienes razón. ¿Qué hacemos ahora?

—¿La jueza ya habrá enviado la orden?

La inspectora consultó el correo oficial de la Jefatura y asintió.

—Ya está disponible. Vamos.

El Volkswagen avanzó despacio por el aparcamiento, mientras el sol de la tarde se reflejaba en el parabrisas. Al mismo tiempo que Simón activó el intermitente, el móvil de Marlene vibró en la palma de su mano. Respondió, activó los altavoces y dejó el teléfono en el portaobjetos de la consola central.

—Nos alegra recibir su llamada, jefe. Espero que signifique que tiene buenas noticias para nosotros —lo saludó Marlene.

—Buenas noticias… —gruñó Casimiro con afecto—. No me dais tregua ni a la hora del pincho, pero, en fin, a lo que voy: uno de los dispositivos impactó contra el arcén y quedó inmovilizado entre la grava y los matorrales. El otro no fue posible encontrarlo. Es probable que cayera en el río y fuera arrastrado por la corriente. Buscarlo exigiría mucho tiempo y recursos, sin garantía de resultados.

Marlene sintió cómo se formaba un nudo en su estómago. Miró de reojo a Simón. Él mantuvo los ojos en la calzada, pero tensó los músculos de la mandíbula.

—Es posible que exista suficiente evidencia en el móvil que ya se encontró, jefe. ¿Está en buen estado? —preguntó la inspectora.

—Lo suficiente. Ya se lo enviamos a Toni. Ahora es su problema.

—Gracias, jefe.

—De nada, hija. Y a ver si para variar, hoy me dejáis cenar. Que entre vosotros y el pesado de Haro… En fin, yo ya cumplí.

Barros terminó la llamada.

—Es una evidencia más a favor de Prieto —comentó Marlene.

Simón se mordió los labios y asintió.

Llegaron al hospital algunos minutos después. Los policías averiguaron dónde se encontraba el despacho de Amparo García, la psiquiatra que había atendido a Doris en su ingreso, y se encaminaron hacia allí. Tuvieron la suerte de encontrar a la doctora pasando consulta, y de que aceptara recibirlos entre un paciente y otro.

El consultorio olía a papel seco y a colonia suave. Amparo los invitó a sentarse con un gesto. Marlene ocupó una de las sillas frente a ella, mientras Simón permanecía de pie, como si esperara tener que salir corriendo de un momento a otro.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó la doctora García.

La inspectora le mostró el PDF de la orden con la firma digital de la jueza.

—Necesitamos determinar si Doris Osorio tiene registros de autolesiones en su historial clínico.

—Pero ¡la señora Osorio es la víctima! —protestó García.

Los policías le sostuvieron la mirada, impasibles. Amparo miró primero el móvil, luego a Marlene y después a Simón.

—Comprenderán que revelar la información de la historia de una paciente resulta muy incómodo para mí —Amparo se quedó pensativa por un momento, como si considerara sus opciones—. Sin embargo, ante una orden judicial no tengo alternativa. Espero que sepan lo que están haciendo.

Simón y Marlene guardaron silencio, dejando claro que las explicaciones sobraban. Con un suspiro, la psiquiatra abrió la historia de Doris en su ordenador.

—De entrada, no hay registro de historial de autolesiones.

La inspectora intercambió una mirada con su compañero y frunció el ceño.

—¿Existe la posibilidad de que haya recibido tratamientos por privado, de los que no haya quedado constancia aquí?

Amparo se encogió de hombros.

—Es posible, pero no probable. Doris estuvo en seguimiento en este mismo hospital cuando tenía diecisiete años.

—¿El motivo? —preguntó Aguirre.

—Tenía problemas de consumo, pero no existe ningún registro de autolesiones.

—¿Tampoco hay nada que lo sugiera? —insistió Marlene.

Amparo negó con la cabeza.

—Nada al respecto en su historial. Sufrió ansiedad, tuvo algunas recaídas puntuales… pero no hubo autolesiones… Una conducta tan significativa como esa no le habría pasado desapercibida a su terapeuta. Por otro lado, si recibió algún tratamiento por privado y no lo reportó, eso ya se habría escapado de nuestras manos.

Después de agradecerle a la psiquiatra por su colaboración, los policías abandonaron el hospital. El Volkswagen rodó sin prisas por las calles de Logroño, en dirección a la Jefatura. Marlene echó una ojeada a los retrovisores y volvió a la pantalla del móvil, sin

abrir ninguna aplicación. Solo para tener las manos ocupadas. Simón conducía con los hombros tensos, atento al tráfico y los semáforos. El silencio los acompañó, mientras las ideas se ordenaban.

—Así que no hay historial de autolesiones —comentó Marlene.

—En la Sanidad Pública —puntualizó Simón.

Volvieron a guardar silencio durante el resto del trayecto, hasta que el golpeteo leve del intermitente anunció su llegada a la Jefatura.

Una vez en el despacho de Marlene, Simón se sentó frente a su compañera y comenzó a exponer sus pensamientos.

—Muy bien. Vamos por partes: de acuerdo con la confirmación de la agencia de alquiler de coches, es posible que Doris haya usado el Ibiza para trasladarse desde Burgos hasta Logroño, y que fuera ella quien les quitó la vida a sus padres. De manera que además del motivo y los medios, tuvo la oportunidad.

La inspectora cogió aire y lo contuvo.

—No perdamos de vista al propio Prieto —argumentó ella—. De momento, lo único que apunta a Doris es su declaración, pero él también pudo hacer ese recorrido en el coche…

—No olvides el móvil. Estaba justo donde Prieto señaló.

Vázquez entornó los ojos ante la observación.

—Tendremos que esperar para saber qué revela ese móvil, si después de todo, revela algo —opinó ella—. Él mismo pudo arrojarlo por la ventanilla.

Simón bajó la cabeza, al mismo tiempo que soltaba un suspiro.

—Reconozco que tienes razón, pero vamos a considerar por un momento que Prieto dice la verdad y que ella mintió acerca de sus lesiones.

—¿Adónde quieres llegar? —preguntó Marlene.

—Con antecedentes o sin ellos, si Doris se autolesionó, esto tuvo un objetivo…

—Desviar la atención. Que no la consideráramos sospechosa del asesinato de sus padres —Simón asintió—. Es una teoría interesante, pero necesitamos probarla. ¿Qué hacemos con Prieto?

Aguirre se quedó pensativo por unos segundos.

—Aunque todavía no podemos estar seguros, es probable que solo se trate de un tonto útil, al cual Doris manipuló a su antojo. Sin embargo, también podría ser él quien está tratando de engañarnos. Hasta que no comprobemos si dijo la verdad o no, sigue siendo el principal sospechoso.

—¿Sabes que su abogado podría liberarlo en cualquier momento? En especial, porque no tiene antecedentes.

—Es cierto, pero eso no impide que lo mantengamos bajo vigilancia y que volvamos a por él, si es necesario.

58. ATANDO CABOS.

Ya en el despacho de Marlene, la luz entraba filtrada por las lamas de la persiana, dibujando franjas oblicuas sobre la mesa. El ventilador del ordenador se escuchaba como una música de fondo y redistribuía el olor tenue del papel. Simón y Marlene estaban centrados en la discusión del caso. Mientras los policías trataban de dilucidar qué había detrás de aquella red de mentiras, y se esforzaban en elaborar la mejor estrategia para identificar al verdadero responsable de los crímenes, un mensaje entró en el móvil de Marlene. Ella lo leyó en silencio, miró a su compañero y asintió.

—Toni ya tiene información para nosotros.

Una sonrisa esperanzada se dibujó en el rostro del inspector, quien dio un golpe con la palma de la mano sobre el escritorio y se puso de pie.

—Bien, ahora sabremos la verdad.

El pasillo del sótano tenía un tufillo a aire reciclado. Cuando cruzaron la puerta del laboratorio de informática, Marlene escuchó el zumbido de las torres abiertas y la alcanzó el olor del plástico caliente. Toni apareció desde detrás de un monitor, con su cara de chaval y su eterna sonrisa. En su camiseta se podía leer: «Yo no ronco, sueño que soy un tigre».

—¡Ya estáis aquí! Sí que os habéis dado prisa. Venid.

Sin esperar respuesta, el joven informático los llevó hasta una mesa donde reposaban varios móviles que mostraban sus entrañas sin pudor.

—A ver —dijo, al mismo tiempo que recogía un teléfono con una pegatina numerada—. Este es el que encontró Científica. Analicé su contenido.

Marlene enlazó los dedos, al mismo tiempo que Simón cruzó los brazos y asintió. Toni comenzó su explicación, sin ser consciente de la impaciencia contenida de los policías.

—Lo primero que me llamó la atención fue que solo tenía instalado un programa de chateo. Y un solo contacto.

—Solo se usaba para comunicarse con una persona —precisó el inspector.

Toni asintió.

—¿A quién pertenece el móvil? —preguntó Marlene en voz baja.

—A Doris Osorio, la víctima de vuestro caso. Por otro lado, su único contacto era un tal Claudio.

—El presunto secuestrador —comentó Simón.

Toni asintió.

—En fin, lo que encontré en ese chat fue que Doris y Claudio planificaron que ella huyera de su casa. Doris insistía en que su pareja la maltrataba, y que le tenía miedo. Claudio intentaba calmarla, pero ella argumentaba que estaba desesperada. También le escribió que siempre estuvo colada por él, pero que sus padres se habían opuesto.

Marlene sintió cómo aumentaba la tensión en los músculos de su mandíbula.

—¿Qué más? —preguntó Simón.

—Todo fue idea de Doris. El plan consistió en que él iba a alquilar un coche para recogerla en el camino, cuando ella saliera a correr.

—¿Mencionan fechas?

—El día y la hora acordados coinciden con el supuesto secuestro.

Simón soltó un breve resuello, ese que Marlene sabía que significaba qué él veía el camino despejarse.

—Ya la tenemos. Es evidente que ella planificó un autosecuestro para asesinar a sus padres y quedar impune.

Toni enarcó las cejas.

—Yo os revelo lo que hay. Las conclusiones os las dejo a vosotros. Si queréis, os exporto la conversación y el registro de

ubicación.

Marlene asintió.

—Hazlo. Y guárdanos una copia en el servidor, Toni.

—Marchando. —El informático tecleó con rapidez—. Y oye, si me traéis otro trasto antes de la cena, me cambio la camiseta por una de «Héroes Anónimos».

Después de agradecerle su ayuda a Toni, los inspectores subieron al segundo piso y se encaminaron al módulo de Marlene. Una vez allí, elaboraron el informe para el juez de guardia, solicitándole una orden de busca y captura contra Doris Osorio Márquez.

Un par de horas después, se hicieron acompañar por un coche patrulla en dirección al chalé de Carlos Vidal. La noche olía a seto húmedo y gasolina fría. Marlene sintió el habitual nudo en el estómago que siempre la acompañaba en los momentos decisivos. Miró de reojo a su compañero, cuya mirada estaba fija al frente y avanzaba a su lado con paso firme. Una pareja de agentes los seguía en silencio. La inspectora tocó el timbre y escuchó los pasos detrás de la puerta.

Carlos Vidal abrió y sus cejas se alzaron al verlos.

—Inspectores. ¿Ha ocurrido algo? ¿Encontraron a los secuestradores?

—Señor Vidal —dijo Marlene, con tono amable, pero áspero —. ¿Está la señora Osorio?

—Sí, claro… está descansando. Pero ¿qué…?

—¿Podemos entrar? —preguntó Simón.

Marlene no esperó respuesta. Cruzó el umbral con decisión, forzando a Vidal a hacerse a un lado para dejarles pasar. El salón olía a cera y a ambientador floral. Doris se encontraba tendida en el sofá, con una manta sobre las piernas y la barbilla levantada, como si esperara una explicación. Sus ojos se cruzaron con los de Marlene.

—¿Ustedes otra vez? —dijo con tono de hastío, al mismo tiempo que apagaba el televisor con el mando—. ¿Hasta cuándo tendré que soportar todo esto?

Simón se quedó junto a Marlene con una quietud que distaba mucho de ser tranquilizante. Los guardias cerraron el perímetro sin

esperar instrucciones.

Marlene sacó la orden de la carpeta que llevaba en la mano y se la entregó a Doris.

—Señora Osorio, en virtud de esta orden judicial, usted queda detenida por simulación de secuestro, así como por su presunta participación en el homicidio de Emilio Osorio y Brígida Márquez. Tiene derecho a guardar silencio, a no declarar contra sí misma, a designar abogado y a que se comunique su detención a un familiar o persona de su confianza. La reconocerá un médico si lo solicita. ¿Ha entendido sus derechos?

Después de un parpadeo lento, Doris frunció los labios como si tragara una afrenta.

—¿Cómo se les ocurre? Esto es un disparate. ¡Yo soy la víctima!

Carlos miraba a uno y otro, hasta que se centró en su pareja.

—Doris… ¿Tú sabes de qué están hablando?

—Señor Vidal —intervino Simón, manteniendo un tono contenido—, por favor, manténgase al margen y no interfiera. Puede acompañarnos a la Jefatura para declarar, si lo desea.

—Pero si yo… ¡No entiendo nada!

Marlene suavizó la voz y su mirada se volvió más amable.

—Lo comprendo, señor Vidal. Todo esto debe ser muy confuso para usted. Le explicaremos el procedimiento más tarde. Ahora necesitamos que se aparte.

Doris se incorporó despacio, como si cada movimiento fuese una demostración de su fragilidad. Ladeó la cabeza y extendió las muñecas.

—Espero que no sea necesario. No soy una persona fuerte ni violenta.

—Es protocolo —respondió Marlene con tono seco.

La inspectora hizo un gesto y la agente le colocó los grilletes con delicadeza profesional. El clic metálico pareció cerrar un ciclo.

La mirada de Doris se centró en Simón, cargada de desamparo.

—Quiero llamar a mi abogado.

—Podrá hacerlo cuando lleguemos a la Jefatura —respondió el inspector con voz cortante.

Al salir a la calle, el aire frío limpió el mal sabor de boca que le había quedado a Marlene. Sintió a Simón a su lado como una presencia conocida y segura.

Cuando llegaron a la Jefatura, mientras los agentes se ocupaban de que Doris cumpliera con los trámites del fichaje y solicitara un abogado, Simón y Marlene se encaminaron al despacho de la comisaria Calvo, para presentarle su informe.

Pilar escuchó el desenlace de la investigación con expresión neutra, hasta que le confirmaron que Doris Osorio ya se encontraba en una de sus celdas. Solo entonces, después de detener la mirada en el retrato sobre su mesa por un segundo, la comisaria sonrió a los inspectores.

—Os felicito. Ahora, cuento con vosotros para que el cierre del caso sea impecable. Debéis tener cuidado de que no quede ningún resquicio del que pueda valerse el defensor, para liberar a semejante asesina. Reuniremos al equipo después del interrogatorio, para ponernos al día.

En cuanto salieron del despacho de Calvo, los policías decidieron esperar en la sala de reuniones, previo paso por la máquina de café. Con un vaso de la infusión caliente en la mano de cada uno, centraron su atención en la pizarra y anotaron las evidencias de las últimas horas.

—Ahora todo encaja —sentenció Marlene con satisfacción.

Simón asintió.

—Es evidente que Doris no estaba dispuesta a esperar para cobrar su herencia, ni a compartirla, así que decidió asesinar a sus padres.

—¿Crees que se enteró de que ellos querían incluir a Robledo como heredero?

Simón entornó los ojos.

—No es descabellado. Quizá el mismo Emilio se lo notificó. Y sin saberlo, firmó su propia sentencia.

Un escalofrío recorrió a Marlene de pies a cabeza. Se frotó los brazos para mitigarlo.

—Se me pone la piel como escarpias con la sangre fría de esa mujer.

—Es evidente que planificó el falso secuestro con la intención de salir impune —continuó Simón—, y para ello utilizó a Claudio Prieto como tonto útil.

La inspectora asintió.

—Una estratagema muy astuta que tuvo la finalidad de conseguir una coartada perfecta y que desvió nuestra atención lo suficiente, para que ni siquiera consideráramos incluirla en la lista de los principales sospechosos.

—Y casi consigue engañarnos —reconoció Simón.

—Casi, pero si al chat del teléfono que Científica encontró en la autopista, le sumamos las declaraciones de Claudio Prieto y los kilómetros extra que recorrió el Ibiza, tenemos suficiente evidencia para acusarla.

Los policías continuaron discutiendo los detalles y prepararon una estrategia para el interrogatorio. Al cabo de media hora, Teresa se asomó a la puerta y les comunicó que la sospechosa los esperaba, junto con su defensor.

Simón y Marlene se encaminaron al piso superior, y después de hablar con el agente a quien le correspondían las grabaciones de la sala de interrogatorios número tres, avanzaron con paso firme al encuentro con Doris Osorio.

La sala olía a desinfectante barato y a cansancio. La cámara roja en la esquina parpadeaba como un testigo mudo de todo lo que ocurría entre esas cuatro paredes. Doris estaba sentada detrás de la mesa metálica, con la muñeca derecha sujeta a la anilla por un grillete, que tintineó cuando ella movió la mano. A su lado, el abogado permanecía inmóvil y atento.

Marlene tomó asiento frente a ella, sin quitarse el abrigo. Después de dejar la carpeta sobre la mesa, clavó la mirada en la detenida con una severidad que surgió de lo más profundo de sus entrañas. Simón se quedó de pie, apoyando las manos en el respaldo de la otra silla y de alguna manera, consiguió mantener una expresión neutra.

—¿Qué significa todo este circo? —saltó el abogado, inclinándose hacia ellos—. Mi clienta ha sido una víctima y están tratándola como a una criminal.

Marlene ignoró al defensor y clavó la mirada en la mujer.

—Se acabó el juego, Doris. Lo sabemos todo —sentenció con voz cortante.

Doris levantó la mirada un milímetro, pestañeó despacio y dejó escapar un suspiro de agobio.

—No sé de qué me están hablando.

Simón intervino en voz baja, pero firme.

—Hemos encontrado uno de los móviles que arrojaste por la ventanilla del Ibiza. Y también hemos leído el chat de tus comunicaciones con Claudio Prieto.

El inspector empujó la carpeta que se encontraba sobre la mesa, para acercarla al abogado. Marlene no apartó la vista de Doris, quien contuvo la respiración por un segundo, antes de recomponerse. El defensor abrió la carpeta con un suspiro de hartazgo, que desapareció en cuanto sus ojos recorrieron las páginas del informe. La cerró de golpe cuando llegó a las conclusiones, se humedeció los labios y murmuró entre dientes:

—Necesito hablar con mi clienta, en privado.

Marlene recogió la carpeta con calma, sin dejar de mirar a Doris. La anilla del grillete volvió a tintinear cuando la joven tragó saliva.

—Tienen cinco minutos —dijo la inspectora, al mismo tiempo que se levantaba de la silla. Simón asintió y usó la llave magnética para abrir la puerta.

Afuera, el pasillo los esperaba con su silencio de hospital nocturno. Los dos cerraron la puerta a sus espaldas con un clic breve, dejando el murmullo urgente del abogado en el interior de la sala.

Simón y Marlene les concedieron el tiempo que prometieron al defensor. Esperaron junto a la puerta durante cinco minutos y volvieron a entrar. El olor a metal húmedo y miedo invadió las fosas nasales de la inspectora. La actitud de Doris había cambiado. Su

mirada era de derrota. Entonces, miró al abogado de reojo y él asintió.

—La señora Osorio ha decidido hacer una declaración.

59. LA ÚLTIMA DECLARACIÓN

Doris refugió la mirada en el borde de la mesa y la luz blanca resaltó la palidez de su rostro. El abogado, sentado a su lado, mantenía la espalda recta y la mandíbula tensa. Mientras se acercaba a la mesa, Marlene escuchó el eco de sus propios pasos, acompasados con los de su compañero. No necesitaba ver a Simón para sentir su presencia. La inspectora ocupó la silla frente a la detenida y clavó la mirada en ella, sin darle tregua. Simón permaneció de pie, un par de pasos por detrás de su compañera. Ella sabía que él mantenía los pies separados y los brazos cruzados, en esa pose tan suya que adoptaba cuando no quería dejar fisuras. Marlene echó una ojeada al punto rojo parpadeante de la esquina, asegurándose de que la cámara estaba funcionando. Entonces, se inclinó hacia adelante y dio una palmada sobre la mesa para atraer la atención de Doris. La inspectora cogió aire y recitó para la grabación:

—Siendo las 19:42 horas del día 17 de octubre de 2025, en la Jefatura Superior de Policía de Logroño, comienza la declaración de la detenida Doris Osorio, asistida por su abogado. Se procede a la grabación íntegra.

Doris levantó la cabeza despacio con una mirada de súplica que no tuvo eco en los ceños fruncidos de los policías. El abogado apoyó una mano en su antebrazo para animarla.

—A partir de ahora, mantendremos un tono formal —le anunció Marlene—. Puede comenzar su declaración, señora Osorio.

Doris habló despacio y en voz baja, como si cada palabra necesitara ser arrancada con pinzas.

—Todo comenzó un par de semanas antes, cuando mi padre me invitó a comer el domingo. Me dijo que mi madre y él habían

decidido incluir a Antonio Robledo en su testamento.

—Y eso no le gustó, por supuesto —precisó Simón.

La joven Osorio rechinó los dientes y su voz subió un poco de volumen.

—Robledo, un extraño que no tiene nada que ver con mi familia, que es un advenedizo. Un don nadie que no tiene ningún derecho a quedarse con una parte de mi herencia.

—Se enfadó —la pinchó el inspector.

—Sí, me enfadé. ¡Era mi herencia! ¡Estaba en mi derecho! Grité, me rebelé, les amenacé con no volver a hablarles nunca más, pero mi padre estaba decidido y mi madre lo respaldó. Me dijeron que Antonio se comportaba como un hijo con ellos. ¡Qué, incluso, era más considerado que yo! Fue entonces cuando comprendí que tenía que hacer algo si quería conservar el patrimonio al que tengo derecho.

Marlene miró de reojo a Simón, que no movió ni un músculo.

—Continúe —la instó la inspectora.

Osorio se frotó la cara con las manos.

—Decidí que yo misma tendría que evitar que mi padre pudiera cambiar el testamento. Debía darme prisa. Entonces, recordé a Claudio Prieto. Era un imbécil que siempre estuvo enamorado de mí, qué creyó que yo podría fijarme en él. Sabía que si jugaba bien mis cartas, conseguiría que hiciera lo que yo quisiera sin preguntas.

—Así que lo utilizó…

Doris asintió.

—Soy más lista de lo que todos creen. Compré un par de móviles prepago para evitar que me rastrearan. Usé uno de ellos para llamar a Claudio al número que me había dado cuando canceló el contrato de arrendamiento con mi padre. Él respondió de inmediato. Yo me mostré amable y afectuosa. Acordamos un encuentro en una cafetería y entonces le dije que quería mantener la comunicación con él, pero que el hombre con el que vivía era muy celoso, así que le entregué el segundo móvil. Establecimos una comunicación por chat y me fui ganando su confianza, hasta que le

dije que mi pareja me maltrataba y que quería irme de su lado, pero que no me atrevía, porque le tenía miedo.

—¿Prieto nunca dudó de usted?

—Por supuesto que no. Se lo tragó completo.

—Lo manipuló —precisó Aguirre.

—Claudio estaba encantado con su papel de héroe salvador. De inmediato, adoptó una actitud protectora y me ofreció ayuda. Era lo que yo esperaba. Le di instrucciones precisas: debía alquilar un coche en Burgos y recogerme en el camino donde yo solía salir a correr. Todo resultó según mis planes.

Simón entornó los ojos.

—¿Nunca compartió esos planes con Prieto?… Me refiero a si en algún momento le reveló cuáles eran sus intenciones.

—¡Por supuesto que no! Es un memo. Se habría asustado y hasta es posible que me hubiera denunciado con ustedes.

—Continúe.

—Cuando llegamos a su piso, mientras cenábamos, yo puse un sedante en su cerveza, sin que se diera cuenta.

—¿Dónde consiguió el sedante? —preguntó la inspectora.

—Se lo compré a un antiguo contacto en la calle —Marlene hizo una anotación en la carpeta y asintió para que Doris continuara la declaración—. Entonces, me lo llevé a la cama y lo entretuve para que no viera el telediario. Después de un par de horas, se quedó dormido como una marmota. Salí de la habitación y permanecí varias horas en la sala. Como había calculado, no se enteró de nada, así que tenía vía libre.

—¿Qué habría ocurrido si cuando salió a trabajar se hubiera enterado de que se la consideraba persona desaparecida? —preguntó Simón—. Tal vez en su piso usted podía controlar lo que veía, pero una vez en la calle…

—Eso también lo había calculado —respondió Doris, levantando la barbilla—. A fin de cuentas, él mismo me había ayudado a «escapar» de un «maltratador». Lo habría convencido de que necesitaba tiempo para revelar que me había marchado por voluntad propia, pero ni siquiera eso fue necesario.

—Es evidente que tuvo en cuenta cada detalle —comentó Marlene—. ¿Qué pasó después?

—La noche siguiente, volví a darle las pastillas y llevarlo a mi cama. En cuanto se durmió, cogí las llaves del coche y regresé a Logroño.

La inspectora tensó la mandíbula, antes de hacer la siguiente pregunta.

—¿Qué fue lo que pasó en el piso de sus padres?

Doris desvió la mirada hacia su abogado como si dudara. Encontró un rostro impasible, así que soltó un largo suspiro y continuó su declaración.

—Ellos… se mostraron felices cuando me vieron. Dijeron que habían estado muy preocupados. Entonces, los tranquilicé, asegurándoles que estaba bien. Les dije que dos desconocidos intentaron secuestrarme, pero que yo había conseguido escapar. Mi padre quería llamar a la Policía de inmediato, pero yo lo convencí de que necesitábamos un tiempo para hablar en familia, antes de que las autoridades y los periodistas cayeran sobre nosotros —la joven Osorio paseó la mirada por los policías y titubeó por algunos instantes—. Yo… no sé si me conviene seguir hablando.

—Ya lo hemos conversado, señora Osorio —intervino el abogado—. Tienen suficientes pruebas contra usted, para conseguir que reciba una larga condena. Su mejor oportunidad es colaborar. Es posible que el juez lo tenga en cuenta a la hora de dictar sentencia.

Doris se removió en su asiento como si así pudiera escapar del lugar y el momento. Entonces, continuó su relato.

—Yo…, después de tranquilizarlos, les dije que necesitaba usar el servicio. Allí cogí algunas de las pastillas somníferas de mi madre.

—¿Por qué? —preguntó la inspectora. Doris parpadeó— Si disponía de sedantes para drogar al señor Prieto, ¿por qué utilizó las medicinas que su propia madre tenía en casa?

Doris se encogió de hombros.

—Pensé que si ustedes no indagaban de dónde había salido la droga, yo tendría mejores posibilidades de evitar sospechas sobre mí. Sabía que si me investigaban, descubrirían mis antecedentes de

consumo y, por lo tanto, tendrían en consideración que yo soy capaz de encontrar sustancias ilícitas.

Los detectives intercambiaron una mirada, que ambos sabían lo que significaba: premeditación.

—Es evidente que planificó el crimen con todo detalle —precisó Simón—. Continúe.

—Entonces, regresé al salón. Les ofrecí prepararles una infusión para que se calmaran y pudieran dormir. Les prometí quedarme esa noche con ellos. Aceptaron. Fui a la cocina, trituré las pastillas y las agregué a las infusiones. Luego, cogí un cuchillo y lo escondí en el bolsillo de mi chaqueta. Regresé al comedor y les serví las tazas. Media hora después de beberlas, mi padre se quedó dormido en la misma silla donde estaba sentado, así que en su caso fue muy fácil apuñalarlo. En cuanto a mi madre, la medicación no actuó con tanta eficiencia, así que cuando vio lo que le hice a mi padre, trató de huir de mí. Se escondió en el cuarto de baño, pero yo conseguí alcanzarla.

Marlene sintió cómo la piel se le erizaba. Parpadeó ante la sangre fría de la mujer que estaba prestando la declaración. Desvió la mirada hacia Simón y por su expresión comprendió que él estaba experimentando los mismos sentimientos.

—Siga —dijo él en tono cortante.

Como si estuviera relatando una historia de ficción ajena a sí misma, Doris continuó.

—No había previsto que mi madre gritara o intentara defenderse. Temí que algún vecino la hubiera escuchado y acudiera para ver qué ocurría, así que me di prisa. Borré mis huellas de las tazas, y cogí las llaves del bolsillo de mi padre, para entrar en su estudio. Busqué entre sus documentos. Si había redactado un nuevo testamento, estaba segura de que lo encontraría allí, pero no había nada. Eso significaba que lo había impedido a tiempo. Entonces, salí del piso. Cuidé no dejar ninguna huella detrás de mí. Volví a coger el coche y regresé a Logroño. Claudio todavía dormía. Confié en que no se hubiera despertado durante la noche y en cualquier caso, le habría contado alguna excusa. Estoy segura de que me habría creído.

—¿En algún momento tuvo dudas acerca de lo que estaba haciendo? —preguntó Simón.

—¡Por supuesto que no! Mi patrimonio estaba siendo amenazado y tenía derecho a defenderme.

Aguirre cogió aire y apretó los puños. Marlene también necesitó toda su capacidad de contención para mantener la calma.

—¿Qué pasó después?

—Al día siguiente, mientras Claudio estaba trabajando, yo fui a la ferretería más cercana, compré algunas cadenas y un tubo de hierro. Ya de regreso en el piso, usé el tubo para golpearme a mí misma. Luego calenté el extremo y me quemé el hombro. Dolió, pero estaba segura de que sería lo bastante convincente. Todos creerían mi historia, así que valía la pena.

»Cuando el imbécil de Claudio regresó, le dije que me había autolesionado, porque necesitaba calmar mi angustia… que no podía dejar atrás a mi familia. Que necesitaba el apoyo de mi madre, así que prefería regresar. Claudio trató de convencerme de que me quedara con él, pero yo le prometí que denunciaría a Carlos, pediría una orden de alejamiento, y continuaría con mi vida. También le dije que no iba a olvidar lo que había hecho por mí. Claudio alabó mi valor y aceptó llevarme de regreso a Logroño. Yo llevaba las cadenas en una bolsa. En el camino me deshice de los móviles «prepago» para eliminar evidencias. Cuando me bajé del coche, me puse las cadenas y me preparé para representar mi papel. Todo habría salido bien, si ese imbécil no hubiera decidido confesar.

Simón se le quedó mirando.

—Así que todo se trató de dinero.

—Es mi herencia. No tengo por qué compartirla con nadie.

Simón se acercó despacio y se sentó junto a Marlene.

—¿Sabe que cuando asesinó a sus padres perdió el derecho a recibirla?

Doris parpadeó y su rostro palideció aún más.

—¡Eso no es justo! Lo pelearé en los juzgados.

Simón se echó hacia atrás en el asiento y miró a Marlene.

—Muy bien, puede intentarlo, aunque no creo que lo consiga. En cualquier caso, estoy seguro de que hay una parte de su herencia

de la que no podrá librarse.

—¿De qué está hablando? ¿Por qué querría librarme de mi herencia?

—Porque se trata de una deuda… —aclaró Marlene, sin disimular su satisfacción— Un préstamo que su padre solicitó, y del que todavía queda bastante por pagar.

—Entonces, lo rechazaré.

—Explíqueselo, abogado —le pidió Simón.

El defensor suspiró.

—No puede rechazar las deudas, sin rechazar también el patrimonio.

Marlene tomó la palabra.

—En cualquier caso, la deuda de su padre era privada, con un prestamista que… nosotros conocemos bien por otros motivos. Estoy segura de que a Fabio Rendón le importaran muy poco sus argumentos. No dudo que usted tendrá que afrontar la deuda de su padre.

Doris parpadeó.

—Mi padre está muerto. Sus deudas murieron con él.

Marlene negó con la cabeza.

—No es así, señora Osorio. Ahora, las deudas de su padre son su responsabilidad. Me temo que hizo un mal negocio.

Antes de que Doris pudiera responder, los policías cerraron la carpeta y salieron de la sala de interrogatorios. Sus compañeros los esperaban para que les informarán acerca del cierre del caso.

EPÍLOGO

La sala de reuniones olía a café caliente y tinta de rotulador. A esa hora, ya nadie debería estar allí, pero el murmullo contenido y las sillas arrastradas contradecían la lógica. La única iluminación provenía de la luz blanca del techo y en la pizarra, el rompecabezas por fin estaba armado.

Pilar escuchó las explicaciones de Marlene con los dedos entrelazados, mientras Valeria prestaba atención a las palabras de su compañera, parpadeando de vez en cuando, Ignacio no dejaba de girar el bolígrafo entre los nudillos y Marta, con el mentón alto, escuchaba en silencio, asintiendo de vez en cuando. En un lateral, Rosendo mantuvo los labios apretados, hasta que Marlene, con la voz baja y firme, resumió las evidencias que condujeron al arresto. Entonces, Pinto levantó su vaso de café en un peculiar brindis.

—Un trabajo policial bien hecho —reconoció el inspector—. Felicidades.

Marlene enarcó las cejas y asintió.

—Tenemos un caso sólido —confirmó con una sonrisa.

Pilar asintió despacio, al mismo tiempo que centraba la mirada en la pizarra.

—Estoy de acuerdo con Pinto. Buen trabajo.

Al escuchar el elogio de la comisaria Calvo, la inspectora dejó escapar un largo suspiro que se llevó toda su adrenalina, y el peso del cansancio cayó sobre sus hombros sin piedad.

—Todo está en orden —declaró Calvo—. Cerramos el caso. El día ya ha sido lo bastante largo. Dejad el papeleo para mañana.

Nadie protestó la decisión. Marlene fue la última en levantarse y cuando salió de la sala, apagó la luz con la satisfacción del deber cumplido. El grupo se dispersó, cada uno en dirección a su despacho, para recoger sus cosas. Simón y Marlene ya tenían todo lo que necesitaban, así que recorrieron el pasillo hasta el ascensor. Descendieron en silencio en una cabina que solo ocuparon ellos dos.

Hasta Marlene llegó el olor del perfume de Simón, y su cansancio se esfumó, como azúcar en café caliente.

Cuando llegaron a la calle, ya la oscuridad cubría Logroño y el frío salió a su encuentro sin concesiones. Marlene miró a su compañero.

—Y ahora, ¿qué?

Él se encogió de hombros.

—Supongo que iremos a casa y tendremos una merecida noche de descanso.

—Sabes que no me refiero a eso —Él se quedó en silencio por algunos segundos, sin dejar de mirarla a los ojos—. ¿Sigues pensando en pedir traslado de equipo o de provincia?

Simón guardó silencio por un segundo, antes de responder.

—No. Eso ya no será necesario.

Marlene desplegó una sonrisa y ambos se fundieron en un abrazo espontáneo. Cuando consiguieron separarse, ella se secó las lágrimas que humedecían sus ojos.

—¿Qué te parece si…?

Él asintió.

—Me parece perfecto —murmuró Simón.

Marlene parpadeó.

—¿Perfecto?, pero si no pude terminar de decirte lo que…

—No importa. Sé lo que ibas a decir. ¿Te gustaría cenar conmigo esta noche? —preguntó él.

Marlene asintió con una sonrisa. Cenaron en un restaurante cercano que ella escogió. Durante la velada conversaron acerca de sus respectivas vidas y también de su relación, pero sin mencionar aquello que los había separado. La sombra de Omaira ya había quedado en el pasado.

Después de la cena, ambos regresaron al Volkswagen.

—Te llevaré a casa —le ofreció Simón, al mismo tiempo que encendía el motor del coche.

Apenas él puso la mano sobre la palanca, ella la cubrió con la suya.

—Di, más bien, vamos a casa.

Él sonrió.

Marlene y Simón llegaron al piso y allí encontraron a Olivia, quien recibió a Simón con un abrazo. Con una sonrisa de oreja a oreja, la chica se puso su plumífero y le guiñó un ojo a su hermana.

—No me esperes despierta.

—¿A dónde vas a esta hora? —le preguntó Marlene.

Olivia desplegó una sonrisa pícara.

—He quedado con unos amigos, y luego pasaré la noche en casa de una compañera, así que nos vemos mañana. Feliz noche.

Antes de que su hermana pudiera responder, Olivia les dio un par de besos a cada uno y sin decir una palabra más, se marchó.

—Tu hermana vale su peso en oro —dijo Simón.

—Es cierto.

Ambos se quedaron en silencio, como si las palabras huyeran de la intimidad del momento. La luz amarillenta de la lámpara del salón era la única iluminación que los separaba de la oscuridad absoluta. Marlene percibió el olor de su propio perfume en la solapa de la cazadora de Simón y en un gesto casi automático, acortó la distancia. Él no dijo nada. Solo dibujó una leve sonrisa. Ella le sostuvo la mirada un segundo más del necesario, y entonces apoyó la mano en su nuca y lo acercó.

El beso fue largo y profundo. Marlene sintió cómo la tensión de los hombros de Simón se aflojaba bajo sus dedos. Cuando por fin se separaron, un leve gorjeo rompió la quietud. Desde la jaula, Pico y Cleo frotaban sus cabezas y estaban tan juntos, que parecían un solo pájaro.

Marlene y Simón dibujaron una sonrisa al mismo tiempo. Él apoyó su frente en la de ella.

—Van a necesitar más espacio —murmuró Simón, sin haber recuperado la voz por completo—. Tendrás que comprarles un nido… y quizá, una jaula más grande.

—Estoy segura de que será así —Marlene volvió a rozar la nuca de Simón con los dedos, como si sellara un trato—. Ellos la van a necesitar… y nosotros también.

Nota de autor: Querido lector, espero que hayas disfrutado el libro. Si te gustó la historia y quieres hacerme alguna pregunta, o recibir información acerca de nuevas publicaciones y promociones, puedes seguirme en mis páginas de Facebook (Novelas policíacas/M.J. Fernández) o en Instagram (@m.j. fernandez_novelanegra). También puedes contactarme en la siguiente dirección: m.j.fernandezhse@gmail.com . Me complacerá mucho responder a cualquier inquietud que quieras plantearme y si lo deseas, recibirás una invitación a mi grupo de Telegram, donde podrías interactuar con otros lectores de la serie y conmigo. Gracias.

M.J. Fernández

SERIE DEL INSPECTOR SALAZAR

En los viñedos de la Rioja Alta, el ingenioso inspector Salazar y su equipo enfrentan misterios que desafían la paz de Haro. Salazar deberá navegar entre casos intrincados y su compleja vida personal. Cada giro en la trama despliega un tapiz de intriga y humanidad, invitando al lector a sumergirse en un mundo donde la búsqueda de la verdad se entrelaza con momentos de ternura y astucia. Bienvenidos al vibrante universo de Salazar, donde cada descubrimiento es un brindis por la justicia.

NO ES LO QUE PARECE: Un Caso Del Inspector Salazar.

JUEGO MORTAL. (Inspector Salazar 02)

AQUÍ HAY GATO ENCERRADO. (Inspector Salazar 03)

UNA NOCHE DE GATOS Y OTROS CUENTOS. RECOPILACIÓN DE CUENTOS. (Inspector Salazar 3,5)

GATO POR LIEBRE. (Inspector Salazar 04)

LO QUE EL GATO SE LLEVÓ. (Inspector Salazar 05)

LOS GATOS CAEN DE PIE (Inspector Salazar 06)

SIETE VIDAS Y UN GATO (Inspector Salazar 07)

NO TODOS LOS GATOS SON PARDOS (Salazar 08)

LAS CINCO PATAS DEL GATO (Inspector Salazar 09)

LA CULPA NO ES DEL GATO (Inspector Salazar 10)

EL GATO BAJO LA LLUVIA. Crónica De Una Venganza (Salazar 11)

EL GATO Y EL JUEGO DEL RATÓN (Salazar 12)

LAS GARRAS DEL GATO (Salazar 13)

TRILOGÍA ARGUS DEL BOSQUE

MUERTE EN EL PARAÍSO (Argus Del Bosque 01)

ENIGMA. (Argus Del Bosque 02)

EL BAILE DE LOS ESCORPIONES (Argus Del Bosque 03)

BILOGÍA RYAN Y BRADBURY

El intrépido detective Josh Bradbury cambia las apacibles costas de Florida por el frenético ritmo de Nueva York, sumergiéndose en un torrente de misterio. En la búsqueda de las piezas olvidadas de su pasado, se encuentra al borde de un laberinto que amenaza con engullirlos a él y a su leal compañero, Cody Ryan.

Juntos se enfrentan a engaños, traiciones y los casos más desconcertantes y fascinantes de sus carreras. Sin embargo, las sombras del pasado no tardan en entrelazarse con los desafíos del presente, amenazando con desdibujar las líneas del futuro de formas insospechadas.

En esta serie de novelas policiales, la vida de Josh Bradbury y Cody Ryan se convierte en un intrincado juego de suspense e intriga, donde el pasado y el presente danzan en un compás impredecible. Cada giro de la trama promete un viaje lleno de sorpresas, donde cada pista puede resultar ser un espejismo y cada revelación, una inesperada realidad.

Bienvenidos al mundo de Josh y Cody, donde cada caso es un enigma y cada verdad, tan esquiva como la ciudad que nunca duerme.

EL DEMONIO DE BROOKLYN (Ryan Y Bradbury 01)

El ALIENTO DEL CUERVO (Ryan Y Bradbury 02)

TRILOGÍA DE JOSÉ EXPÓSITO

Descubre los secretos de Salamanca en esta trilogía donde se entrelazan el misterio y la historia.
En el siglo XIX, el inspector José Expósito se enfrenta a desafíos que ponen a prueba su ingenio y su valor. Desde las pintorescas calles de un pueblo salmantino acosado por un asesino astuto, hasta los enigmáticos edificios cargados de historia de la ciudad de Salamanca, donde la muerte acecha en los rincones más inesperados, cada investigación lo interna más en un laberinto de intrigas y secretos ancestrales. Con giros sorprendentes y personajes que parecen cobrar vida en cada página, esta serie es un viaje apasionante a través de la resolución de misterios con raíces en el pasado de una provincia legendaria.

LOS CRÍMENES DE CASTAÑAL (José Expósito 01)

LA LEYENDA DE LA CASA DE LA CASA BRACAMONTE (José Expósito 02)

LA MUERTE ACECHA EN EL CLAUSTRO (Expósito 03)

BOOKS BY THIS AUTHOR

LOS PECADOS DEL PADRE

TRAMPA PARA UN INOCENTE

LOS HIJOS DEL TIEMPO